Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik

Jaque al Poder

(Op-Center)

Cuando una misión es demasiado sucia, o demasiado peligrosa, el gobierno sólo puede recurrir al cuerpo de élite formado por los integrantes del Op-Center. Pero ni siquiera ellos están preparados, ni mentalizados, para afrontar lo que van a descubrir: una trama tan aterradora y explosiva que puede conducir a un nuevo orden mundial.

Tom Clancy & Steve Pieczenik

Jaque al poder

Op-Center 01

Título original: *Op-Center*
Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1995
Traducción: Víctor Pozanco
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco

JAQUE AL PODER

Tom Clancy y Steve Pieczenik

AGRADECIMIENTOS

Damos las gracias a Jeff Rovin por sus ideas y por su valiosa contribución a la preparación del manuscrito. También nos gustaría agradecer la ayuda de Martin H. Greenberg, Larry Segriff Robert Youdelman y a la maravillosa gente de The Putnam Berkley Group, incluyendo a Phyllis Grann, David Shanks y Elizabeth Beier. Al mismo tiempo damos las gracias a Robert Gottlieb de la agencia William Morris, nuestro agente y amigo, pues sin él este libro no hubiera sido nunca concebido. Pero, sobre todo, este libro es para vosotros, nuestros lectores, quienes determináis si nuestro esfuerzo ha merecido la pena.

TOM CLANCY y STEVE PIECZENIK

UNO

Martes, 16:10, Seúl

Gregory Donald bebió un sorbo de *whisky* y miró en derredor del atestado bar.

—¿Estás siempre a vueltas con *lo* pasado, Kim? No me refiero a lo de esta mañana ni a lo de la semana anterior, sino *al* pasado.

Kim Hwan, subdirector del Servicio de Inteligencia coreano, removía la rodaja de limón de su Coca-Cola *light* con una pajita roja.

—Para mí, Greg, esta mañana *es* el pasado, sobre todo en días como éstos. ¡No sabes lo que daría por ir a pescar con mi tío Pak a Yangiang!

Donald se echó a reír.

—¿Sigue tan gruñón?

—Más. ¿Recuerdas que tenía dos barcas de pesca? Pues, bueno, se ha deshecho de una porque dice que no soporta socios. A veces, preferiría vérmelas con los peces y las tormentas antes que con los burócratas. Tú ya sabes de qué va.

Hwan miró por el rabillo del ojo a dos hombres, sentados a su lado, que pagaban la cuenta y se marchaban.

—Sí. Y por eso lo dejé.

Hwan se inclinó un poco hacia él y miró a su alrededor. Entornó los párpados. Sus nítidas facciones adoptaron una expresión de conspiración.

—No te he dicho nada antes porque había sentados a mi lado dos redactores del *Seoul Press*, pero ¿te das cuenta? ¡Hoy no han dejado despegar mis helicópteros!

—¿Están locos? —exclamó Donald, enarcando las cejas.

—Peor aún. Son unos insensatos. Los chicos de la prensa dicen que el ruido de los helicópteros haría polvo sus equipos de sonido. De manera que, si ocurre algo, nos quedamos sin reconocimiento aéreo.

Donald terminó el *whisky* y rebuscó en uno de los bolsillos exteriores de su chaqueta de lana.

—Es irritante —dijo—, pero ocurre igual en todas partes, Kim. Lo comercial se impone al talento. Da igual que se trate del Servicio de Inteligencia, del gobierno o de organizaciones humanitarias. Ya no hay manera de que nadie se la juegue por su cuenta. Todo tiene que ser estudiado y evaluado hasta que tu iniciativa se quede más fría que el general Custer.

—Me llevé una desilusión cuando lo dejaste para ingresar en el cuerpo diplomático —dijo Hwan meneando la cabeza—, pero anduviste listo. Olvídate de tratar de que los servicios de inteligencia mejoren. Empleo casi todo mi tiempo en que no lo hagan peor.

—Y nadie lo hace mejor.

—Pero sólo porque le tengo cariño al Servicio, que conste —dijo Hwan, sonriente.

Donald asintió con la cabeza. Acababa de sacar su pipa Block Meerschaum y un paquete de tabaco Balkan Sobrame.

—¿Temes que ocurra algo hoy? —preguntó.

—Hemos recibido amenazas de los de siempre: radicales, revolucionarios y lunáticos, pero sabemos quiénes son y dónde están, y los vigilamos. Son como los chiflados que asisten una y otra vez al programa de Howard Stern. Son un calco. La mayoría, charlatanes.

Donald volvió a arquear las cejas mientras atacaba unas pulgaradas de tabaco en la cazoleta.

—¿Cogéis lo de Howard Stern desde aquí? —preguntó.

—No —repuso Hwan tras apurar su tónica—. La semana pasada oí unas cintas de contrabando de una emisión pirata. Pero…, vamos, Greg, ya conoces este país. Incluso lo de Oprah, al gobierno le parece demasiado atrevido.

Donald se echó a reír. Mientras Hwan se giraba y le decía algo al camarero, sus ojos azules volvieron a recorrer el oscuro local.

Había varios surcoreanos, pero, como ocurría siempre en los bares de la zona en la que se encontraba la sede del gobierno, la mayoría eran corresponsales de la prensa extranjera: Heather Jackson, de la CBS; Barry Berk, del *New York Time*; Gil Vanderwald, del *Pacific Spectator*, y otros con quienes no tenía interés de hablar ni de saber quiénes eran. Precisamente por eso había llegado temprano y se había sentado en un oscuro rincón del fondo; también por eso no lo había acompañado su esposa Soonji, quien, al igual que Donald, creía que los medios de comunicación no le hacían justicia: no se la hicieron cuando fue embajador ante Corea, veinte años atrás, ni al nombrarlo consejero de Asuntos Coreanos del Centro de Operaciones, hacía sólo tres meses. Sin embargo, a diferencia de su esposo, Soonji se enfurecía con las actitudes negativas de los medios informativos. Gregory había aprendido, hacía tiempo, a abstraerse con su excelente Meerschaum, un confortador recordatorio de que un titular de prensa era tan efímero como una voluta del humo de su pipa.

El camarero se acercó, y enseguida volvió a alejarse. Hwan apoyó el antebrazo, completamente plano y rígido, en la barra y miró con fijeza a Donald.

—¿Qué has querido decir antes con lo de andar a vueltas con lo pasado? —preguntó Hwan.

Donald introdujo otra pizca de tabaco en la cazoleta.

—¿Recuerdas a un tipo llamado Yunghil Oh?

—Vagamente —repuso Hwan—. Enseñaba en el Servicio de Inteligencia.

—Fue uno de los fundadores del Departamento de Sicología —aclaró Donald—. Un tipo fascinante, de la vieja escuela. Era de Taegu. Cuando llegué, en mil novecientos cincuenta y dos, Yunghil se marchaba. Lo echaron, en realidad. La CIA de Corea estaba empeñada en convertirse en un modélico servicio de inteligencia a la estadounidense. Y Yunghil, aparte de sus clases sobre guerra sicológica, se afanaba por introducir el credo chondokio.

—¿Religión en la CIA? ¿Fe y espionaje?

—No exactamente. Era una especie de enfoque espiritual de la deducción, y de la investigación, desarrollado por él. Decía que las sombras del pasado y las del futuro nos rodean. Creía que a través de la meditación, de la reflexión acerca de las personas y de los hechos acaecidos y por acontecer, lograríamos aprehenderlos.

—¿Y?

—Pues que eso nos ayudaría a ver el presente con mayor claridad.

—No me extraña que lo echasen —dijo Hwan con una risita.

—La verdad es que no iba con nosotros —admitió Donald— y, con franqueza, creo que Yunghil estaba un poco en las nubes. Pero es curioso: cada vez estoy más convencido de que no andaba muy desencaminado. Es más: que estaba muy cerca de algo, casi rozándolo con los dedos —añadió Donald mientras rebuscaba la caja de cerillas por el bolsillo.

Hwan miró escrutadoramente a quien fuera su instructor.

—¿Es un decir o te basas en algo concreto?

—No —reconoció Gregory—. Es sólo un presentimiento.

Hwan se rascó lentamente el antebrazo derecho.

—Siempre te ha atraído la gente rara.

—¿Por qué no? Cabe la posibilidad de aprender algo.

—Como aquel maestro de taekwondo que nos trajiste para que nos enseñase *naginata*.

Donald encendió un fósforo de madera, sostuvo la cazoleta de la pipa con la mano izquierda y acercó la llama al tabaco.

—Era un buen programa en el que tenían que haber perseverado. En cualquier momento te puedes ver desarmado y tener que defenderte con un periódico bien enrollado o una…

De pronto, asomó un cuchillo de trinchar bajo el antebrazo derecho de Hwan, que saltó del taburete.

Donald se echó hacia atrás y, con un rápido movimiento de muñeca, dirigió la recta boquilla de la pipa hacia Hwan para parar el curso del acero. A continuación, giró la pipa en sentido contrario al de las agujas del reloj, con la boquilla apuntando hacia abajo a modo de reparo de cuarta, y desvió la hoja hacia la izquierda.

Hwan echó el cuchillo hacia atrás y volvió a arremeter. Donald lo paró y de nuevo lo desvió hacia la izquierda. El tercer intento acabó de la misma manera.

El joven Hwan se dispuso entonces a atacar de forma más lenta, y cargó hacia el lado derecho. Donald levantó el codo y volvió a parar la hoja con la boquilla.

Su esgrima llamó la atención de quienes estaban más cerca, que seguían las acometidas de los contendientes: los antebrazos que se movían adelante y atrás como émbolos, las muñecas que giraban con precisión y elegancia.

—¿Va en serio? —preguntó un técnico con camiseta de la CNN.

Los contendientes no le contestaron, enfrascados como estaban en la lucha. Se estudiaban con expresiones inescrutables. Sólo movían el brazo izquierdo, amagaban y fintaban. Apretaban los labios y respiraban ruidosamente por la nariz.

Mientras el combate seguía, con continuas tiradas y reparos, se formó un expectante semicírculo alrededor de los combatientes. Hwan arremetió con furia varias veces hasta que Donald paró la hoja en octava, la llevó a sexta y, luego, con una *prise-de-fer*, obligó a Hwan a alzar ligeramente la mano. Donald apartó el cuchillo durante un breve instante y descargó un golpe seco en séptima que lo mandó al suelo.

Con un ligero movimiento de la mano derecha, y sin dejar de mirar a Hwan, Donald apagó el fósforo que aún alentaba en la cazoleta.

Los espectadores prorrumpieron en exclamaciones de admiración y aplaudieron. Algunos se acercaron a Donald para darle unas palmaditas en la espalda. Hwan sonrió y le tendió la mano, que la cogió entre las suyas, también sonriente.

—Tan asombroso como siempre —dijo Hwan.

—Porque tú has aflojado.

—No. Sólo en el primer movimiento, por si acaso reaccionabas tarde. Pero… qué va. Eres un relámpago. Te mueves como un trasgo.

—¿Como un trasgo? —dijo una dulce voz por detrás de Donald, que se giró y vio a su esposa avanzar entre los espectadores que se dirigían a pagar.

Su joven belleza se atrajo las miradas de los periodistas.

—Vergonzante exhibicionismo —le dijo ella a su esposo—. Ha sido como ver al inspector Clouseau pelear contra su criado.

Hwan hizo una teatral reverencia, y Donald rodeó con el brazo la cintura de su esposa, la atrajo hacia sí y la besó.

—El espectáculo no era para ti —replicó Donald, que encendió otro fósforo y logró, al fin, encender la pipa. Miró el reloj de neón que había en la pared de la barra—. Creí que quedamos en vernos en la tribuna dentro de quince minutos.

—Eso fue antes.

Donald la miró, perplejo.

—Antes. *Hace* quince minutos.

Donald cerró los ojos y se pasó la mano por su plateado pelo.

Perdona. Kim y yo nos hemos enfrascado en historias de terror y en nuestras arraigadas y respectivas filosofías.

—Muchas de las cuales vienen a ser lo mismo —terció Hwan.

—Ya me he olido que, después de dos años sin veros, tendríais mucho de qué hablar —dijo Soonji sonriente. Bueno, cariño, si

después de la ceremonia quieres seguir hablando o practicar la esgrima con instrumentos alternativos, puedo anular la cena con mis padres…

—No —se apresuró a atajarla Hwan—. Ni hablar. Ahora tendré que analizar el ejercicio, y me va a llevar toda la noche. Además, conocí a tu padre en la boda, y es un hombre muy generoso. Trataré de ir pronto a Washington a pasar una temporada con vosotros. A ver si encuentro una esposa estadounidense, ya que Greg se ha quedado con lo mejor de Corea.

—Alguien tenía que alegrarle a éste un poco —dijo Soonji, y le dirigió a Hwan un esbozo de sonrisa.

Hwan le indicó al camarero que cargase las copas en la cuenta de la CIAC, recogió el cuchillo, lo dejó en la barra y miró a su viejo amigo.

—No quiero dejar de decirte una cosa antes de marcharme: te he echado de menos, Greg.

—Pues… menos mal —dijo Donald mientras miraba el cuchillo.

Soonji restregó la mejilla en su hombro y él se la acarició con el dorso de la mano.

—De verdad, Greg —dijo Hwan—. He pensado mucho en los años de posguerra, y en cómo cuidaste de mí. De haber vivido mis padres no habría tenido una familia mejor —añadió.

A continuación hizo una ligera inclinación de cabeza y se marchó.

Donald bajó la vista. Soonji lo miró y posó su estilizada mano en el hombro de su esposo.

—Se le han saltado las lágrimas.

—Ya.

—Ha dado media vuelta para no entristecerte.

Donald asintió con la cabeza y miró a su esposa, a la mujer que le había demostrado que sensatez y juventud no son términos excluyentes… y que, aparte de que le costase a uno Dios y ayuda enderezarse por la mañana, la edad era un estado mental.

—Por eso se hace apreciar tanto —apostilló Donald al verlo salir a la radiante luz del día—. Es tierno por dentro y duro por fuera. Yunghil Oh decía que era una coraza, por si acaso.

—¿Yunghil Oh?

Donald cogió a su esposa por la mano y se alejaron de la barra.

—Uno que trabajó en la CIAC; alguien que me hubiese gustado conocer mejor.

Salieron a la amplia y bulliciosa Chonggyechonno, seguidos por una estela de volutas de humo. Fueron en dirección norte a pie, cogidos de la mano, hacia el impresionante palacio de Kyongbok, en la parte de atrás del antiguo edificio del Parlamento, que databa de 1392, aunque fue reconstruido en 1867. Ya veían la gran tribuna azul de personalidades, levantada para lo que prometía ser una curiosa mezcla de aburrimiento y espectacularidad, con motivo del aniversario de la elección del primer presidente de Corea del Sur.

DOS

Martes, 17:30, Seúl

El sótano del abandonado hotel, condenado a la piqueta, olía a los cuerpos de quienes dormían allí por la noche; desprendía el almizcleño aroma, impregnado de alcohol, de los pobres y los olvidados, de aquellos para quienes aquel día, aquel aniversario, sólo significaba la oportunidad de conseguir algunas monedas más de lo habitual de la gente que acudiría a presenciar los actos. Pero aunque los permanentes moradores ya habían salido a mendigar el pan de cada día, el sótano de paredes de ladrillo no estaba vacío.

Un hombre acababa de levantar la ventana, que quedaba al nivel de la acera, y de deslizarse al interior, seguido de otros dos. Diez minutos antes, estaban los tres en su *suite* del hotel Savoy, su base de operaciones, donde los tres se vistieron con trajes corrientes. Llevaban sendas bolsas negras, sin ningún tipo de inscripciones. Dos de ellos manejaban con sumo cuidado la bolsa, mientras que el tercero, que llevaba un parche en el ojo, lo hacía de manera despreocupada.

El del parche se acercó hasta donde los vagabundos tenían amontonadas sillas rotas y ropa hecha jirones y dejó la bolsa encima de un viejo pupitre de madera para, a continuación, descorrer la cremallera y sacar tres pares de botas. Luego se descalzaron los tres, ocultaron bajo el montón de zapatos viejos las botas que llevaban y se calzaron las otras.

El Parche volvió a meter la mano en la bolsa y sacó una botella de agua mineral antes de ir a dejar la bolsa en un oscuro rincón del sótano. Ésta no estaba vacía, pero, de momento, no necesitaban lo que había dentro.

«Muy pronto —pensó *el Parche*—. Si todo ha ido bien, muy pronto».

Sin soltar la botella de su enguantada mano, *el Parche* volvió a la ventana, la levantó y se asomó.

Asintió con la cabeza hacia sus compañeros al ver que no había nadie en el callejón. Tras deslizarse al exterior, los ayudó a salir con las bolsas. De nuevo los tres en el callejón, *el Parche* abrió la botella y se bebieron casi toda el agua. Quedaba apenas un cuarto, y *el Parche* dejó caer la botella, la pisó y el agua se esparció por el suelo.

Luego, con las dos bolsas, cruzaron el sucio callejón, asegurándose de pisar sobre mojado al enfilar hacia Chonggyechonno.

Quince minutos antes de la hora programada para el comienzo de los discursos, Kwang Ho y Kwang Lee *(K-Uno* y *K-Dos*, como los llamaban sus amigos de la Oficina de Prensa del gobierno) realizaban una última comprobación de la instalación de sonido.

Alto y estilizado, *K-Uno* estaba de pie en el estrado. Su *blazer* rojo contrastaba fuertemente con el majestuoso edificio que tenía detrás.

Trescientos metros más allá, bajo la tribuna, el alto y fornido *K-Dos* estaba sentado en el camión del equipo de sonido, inclinado sobre una consola, bajo tres auriculares que captaban lo que decía su compañero.

K-Uno se acercó a uno de los tres micrófonos, el que estaba más a su izquierda.

—Hay una mujer muy gorda sentada en lo alto de la tribuna —dijo—. Podrían ceder las gradas.

K-Dos sonrió y resistió el impulso de conectarle el altavoz a su colega. En lugar de ello pulsó un botón de la consola y se encendió una luz roja que indicaba que el micrófono estaba activado.

K-Uno lo cubrió con la mano izquierda y se arrimó al micrófono central.

—¿Te imaginas hacer el amor con ella? —dijo *K-Uno—.* Sólo con el sudor te puede ahogar.

K-Dos tuvo otra vez la tentación de conectarle el altavoz pero, al igual que antes, pulsó otro botón de la consola y se encendió la correspondiente luz roja.

K-Uno cubrió el micrófono central con la mano derecha y habló hacia el tercer micrófono.

—¡Oh! —exclamó *K-Uno*—. Lo siento muchísimo. Es tu prima Chun. No lo sabía, Kwang, de verdad.

K-Dos oprimió el tercer botón y miró a *K-Uno*, que iba hacia el camión de la CNN para asegurarse de que la conexión con el camión de prensa funcionaba sin problemas.

Meneó la cabeza. Un día lo iba a hacer. Fijo. Aguardaría a que el estimado ingeniero de sonido dijese algo embarazoso y…

K-Dos perdió el mundo de vista y se desplomó sobre la consola.

El Parche empujó el corpachón al suelo y se guardó la porra en el bolsillo. Mientras desatornillaba la parte superior de la consola y uno de sus compañeros abría con cuidado las bolsas, el tercero permaneció de pie, porra en mano, por si acaso el caído volvía en sí.

Sin perder un instante, *el Parche* levantó la tapa metálica, la apoyó en la pared y examinó los cables. En cuanto dio con el que buscaba, miró su reloj. Tenían siete minutos.

—¡De prisa! —masculló.

Su compañero asintió con la cabeza y, de cada una de las bolsas, sacó una tableta de explosivo plástico que colocó bajo la consola, bien ocultas. Cuando hubo terminado, *el Parche* sacó dos cables de las bolsas y se los tendió a su compañero, que insertó sus extremos

en cada una de las tabletas. Luego le pasó los otros extremos al *Parche*.

A través del ventanuco del camión, *el Parche* miró hacia el estrado. Los políticos empezaban a entrar. Traidores y patriotas departían amigablemente. Nadie notaría nada raro.

El Parche desconectó los tres interruptores de los micrófonos y empalmó los cables del explosivo plástico a los cables de la instalación de sonido. Cuando hubo terminado, volvió a colocar la tapa metálica.

Sus dos hombres cogieron las ya vacías bolsas y salieron con el mismo sigilo y celeridad con que entraron.

TRES

Martes, 3:50, Chevy Chase, Maryland

Paul Hood se dio la vuelta y miró el despertador. Luego se puso boca arriba y se pasó la mano por su negro pelo.

«Y no son ni las cuatro, ¡puñeta!».

Era tan ilógico como siempre. No se mascaba tragedia alguna, nada amenazador en lontananza, ningún grave problema, pero, sin embargo, desde que se mudaron aquí, la mayoría de las noches su inquieta cabecita lo despertaba con delicadeza y le decía: *¡Cuatro horas de sueño bastan, director! Toca levantarse y meterse en faena*.

¡Y una mierda! Le dedicaba al Centro de Operaciones un promedio de doce horas diarias y, a veces —si había rehenes o infiltrados de por medio—, exactamente el doble. No era justo que ni de madrugada se viese libre de su mente.

¡Como si tuvieses elección! Desde sus comienzos —primero en banca como experto en inversiones, luego como viceministro del Tesoro y después al frente de una de las más estrafalarias y cautivadoras ciudades del mundo—, siempre fue prisionero de su mente; siempre, dale que te pego: venga a preguntarse si habría un medio mejor para hacer tal cosa o tal otra; si se le habría pasado por alto algún detalle; si habría olvidado darle las gracias a alguien, o darle una bronca, o darle un beso.

Paul se restregó el mentón, sus marcadas facciones y las profundas arrugas, abstraído. Luego miró a su esposa, acostada a su lado.

Una santa ésta Sharon. Siempre se las había arreglado para dormir como una bendita. Pero luego lo estropeó al casarse con él, porque eso podía acabar en agotamiento, o en divorcio, o en ambas cosas.

Contuvo el impulso de tocar su pelo pajizo. *Por lo menos* su pelo. La luna llena de junio envolvía el estilizado cuerpo de Sharon en una intensa luz blanquecina que le daba aspecto de estatua griega. Tenía 41 años y tipo de escandinava. Aparentaba diez años menos, y tenía la misma energía que jóvenes a quienes doblaba la edad.

Sharon era una mujer asombrosa. Cuando Paul ocupó el puesto de alcalde de Los Ángeles, llegaba tarde a cenar a casa y, por lo general, no paraba de hablar por teléfono desde la ensalada hasta la *sanka*, mientras ella acostaba a los niños. Luego se sentaba a su lado o se echaba en el sofá y le mentía convincentemente (que nada importante había ocurrido aquel día, que su trabajo como voluntaria en el pabellón de pediatría del hospital Cedars iba sobre ruedas). Se guardaba lo suyo, y se le ofrecía para que se le abriese y le contase sus preocupaciones.

«No, nada importante. Qué va», recordaba. Sólo alguno de los terribles ataques de asma de Alexander, alguna de las agarradas de Harleigh con los críos en el colegio; llamadas o cartas anónimas de los odiadores de turno, e incluso paquetitos de la extrema derecha, de la extrema izquierda y, en una ocasión, uno urgente remitido por una alianza de ambas.

«Nada importante. Qué va».

Una de las razones por las que decidió no presentarse a la reelección fue por su sensación de que sus hijos se criaban sin él. O que él envejecía sin ellos… No sabía cuál de ambas cosas le preocupaba más. E incluso Sharon, su roqueño asidero, empezaba a

achucharlo, en bien de todos, para que encontrase una ocupación menos absorbente.

Seis meses antes, al ofrecerle el presidente la dirección del Centro de Operaciones —un nuevo servicio de inteligencia con gran autonomía, casi inadvertido para la prensa—, Hood pensó seriamente en volver a trabajar en banca. Pero al comentar el ofrecimiento en casa, su hijo de diez años y su hija de doce se entusiasmaron con la idea de mudarse a Washington. Sharon tenía parientes en Virginia —y, como Sharon y él sabían, una misión de estas características era más interesante que mover dólares de acá para allá.

Paul se volvió hacia el lado donde descansaba ella y acercó la mano hasta apenas dos centímetros del desnudo y alabastrino hombro de Sharon. Ningún columnista de Los Ángeles lo había captado. Conocían el encanto y el ingenio de Sharon. La veían seducir a la audiencia para que desistiese del *bacon* y de los *donuts* durante la media hora semanal de su programa por cable —*McDonnell y la alimentación sana*—, pero ninguno de ellos advertía hasta qué punto su fuerza y su equilibrio le permitían triunfar.

Movió la mano a lo largo de su brazo sin tocarla. Tenían que hacerlo algún día en una cala solitaria, donde no le preocupase que los oyesen los niños, que sonase el teléfono o que llegase el camión de la mensajería UPS. Hacía mucho que no iban a ninguna parte. Podría decirse que desde que estaban en Columbia.

Si por lo menos pudiera relajarse, despreocuparse de cómo iban las cosas en el Centro de Operaciones. Mike Rodgers era un hombre muy capacitado, pero, debido a su mala suerte, los servicios de inteligencia iban a sufrir la primera gran crisis desde que él estaba en Pitcairn Island. Tardaría semanas en enderezar la situación. Se moriría de la impresión si alguna vez Rodgers le ponía en bandeja un éxito, así sin más.

«¡Ya estás otra vez!».

Paul meneó la cabeza. Pues sí, pues sí: allí estaba, al lado de una de las mujeres más atractivas y encantadoras de Columbia, y él, a vueltas con el trabajo. No era el momento de hacer ningún viaje. Sólo era el momento de…

Se sentía henchido de amor y de deseo al contemplar a Sharon; su sosegada respiración, sus pechos que latían —insinuándosele, fantaseó—. Alargó la mano más allá de su brazo y dejó que sus dedos acechasen el conejito.

¡Que se despertaran! ¿Qué iban a oír? ¿Que sus padres se amaban?

Apenas habían rozado sus dedos el sedoso conejito, cuando oyó el grito en el dormitorio contiguo.

CUATRO

Martes, 17:55, Seúl

—La verdad es que tendrías que pasar más tiempo con él, Gregory. Te lo noto. Estás radiante.

Donald dio unos golpecitos con la pipa en el asiento de la fila superior de la tribuna. Siguió con la mirada las cenizas que caían a la calle y volvió a guardar la pipa en el estuche.

—¿Por qué no pasas con él una o dos semanas de vez en cuando? Puedo ocuparme de la sociedad yo solita.

—Porque te necesito conmigo ahora —repuso Donald mirándola a los ojos.

—Nos puedes tener a ambos. ¿Cómo decía aquella canción de Torn Jones que mi madre siempre ponía? *Mi corazón tiene bastante amor para dos…*.

—Mira, Soonji —replicó Donald, y se echó a reír—, Kim hizo por mí más de lo que pueda imaginar nunca. Traérmelo a casa cada día desde el orfanato me ayudó a no volverme loco. Se producía una especie de equilibrio «kármico» entre su inocencia y las carnicerías que planeábamos en la CIAC y cuando estuve en la embajada.

—Y qué tendrá eso que ver con que lo veas más —exclamó Soonji con el entrecejo fruncido.

—Es que si nos frecuentamos… Supongo que, en parte, es algo cultural y que, en parte, se debe a cómo es Kim. Nunca logré

inculcarle un talante que los jóvenes estadounidenses adoptan fácilmente: olvídate de los padres y pásalo bien.

—Pero… ¡cómo te va a olvidar!

—No lo sé. No cree hacer lo bastante por mí, y se lo toma muy a pecho. La CIAC no tiene cuenta en ese bar. Se lo cargan en su cuenta personal. Él sabía muy bien que no podía ganarme en nuestro pequeño combate y, pese a ello, no le ha importado verse derrotado públicamente por mí. Si estamos juntos… esa obsesión de estar en deuda conmigo le pesa como una losa. No quiero que se mortifique.

Soonji se cogió de su brazo y se alisó el pelo con la otra mano.

—Es un error. Deberías dejar que te muestre su cariño a su modo…

De pronto, Soonji se quedó lívida. Se irguió como impulsada por un resorte.

—¿Qué ocurre, Soon?

—Los pendientes que me regalaste para nuestro aniversario —repuso ella, que miró hacia el bar con crispada expresión—. He perdido uno.

—A lo mejor está en casa.

—No. En el bar llevaba los dos.

—Es verdad. Lo rocé al acariciarte la mejilla…

Soonji le dirigió una mirada de contrariedad.

—Pues entonces ha debido de ser… —dijo.

Se levantó y fue con paso vivo hacia el acceso de la tribuna.

—¡Vuelvo enseguida!

—¡Puedo llamar! —le gritó Donald—. Alguien debe de tener un teléfono a mano…

Pero él ya la había perdido de vista, escaleras abajo. Instantes después, Soonji estaba en la calle y enfilaba hacia el bar.

Donald se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

Se iba a llevar un disgusto tremendo, si lo había perdido. Los mandó hacer Donald para su segundo aniversario, con dos pequeñas

esmeraldas, que eran sus piedras favoritas. Podía encargarle otros, pero ya no sería lo mismo. Y Soonji *se* culparía *ad in eternum*.

Meneó la cabeza. ¿Cómo se las arreglaba para que cada vez que le mostraba su amor a alguien acabase en dolor? Kim, Soonji…

El problema debía de estar en él. Un mal *karma*. O los pecados cometidos en una vida anterior. O puede que, con todo su currículum, fuese un verdadero cenizo.

Se recostó en el respaldo y miró hacia el estrado. El presidente de la Asamblea Nacional se acercaba ya al micrófono.

CINCO

Martes, 18:01, Seúl

Park Duk tenía cara de gato, redonda y sosegada, y una mirada inteligente y alerta.

Al levantarse para dirigirse al estrado, las personalidades de la tribuna y la muchedumbre que se apretujaba en derredor prorrumpieron en una ovación. Él alzó las manos a modo de reconocimiento, solemnemente enmarcado por el majestuoso palacio, que se alzaba en el amurallado recinto del que asomaban varias viejas pagodas procedentes de otras regiones del país.

Gregory Donald apretó los dientes hasta que logró dominarse y adoptar una neutra expresión. Como presidente de la Sociedad de Amistad Coreanoestadounidense en Washington, debía mostrarse apolítico en lo que afectase a Corea del Sur. Si se propugnaba la reunificación con Corea del Norte, él debía secundarla en público con la misma convicción que si fuera al revés.

En privado, ansiaba la reunificación. Las dos Coreas tenían mucho que ofrecerse —y mucho que ofrecer al mundo— en lo cultural, lo religioso y lo económico. Y el todo era mucho más que la suma de las partes.

Duk, ex combatiente y anticomunista feroz, se oponía incluso a hablar del asunto. Mal que bien, Donald podía respetar su política, pero nunca podría respetar a nadie que se negase a hablar de un

problema por más que le desagradara. Quienes así actuaban eran déspotas en potencia.

Tras la desmesurada ovación, Duk bajó las manos, se inclinó hacia el estrado y habló. Pero aunque sus labios se movían, no se oía nada.

Duk echó el cuerpo ligeramente hacia atrás y, con una sonrisa de dentífrico, le dio unos golpecitos al micrófono.

—¡Ya está! ¡Los unionistas! —exclamó hacia los políticos sentados en la primera fila.

Les arrancó unos tibios aplausos. Parte del público más cercano, que lo oyó, lo vitoreó.

Donald torció el gesto. Duk lo sacaba de quicio, tanto por sus melifluas maneras como por el creciente tamaño de su séquito.

Un rojo destello llamó la atención de Donald. Por entre la egregia congregación vio un *blazer* rojo que corría en dirección al camión del equipo de sonido.

Lo arreglarían enseguida. Donald recordaba que en los JJ. OO. de 1988 los concienzudos y talentosos surcoreanos se dieron mucha maña en localizar cualquier avería.

Se le desfrunció el entrecejo en cuanto volvió a mirar hacia el bar y vio que Soonji corría hacia él y alzaba el brazo, exultante. Dio gracias a Dios de que, por lo menos, algo saliese bien aquel día.

Kim Hwan estaba en el interior de un coche camuflado en Sajingo, al sur del palacio, a unos doscientos metros de donde instalaron la tribuna. Desde allí tenía una visión perfecta de la plaza y de sus agentes, apostados en azoteas y ventanas. Vio a Duk subir al estrado y luego dar media vuelta.

El silencio de los burócratas… Ésa era su definición de un mundo feliz. Cogió los prismáticos que tenía en el asiento. Allí estaba Duk, en su baño de multitud, sonriéndoles a sus acólitos. Bueno. Le gustase o no, en eso consistía la democracia. Era mejor que los ocho

años que pasaron con el general Chun Doo Hwan como jefe de la Junta Militar bajo la ley marcial. A Kim le gustaba tan poco aquel general como su sucesor, Roh Tae Woo, elegido presidente en 1987, pero, por lo menos, *fue elegido*.

Enfocó los prismáticos hacia Gregory y se preguntó dónde estaría Soonji.

Si cualquier otro hombre hubiese conquistado a la que fue su ayudante, Hwan lo habría odiado hasta el fin de sus días. Siempre estuvo enamorado de Soonji, pero el reglamento de la CIAC prohibía las relaciones entre sus funcionarios. A quienes quisieran infiltrarse, les hubiese sido muy fácil obtener información a través de una secretaria o de una administrativa que se dejase cortejar por algún agente.

La verdad era que casi merecía la pena dejar el cuerpo por ella, pero le hubiese destrozado el corazón a Greg. Su mentor siempre creyó que Hwan tenía la mentalidad, el espíritu y la intuición política de los hombres de la CIAC, y se gastó una pequeña fortuna en educarlo y prepararlo para el servicio. Por más cuesta arriba que se hiciesen, a veces, los reglamentos burocráticos, Hwan sabía que Gregory tenía razón: aquélla era, *de verdad*, su vida.

Oyó un «bip» a su izquierda y bajó los prismáticos. Tenía una radio de onda larga en el salpicadero. Si alguien quería hablar con él, sonaba un tono y parpadeaba una luz roja junto al botón que permitía la conexión con el emisor.

Se encendió una luz que correspondía al agente apostado en lo alto de los grandes almacenes Yi.

Hwan pulsó el botón.

—Aquí Hwan. Cambio.

—Señor, un tipo con *blazer* rojo corre hacia el camión del equipo de sonido. Cambio.

—Lo compruebo. Cambio.

Hwan cogió el teléfono móvil y llamó al despacho del coordinador, en el palacio.

—Sí. ¿Qué ocurre? —contestó una voz nerviosa.

—Soy Kim Hwan. ¿Es de ustedes el hombre que va hacia el camión de sonido?

—Claro. ¿Es que no ha notado que nos hemos quedado sin sonido? A lo mejor ha sido alguno de sus hombres, al registrar en busca de explosivos… —dijo el coordinador—. Quien sea, se la va a cargar —añadió.

Se hizo un largo silencio.

—Pues tendrá que vérselas con los perros, que son los que mandamos a olisquear.

—Maravilloso —dijo el coordinador—. Igual se han meado en un cable.

—Una observación muy política —dijo Hwan—. Siga en línea hasta que oiga algo.

Se hizo otro largo silencio y, de pronto, se oyó farfullar a alguien como si estuviera muy lejos a través del teléfono:

—*¡Dios mío! ¡«K-Dos»…!*

—¡Suba el volumen! —gritó Hwan, alarmado—. Quiero oír lo que dice.

—¿Qué ocurre, *K-Uno*? —preguntó el coordinador.

—*Señor… «K-Dos» está tendido en el suelo sangrando. Ha debido de caerse*.

—Compruebe la consola.

Se hizo un tenso silencio.

—*Los micrófonos están desconectados. Y los comprobamos. ¿Por qué lo habrá hecho?*

—Vuélvalos a conectar…

—*De acuerdo*.

Hwan enarcó las cejas. Crispó la mano en el auricular, a punto de abrir la puerta.

—¡Dígale que no toque nada! —gritó—. Alguien ha podido entrar y…

Se vio un fogonazo y el resto de la frase quedó sofocado por un formidable estallido.

SEIS

Martes, 4:04, en la Casa Blanca

El teléfono de seguridad TS-3 sonó en la mesilla de noche. La consola tenía, en la parte superior, una pantalla rectangular, iluminada, en la que aparecían el nombre y el número de la persona que llamaba y la indicación de si su línea era segura.

Medio dormido, el presidente Michael Lawrence no miró a la pantalla al alcanzarse el auricular.

—¿Sí?

—Tenemos un problema, señor.

El presidente se apoyó en un codo y se incorporó. Entonces miró a la pantalla. Era Steve Burkow, el jefe de Seguridad Nacional. Debajo de su número de teléfono aparecía la palabra «confidencial» («no secreto» o «alto secreto»).

El presidente se tapó el ojo izquierdo con la palma de la mano libre.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Se llevó la mano al otro ojo, se lo restregó y miró el despertador que tenía junto al teléfono.

—Hace siete minutos se ha producido una explosión en Seúl, frente al palacio.

—Por el aniversario —adivinó—. ¿Muy grave?

—Sólo he visto el vídeo por encima. Deben de haber sido centenares los heridos. Posiblemente, habrá decenas de muertos.

—¿Algunos de los nuestros?

—No lo sé.

—¿Terroristas?

—Da esa impresión. Han volado un camión de los equipos de sonido.

—¿Lo han reivindicado?

—Kalt está ahora en contacto por teléfono con la CIAC. De momento, no.

El presidente ya se había levantado.

—Llame a Av, Mel, Greg, Ernie y Paul, y que estén a las cinco y cuarto en el salón de emergencias. ¿Estaba Libby allí?

—No había llegado. Iba de camino desde la embajada… Tratándose de un discurso de Duk, prefería llegar tarde.

—Bien por ella. Pásemela al teléfono. Lo cogeré abajo. Y llame al vicepresidente a Pakistán y dígale que regrese esta tarde.

Después de colgar, el presidente accionó el intercomunicador que tenía junto al teléfono para pedirle a su asistente que le preparase un traje negro y una corbata roja por si tenía que hablar con los medios informativos y no le daba tiempo a cambiarse.

Al ir hacia el aseo por la mullida alfombra, su esposa Megan se desperezó. Y aunque la oyó llamarlo con una voz tenue, la ignoró y cerró la puerta del cuarto de baño.

SIETE

Martes, 18:05, Seúl

Iban los tres tranquilamente por el callejón. Al llegar a la ventana del abandonado hotel, los dos acompañantes del *Parche* se deslizaron al interior mientras éste vigilaba antes de entrar también tras ellos.

El Parche corrió hacia la bolsa que dejó en un rincón y sacó tres paquetes. En uno había un uniforme de capitán del ejército de Corea del Sur que se lo apropió él. Los otros dos eran de soldado raso. Se descalzaron y desvistieron, guardaron las botas y la ropa en la bolsa y se pusieron los uniformes.

El Parche fue hacia la ventana, salió y les indicó a sus hombres que lo siguieran. Cada uno, con su bolsa en la mano, cruzó con paso vivo el callejón, en dirección contraria a donde se encontraba el palacio, hacia otra callejuela en la que aguardaba un cuarto hombre con un *jeep* en punto muerto. En cuanto estuvieron sentados en el interior del vehículo, enfilaron hacia Chonggyechonno, lejos del lugar de la explosión, hacia el norte.

OCHO

Martes, 4:08, Chevy Chase, Maryland

Paul Hood cerró con cuidado la puerta del dormitorio y se acercó a la cama de su hijo. Le protegió los ojos con la mano y encendió la lamparita de la mesilla de noche.

—Papá… —rezongó el pequeño.

—Pa… ciencia —le musitó Hood, que separó un poco los dedos para que el niño pudiera ver sin que le molestase la luz.

Luego se agachó para sacar el Auxi-Pulmo del estante inferior de la mesilla, retiró de un capirotazo la tapa del recipiente (del tamaño de una bolsita de *picnic*), desenrolló el tubo y se lo tendió a Alexander. El chico se introdujo un extremo en la boca mientras su padre echaba Ventolin por la ranura superior del artilugio.

—¿A que te dan ganas de darme una patada en el culo cuando te hago esto?

El niño asintió con cara de circunstancias.

—¿Sabes? Te voy a enseñar a jugar al ajedrez.

Alexander se encogió de hombros.

—Es un juego en el que puedes dar patadas en el culo… mentalmente. Es mucho más satisfactorio.

Alexander hizo una mueca de fastidio.

Después de conectar el aparato de ventilación pulmonar, Hood fue hacia el pequeño televisor Trinitron que estaba en un rincón,

activó el vídeo y volvió con un par de mandos a distancia mientras el logotipo de *Kombate mortal* aparecía ya en pantalla.

—Pero no introduzcas la contraseña de la versión sangrienta —dijo Hood antes de pasarle al pequeño uno de los mandos—. No quiero que me destrocen el corazón esta noche.

Alexander puso unos ojos como platos.

—¡Ajá! —prosiguió su padre—. ¿No ves que me sé de carrerilla el «código de honor de pantalla»? Te vi andar ahí la última vez, y le saqué a Matt Stoll el resto de la información.

Alexander tenía ya cara de susto al sentarse su padre en el borde de la cama.

—¿Visto? Los tecnoempollones del Centro de Operaciones, tío. Casi nada. Ándate con ojo con ellos. Y con sus jefes.

Con la boquilla del nebulizador firmemente sujeta entre los labios, Alexander tuvo buen cuidado de no tocar más que el botón del start. Enseguida el dormitorio se llenó de los gemidos y los sonoros golpes de «Liu Kang» y «Johnny Cage», que combatían por la supremacía en la pantalla de vídeo.

Por primera vez iba a llevarse papá Hood el gato al agua, cuando sonó el teléfono. A aquella hora sólo podía ser algo grave, o que se equivocaban de número.

Oyó crujir el parqué y, al instante, Sharon asomó la cabeza por la puerta.

—Es Steve Burkow.

Hood se puso tenso. A aquella hora tenía que ser algo gordo.

Alexander había aprovechado la distracción para atizarle al pupilo de su padre dos contundentes patadas y, al levantarse Hood, «Johnny Cage» se desplomó hacia atrás, muerto.

—Bueno, por lo menos no me has arrancado el corazón —dijo Hood, que dejó el mando y enfiló hacia la puerta.

Fue ahora su esposa quien puso unos ojos como platos.

—Bromeábamos, mujer —dijo Hood que, ya en el pasillo, le dio una cariñosa palmadita en la retaguardia.

El teléfono del dormitorio no era portátil, sino de seguridad. Hood no hizo más que estar a la escucha lo justo, mientras el consejero de Seguridad Nacional le informaba de la explosión y lo convocaba a la reunión en la sala de consultas.

Al entrar Sharon en la habitación, Hood ya había colgado. Desde allí oían a Alexander pelearse con el ordenador.

—Perdona, no he oído al niño —dijo ella.

Hood se quitó el pantalón del pijama y se puso el del traje.

—Da igual, mujer. Total, ya estaba despierto.

—¿Algo serio? —preguntó Sharon, señalando con la cabeza al teléfono.

—Un atentado terrorista en Seúl. Una bomba. Es todo lo que sé.

—Oye, ¿por casualidad no habrás sido tú quien me ha metido mano en la cama? —le dijo ella mientras se acariciaba los desnudos brazos.

Hood se alcanzó la camisa blanca que colgaba del pomo del armario y esbozó una sonrisa.

—He estado a punto.

—Hummm… Pues he debido de soñarlo. Habría jurado que sí.

Sentado en la cama, Hood se calzó. Sharon le acarició la espalda mientras él se ataba los cordones.

—¿Sabes lo que nos convendría, Paul?

—Unas vacaciones —repuso él.

—Pero no unas simples vacaciones. Poner tierra de por medio una temporada… *solos*.

Él se levantó y cogió el reloj, la cartera, las llaves y su credencial de seguridad de la mesilla de noche.

—Es en lo primero que he pensado al despertarme.

Sharon hizo un mohín de resignación a modo de respuesta.

—Pero te prometo que lo haremos —dijo él, y la besó cariñosamente en la cabeza—. Te quiero. Mira, en cuanto ponga el mundo a salvo, iremos a explorar una buena parte de él.

—¿Me llamarás? —dijo ella, que lo siguió hacia el pasillo.

—Claro —repuso él, ya a la carrera hacia la puerta.

Bajó los escalones de dos en dos y salió al jardín como una exhalación.

Mientras maniobraba con el Volvo marcha atrás para salir del garaje y enfilar la rampa de acceso, Hood marcó el número de Mike Rodgers y conectó el altavoz.

El teléfono apenas sonó una vez, pero no contestaron nada al descolgar.

—¿Mike?

—Sí, Paul —dijo Rodgers—. Te oigo.

«¿Sí, Paul?», pensó Hood con el entrecejo fruncido. Rodgers le caía bien, lo admiraba y confiaba en él más aún de lo que lo admiraba. Tanto es así que se había prometido que, si alguna vez pillaba al general desprevenido, se retiraría, porque profesionalmente ya no cabía aspirar a más.

—¿Quién le ha informado? —preguntó Hood—. ¿Alguien de la sección de Seúl?

—No —contestó Rodgers—. Lo he visto en la CNN.

Hood frunció más el entrecejo. Una cosa era que él *no pudiese* dormir, pero, por lo visto, Rodgers no lo necesitaba. Pudiera ser que los solteros tuvieran más energías, o quizá hubiese hecho un pacto con el diablo. Sólo lo sabría si una de las veinteañeras de Rodgers se dejaba caer, o dentro de otros seis años y medio (lo que tardase menos).

Como el teléfono del coche no era de seguridad, Hood le dio las instrucciones con prudencia.

—Oiga, Mike, voy a ver al jefe. No sé qué nos dirá, pero quiero que me tenga preparada una agrupación de intervención.

—Buena idea. ¿Tiene alguna razón para pensar que accederá, al fin, a dejarnos actuar en el extranjero?

—Ninguna —contestó Hood—. Pero si decide ponerse duro con alguien, estaremos preparados.

—Me seduce —dijo Rodgers—. Como dijo Nelson en la batalla de Copenhague: «¡Sépanlo! ¡No me movería de aquí por nada del mundo!».

Hood colgó. La observación de Rodgers le producía una extraña inquietud. Pero la desechó de la mente al llamar al asistente del director, Curt Hardaway, que estaba de turno. Le ordenó que reuniese a todos los jefes de departamento a las cinco y media en el despacho. También le dijo que localizase a Gregory Donald, que estaba invitado a los actos del aniversario… y que confiaba que estuviese bien.

NUEVE

Martes, 18:10, Seúl

Gregory Donald salió despedido hasta tres filas más abajo de donde estaba sentado. Aterrizó sobre una obesa benefactora que porfiaba por levantarse. Donald se dejó caer desde la mole, procurando no atropellar al joven que tenía al lado.

—Perdone —dijo, inclinándose hacia la mujer—. ¿Está usted bien?

La mujer ni alzó la cabeza. Al repetir la pregunta, Donald se percató de que le silbaban horriblemente los oídos. Se palpó las orejas. No sangraba, pero tardaría bastante en oír con normalidad.

Se sentó un momento para tranquilizarse. Su primera sensación fue que la tribuna se hundía, pero era obvio que no. Luego oyó un estruendo, notó un golpe en el pecho y salió volando.

Empezó a coordinar sus ideas.

Una bomba. Tenía que haber sido una bomba.

Miró hacia el bulevar.

«¡Soonji!».

Se levantó tambaleante y esperó hasta asegurarse de que no se iba a desmayar. Luego, bajó corriendo por el graderío hacia la calle.

La polvareda de la explosión flotaba en el aire como una densa niebla. No se veía nada a más de dos pasos. En las gradas, unos seguían sentados, aunque conmocionados; otros tosían, gemían o se aventaban con las manos para poder respirar; los más, forcejeaban

por levantarse y salir de debajo de los escombros. Había cuerpos ensangrentados por todas partes, acribillados por la metralla.

A Donald se le encogió el corazón, pero no podía detenerse. Por lo menos hasta asegurarse de que Soonji estaba bien. A sus aturdidos oídos llegaba, amortiguado, el ulular de las sirenas. Trató de ver las destellantes luces rojas para orientarse sobre dónde estaba el bulevar. En cuanto las entrevio, echó a caminar tambaleante a través de la polvareda. Tropezaba con cuerpos y trozos de metal retorcido. A medida que se aproximaba a la calle, oía quedamente los gritos, veía borrosas siluetas: batas blancas de los enfermeros y azules uniformes de los policías que iban de acá para allá.

Se detuvo en seco al tropezar con la llanta de la rueda de un camión que giraba loca, la goma del neumático hecha colgajos, como algas que pendiesen de un galeón hundido. Al mirar al frente, Donald vio que *ya* estaba en el bulevar.

Retrocedió y miró hacia la derecha…

«No. Por el otro lado». Por el lado de los grandes almacenes Yi era por donde la vio venir.

Donald se puso tenso y alguien lo sujetó del brazo. Miró hacia su derecha y vio a una joven con bata blanca.

—¿Está usted bien? —le preguntó ella.

Él hizo una mueca y señaló a sus oídos.

—Que si está usted bien —repitió ella.

—Atienda a los demás —le gritó él—. He de llegar a los grandes almacenes.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —Porfió la enfermera con cara de perplejidad.

Donald asintió con la cabeza y le apartó la mano sin brusquedad.

—Yo estoy bien, pero mi esposa venía hacia aquí y he de encontrarla.

Ella lo miró, entonces, con mayor perplejidad aún.

—*Eso* son los grandes almacenes Yi —le dijo.

Al darse ella la vuelta para ayudar a una persona recostada en un buzón de correos, Donald retrocedió varios pasos y alzó la vista. Las palabras de la enfermera lo conmocionaron como una segunda explosión. Se quedó casi sin respiración. Entonces reparó en que el camión no sólo estaba volcado, sino que había explotado frente a la entrada de los grandes almacenes. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. La meneó de un lado a otro como para desterrar la imagen de lo que pudiera haber en el interior.

«No le ha ocurrido nada», se dijo. Siempre tuvo suerte. Todo el mundo lo sabía. Era la clásica persona a la que le tocaban premios sin jugar. Siempre apostaba a caballos ganadores. Y se había casado con él. De manera que estaba bien. Tenía que estar bien.

Notó otra mano en su brazo y se dio la vuelta. La larga melena negra estaba moteada de blanco y el vestido color malva hecho un asco, pero allí estaba Soonji, a su lado, sonriente.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó él, y la estrechó entre sus brazos —. ¡Qué susto, Dios, qué susto! Gracias a Dios que estás a salvo…

De pronto, se le quebró la voz al verla palidecer. Al rodearle la cintura con el brazo, la manga de la chaqueta se le quedó pegada a la espalda.

Horrorizado, se arrodilló con su esposa en brazos. Le ladeó el cuerpo con cuidado. Se quedó sin aliento al verle la espalda: la tela y la carne estaban socarradas, empapadas de sangre, y le asomaba el hueso. Donald la abrazó y se oyó gritar un desgarrado grito que brotó de lo más hondo de su alma.

Dispararon un *flash*. Vio que la enfermera se acercaba y que les indicaba a sus compañeros que acudiesen. Varias manos empezaron a tirar de él y de Soonji. Donald se resistió hasta que comprendió que, en aquellos momentos, no era su amor lo que más necesitaba su adorada esposa.

DIEZ

Martes, 18:13, Nagato, Japón

El salón de *pachinko* era una versión reducida de los célebres salones del barrio de Ginza de Tokyo. De estructura rectangular, el edificio tenía, aproximadamente, la longitud de un furgón de ferrocarril. La atmósfera estaba muy cargada a causa del humo de los cigarrillos. El ruido de las bolas de las máquinas, alineadas a uno y otro lado, era ensordecedor.

Eran máquinas muy similares a las del «millón», tan populares en Occidente. Al introducir el jugador una moneda, aparecían varias bolas que se entrechocaban y salían despedidas en distintas direcciones. Podían caer en agujeros laterales o en uno central, que era lo que trataba de conseguir el jugador con los mandos. Cuantas más bolas caían por el agujero central, más *tickets* ganaba el jugador que, cuando acumulaba los suficientes, iba a un mostrador del fondo a cambiarlos por animales disecados.

Aunque el juego era ilegal en Japón, no lo era que un jugador vendiera el animal que hubiese ganado… en un cuarto trasero. Por un osezno pagaban veinte mil yenes; por un conejo adulto, el doble, y por un tigre disecado llegaban hasta sesenta mil yenes.

Los jugadores venían a gastar unos cincuenta mil yenes por noche y, por lo general, había no menos de doscientos para las sesenta máquinas.

Aunque les gustase ganar, pocos acudían allí en busca de un beneficio. Por lo visto, producía adicción ver cómo saltaban las bolas, si bailaban a tu son o contra ti. Era el jugador contra el destino, una manera de averiguar cuál era la disposición de los dioses hacia ellos. Existía la arraigada creencia de que, si uno lograba cambiar su suerte allí, también lo lograría en la vida real. Nadie se explicaba por qué, pero la mayoría de las veces resultaba.

Había salones en todas las islas japonesas: unos pertenecían a familias respetables que los regentaban desde hacía siglos, otros eran propiedad de organizaciones mafiosas, principalmente los Yakuza y los Sanzoku, a cuál peor.

El salón de Nagato, en la costa occidental de Honshu, pertenecía a una familia independiente, los Tsuburaya, desde hacía dos siglos. Las organizaciones mafiosas hacían regulares y respetuosas tentativas de comprar el salón, pero los Tsuburaya no tenían interés en vender. Invertían sus ganancias en negocios en Corea del Norte, avanzadillas potencialmente lucrativas que confiaban en extender cuando la unificación fuese una realidad.

Dos veces por semana, los martes y los viernes, Eiji Tsuburaya remitía millones de yenes a Corea del Norte a través de dos correos de confianza que residían en Corea del Sur. Ambos llegaban en el último transbordador de la tarde con un maletín corriente y vacío e iban directamente al cuarto de atrás del salón, del que salían con el mismo maletín lleno, y estaban de vuelta en el transbordador antes de que zarpase de nuevo para cubrir las ciento cincuenta millas que había hasta Pusan. Desde allí, el dinero lo pasaba de manera clandestina a Corea del Norte el PUC (Patriotas por la Unificación de Corea, un grupo en el que formaban coreanos del norte y del sur, desde empresarios y agentes de aduanas hasta barrenderos). Estaban convencidos de que contribuir a que ganasen dinero los más emprendedores, y los norcoreanos en general, forzaría a los líderes comunistas a aceptar el mercado libre y, a la postre, la unificación.

Como de costumbre, los correos dejaron el salón, subieron al taxi que aguardaba y se acomodaron para el trayecto de diez minutos hasta el transbordador. Pero en esta ocasión los siguieron.

ONCE

Martes, 18:15, Seúl

Kim Hwan vio a Donald sentado en un bordillo con la frente apoyada en las manos y la chaqueta y los pantalones manchados de sangre.

—¡Gregory! —le gritó mientras corría hacia él.

Donald alzó la vista. Tenía sangre y lágrimas en las mejillas y en su enmarañado pelo plateado. Al tratar de levantarse, le fallaron las piernas y se venció hacia atrás. Hwan lo sujetó y lo estrechó entre sus brazos al volver a sentarlo. Echó el cuerpo hacia atrás un momento, lo justo para cerciorarse de que la sangre no era de Donald. Luego volvió a abrazarlo.

Donald logró articular unas palabras que sus sollozos hicieron ininteligibles. Su respiración era un puro jadeo.

—No digas nada —le encareció Hwan en tono pausado—. Ya me lo ha contado mi asistente.

Donald no parecía oírlo.

—Ella… Ella era un ser… inocente.

—Ya lo creo que sí. Dios la premiará.

—No tenía que habérsela llevado, Kim. Podía habérseme llevado a mí. Ella no…

Hwan se tragó las lágrimas sin separar la mejilla de la cabeza de Donald.

—Lo sé.

—¿A quién había hecho daño ella? Era un ser sin maldad. No lo entiendo —dijo, y hundió la cabeza en el pecho de Hwan—. *Quiero que me la devuelvan*, Kim… La quiero…

Hwan vio a una enfermera volverse hacia ellos e indicarles que se acercasen. Sin dejar de abrazar a Donald, Hwan se levantó lentamente.

—Por favor, Donald, quiero que vayas a que te hagan una revisión para asegurarnos de que estás bien.

La enfermera posó una mano en el brazo de Donald, pero él se la retiró.

—Quiero ver a Soonji. ¿Adónde han llevado a mi esposa?

Hwan miró a la enfermera, que señaló hacia un cine. Había sacos con cuerpos de víctimas, y llegaban más.

—Ya se ocupan de ella, Gregory. Ahora has de pensar en ti. Podrías tener alguna lesión.

—Estoy bien.

—Mire usted, tengo otros que… —le dijo la enfermera a Hwan.

—Por supuesto, perdone. Y gracias.

La enfermera se alejó a toda prisa, y Hwan dio un paso atrás. Sujetó a Donald por los hombros y miró a sus profundos ojos oscuros, siempre tan llenos de amor y ahora rojos y vidriosos de puro dolor. No iba a obligarlo a ir al hospital, pero tampoco podía dejarlo allí solo.

—¿Quieres hacerme un favor, Gregory?

Donald dirigió la mirada hacia él, aunque en realidad mirase más allá, de nuevo lloroso.

—Necesito ayuda para este caso. ¿Vienes conmigo?

—Quiero quedarme con Soonji —repuso Donald que, ahora, lo miró con fijeza.

—Gregory…

—La quiero. Me necesita.

—No —replicó Hwan en voz baja—. Nada puedes hacer por ella —añadió. Le dio la vuelta a Donald y señaló hacia el cine, que

estaba a una manzana de allí—. Tu sitio no es ése. Tu sitio está con aquellos de nosotros a quienes sí puedes ayudar. Ven conmigo. Ayúdame a encontrar a los autores.

Donald parpadeó y se tentó, abstraído, los bolsillos. Hwan rebuscó en uno de ellos.

—¿Es esto lo que quieres, Donald? —le preguntó, al tiempo que le pasaba la pipa.

Donald la cogió con movimientos torpes y vacilantes. Hwan le ayudó a llevársela a la boca. Como vio que no tenía intención de encenderla, Hwan lo cogió del codo y se alejó con él a través de la ya reposada polvareda y del creciente trajín de la plaza.

DOCE

Martes, 5:15, en la Casa Blanca

La sala de consultas de la Casa Blanca estaba situada en el sótano, justo debajo del despacho Oval. Había una larga mesa rectangular de caoba en el centro de la estancia, intensamente iluminada; un teléfono de seguridad TS-3, y un monitor de ordenador para cada asiento con sus correspondientes teclados. Al igual que con todos los ordenadores del ejecutivo, el sistema informático era autónomo. Todo *programa* procedente del exterior, aunque fuese del Ministerio de Defensa o del de Exteriores, era convenientemente tratado para eliminar cualquier virus antes de instalarlo en el ordenador.

De las paredes pendían detallados mapas que mostraban los emplazamientos en los que había tropas norteamericanas y extranjeras, así como banderitas que indicaban los puntos conflictivos: rojo, si se trataba de conflictos en curso; verde, si eran latentes. En «Seúl» ya habían colocado la banderita roja.

Paul Hood había llegado por el acceso oeste de la Casa Blanca y, tras pasar por el detector de metales, cogió el ascensor hasta el sótano. Al abrirse la puerta, un centinela del cuerpo de *marines* comprobó su credencial y lo condujo hasta una consola, contigua a una puerta sin pomo ni manija. Hood apoyó el pulgar ligeramente en una pantallita que asomaba de la consola y, al instante, se oyó un zumbido y se abrió la puerta. Hood entró y pasó junto a un agente, que había comprobado su huella dactilar con la que figuraba en los

archivos de su ordenador. De no haber coincidido las huellas, la puerta no se hubiese abierto. Sólo el presidente, el vicepresidente y el ministro de Asuntos Exteriores estaban exentos de esta medida de seguridad.

A continuación también se abrió la puerta de la sala de consultas, y Hood entró. Ya estaban allí dos miembros del ejecutivo y dos altos cargos: el ministro de Asuntos Exteriores, Av Lincoln; el ministro de Defensa, Ernie Colon; el jefe de la JUJEM, Melvin Parker, y el director de la CIA, Greg Kidd. Hablaban en un rincón del fondo, junto a una mesita frente a la que se sentaban dos secretarias: una se encargaba de tomar notas codificadas en un bloque electrónico, la otra estaba allí para recuperar de los archivos cualquier dato que pudieran pedirle. Un *marine* sacaba carritos con café, garrafas de agua y copas.

Todos saludaron protocolariamente a Hood, salvo Lincoln, que se le acercó nada más verlo entrar. Era un hombre de casi metro ochenta, fornido, cara redonda y lo que fue flequillo y sólo eran cuatro pelos en guerrilla. Vieja gloria del béisbol profesional, llegó desde el estadio hasta el Congreso a más velocidad que los cañonazos que lanzaba como *pitcher*. Fue el primer político que apoyó la candidatura a la presidencia del gobernador Michael Lawrence, y su recompensa fue el Ministerio de Exteriores. Aunque gozaba de mucho crédito, carecía del tacto diplomático que requería el cargo, y era muy proclive a la perogrullada. Pero la mayor virtud de Lawrence era la lealtad.

—¿Qué tal? —le preguntó Lincoln al tenderle la mano.

—Pasable, Av.

—Buen trabajo el vuestro el Día de la Independencia. Impresionante.

—Gracias, pero no se puede hablar realmente de buen trabajo con rehenes heridos.

—Bah —exclamó Lincoln—. No hubo muertos. Y eso es lo que importa. Leche, tú, coordinar a la policía local, al FBI y a tus propios

hombres con los medios informativos sin quitarte ojo no es ninguna tontería, es un milagro como la copa de un pino —añadió, a la vez que se servía café—. La misma canción que ahora, Paul. Ya están en televisión los expertos venga a hablar. Nos desayunaremos con sondeos de opinión que nos dirán que el setenta y siete por ciento de los norteamericanos cree que no deberíamos estar en Corea, ni en ninguna otra parte.

Hood miró el reloj.

—Ha llamado Burkow —prosiguió Lincoln—, dice que van con retraso. El presidente está al teléfono con el embajador Hall. No quiere que se refugien estadounidenses en la embajada, ni tampoco que no se los reciba, a menos que él lo ordene; ni que se hagan declaraciones, ni se adopte medida alguna que pueda dar la impresión de pánico.

—Por supuesto.

—Ya sabes lo fácil que es interpretar estas cosas como augurios de que van a cumplirse los propios deseos.

—¿Se sabe algo de quiénes puedan ser los autores? —preguntó Hood.

—Nada. Todos han condenado el atentado, incluso los norcoreanos, pero el gobierno no es precisamente el portavoz de los extremistas de uno u otro signo. De manera que ¿quién sabe?

—Los norcoreanos *siempre* condenan el terrorismo —terció el ministro de Defensa desde el otro lado de la estancia—, incluso el propio. Cuando derribaron aquel reactor de la KAL, que se despistó, lo condenaron incluso los que peinaron la zona del siniestro en busca de cámaras ocultas.

—Y las encontraron —replicó Lincoln, que hizo amago de taparse la boca mientras iba hacia el grupo.

Hood reflexionó sobre la política norcoreana de disparar primero y preguntar después mientras se servía café. La última vez que estuvo en aquella sala fue cuando los rusos derribaron un avión espía lituano. El presidente decidió no apretarles mucho las tuercas

sobre el asunto. Nunca olvidaría el modo en que Lincoln saltó literalmente del asiento y dijo: «¿Qué creen que dirían los gobernantes del mundo si *nosotros* derribásemos un aparato extranjero? ¡Nos crucificarían!».

Y estaba en lo cierto. Por la razón que fuere, las reglas eran distintas para los Estados Unidos.

Hood se sentó frente a la mesa, a la izquierda del presidente y tan lejos de él como pudo. Le gustaba observar cómo rivalizaban los demás por hacer valer sus criterios, y aquél era un asiento preferente. La psicóloga del personal del Centro de Operaciones, Liz Gordon, le había enseñado a interpretar el lenguaje corporal: apoyar las manos entrelazadas en la mesa indicaba docilidad; sentarse con la espalda erguida mostraba confianza, mientras que inclinarse hacia adelante delataba inseguridad. —*¡Miradme! ¡Miradme!*—; la cabeza ladeada revelaba un talante condescendiente. «Es como el boxeador que te ofrece el mentón —le había dicho Gordon—. Te desafía a que le pegues porque cree que no puedes».

Apenas se hubo sentado, Hood oyó abrirse la puerta y el vozarrón del presidente de los EE. UU. Durante la campaña, dos años antes, un columnista dijo que aquella voz era lo que le ganaba el crucial voto de muchos indecisos. Era una voz que parecía arrancar de la pelvis —como hacen los tenores— y ascender hasta salir de su boca con potencia y grandeza olímpicas. Eso, además de su metro noventa, le daba un empaque presidencial, un capital muy mermado por las explicaciones que tuvo que dar por dos descalabros de su política exterior. El primero, por enviarles alimentos y armas a los rebeldes bhutaneses opuestos a la dictadura, promotores de una revuelta que acabó con miles de detenciones y ejecuciones y fortaleció al régimen. El segundo, por manejar con guantes de terciopelo una disputa fronteriza entre Rusia y Lituania que desembocó en una solución por la cual Moscú se apropió de una parte del territorio de la pequeña república, y a la que envió un contingente militar. Esto, a su vez, provocó un masivo éxodo a la

ciudad de Kaunas que causó sublevaciones por la falta de alimentos y centenares de muertos.

Su credibilidad en Europa quedó muy mermada, y su influencia en el Congreso, en entredicho. No podía permitirse otro fiasco, sobre todo con un viejo aliado.

El consejero de Seguridad Nacional, Burkow, estuvo de un solícito subido con el presidente. Nada más entrar sirvió café para ambos. El presidente empezó a hablar sin aguardar a que todos se sentasen.

—Señores, como saben, hace una hora y cuarto han volado un camión de los equipos de sonido frente al palacio Kyongbok de Seúl. Ha habido varias decenas de muertos entre políticos y espectadores. De momento, la CIAC no sabe de autores ni móviles. No ha habido amenazas ni reivindicación. El embajador Hall se ha limitado a pedir que reiteremos nuestro apoyo al gobierno y al pueblo de Corea del Sur. He autorizado al ministro-portavoz Tracy a que haga justamente eso. El embajador Hall hará pública una declaración de condena en términos genéricos.

El presidente se recostó en el respaldo y prosiguió, tras una breve pausa:

—Caso de que fuese Corea del Norte, Ernie, ¿cuál sería, en principio, nuestra postura?

El ministro de Defensa se dirigió a una de las secretarias y le dijo:

—Documento CN-SA.

Al volver a mirar hacia la mesa, el documento «COREA DEL NORTE-SITUACIÓN DE ALERTA» ya estaba en pantalla.

—En resumen, señor presidente —repuso Ernie entrelazando las manos—, nuestra política la define el Defcon cinco. Es decir: ponemos a nuestras bases de Corea del Sur y de Japón en alerta máxima, y aerotransportamos tropas desde Fort Pendleton y Fort Ord. Si los servicios de inteligencia detectan el menor síntoma de movilización de tropas coreanas, pasamos inmediatamente al Defcon

cuatro. Es decir: enviamos unidades navales desde el índico, al objeto de que las Fuerzas de Despliegue Rápido estén bien situadas. Si los norcoreanos contrarrestan la medida con más despliegues, la lógica de la teoría del dominó se precipitará: fases Defcon tres, dos y uno.

Ernie miró a la pantalla y tocó con el dedo el rótulo «SIMULACIÓN BÉLICA».

—Al llegar al punto de no retorno, tenemos tres escenarios posibles.

Hood recorrió con la mirada los rostros de los presentes, que se mostraban tranquilos, excepto Lincoln, que estaba inclinado hacia adelante y zapateaba nerviosamente con el pie derecho. Era el tipo de situaciones que le iba: palo y tentetieso. En el extremo opuesto del espectro estaba el jefe de la JUJEM, Melvin Parker. Su expresión y su postura eran sosegadas, igual que las de Ernie Colon. En situaciones como aquélla, no eran nunca los militares quienes abogaban por la fuerza. Sabían muy bien cuál era el precio aunque una operación tuviese éxito. Eran siempre los políticos, o los altos cargos nombrados por éstos, quienes mostraban frustración o impaciencia por apuntarse una victoria, por más respondona o sucia que pudiera resultar.

El ministro de Defensa se puso las gafas y estudió la pantalla del monitor. Deslizó el dedo a lo largo del menú por donde decía «ACTUALIZACIÓN DATOS DEFENSA».

—Si estalla una guerra y los Estados Unidos se limitan a apoyar, Corea del Sur caería en manos de Corea del Norte en dos o tres semanas. Ustedes mismos pueden ver la correlación de fuerzas entre las dos Coreas.

Hood estudió las cifras. La verdad era que, para el ejército de Corea del Sur, pintaba tan mal como Colon decía.

LA CORRELACIÓN DEL POTENCIAL MILITAR ENTRE AMBAS COREAS ES LA SIGUIENTE:

	Sur	Norte
Número de hombres		
Ejército de tierra	540 000	900 000
Marina	60 000	46 000
Fuerzas Aéreas	55 000	84 000
Total	655 000	1 030 000
Armamento		
Tanques	1 800	3 800
Vehículos acorazados	1 900	2 500
Artillería	4 500	10 300
Buques de guerra (superficie)	190	434
Unidades de apoyo	60	310
Submarinos	1	26
Aviones tácticos (de combate)	520	850
Aparatos de apoyo	190	480
Helicópteros	600	290

Al cabo de unos segundos, Colon seleccionó otro documento del archivo: «ACTUALIZACIÓN DATOS 8.º EJÉRCITO DE LOS EE. UU.».

«En el segundo supuesto, nuestras fuerzas intervendrían en Corea del Sur. Aun y así, la correlación no nos es favorable».

Hood miró los datos que aparecían en pantalla.

FUERZAS DE LOS EE. UU. EN COREA DEL SUR. EFECTIVOS HUMANOS:

Ejército de tierra	25 000
Marina	400
Fuerzas Aéreas	9 500
Tanques	200
Vehículos blindados	500
Aviones de combate	100

—Unirnos a los surcoreanos en el campo de batalla sólo tiene valor disuasorio. ¿De verdad quiere Corea del Norte una guerra con los Estados Unidos?

—¿No tendría el mismo valor disuasorio limitarnos a una labor de apoyo? —preguntó el director de la CIA, Kidd.

—Desgraciadamente, no. Si Piongiang cree que no vamos a entrar en abierta confrontación, marchará sobre Seúl, de la misma manera que Bagdad marchó sobre Kuwait en cuanto creyó que nos mantendríamos al margen.

—Pues menuda sorpresa se llevó —musitó Lincoln.

—Y el tercer supuesto es un ataque preventivo, ¿no? —preguntó el presidente, impaciente.

—En efecto —repuso Colon—. Nosotros y los surcoreanos tomamos los centros de comunicaciones, las vías de abastecimiento y las plantas de reciclado de materiales nucleares con armas convencionales. Si la simulación bélica informática acierta, los norcoreanos pedirán de inmediato sentarse a negociar.

—¿Y por qué no habrían de apoyarse en China y replicar? —preguntó el director de la CIA.

—Porque saben que, desde el recorte de la ayuda en mil novecientos sesenta y ocho —terció el jefe de la JUJEM— y desde que en mil novecientos setenta, doce divisiones surcoreanas y dos de los Estados Unidos se mostrasen incapaces de rechazar un ataque, nuestros planes defensivos se basan, casi exclusivamente, en el pronto recurso a las armas nucleares.

—¿Filtramos nosotros la información? —preguntó el presidente.

—No, señor. Lo leyeron en revistas de temas militares. ¡Es la hostia! En mil novecientos setenta y cuatro, *Time* o *Rolling Stone*, o alguien que odiaba a Nixon, publicó un artículo sobre nuestros planes nucleares para Corea.

—Eso sigue sin aportar ninguna garantía de que no se apoyarán en China —replicó Kidd, recostado en el respaldo—, ni de que Pekín no los apoye, a su vez, con armas nucleares.

—Lo consideramos muy improbable —adujo Colon, que volvió al menú y seleccionó «OPCIÓN CHINA»—. Pero, en definitiva, Mel, la simulación bélica informática es de su competencia…

—Cierto —admitió el jefe de la JUJEM, el diminuto Melvin Parker que, pese al aire acondicionado, sudaba—. Realizamos un ejercicio de simulación parecido a éste hace tiempo, después de que Jimmy Carter fuese a Corea del Norte a mantener una pequeña charla con Kim Il Sung. Dada la situación militar en China, y el perfil sicológico de sus líderes (que nos fue proporcionado por sus hombres, Paul), reparamos en que si reducíamos las restricciones para invertir en China y, paralelamente, autorizábamos el envío de armas a las facciones antichinas de Nepal, a través de India, sería muy improbable que los chinos se implicasen.

—Improbable, ¿hasta qué punto? —preguntó el presidente.

—Ochenta y siete por ciento de probabilidades de mantenerse al margen.

—A nosotros nos salía un porcentaje algo distinto en ASAB —dijo Colon—: un setenta por ciento. Pero en la Agencia de Simulación y Análisis Bélicos carecíamos de perfiles sicológicos actualizados. De manera que me inclino a fiarme más de los datos de Melvin.

Aunque Hood estaba muy atento, y mostrase una expresión impasible, sentía cierta inquietud por los datos que hubiera podido facilitar Liz Gordon. Respetaba mucho a su psicóloga de personal —la tenía en tanta estima como a su oficial de operaciones de apoyo, Matt Stoll—, pero, para él, los análisis informáticos y la sicología iban muy a la zaga de la intuición al viejo estilo. Su jefa de Prensa, Ann Farris, bromeaba con él al decirle que se encariñaba con todos sus presentimientos. Y tenía razón.

El presidente miró el reloj de la parte inferior del monitor y unió las palmas de las manos con los dedos hacia arriba. Colon le indicó a la secretaria que archivase el documento de la pantalla, y Hood vio cómo la cruzaba una lluvia de contraseñas para proteger el documento.

—Señores —dijo el presidente tras un largo silencio—: por lo pronto, los quiero a todos ustedes en las filas del Cuerpo

Expedicionario en Corea. Y con usted al frente, Paul —añadió, mirándolo con fijeza.

El presidente pilló al director del Centro de Operaciones tan desprevenido como a los demás.

—Quiero un informe de opciones dentro de cuatro horas. Descarten nuevos atentados terroristas o agresiones. Partan del supuesto de que se producirá un despliegue limitado, pero no acciones militares, dentro de las próximas veinticuatro horas. Esto les dará tiempo a ustedes, y al resto del Ejército Expedicionario, para evaluar los datos de los servicios de inteligencia y redactarme una adenda a lo que acabamos de ver. Muchas gracias —dijo el presidente mientras se levantaba—. Reúnanse conmigo en el despacho Oval a las seis para que podamos intercambiar opiniones acerca de la situación con nuestros aliados. Ustedes, Ernie y Mel…: informaremos al gabinete y a la Comisión de Defensa a las siete. A usted, Paul, lo veré a las nueve y media.

A continuación el presidente salió, seguido del ministro de Defensa y del jefe de la JUJEM. Av Lincoln se acercó a Hood.

—Felicidades, Paul —le dijo—. Me huelo una defenestración —añadió, acercándosele más—. Procura que no te toque a ti.

Tenía razón. El presidente nunca le había confiado una crisis exterior al Centro de Operaciones. Si lo hacía ahora, significaba que se proponía actuar expeditivamente y con dureza… si podía. Y si algo se torcía, no tenía más que achacarlo a los nuevos, prescindir del recién creado Centro de Operaciones y salir de la crisis con sólo un mínimo desgaste político. Luego… colocaban a Hood con un sueldo bajo en el Carter Center o en el Instituto Norteamericano para la Paz, como converso al pacifismo, un reformado pecador que se flagelaría en público en cenas y simposios.

Av Lincoln alzó ambos pulgares al salir y, tras hacerse una composición de lugar, Hood lo siguió al ascensor. Encima de que iba a tener que cargar con el mochuelo si salía mal, no le hacía ninguna gracia a Hood tener que pasar las próximas cuatro horas como

maestro de ceremonias de aquella especie de guerra de papel, en teleconferencia con los que acababan de reunirse, para formular una estrategia coherente entre seis personas con muy distintas prioridades. Era parte de su trabajo, y lo hacía bien, pero detestaba que todos pensasen primero en lo que convenía al partido, luego al ejecutivo y muy en último lugar al país.

No obstante, también había un lado positivo: la oportunidad de desactivar la crisis. Y el solo hecho de pensar en ello hizo que su organismo empezara a bombear adrenalina. Si el presidente se la quería jugar con el Centro de Operaciones, Hood tenía que estar dispuesto a correr aún mayores riesgos para asegurarse de que, en el plano internacional, el Centro de Operaciones consolidase su prestigio de una vez por todas. Como uno de sus héroes, Babe Ruth, se decía que, cuando te toca batear, piensas en que el equipo logre una carrera, no en avanzar sólo dos bases, y no piensas en fallar. Aunque, como en el caso de Babe, fuera eso en lo que pensaras, la mayoría de las veces, al pisar la base de bateo…

TRECE

Martes, 5:25, Quantico
Base Aérea del Cuerpo de Marines, Virginia

La batalla fue larga y ardorosa: cuerpos que caían, expresiones de angustia, órdenes y gritos que hacían polvo el silencio de la mañana.

—¡Mira que son burros! —exclamó Melissa Squires que, junto a las demás esposas, daba cuenta del desayuno sentada a la mesa. Le dio una palmadita en el hombro al asistente de su esposo—. Parece mentira que disfruten con eso.

—Pues los críos sí —dijo una de ellas, guiñando el ojo al ver a su hija caer desde los hombros de su padre en el centro de la piscina del recinto—. ¡Vaya! ¡Ya tenemos a David de mal humor para todo el día! Él y Verónica estaban aquí a las cuatro y media para practicar su estrategia.

Mientras sus maridos se atizaban duro y a la cabeza, ellas le «atizaban» a los huevos, al *bacon* y a los panecillos, ya que se enfriaban. Llevaban un buen rato con la diaria batalla en las aguas de la piscina, pero no se molestaban en llamarlos a la mesa. No conseguían más que cabrearlos y, además, no hubiesen hecho caso. Faltaría más, con su honor de por medio.

Sólo quedaban dos gallitos: el canijo teniente coronel Charlie Squires, con su larguirucho hijo Billy, y el derrengado soldado raso David George, con su hijo Clark. Los niños se retiraban el pelo de los ojos mientras sus padres se tanteaban, a ver quién daba primero,

pero con lentitud, porque si un niño perdía el equilibrio o hacía una torpe maniobra ofensiva, perdía la concentración.

—La semana pasada —dijo Lydia, la esposa del sargento Grey—, cuando fuimos a visitar a mis padres en Alaska, Chick y yo nos quedamos atascados en la nieve, pero se empeñó en no llamar a la grúa. Me dijo que pusiese punto muerto, fue a la parte de atrás y *lo levantó*. Luego estuvo dos días sin poder enderezarse, aunque para él no pasaba nada… no tenía nada. Qué va. Menudo Hércules.

Se oyó un grito procedente de la piscina al abalanzarse Clark sobre Billy. En lugar de retroceder, como habitualmente hacía, el teniente coronel Squires avanzó y, aprovechando que Clark estaba inclinado hacia adelante, Billy le agarró un brazo, tiró hacia abajo y el chico cayó al agua de espaldas. Al soldado George se le puso cara de tonto y miró a su hijo y a Squires. Sonaron tibios aplausos en el borde de la piscina, desde donde los otros gallitos derrotados seguían el desenlace.

—Listo, ¿no, señor? —le dijo George a Squires—. ¡Dios! ¡Ha durado menos que el primer Clay-Liston!

—Lo siento, chaval —le contestó Squires al tiempo que le guiñaba un ojo.

Éste y su hijo alzaron las manos y chocaron las palmas en señal de triunfo.

—¿De dónde se han sacado ésta?

—Mientras nos cambiábamos. Es lógico, ¿no cree? El otro espera que retrocedas, pero, en lugar de hacer eso, avanzas y lo pillas por sorpresa.

—Pues sí que lo ha pillado, señor —farfulló George, que vadeó hacia el lado menos profundo de la piscina, seguido por su hijo.

—Buen combate —le dijo Clark a Billy mientras seguía a su padre estilo perro.

—Menos lobos —masculló George, que subía por los escalones hecho papilla—. Ya verás mañana.

Al salir Squires tras él, reparó en las luces de unos faros que se reflejaban en la ventana del salón de su casa de la residencia de oficiales de la base. Al coger una toalla de una tumbona, vio apagarse los faros y cómo una persona enfilaba hacia su chalé de una planta, enmarcado en un horizonte azul claro. Nadie podía entrar allí sin pasar por la verja que separaba el recinto de sus hombres del de la Academia del FBI. Tampoco nadie podía trasponer la verja sin antes pedirle a él en persona autorización.

Salvo que fuesen del Centro de Operaciones.

El teniente coronel se echó la toalla por los hombros, se calzó las sandalias y fue con paso vivo hacia la casa.

—¡Se te van a enfriar los huevos, Charlie!

—Enseguida voy, Missy. Acércaselos a George y verás como no se enfrían.

En realidad, la Agrupación de Intervención de Squires era un comando formado por doce oficiales y sus hombres de apoyo, creado hacía seis meses, al mismo tiempo que el Centro de Operaciones. Era la llamada sección «opaca» de la CIA, cuya existencia era un secreto para aquel que no tuviese que estar forzosamente al corriente: los jefes de los tres ejércitos, de los distintos servicios de inteligencia, así como el presidente y el vicepresidente. La misión del comando era simple: acudir allá donde una agresión lo requiriese. Era un grupo de élite que sabía golpear duro y rápido. Aunque los miembros del comando Striker —como lo llamaban— eran militares que cobraban de sus unidades respectivas, iban de paisano. Si la jodían, no había medio de identificarlos… ni tampoco de acusarlos.

Squires sonrió al ver acercarse a Mike Rodgers por uno de los lados de la casa. La aguileña nariz de aquel hombre alto —se la rompió cuatro veces en el baloncesto universitario—, su frente ancha y despejada, de inteligente, y sus ojos castaños, tan claros que a veces parecían dorados, eran una grata visión.

—Confío en que haya de alegrarme de verlo —dijo Squires al cuadrarse ante el general.

Cuando Rodgers hubo correspondido al saludo, se estrecharon la mano.

—Eso depende de si está o no aburrido.

—¿No irá a creer que me va la Coca-Cola *light?* A mí, chispa. Listo para entrar en acción.

—Estupendo, porque ya he avisado por radio al helicóptero para que recoja a once de los hombres y para que Krebs traiga una *impedimenta* suplementaria. Salimos dentro de cinco minutos.

Squires sabía que no debía preguntar adónde iban, ni por qué sólo iban once de los «doce sucios» (por lo menos no allí, donde sus esposas y sus hijos podían oírlo). Comentarios inocentes hechos a través de los teléfonos convencionales a amigos o parientes podían ser desastrosos. También sabía que no debía preguntar por la pequeña bolsa negra que llevaba Rodgers, ni por el dibujo bordado que parecía un florón de hierbajos que asomase de una calzada. Ya se lo explicaría el general si lo consideraba conveniente.

—Sí, señor —se limitó a decir Squires al cuadrarse de nuevo.

Corrió hacia la mesa del desayuno. Los otros doce hombres estaban de pie y se disponían a marcharse, olvidadas ya las hostilidades y las decepciones del deporte matutino.

Tras dirigirse Squires a ellos brevemente, once de los doce corrieron a sus respectivas casas a por su equipo, sin que ninguno de ellos se detuviese a despedirse de sus esposas e hijos, ya que, en el momento de jugarse la vida, podían representárseles una cara triste o unos ojos llorosos y hacerlos vacilar. Era mejor marchar sin más y compensarlo después. El único hombre no incluido en la misión permaneció sentado, inclinado sobre su plato de papel. No era la mañana del soldado George.

Al igual que los demás, Squires tenía su equipo a mano y, cuatro minutos después, todos corrían por el recinto hacia el Bell

Jet-Ranger, que ya calentaba motores para el vuelo de media hora a la Base de las Fuerzas Aéreas de Andrews.

CATORCE

Martes, 19:30, Seúl

El camión del equipo de sonido parecía un aguacate reventado. Los paneles eran puros colgajos, y el centro, un amasijo de hierros retorcidos.

Durante más de una hora, el equipo de Kim Hwan recogió restos en busca de pistas. En la parte inferior de lo que fue el panel de sonido, encontraron residuos de explosivo plástico que mandaron analizar en el laboratorio. No encontraron nada más. Nada, salvo el creciente número de víctimas que pasaban de las listas de heridos a las de muertos. Los agentes apostados en las azoteas no habían visto nada inusual. Una de las dos cámaras de vídeo, instalada en una de las azoteas, resultó destruida por la metralla y la otra enfocaba al estrado y no al público. También recogieron las cámaras de TV y estudiaron las cintas para ver si habían grabado algo anormal. Hwan dudaba que sirviese de algo. Daba la impresión de que todas enfocaban hacia la misma dirección, sin captar el camión. Y su experto informático no creía que ninguna grabase el reflejo del camión en alguna de las ventanas, un reflejo lo bastante grande y completo para poder ser ampliado y estudiado.

Mientras él trabajaba, Gregory Donald estaba recostado en una destrozada farola, con la pipa apagada aún en la boca. No había dicho una palabra ni levantado la vista del suelo. Ya no lloraba, ni

aparentaba estar conmocionado, aunque Hwan no quería ni imaginar lo que debía de pasar por su cabeza.

—¡Señor!

Hwan alzó la vista al ver llegar a su asistente, Choi U Gil, al trote.

—Ri cree haber dado con algo.

—¿Dónde?

—En un callejón, junto al hotel Sakong. ¿Debo llamar al director? Pidió que se le informase de todo.

Hwan bajó del chasis del reventado camión.

—Esperemos a ver de qué se trata. Estoy seguro de que debe de estar desbordado. *Explicándoselo, por encima, al presidente, sin duda*.

Hwan siguió a Choi hacia el Museo Nacional, al sur del palacio presidencial, y le sorprendió ver que Donald los seguía a paso lento. Hwan no lo esperó. Se alegraba de ver que su amigo empezaba a reaccionar, y no quería presionarlo. Estar ocupado era lo único que hacía que el propio Hwan no se mortificase dándole vueltas a la terrible pérdida que ambos habían sufrido.

La ancha «W» de la huella dejada en el reseco polvo de la acera correspondía a una bota del ejército de Corea del Norte. No cabía la menor duda. El «profesor». Ri ya lo había sospechado, y Hwan lo confirmó.

—Salieron del hotel abandonado —dijo el menudo químico de pelo blanco.

—He mandado entrar a un equipo —le dijo Choi a Hwan.

—Parece que los autores bebieron de esto —dijo el profesor señalando hacia la aplastada y vacía botella de agua que había en el suelo— y luego enfilaron hacia el camión de sonido.

El polvo del callejón estaba seco, pero no había soplado el viento, por lo que los residuos no se habían desdibujado. Hwan se arrodilló

y estudió las huellas. Quedaban cuatro completas y parte de otras dos.

—¿Lo han fotografiado todo? —preguntó Hwan.

—Las huellas de las pisadas y la botella —repuso Choi—. Ahora fotografiamos el sótano, ya que parece que ha habido cierta actividad ahí abajo.

—Bien. Envíen la botella al laboratorio para el análisis de las huellas dactilares, y que analicen también el cuello de la botella por si hay restos de saliva, comida, o lo que sea.

El joven asistente corrió hacia el coche, sacó de un maletín una bolsa grande de plástico y unas tenacillas y volvió con ellas. Cogió la botella con cuidado, la metió en la bolsa y marcó la hora, la fecha y el lugar en una banda blanca arrollada al cuello de la botella. Luego sacó un bloque de impresos de parte, rellenó uno de los formularios y guardó ambos en el maletín. Después se metió por la ventana, vigilada por un agente de policía.

Hwan continuaba estudiando las huellas. Notó que no estaban más marcadas por la puntera, lo que significaba que los terroristas no habían corrido. También trataba de determinar lo desgastadas que estuvieran las suelas y si correspondían a una bota o a varias. Parecía haber, por lo menos, huellas de dos botas diferentes del pie derecho. Le extrañó que ambas pareciesen nuevas, que no estuvieran usadas. Los norcoreanos solían distribuir botas nuevas al entrar el invierno, que era cuando más se desgastaban, y no durante el verano.

—Si la botella la han utilizado los terroristas, no vais a encontrar huellas.

Hwan miró a Donald. Su voz sonó monocorde y apenas audible. Llevaba la pipa displicentemente remetida en el bolsillo de la chaqueta. Aunque pálido como la cera, allí estaba, con los ojos bien abiertos. Y se alegraba por él.

—No —dijo Hwan—. Supongo que no.

—¿Por eso no se la han llevado? ¿Porque saben que no puede conducirnos a ellos?

—Cabría esa deducción —dijo el profesor.

Donald se adentró unos pasos por el sombrío callejón. Iba con los brazos caídos y encorvado, de puro abatimiento. Daba pena verlo así. Hwan nunca se había sentido tan impotente.

—Este callejón, tan cerca del hotel… —dijo Donald—. Han tenido que echarle un ojo los vagabundos. Y una botella así, por fuerza tenían que haberla visto vuestros hombres y, al verla, se hubieran percatado también de las huellas.

—Eso mismo pensaba yo ahora —dijo Hwan—. Localizaríamos la procedencia de las botas y llegaríamos a una conclusión sobre quiénes estaban detrás de todo esto.

—Es posible —dijo el profesor, que se encogió de hombros—, pero también lo es que un ciudadano poco cívico que hubiera salido a hacer *jogging* la hubiese tirado ahí, y que los autores del atentado ni siquiera la vieran.

—En cuyo caso, habrá huellas de alguien en la botella —dijo Hwan.

—En efecto —convino el profesor—. Así que mejor me meto en faena. Veré si hay algo revelador en el hotel, y luego volveré al laboratorio.

Cuando el diminuto profesor se hubo marchado, Hwan se acercó a Donald.

—Gracias por consolarme allí —dijo Donald con la voz trémula y los ojos clavados en el suelo—. Te oía, pero… no reaccionaba.

—¡Cómo ibas a reaccionar!

—Aún no me hago a la idea —dijo con los ojos llenos de lágrimas. Desvió la mirada hacia el callejón y se secó las lágrimas con los dedos—. Esto… No es su estilo, Kim. Siempre recurren a provocar incidentes en la Zona Desmilitarizada, o al asesinato, cuando quieren que tomemos nota de algo.

—Cierto. Y hay algo más.

Antes de que Hwan pudiese continuar, un Mercedes negro con matrícula diplomática se detuvo en la bocacalle, y un pulcro joven bajó por el lado del conductor.

—¿Mister Donald?

—Sí, soy Gregory Donald —dijo, asomando de la penumbra.

Hwan no se despegó de él porque, tal como estaban las cosas, nadie sabía quién podía ser el nuevo objetivo aquel día. No iba a correr riesgos.

—Tengo un mensaje para usted de la embajada, señor —dijo el joven del Mercedes.

—¿De quién?

—Me han dicho que le diga que «de un enemigo de *las* Bismarck».

—Hood —le dijo Donald a Hwan—. Me lo temía. Debe de tener información.

Al llegar los tres al coche, el joven funcionario de la embajada abrió la cerradura electrónica.

—Señor, también me han dicho que vea a *mistress* Donald. ¿Necesita algo? Acaso quiera venir con nosotros.

Donald apretó los dientes y meneó la cabeza, pero se le doblaron las rodillas y cayó sobre la carrocería con los brazos cruzados.

—¡Señor!

—No es nada —dijo Hwan, que hizo un ademán para indicarle al joven que se sentase al volante.

Luego, pasó un brazo por la cintura de su amigo y lo ayudó a enderezarse.

—No *será* nada, Gregory.

Donald asintió con la cabeza.

—Te comunicaré cualquier cosa que averigüe.

Hwan abrió la puerta con cara de preocupación, y Donald subió al coche.

—Hazme un favor, Kim.

—Lo que quieras.

—A Soonji le encantaba la embajada y admiraba al embajador. No… No dejes que vaya allí. Tal como está, no. Telefonearé al general Savran. ¿Podrías ocuparte de que la lleven a la base? —le pidió Donald con la voz entrecortada.

—Por supuesto.

Hwan cerró la puerta y el coche arrancó. Al momento se perdió entre el tráfico, entre la profusión de coches y camiones que no paraban de tocar el claxon, porque a la hora punta de media tarde se sumaba el desvío de vehículos de los alrededores del palacio presidencial.

«Que Dios te bendiga, Gregory —musitó Hwan, que alzó la vista hacia el enrojecido sol—. Yo no puedo acompañarlo, Soonji. Cuida tú de él».

Rehízo sus pasos hasta el callejón y miró las huellas. Al llegar los rayos de sol más oblicuos, las sombras se habían adensado. Tal como iba a decirle a Donald al llegar el Mercedes, había otra cosa, algo que le preocupaba más que la botella y las huellas, tan sospechosamente a la vista.

Tras decirle al agente que vigilaba la ventana del sótano que informase a Choi de que iba a su despacho, Hwan se apresuró a volver al coche, mientras se preguntaba hasta dónde querría llegar el director Yung-Hoon para esclarecer el caso…

QUINCE

Martes, 5:55, Washington, DC

En cuanto subió a su coche, Hood telefoneó al Centro de Operaciones y le dijo al *Pincha*, su ayudante ejecutivo Stephen Benet, que empezase la cuenta atrás de… veinticuatro horas. Fue idea de Liz Gordon: los estudios realizados mostraban que la mayoría de las personas trabajaba mejor con plazos fijos, con una clara referencia por la que orientarse. El reloj era un constante recordatorio de que, aunque uno tuviese que correr un maratón, vaciarse, la meta estaba a la vista. Era una de las pocas cosas en las que Hood y Liz estaban de acuerdo.

Mientras *el Pincha* le refería a Hood que Gregory Donald había sido localizado y que iba camino de la embajada, en Sejongno, a dos manzanas del palacio presidencial, sonó el teléfono personal del director. Tras decirle al *Pincha* que estaría allí dentro de quince minutos, Hood colgó y contestó al otro telefono.

—Soy yo, Paul.

Sharon. Oyó un zumbido corto y metálico y el amortiguado sonido de otras voces. No estaba en casa.

—¿Qué quieres, cariño?

—Alexander…

—¿Le ocurre algo?

—Después de marcharte tú, han empezado a pitarle los pulmones más que nunca. Como el nebulizador no le aliviaba nada,

lo he llevado al hospital.

Hood sintió una opresión en el pecho.

—Le han inyectado Epinefrina y está en observación —le explicó Sharon—. No quiero que vengas. Te llamaré en cuanto me digan algo.

—¡Me sabe mal que tengas que verte sola en estos momentos…!

—No estoy sola. Ya lo sé, cariño. ¿Qué ibas a poder hacer aquí?

—Estar a tu lado.

—Tu sitio está al lado del presidente. Yo estoy bien. Lo que sí voy a hacer es llamar a Harleigh para asegurarme de que está bien. Creo que se ha llevado un susto de muerte al verme salir corriendo de casa con Alex.

—Prométeme que me llamarás en cuanto sepas algo.

—Descuida.

—Y diles a los dos que los quiero mucho.

—Siempre lo hago.

Hood se sintió fatal al volante del coche mientras seguía por el tráfico matutino hacia la Base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, sede del Centro de Operaciones. Sharon había tenido que cargar con muchas cosas a lo largo de diecisiete años de matrimonio, pero aquello era el colmo. Estaba asustada, y había notado un dejo de amargura en su observación sobre el presidente. Hubiese querido estar con ella, pero sabía que, si lo hacía, sólo conseguiría que ella se sintiese culpable por apartarlo de sus obligaciones profesionales. Cuando se sentía así, se enfurecía consigo misma, y no era precisamente lo que Sharon necesitaba en aquellos momentos. Por mucho que le doliera, no tenía más remedio que ir al Centro de Operaciones, aunque fuera una ironía, pensó. Allí estaba él, jefe de uno de los servicios de inteligencia más tecnificados del mundo, capaz de oír a un secuestrado a dos kilómetros o de leer un periódico de Teherán vía satélite, pero, sin embargo, sin poder hacer nada para ayudar a su hijo… ni a su esposa. Le sudaban las palmas de las manos y tenía la boca seca al dejar la autopista y enfilar hacia

la base. No podía ayudar a los suyos por culpa de quienes estuviesen detrás de aquel atentado. No obstante, lo pagarían.

DIECISÉIS

Martes, 20:00, mar de Japón

El barco era una antigualla de antes de la segunda guerra mundial, un transbordador reconvertido para el transporte de tropas y vuelto a reconvertir en transbordador.

Al anochecer, los dos norcoreanos se sentaron en los bancos de la cubierta de proa a jugar a las damas con piezas de metal sobre un tablero magnético. A modo de mesa, habían colocado, apilados, los maletines con el dinero.

Empezó a soplar un fuerte viento en la cubierta que los roció de agua de mar e hizo temblar el pesado tablero. La mayoría de los pasajeros fueron a sus camarotes, a cubierto de la ducha marina, calentitos y con luz.

—Deberíamos bajar, Im —dijo uno de los jugadores mirando en derredor.

No era buena cosa estar a solas. El que hubiese gente, disuadía de robar.

Sin acabar la partida, el que propuso entrar empezó a recoger las piezas mientras el otro se levantaba y cogía los maletines.

—No vayas a caerte por la borda, Yun, y me cueste el…

Una roja rociada cayó sobre los maletines. Yun alzó la vista y vio una oscura silueta detrás de su compañero. La reluciente punta de un estilete asomaba de la garganta de Im.

Yun fue a gritar, pero le atravesaron la tráquea desde atrás. Se llevó las manos a la garganta, y la sangre manó entre sus dedos. Al caer, su sangre se mezcló con la de su compañero. No obstante, los dos charcos quedaron pronto disimulados por el agua que salpicaba desde el mar y por el fuerte viento.

Los dos asesinos guardaron sus estiletes. Uno de ellos se inclinó hacia los moribundos mientras el otro iba hacia la borda de popa. Empezó a encender y apagar la linterna cada diez segundos, mientras su compañero les serraba un meñique a sus víctimas. Sólo Yun logró emitir un espantoso gorjeo al segarle la hoja el dedo.

Con los faldones de su abrigo gris oscuro dando gualdrapazos, el asesino lanzó los dedos por la borda. La firma de los Yakuza quedaba así en las víctimas, y las autoridades pasarían semanas tras ellos. Cuando reparasen en que era una maniobra, sería demasiado tarde.

Al volver a recoger los maletines, el asesino se aseguró de que estuviesen bien cerrados, y luego miró hacia la cabina del piloto. No se veía a nadie a través de los ojos de buey. Y entre la oscuridad y la cortina de agua que caía, sería imposible identificarlos. El puente quedaba bastante más atrás, por encima de la cabina del piloto, sin una clara visión de la cubierta. Con suerte, no saldrían al exterior tripulantes ni pasajeros. Y ya no tendrían que matar a nadie más.

Su compañero seguía haciendo señales con la linterna. Al llegar junto a él, ya se oía tenuemente a lo lejos el zumbido del motor, y vieron la silueta del hidroavión con sus luces de crucero. El LA-4-200 Buccaneer realizó la maniobra de aproximación hacia la compuerta de carga de popa. Sobrevoló el transbordador y convirtió las gotas de agua de mar en atomizados dardos. El asesino enfocó la linterna hacia la cabina del piloto, que abrió la portilla de babor y dejó caer un bote inflable, sujeto a varios metros de cable de acero, que amerizó bruscamente y comenzó a cabecear, zarandeado por el viento.

Ahora sí que se veía actividad en el puente, al reparar la tripulación en el aparato.

—¡De prisa! —le gritó el de la linterna a su compañero, que dejó los maletines en la cubierta y saltó hacia el bote.

Cayó al agua, pero enseguida se asió al cable, se aupó y se colocó de cara al transbordador. El otro le lanzó uno de los maletines, y él lo cogió al vuelo; a continuación, extendió los brazos para recibir el segundo maletín, que también atenazó. Cuando su compañero hubo saltado del transbordador, lo ayudó a subir.

Al llegar varios tripulantes a la cubierta y descubrir los cuerpos, el piloto izaba ya el bote al hidroavión y, en cuestión de segundos, los asesinos estaban a bordo y el aparato enfilaba hacia el norte con el dinero. Hasta no perderse de vista, no viraría al oeste, porque no iban a Japón con los Yakuza, sino a Corea del Norte.

DIECISIETE

Martes, 6:02, Centro de Operaciones

Los turnos de día y de noche del Centro de Operaciones coincidían, normalmente, a las seis, hora en la que Paul Hood y Mike Rodgers relevaban a Curt Hardaway y Bill Abram. El reglamento prohibía que Hardaway y Abram permaneciesen en sus puestos fuera de su turno. Las decisiones importantes se tomaban mejor con la cabeza despejada y, en las raras ocasiones en que Hood y Rodgers no estaban disponibles, los sustituían otros miembros del equipo del turno de día.

La agente política Martha Mackall llegó con unos minutos de antelación y, después de pasar por la zona de acreditaciones con su tarjeta y llave magnéticas y de saludar a los serios centinelas armados con los subfusiles, relevó a su compañero Bob Sodaro, que la puso al corriente de lo ocurrido desde las 4:11 de la madrugada, en cuanto el Centro de Operaciones empezó a intervenir en la crisis coreana.

Con paso enérgico y resuelto talante de líder, la guapa y casi cincuentona hija del legendario cantante de *soul* Mack Mackall cruzó por aquel «toril» del Centro de Operaciones con su retícula de cubículos y funcionarios en febril actividad. Como el mensaje cifrado de Hood no había llegado a la sala de ordenadores de arriba, en la planta baja, que era por donde ella solía entrar, ya sabía que le tocaría aguardarlo allí hasta que apareciese. Al pasar por el «toril»

hacia los despachos situados en derredor de la oficina del Centro de Operaciones, oyó que la llamaban por el interfono. Había una llamada de Corea para Hood. Se detuvo, cogió un teléfono de la pared y le dijo a la telefonista que atendería ella la llamada en el despacho del director.

El despacho de Hood quedaba a sólo unos pasos, en un rincón orientado al suroeste. Estaba junto al «Tanque», y era el despacho más grande del edificio. No era, sin embargo, por esta razón por la que lo eligió, ni por la vista, puesto que no había ventanas, sino porque nadie lo quería. El «Tanque» estaba rodeado de «paredes» de ondas electrónicas que generaban electricidad estática en cuanto alguien trataba de escuchar con micrófonos ocultos o antenas externas. Los miembros más jóvenes del equipo temían que las ondas electrónicas perjudicasen a su aparato reproductor. Hood convino, en su momento, que, para lo que le servía el suyo últimamente, le daba igual.

Lo que él ignoraba era que Liz Gordon anotó este comentario en su perfil sicológico. La frustración sexual podía mermar su eficacia en el trabajo.

Martha tecleó el código de acceso en el panel de la puerta del despacho de Hood.

«Pobre papá Paul», se dijo al pensar en el último mote que Ann Farris le puso. Martha se preguntaba si se habría percatado él de que no tenía más que decir una palabra para que su atractiva jefa de Prensa le hiciese algo más que sacarle motes. Entonces tendría una buena razón para cambiar de despacho.

Se abrió la puerta y Martha entró en el despacho de paredes recubiertas de paneles de madera. Se apoyó en una esquina de la mesa y cogió uno de los dos teléfonos que había encima (el de seguridad). En la pantallita de la base del teléfono ponía 07-029-77, lo que significaba que quien llamaba se encontraba en la embajada norteamericana en Seúl. El prefijo «1», en lugar de «0», habría

indicado que quien llamaba era la embajadora. Integrado en el ordenador, había un tercer teléfono, también de seguridad.

Antes de hablar, puso en marcha el magnetófono digital que traducía las palabras y las imprimía con asombrosa velocidad y exactitud. Casi simultáneamente, aparecía la transcripción de la conversación en el monitor de una consola contigua al teléfono.

—El director Hood no puede ponerse. Soy Martha Mackall.

—Hola, Martha. Soy Gregory Donald.

Así, de pronto, no reconoció su pausada y suave voz.

—Sí, señor… El director Hood no ha llegado aún, pero está impaciente por saber de usted.

Se hizo un breve silencio.

—Yo estaba… allí, por supuesto. Luego fuimos a inspeccionar el lugar de la explosión. Kim y yo.

—¿Kim…?

—Hwan, subdirector de la CIAC.

—¿Han encontrado algo?

—Una botella de agua. Huellas de botas, las reglamentarias del ejército norcoreano —dijo él con la voz entrecortada—. Perdone.

Se hizo un nuevo silencio, más largo ahora.

—¿Está usted bien, señor? ¿No estará herido, verdad?

—He salido volando por los aires, pero no me he roto nada. Mi esposa… Ella sí.

—Espero que no sea nada grave.

—La han asesinado, Martha —repuso él, de nuevo con la voz quebrada.

Martha se llevó la mano a la boca. Sólo había visto una vez a Soonji, en la primera fiesta de Navidad celebrada en el Centro de Operaciones, pero su encanto y agilidad mental la impresionaron.

—Lo siento, mister Donald. ¿Por qué no hablamos después…?

—No. Van a llevarla a la base, e iré para allá en cuanto termine aquí. Es mejor que hablemos ahora.

—Entiendo.

Greg se tomó unos instantes para dominarse.

—Han dejado huellas en un callejón —prosiguió con voz más enérgica—. Corresponden a una o varias botas del ejército norcoreano. Pero ni Kim ni yo creemos que fuesen norcoreanos quienes las llevaban o, en todo caso, que no actuaban por órdenes de su gobierno.

—¿Y por qué lo creen así?

—Están muy a la vista. No han hecho nada por borrarlas. Un profesional no haría nunca eso. Y los norcoreanos no han perpetrado jamás atentados indiscriminados de esta índole.

Mientras Donald hablaba, Hood entró en el despacho. Martha pulsó un botón en el teclado del monitor e hizo retroceder la transcripción para que éste la viese. Al leer el pasaje relativo a Soonji, Hood meneó la cabeza con tristeza, se sentó sosegadamente en el sillón de su mesa y se pasó dos dedos por la frente.

—O sea, que creen que alguien quiere que parezca obra de los norcoreanos —dijo Martha—. Ellos ya han negado haber tenido algo que ver.

—Lo que digo es que es una posibilidad que debemos analizar antes de armarla en Piongiang. Quizá, por una vez, digan la verdad.

—Sí, señor. ¿Necesita usted algo?

—Conozco al general Norbom de la base, y la embajadora Hall me ha prometido hacer… lo que pueda. Parece que estoy en buenas manos.

—Está bien, pero si necesita alguna ayuda…

—Llamaría —la atajó con voz más enérgica—. Salude a Paul de mi parte y dígale que, a cualquier nivel en que intervenga en esto el Centro de Operaciones, quiero participar. He de encontrar a los salvajes que lo han hecho.

—Se lo diré —repuso ella.

En cuanto Donald y ella hubieron colgado y se oyó la señal de marcar, el ordenador archivó la conversación, registró la hora y quedó listo para grabar otra llamada.

—¿Quiere que llame a la embajadora Hall para que se asegure de que le proporcionen a Donald lo que necesite?

Hood asintió con la cabeza.

—Menudas ojeras tiene usted. ¿Ha pasado mala noche?

—Alex ha tenido un ataque de asma. Está en el hospital.

—Oh, cuánto lo siento —exclamó Martha, y se le acercó—. ¿Quiere ir con él? Me ocuparé yo de todo, aquí.

—No. El presidente quiere que preparemos un informe de opciones para esta crisis. La necesito a usted para que me facilite los últimos datos sobre los lazos financieros de Corea del Norte con Japón, China y Rusia…; incluido el mercado negro. Si hubiera de juzgar por la situación real, me temo que el presidente se inclinaría por una solución militar, pero a ver qué podemos conseguir sólo con sanciones.

—Iremos por esa línea. Y no se preocupe por Alex, enseguida se repondrá. Los críos son de hierro.

—No tienen más remedio, si quieren sobrevivimos —dijo Hood, que alargó la mano hacia el interfono y llamó a su ayudante, *el Pincha*, para que convocase a Liz Gordon al «Tanque».

Al salir, Martha temió haberse precipitado un poco al ofrecerse para sustituir a Hood. Lamentaba haber tratado de aprovechar el percance de Alexander para mejorar su currículum. Tomó nota mentalmente para pedirle a su secretaria que le llevase alguna chuchería, pues si Ann Farris tenía puestos los ojos en el director, Martha los tenía en la dirección. Hood le caía simpático, y lo respetaba, pero no quería ser la agente política del Centro de Operaciones toda la vida. Hablar con soltura diez idiomas y conocer a fondo el mundo económico merecía algo más. Codirigir una crisis internacional como aquélla sería un gran tanto que sumar a su expediente, y la situaría en inmejorables condiciones para ascender allí o, con suerte, para pasar al Ministerio de Asuntos Exteriores.

«Siempre hay un mañana», se dijo al cruzar el pasillo que separaba el «toril» de los despachos de los altos cargos. Se cruzó

con Liz Gordon, que tenía el aspecto de que fuese a salirle humo de la cabeza y buscase desesperadamente dónde airearla…

DIECIOCHO

Martes, 6:03, Base Aérea de Andrews

—Le da a usted igual que el jefe se la arme, ¿verdad, señor?

El teniente coronel Squires y el general Mike Rodgers iban al trote por el recinto. Hacía menos de un minuto que el *Jet-Ranger* había aterrizado, y ya había vuelto a despegar de regreso a Quantico.

Los dos oficiales iban al frente de los componentes del comando Striker, hacia el C-141B que calentaba motores en la pista. Además de su equipo, Squires llevaba un ordenador portátil Toshiba, con impresora láser integrada, que podía conectar con satélites. El disco duro del ordenador almacenaba rutas de vuelo con 237 destinos distintos, junto a mapas detallados y perfiles de misiones potenciales.

—Bueno, ¿por qué habría de armarla Hood? —preguntó Rodgers —. ¡Con lo buen chico que soy…! Sé escuchar, y sólo opino con cortesía y deferencia.

—Me va a perdonar, señor, pero Krebs es de su talla, y le ha hecho traer una *impedimenta* suplementaria. Todos nuestros métodos están concebidos para un comando de doce hombres. ¿Ocupa usted el lugar de George, verdad, señor?

—Pues sí.

—Y apuesto la paga de un mes a que mister Hood no lo ha autorizado.

—¿Para qué molestarlo por minucias? Tiene muchas cosas en la cabeza.

—Verá, señor, por lo menos se me ocurren dos buenas razones para que se la arme: la presión y encontrarse con alguien que le desarme lo armado. Usted, en este caso.

—Ya sé que Hood se cabreará —reconoció Rodgers, que se encogió de hombros—, aunque se le pasará pronto. Tiene un equipo muy capacitado en el Centro de Operaciones… pero, qué puñeta, no vaya a creer que estamos siempre tan de acuerdo. No me echará de menos.

—Lo que plantea otra cuestión, sir. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—Suéltelo.

—Yo también tengo un equipo perfectamente capacitado aquí. ¿Viene a exhibirse o a ocupar, de verdad, el puesto del soldado raso George?

—Mira, chaval, no llevaré mis galones. Tú mandas y haré lo que haya que hacer. Tú y tu ordenador tenéis doce horas para ponerme a tono.

—Ya. O sea, que quiere empezar la semana dándose un paseo. Aprovechar la oportunidad para salir del despacho.

—Algo así —dijo Rodgers ya frente al enorme y negro transporte aéreo—. Ya sabes lo que pasa, chaval: que lo que no se usa se oxida.

—¿Oxidarse usted, señor? —exclamó Squires, que soltó una risa —. Lo dudo. Los Rodgers llevan la acción en los genes desde… ¿desde la guerra contra España por Cuba?

—Ajá. Desde mi tatarabuelo, el capitán Malachai T. Rodgers.

Los dos oficiales se detuvieron junto a la puerta de acceso al aparato y, al gritar Squires «¡Todos arriba!», saltaron al interior sin cambiar el paso.

Rodgers rebosó satisfacción al verlos subir de aquel modo, tan orgulloso como siempre que veía partir a los soldados

estadounidenses hacia el cumplimiento de su deber. Jóvenes, asustados, y más o menos novatos, pero allá que iban. Nunca dejaría de vibrar al verlos. Él era como ellos cuando fue a su primer destino en Vietnam y, después de licenciarse en historia por la Universidad de Temple, acantonado en Fort Dix, volvió al frente de batallones de jóvenes como aquéllos durante la guerra del Golfo.

Tennyson escribió una vez que rejuvenecía ver a mujeres como *lady* Godiva. Y ése era el efecto que ejercían en él las mujeres… pero también aquello. Veintiséis años desfilaron ante él en menos de un minuto, y de nuevo volvió a sentirse un veinteañero al subir al aparato tras el último hombre, dejando que Squires cerrase la formación.

Aunque se lo hubiese tomado un poco a la ligera, Rodgers sabía que el teniente coronel tenía razón. A Hood no le iba a hacer ninguna gracia que fuese. Pese a su astucia y a su asombrosa habilidad mediadora, Hood detestaba que algo escapase a su control. Y acudir a un frente al otro lado del mundo, como quien dice, dejaba a Rodgers fuera de su control. No obstante, lo más importante era que Hood era un hombre de equipo: si convenía que el comando Striker llevase a cabo alguna misión peligrosa, el director no iba a dejar que su ego impidiese que el comando —y Rodgers— cumpliesen con la misión y se llevasen la gloria… o el varapalo.

En cuanto estuvieron a bordo, todos ocuparon sus asientos a ambos lados de la vacía cabina mientras la dotación de tierra acababa de revisar el enorme avión.

El Starlifter C-141B de la Lockheed, cuyos primeros modelos databan de 1982, tenía una envergadura de más de 53 m, y era el glorioso heredero del C-141A, que databa de 1964. El aparato se distinguió, año tras año, por sus diarios vuelos sin escalas a Vietnam. Sus prestaciones eran parte de las inesperadas aportaciones de la guerra. Ningún otro ejército disponía de un transporte aéreo tan seguro, lo que constituía una ventaja para los EE. UU.

Con sus 58 m de longitud, el C-141B, ocho más largo que su antecesor, tenía capacidad para 154 soldados, 123 paracaidistas, 80 camillas y 16 asientos para heridos o cargamento. El equipo de reabastecimiento en vuelo, situado a cola, añadía un 50 % más a sus 6800 km de autonomía —más si, como en este caso, llevaba menos de la mitad de su carga máxima de 35 000 kg—. El reactor llegaría a Hawai sin problemas, donde le saldría al encuentro un KC-135 para repostarlo en el aire. Desde allí no quedaba más que un fácil vuelo a Japón y otro de media hora en helicóptero hasta Corea del Norte.

Mientras la tripulación terminaba de comprobar las listas de vuelo, los miembros del comando hacían su propio inventario. Además de su *impedimenta* —uniforme de camuflaje, aunque sin distintivos, y un machete de 22 cm y una pistola automática Beretta-92-F 9 mm también sin distintivos—, cada hombre tenía que llevar otras cosas necesarias, desde las cajas de cartón con *sandwiches* de jamón en dulce y barritas de caramelo hasta los radioteléfonos de campaña y la vital emisora TAC SAT, dotada de antena parabólica para la conexión con satélites.

Squires y Rodgers enfilaron hacia la cabina del piloto seguidos del sargento Chick Grey. El comando Striker no necesitaba nada especial para el vuelo, pero el sargento tenía la obligación de preguntarle a los pilotos si necesitaban algo de sus hombres, como, por ejemplo, que distribuyesen convenientemente el peso —lo que en aquella misión no presentaba ningún problema pues iban muy holgados— o hacer uso del equipo electrónico.

—¿Quiere usted ponerlos al corriente? —le preguntó Squires a Rodgers.

El general creyó notar cierta acritud en el tono de Squires. O quizá sólo se lo había parecido, al tener que gritar para que se le oyese, a causa del ruido de los cuatro turbohélices Pratt & Whitney TF33-P7, de más de 9000 kg.

—Chaval… ya te lo he dicho: tú eres el jefe, yo sólo he venido a cenar.

Squires le rió afectadamente la gracia mientras seguían por el costillar del aparato hacia la cabina de vuelo. La puerta estaba abierta y se presentaron al piloto, copiloto, primer oficial, técnico de navegación y oficial de comunicaciones.

—¿Capitán Harryhausen? —leyó el sargento Grey en la pantallita del ordenador que el teniente coronel acababa de activar—. ¿No será usted, por casualidad, el mismo capitán Harryhausen que voló en un United DC diez a Alaska la semana pasada?

El técnico de navegación se giró para contestarle.

—El mismísimo capitán Harryhausen, reservista de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

El rostro cortado a pico del sargento se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Menuda coincidencia! ¡Mi familia y yo íbamos en ese avión! ¿Cómo pues por aquí?

—Pura potra, sargento —repuso el capitán Harryhausen—. Llevo ya siete meses en la ruta Seattle-Nome. Me ofrecí para poder volar por fin a un sitio cálido y no ver más hielo que el del té.

Mientras el capitán procedía a decirle al sargento Grey lo que ya sabía (que sus hombres se abstuviesen de utilizar *walkmen* y *game-boys* hasta que él lo autorizase), Squires enchufó su ordenador a la consola del técnico de navegación, pulsó un botón del teclado y transfirió los datos de su disco duro al del ordenador de navegación del C-141B. Tardó seis segundos. Antes de que le diese tiempo a apagar el Toshiba, el ordenador de a bordo empezó a programar la coordinación de la ruta con los boletines meteorológicos que les llegarían, cada quince minutos, desde las bases estadounidenses.

Squires miró al capitán y le dio una palmadita al ordenador.

—Le agradecería, señor, que me avise en cuanto podamos utilizarlo de nuevo.

El capitán asintió con la cabeza y le devolvió el saludo al teniente coronel.

A los cinco minutos, el aparato se deslizaba por la pista y, dos minutos después, viraba en dirección contraria al sol naciente, rumbo suroeste.

Sentado bajo las bamboleantes bombillas de la amplia y casi vacía cabina, Rodgers se dijo que, mal que le pesase, no podía perder de vista la otra cara de la misión. El Centro de Operaciones no tenía más que medio año de existencia. Su modesto presupuesto, de veinte millones de dólares anuales, era desviado de los presupuestos de la CIA y del Ministerio de Defensa. Oficialmente, no existían. Al presidente le sería fácil borrarlos del mapa si jodían el invento. Lawrence quedó satisfecho —aunque no impresionado— por la forma en que cumplieron con su primer trabajo: localizar y desactivar una bomba a bordo de la lanzadera espacial Atlantis. Su tecnobrujo, Matt Stoll, se apuntó un gran tanto (toda una frustración y cura de humildad para el director Hood, que sentía una arraigada y profunda desconfianza por la tecnología. Probablemente, porque su chaval le ganaba siempre con su Nintendo).

Pero el presidente se enfureció al saber que habían herido a dos rehenes en Filadelfia, aunque los disparos procediesen de la policía local, que los confundió con terroristas. El presidente consideró que el Centro de Operaciones no había logrado controlar por completo la situación. Y con razón.

Ahora tenían una nueva misión, aunque estaba por ver hasta qué punto sería sólo suya. Tendrían que aguardar a que Hood los informase con detalle. Pero lo que sabía era inequívoco: si el comando Striker se desviaba lo más mínimo de las órdenes, con el número dos del Centro de Operaciones allí con ellos, el nuevo departamento dejaría de serlo sin que a Hood le diese tiempo siquiera a cabrearse.

Rodgers hacía crujir sus nudillos al recordar las inmortales palabras del astronauta del proyecto Mercury, Alan B. Shepard, mientras aguardaba a que lo lanzasen al espacio: «Por favor, Dios mío, no permitas que la joda».

DIECINUEVE

Martes, 20:19, Seúl

La base estadounidense de Seúl molestaba a buena parte de la población. Estaba situada en una espléndida finca de diez hectáreas, en pleno centro de la ciudad. Dos de estas hectáreas las ocupaban los alojamientos para dos mil soldados; una, albergaba el armamento y otros materiales; las restantes siete hectáreas se destinaban al ocio: dos cines de estreno, agencias de cambio de moneda y más boleras que en la mayoría de las ciudades estadounidenses. Con casi todo su potencial militar en la Zona Desmilitarizada, a 60 km al norte, con un millón de hombres de uno y otro bando a ambos lados, la base no era más que un modesto apoyo. Su papel era, a la vez, político y simbólico: significaba la firme amistad con la República de Corea y proporcionaba una base desde la que no quitarle ojo a Japón. En un estudio de prospectiva se consideraba inevitable que Japón llegase a un completo rearme para el año 2010. Si los EE. UU. perdían sus bases en Japón, la de Seúl se convertiría en la más importante de la región asiática del Pacífico.

Pero los surcoreanos estaban más interesados en el comercio con Japón. Muchos pensaban que unos cuantos hoteles y grandes almacenes en aquel emplazamiento les serían más útiles que la base estadounidense.

El teniente Kim Lee, del ejército de la República de Corea, no figuraba entre quienes querían que la base quedara bajo control de Corea del Sur. Kim era un patriota. Su difunto padre fue un general que se distinguió durante la guerra. Su madre fue ejecutada por espía. Kim hubiese preferido ver más tropas estadounidenses en Corea del Sur, más bases y aeródromos entre la capital y la Zona Desmilitarizada. Recelaba de los movimientos norcoreanos en los últimos cuatro meses, sobre todo de su súbita aquiescencia a permitir las inspecciones de la Agencia Internacional de la Energía Atómica y a adherirse al Tratado de No Proliferación Nuclear. En 1992, permitieron seis inspecciones de instalaciones nucleares y luego amenazaron con desligarse de sus obligaciones respecto del Tratado de No Proliferación, al pedir la Agencia Internacional de la Energía Atómica inspeccionar el emplazamiento de sus depósitos de residuos. Los investigadores de la Agencia Internacional estaban convencidos de que la República Democrática Popular de Corea había acumulado, por lo menos, noventa gramos de plutonio a través del reciclado de combustible radiactivo, al objeto de producir armamento atómico. Los norcoreanos utilizaban para ello un pequeño reactor térmico de 25 MW con reguladores de grafito.

La República Democrática Popular de Corea lo negaba. Se quejaban de que los EE. UU. recurriesen a la Agencia Internacional para que les dijese que Corea del Norte realizaba pruebas para la fabricación de armamento nuclear. Los EE. UU., por su parte, decían que era innecesario realizar tales pruebas para determinar si los materiales reciclados eran utilizables para fines pacíficos. El intercambio de desmentidos y acusaciones continuó pese a que la República Democrática Popular de Corea no denunció el tratado, pero la cuestión de fondo subsistía.

Y ahora ya no tenía objeto la disputa en aquellos términos. Los norcoreanos acababan de sorprender al mundo al aceptar la inspección de su planta de reciclado de materiales nucleares de Yongbion, las «inspecciones especiales» que les eran requeridas

desde hacía tanto tiempo. Pero mientras que Rusia, China y Europa saludaron la concesión como un auténtico progreso, en Washington y en Seúl eran muchos los que veían la cuestión de otra manera: simplemente, los norcoreanos habían instalado pequeñas plantas en otros lugares (en realidad, podían hacerlo en cualquier parte) y cerrado la planta de Yongbion. Como hiciera Saddam Hussein en una fábrica de leche que los estadounidenses bombardearon en la guerra del Golfo, los norcoreanos debían de haberlas construido debajo de escuelas o iglesias. Los ingenuos funcionarios de la Agencia Internacional de la Energía Atómica encargados de la inspección no descubrirían nada, ni querrían apretar más las tuercas; considerarían muy injusto presionar para más «inspecciones especiales» ahora que los norcoreanos se avenían a cumplir con su petición inicial.

Al teniente Lee no le importaban los heridos sentimientos de Corea del Norte, ni los efusivos elogios y los vibrantes aplausos que llegaron de Moscú, Pekín y París a los pocos minutos de que Piongiang anunciase lo que llamó su «gran concesión en pro de la paz y la estabilidad». No se podía confiar en los norcoreanos, por lo que sintió una malsana satisfacción al producirse la explosión frente al palacio presidencial: ahora entendería el mundo lo que no había entendido hasta aquella tarde.

Lo que preocupaba al teniente Lee y a otros oficiales de Seúl era cuál sería la réplica del gobierno: harían unos cuantos aspavientos y condenarían a los terroristas. Por su parte, los estadounidenses se mostrarían dispuestos a enviar más tropas a la región. Era improbable que la réplica fuese más allá.

Lee quería algo más.

Después de imprimir el formulario de pedidos en el Centro del Mando Surcoreano, en el sector septentrional de la base, el teniente y dos subtenientes fueron al arsenal estadounidense mientras un tercer oficial iba a recoger un camión. Después de cruzar dos puestos de control, en donde les pidieron la contraseña diaria y las acreditaciones, llegaron al DMP (depósito de materiales peligrosos):

Era una estructura con paredes de medio metro de espesor recubiertas de caucho. La puerta tenía un doble sistema de cerradura electrónica. En el interior no había rótulo ni indicaciones de ninguna clase y, aunque ignorado por la mayoría del personal de la base, los estadounidenses almacenaban allí productos para la fabricación de armas químicas. Si a la población de Seúl no le gustaba que hubiese cines y boleras, era de imaginar cómo reaccionaría de saber que había armas químicas. Pero sí se sabía que Corea del Norte las tenía y, por si acaso les daba la vena, ni los estadounidenses ni los coreanos querían hacer el papel del perdedor que juega limpio.

En el impreso del pedido del teniente Lee figuraba la indicación «Comprobación exclusivamente visual», por lo que sólo debía mostrarlo al oficial encargado del DMP.

El teniente Charlton Carter, recostado en el respaldo de su silla frente a una mesa del fondo del DMP, se restregó el mentón mientras leía el pedido de cuatro bidones de tabun. El teniente Lee lo miró, se llevó las manos atrás, las entrelazó y permaneció inmóvil, flanqueado por los dos subtenientes.

—Le confieso que estoy sorprendido, teniente.

—¿Por? —dijo Lee, que estaba muy tenso.

—¿Sabe que en los cinco años que llevo sentado aquí, es el primer pedido de esta clase?

—Está todo en orden.

—Sí. Y supongo que no debería sorprenderme, pero tras lo ocurrido hoy en la ciudad no es cosa de dejarse pillar en calzoncillos.

—Bien dicho.

El teniente Carter meneó la cabeza al leer lo que decía en el impreso del pedido: «El sector suroriental de la Zona Desmilitarizada se halla en estado de máxima alerta…».

—¡Y yo que creía que las relaciones mejoraban! —exclamó.

—Eso es lo que por lo visto pretendían hacernos creer los norcoreanos, pero tenemos pruebas de que proceden a desenterrar

los bidones de productos para la guerra química que mantenían enterrados en el sector.

—¿En serio? ¡Joder! ¿Y con estos bidones de un litro bastará?

—Si se usan bien, sí. No es necesario machacar al enemigo.

—En eso tiene usted razón, teniente —dijo Carter, que se levantó y se frotó el cogote—. Supongo que se le ha adiestrado para manipular el tabun. No es precisamente muy volátil dentro del bidón…

—Pero es fácil de vaporizar o nebulizar. Apenas huele, y es muy tóxico. Tiene un rápido efecto al absorberse a través de la piel, y más aún si se inhala. Sí, teniente Carter, me gradué con la máxima calificación en el curso del coronel Orlando, en mil novecientos noventa y tres.

—Y… ¿tiene usted una de éstas? —preguntó Carter, dándose una palmada en el pecho, donde descansaba una llave sujeta de una cadena.

Lee se desabrochó uno de los botones que ocultaba su corbata, metió la mano bajo la camisa y sacó una llave.

Carter asintió con la cabeza. Ambos se quitaron las cadenitas que llevaban colgadas del cuello, de las que pendían las llaves, y bajaron al sótano. Los agujeros de las cerraduras estaban situados a cada uno de los lados, de tal manera que un solo hombre no pudiese abrirlas las dos a la vez. Al introducir las llaves y darles la vuelta, la puerta descendía hasta que no asomaban más que 30 cm del suelo. Este obstáculo estaba concebido por precaución, para que los soldados no saliesen corriendo con los bidones y tuviesen un accidente.

Tras volver a colgarse la llave al cuello, el teniente Carter fue a coger un impreso de entrega a su mesa. Mientras tanto, el teniente Lee supervisó la delicada maniobra de cargar los anaranjados bidones de 60 cm de alto en una carretilla. Éstas, que colgaban de una pared del fondo, estaban diseñadas para transportar recipientes de distintos tamaños. Si un enemigo lograba burlar los controles de

seguridad y llegar hasta allí, cabía la posibilidad de que ignorase que las carretillas llevaban incrustados *chips* que disparaban una alarma si se alejaban más de doscientos metros del DMP.

Colocaron los bidones en las carretillas debidamente sujetos y los sacaron al exterior para cargarlos en el camión. El centinela del DMP, que vigilaba la operación, permaneció detrás del conductor coreano mientras Lee y sus hombres hacían el trabajo.

Cuando hubieron terminado, Lee volvió a entrar, firmó el impreso de entrega y Carter le dio su copia.

—Ya sabe que ha de presentar esto en el despacho del general Norbom para que le ponga su sello. De lo contrario, no le dejarían cruzar la verja con eso.

—Sí, gracias.

—Y suerte —dijo Carter, que le tendió la mano—. Necesitamos hombres como usted.

—Y como usted —correspondió escuetamente Lee.

VEINTE

Martes, 6:25, Centro de Operaciones

Paul Hood y Liz Gordon llegaron al mismo tiempo al «Tanque». Hood le cedió el paso con un elocuente ademán y entró tras ella. La pesada puerta se abría y cerraba mediante un botón que asomaba de uno de los lados de la ovalada mesa de conferencias. Hood lo oprimió al entrar.

Era una pequeña estancia iluminada por fluorescentes que colgaban del techo, en la vertical de la mesa. En la pared opuesta al sillón de Hood, el reloj digital de pared marcaba la cuenta atrás.

Las paredes, el suelo, el techo y la puerta del «Tanque» estaban insonorizados con Acoustix. Detrás de los moteados paneles del revestimiento, de color gris y negro, había varias capas de corcho, 30 cm de hormigón armado y más Acoustix. Entre las barras de la armadura del hormigón de los seis lados de la estancia, había dos rejillas metálicas que generaban audioondas oscilantes. Electrónicamente, nada podía entrar ni salir del «Tanque» sin ser muy distorsionado. Si cualquier instrumento de escucha lograba captar una conversación que tuviese lugar en el interior, las perturbaciones hacían imposible recomponerla.

Hood se sentó a la cabecera de la mesa y Liz a su izquierda. Redujo el brillo de la pantalla del monitor, contiguo a un teclado de ordenador que tenía en aquel lado de la mesa. El monitor llevaba adosada, en la parte superior, una minicámara de fibra óptica. En el

sitio destinado a Mike Rodgers, en el otro extremo de la mesa, había una instalación análoga.

Liz dio una palmada en el bloque amarillo que tenía en la mesa.

—Oiga, Paul, ya sé lo que va a decir, pero estoy segura de no equivocarme: no ha sido cosa suya.

Hood miró los avellanados ojos de la psicóloga del departamento. Una cinta negra ceñía su media melena castaña, y una manchita blanca en la solapa de su elegante conjunto rojo de falda-pantalón daba testimonio de un descuidado manotazo para sacudirse la ceniza de los Marlboros que encendía, uno tras otro, en su despacho.

—No iba a decir que esté equivocada —replicó Hood sin alterarse —, pero lo que quiero saber es hasta qué punto está segura. El presidente me ha puesto al mando del Cuerpo Expedicionario de Corea, y no quiero ir a decirle que su homólogo norcoreano habla de paz pero trata de inducirnos a que crucemos la Zona Desmilitarizada.

—Mi certeza es del orden del ochenta y nueve por ciento —dijo ella con acritud—. Hasta ese punto estoy segura. Si los informes de inteligencia de Bob Herbert son exactos, y los tenemos en cuenta, nuestro nivel de certeza asciende al noventa y dos por ciento — añadió tras sacar un chicle del bolsillo y desenvolverlo—. El presidente de Corea del Norte no quiere una guerra. Básicamente porque está entusiasmado por el desarrollo de su clase obrera, y sabe que el mejor medio para mantenerse en el poder es hacer que esa clase esté satisfecha. Y el mejor medio para lograrlo es poner fin al autoaislamiento. Ya sabe usted lo que opina Herbert al respecto.

Por supuesto que lo sabía. Su agente de inteligencia creía que si los generales de la República Democrática Popular de Corea fuesen contrarios a la política del presidente, lo habrían derrocado de no haber estado satisfechos con él. La súbita muerte, en 1994, de Kim Il Sung, que tanto tiempo se mantuvo al frente del país, dejó un vacío muy difícil de llenar.

Liz se metió el chicle doblado en la boca.

—Ya sé que no cree usted que la Sección de Sicología sea muy científica, que saltaría de alegría si la suprimiesen. De acuerdo: no contamos con la desproporcionada reacción de la policía local en Filadelfia, pero llevamos años de trabajo sobre los norcoreanos, y en esto estoy segura de que no nos equivocamos.

Se oyó el «bip» del monitor de un ordenador que estaba a la izquierda del director. Hood leyó el mensaje «E» que enviaba Benet *el Pincha*: los otros miembros del equipo estaban listos para la teleconferencia. Hood pulsó la tecla «ALT» para contestar y miró a Liz.

—Creo en las primeras impresiones, no en la sicología —dijo—. Pero nunca he visto en persona a los líderes de Corea del Norte, por lo que me he de fiar de lo que diga usted. Tome nota.

Liz le quitó el capuchón a su bolígrafo y empezó a escribir.

—Quiero que vuelva a analizar sus datos —prosiguió Hood— y redacte un nuevo perfil de los principales líderes norcoreanos, teniendo en cuenta lo siguiente: aunque no hayan respaldado el atentado, ¿cómo reaccionarían a una movilización por nuestra parte, de acuerdo a Defcon cinco?; ¿y a una posible represalia de Corea del Sur? También quiero que analice la posibilidad de que haya generales norcoreanos lo bastante locos para haber autorizado algo así, a espaldas del presidente. Y que revise el estudio que ustedes le proporcionaron al CONEX acerca de China. Decían que los chinos no querrían involucrarse en una guerra en la península de Corea, pero que algunos oficiales podían presionar en sentido contrario. Ponga por escrito quiénes y por qué, y envíe una copia al embajador Rachlin en Pekín para que él pueda matizar lo que considere conveniente.

Cuando hubieron terminado (algo que siempre se advertía por un suspiro de exasperación del director, del que el propio Hood ni siquiera era consciente), Liz se levantó y Hood pulsó el botón para abrirle la puerta. Antes de que ésta volviera a cerrarse, entró el coordinador de la Interpol/FBI Darrell McCaskey. Hood saludó al

menudo, fibroso y prematuramente canoso ex agente del FBI, y cuando McCaskey hubo ocupado su sillón, Hood pulsó «CONTROL» en su teclado. Al hacerlo, la pantalla del monitor quedó dividida en seis partes. Cinco de ellas eran imágenes de televisión en directo —tres, transversales, y dos, verticales— de los otros participantes en la reunión de la mañana. La sexta era la imagen de Benet *el Pincha*, que controlaría los pormenores de la transcripción. En la parte inferior de la pantalla, aparecía una barra negra, similar a la del menú, para mensajes. Si Hood quería información de última hora sobre los acontecimientos en Corea, desde la sala de consultas del Centro de Operaciones le enviarían un conciso mensaje que aparecería en una línea a través de la pantalla.

Hood no entendía por qué era necesario visualizar a las personas con quienes hablaba, pero estaba visto que, en cuanto la alta tecnología se marcaba un invento, había que utilizarlo, con independencia de que fuese útil o no. Aquella puesta en escena le recordaba el principio de *La panda de Brady*.

El sonido de cada imagen se controlaba mediante la tecla «F», y antes de dirigirse a los demás pulsó «F6» para hablar con *el Pincha*.

—¿No ha llegado aún Mike Rodgers?

—Aún no, pero el equipo ya ha conectado, de manera que no puede tardar.

—Pásemelo en cuanto llegue. ¿Tiene Herbert algo para nosotros?

—No. Nuestros agentes de inteligencia en Corea del Norte se han sorprendido tanto como nosotros de todo esto. Está en contacto con la CIAC. Le informaré a usted en cuanto nos digan algo.

Hood le dio las gracias, miró las caras de sus colegas y pulsó de «F1» a «F5».

—¿Me oyen todos?

Las cinco cabezas asintieron.

—Bien. Señores, he tenido la impresión (y corríjanme si me equivoco) de que el presidente quiere intervenir personalmente en esta crisis.

—Y apuntarse una victoria —dijo la imagen de Av Lincoln.

—Y apuntarse una victoria. Lo que significa que habrá bastante más palo que zanahoria. Bien, Steve, usted tiene el *dossier* sobre política.

El consejero de Seguridad Nacional ladeó algo la cabeza para mirar a otra pantalla que tenía en su despacho.

—Nuestra política en la península la rige, como es natural, nuestro tratado con Corea del Sur. Dentro de ese marco, nos comprometemos a lo siguiente: trabajar por la estabilidad política de ambas Coreas, desnuclearizar Corea del Norte y propugnar el Tratado de No Proliferación, mantener el diálogo Norte/Sur, seguir con nuestra costumbre histórica de consultar con Japón y China, ser inmediata y decididamente beligerantes respecto de cualesquiera iniciativas desestabilizadoras de uno u otro bando y asegurarnos de que ningún tercero intervenga antes que los Estados Unidos.

—En resumen —terció el ministro de Asuntos Exteriores—, que nos comprometemos hasta el fondo.

Hood recorrió todos los rostros con la mirada. No era preciso animarlos a intervenir. Si alguien tenía algo que decir, lo diría.

—Pasemos a la estrategia —dijo, entonces, Hood—. A ver, Melvin, ¿qué opina la Junta de Jefes de Estado Mayor que deberíamos hacer?

—Sólo hemos tenido un breve cambio de impresiones —repuso Melvin, que se alisó su bigotillo con dos dedos—, pero Ernie, Av, Greg y yo hablamos antes de que usted llegase y tenemos la misma opinión. Con independencia de que el atentado haya sido oficialmente aprobado o no, trataremos de conducir la crisis por los canales diplomáticos. Se le darán seguridades a Corea del Norte de proseguir las conversaciones bilaterales, de que se incrementarán el comercio y nuestra ayuda para mantener el régimen actual.

—Lo único que cabe puntualizar —dijo el rubio y jovial director de la CIA Greg Kidd— es si las recompensas económicas y políticas bastarán para disuadirlos de una ganancia territorial. Para ellos,

Corea del Sur es como el Santo Grial, sobre todo para algunos de sus generales, que pudieran no querer conformarse con menos. Apoderarse de Corea del Sur, además, les ahorraría una fortuna: su programa nuclear es un pesado lastre para la economía. Podrían recortarlo de forma sustancial si no tuvieran que preocuparse por nuestra presencia nuclear en Corea del Sur.

—De manera que podríamos estar en una situación en la que ellos se planteasen que, fiduciariamente hablando, tiene más sentido embarcarse en una guerra convencional que proseguir, de manera indefinida, en la carrera del armamento nuclear —dijo Hood.

—Exacto, Paul, sobre todo si de quien van a la zaga es de los Estados Unidos.

—Si tan importante papel juega en esto el dinero —intervino de nuevo Hood—, ¿qué podríamos hacer para apretarles las tuercas financieramente?

—Tengo al viceministro de Exteriores al teléfono con Japón ahora mismo —dijo Av—, pero se trata de una situación delicada. Ambas Coreas albergan aún un gran resentimiento hacia Japón por las atrocidades cometidas por los japoneses durante la segunda guerra mundial. Por otra parte, tanto el Norte como el Sur tienen un activo comercio con Japón que, a su vez, aunque no pueda mantenerse al margen, hará lo imposible por no alterar sus relaciones con ambos bandos.

—Muy típico de ellos.

—Y comprensible —replicó Av—. Los japoneses viven en un continuo temor de que estalle una guerra en la península de Corea, y de que se extienda.

—Hay otro factor a considerar —dijo Greg Kidd—. Si la neutralidad se le hace inviable, Japón apoyará a Corea del Norte.

—¿Contra nosotros? —preguntó Hood.

—Contra nosotros.

—Muy típico de ellos —reiteró Mel.

—Los lazos financieros entre Japón y Corea del Norte son mucho más profundos de lo que cree la mayoría de la gente. Las mafias japonesas de la droga y del juego blanquean gran parte de sus beneficios en Corea del Norte y, *en nuestra opinión*, con las tácitas bendiciones de Tokyo.

—¿Y por qué habría de aprobar algo así el gobierno? —preguntó Hood.

—Por su temor a que los coreanos tengan misiles Scud Nodong capaces de cruzar el mar. De producirse una guerra y querer los norcoreanos sacarse ese triunfo de la manga, a los japoneses les daría el telele. A pesar de la buena propaganda que se les hizo, nuestros Patriots sólo interceptaron un pequeño número de Scud durante la guerra del Golfo. Los japoneses nos apoyarán siempre y cuando no les entre el pánico.

Hood permaneció en silencio unos instantes. Era su labor sondear los distintos argumentos, con independencia de lo disparatados que pudieran parecer a primera vista, para ver adonde conducían. El director se dirigió entonces a McCaskey.

—Darrell, ¿cómo se llama la organización ultranacionalista japonesa que voló la Bolsa de México al auspiciar Bush el tratado de libre comercio entre Nueva Zelanda y Australia?

—Liga del Cielo Rojo.

—Eso es. Creo recordar que son contrarios a la estrecha colaboración entre Japón y los Estados Unidos.

—Cierto, pero siempre han reivindicado sus atentados, aunque por ahí podría andar la cosa: igual se trata de una operación de terceros, acaso traficantes de armas de los que operan en Oriente Medio, con el propósito de hacer una fortuna con la venta de armamento a Corea del Norte. Pondré a varios hombres a investigarlo.

El ex agente del FBI fue hacia el ordenador del otro lado de la estancia y activó los archivos de listas de contactos en Asia y Europa.

—Es una idea interesante —dijo Greg Kidd— en la que yo también he pensado, aunque no creo que lo que haya detrás de esto sea el negocio de la venta de armas. Varios de mis hombres investigan si hay alguien que trate de arrastrarnos a una guerra, mientras se dedican a la agitación en otro lugar, en Iraq o en Haití, por ejemplo. Saben que la opinión pública estadounidense no apoyaría que nuestros hombres lucharan en dos guerras al mismo tiempo. Si pueden comprometernos hasta el cuello en Corea, tendrían las manos libres para montar su propia guerra en otra parte.

Hood miró la pequeña imagen de Benet *el Pincha*.

—Incluya estas ideas en el «Informe de Opciones» como nota a pie de página y bajo el encabezado «PROBLEMA». En cuanto Rodgers llegue de una puñetera vez aquí, él y Martha pueden redactar una adenda —le indicó Hood al volver a mirar al monitor—. ¿Cuál sería la posición de los chinos en todo esto, Av?

—He hablado con su ministro de Exteriores justo antes de la reunión. Insisten en que no quieren guerra en su frontera de Manchuria. Pero también sabemos que no quieren tener por vecino a una Corea unificada. Con el tiempo, se convertiría en un poderoso foco capitalista que despertaría la envidia y la inquietud entre los chinos. En el primer caso, se encontrarían con un éxodo de refugiados hacia China; en el segundo, con una continua fuga de chinos hacia Corea, para optar a una parte de la tarta capitalista.

—Pero Pekín proporciona dinero y ayuda militar a Corea del Norte.

—Una ayuda más bien modesta.

—Y de producirse una guerra, ¿aumentarían la ayuda o la cortarían?

Av simuló lanzar una moneda al aire.

—Políticamente —dijo— podrían decantarse por lo uno o por lo otro.

—Por desgracia, debemos presentarle al presidente conclusiones claras. ¿No hay nadie dispuesto a dar una opinión más comprometida?

—¿Cuál es la de *usted*? —preguntó Burkow.

Hood recordó el perfil sicológico aportado por Liz Gordon, y decidió aventurarse.

—Creemos que mantendrán su ayuda a Corea del Norte en los niveles actuales… aunque estalle una guerra. Esto les permitiría ayudar a sus viejos aliados sin exacerbar, innecesariamente, el antagonismo de los Estados Unidos.

—Eso parece razonable —admitió el consejero de Seguridad Nacional Burkow—, pero perdóneme que le diga que creo que no tiene en cuenta algo importante: si los chinos optan por aumentar la ayuda y el presidente se guía por nuestro informe, haremos un papelón; mas si, por el contrario, lo instamos a desplazar importantes efectivos al mar Amarillo, dispuestos a atacar a Corea del Norte pero, obviamente, sin quitarle ojo a China, respirará aliviado cuando vea que Pekín no hace nada.

—A menos que consideren una amenaza la presencia de nuestra Armada —dijo el ministro de Defensa, Colon—. En tal caso, podrían verse obligados a involucrarse.

—Sugiero que no sobrestimemos el papel que China pueda jugar —dijo Hood tras reflexionar unos momentos.

—Estoy de acuerdo —dijo Colon—. Lo cierto es que no veo que pueda darse ninguna circunstancia que nos impulse a atacar rutas de abastecimiento en China. Por lo tanto, no hay razón para destacar fuerzas navales a sus inmediaciones.

Hood se alegró de que Colon estuviese de acuerdo, aunque no le sorprendió. Hood no había servido nunca en las Fuerzas Armadas (lo libró el sorteo de 1969). Una de las primeras cosas que aprendió de los militares, posteriormente, fue que siempre eran los últimos en abogar por el empleo de la fuerza. Si lo hacían, planteaban que se

les explicase con claridad y de forma explícita la estrategia de retirada de sus tropas.

—Estoy de acuerdo con usted en esto, Ernie —dijo Av—. Desde hace casi medio siglo, los chinos conviven con nuestra presencia militar en Corea. Si estalla una guerra y utilizamos nuestras fuerzas, mirarán para otro lado. No querrán perder su estatus comercial de nación más favorecida, precisamente ahora que su economía empieza a fraguar. No obstante, en cualquier caso les convendría adoptar una postura paternalista y solucionarnos el problema.

Hood pulsó «F6» y luego «CONTROL/F1» para visualizar el documento resultante de la reunión. *El Pincha* había transcrito la conversación e incluido los datos más pertinentes en un archivo en blanco de «OPCIONES». Una vez terminada la reunión, Hood podría recuperar el documento y añadir, o eliminar, del borrador lo que considerase conveniente, para darle la redacción definitiva y presentarle el informe al presidente.

Enseguida vio que el informe incluía todo lo preciso —salvo las opciones militares y la opinión del Cuerpo Expedicionario respecto de si la intervención era o no necesaria.

—Bien —dijo Hood—. Buen trabajo. Ahora vayamos por el resto.

El grupo tuvo en cuenta las opiniones del ministro de Defensa, Colon, y del jefe de la JUJEM, Parker, además de las memorias sobre cuál era la política actual sobre la región. Recomendó una acción militar limitada: proceder a un continuado y lento despliegue de tropas, tanques, artillería y baterías de misiles Patriot (antimisiles), y a poner en alerta, y listos para ser utilizados, los arsenales de armamento nuclear, químico y biológico.

A falta de nueva información de la CIAC, y con el incompleto informe de McCaskey sobre los terroristas internacionales, el Cuerpo Expedicionario recomendaba, además, que el presidente recurriera a los canales diplomáticos para resolver la crisis.

Hood les dio a los miembros del equipo treinta minutos para examinar el «Informe de Opciones» e incluir ideas adicionales antes

de que él redactase el borrador final. Cuando hubo terminado de hablarles, *el Pincha* se aclaró la garganta.

—Señor, el subdirector Rodgers desea hablar con usted.

Hood miró el reloj de cuenta atrás: llevaban tres horas sin contacto con Rodgers. Confiaba en que pudiese justificarlo.

—Dígale que entre, *Pincha*.

El Pincha hizo ademán de aflojarse el cuello de la camisa, casi sonrojado.

—No puedo, señor.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—Al teléfono.

Hood recordó su extrañeza al citarle Rodgers a Nelson. Torció el gesto.

—¿Dónde está?

—Pues… señor, por ahí… entre Virginia y Kentucky.

VEINTIUNO

Martes, 21:00, Seúl

Gregory Donald paseó un rato tras salir de la embajada. Estaba impaciente por llegar a la base, ocuparse de lo relativo a su esposa y llamar a sus padres para darles la terrible noticia, pero necesitaba tiempo para calmarse, para reflexionar. A su pobre padre y su hermano menor los iba a destrozar.

Además, tenía una idea que necesitaba madurar.

Fue lentamente por la vieja arteria Chonjin Way y pasó frente a los mercadillos, con sus toldos, sus gallardetes y sus farolillos de vivos colores, todos ellos concurridísimos y muy iluminados por las farolas.

Se veía más gente de lo habitual en el barrio. Una multitud de curiosos que acudía a ver el lugar del atentado, a fotografiar y filmar los amasijos de hierro retorcido y los cascotes.

Compró tabaco en un tenderete, una mezcla coreana. Quería un sabor y un aroma que pudiera asociar a aquel momento, que siempre lo retrotraería al lacerante amor que sentía por Soonji.

Su pobre Soonji. Renunció a una plaza de profesora de ciencias políticas en la facultad para casarse con él, para ayudarlo a expatriar coreanos a los EE. UU. Aunque nunca dudó del cariño de su esposa, siempre se había preguntado hasta qué punto se casó con él por amor, y hasta qué punto porque le sería más fácil ir a EE. UU. en su compañía. No sentía ninguna culpabilidad por pensar así, ni siquiera

ahora. Sacrificar su carrera para casarse con alguien a quien apenas conocía, sólo por ayudar a los demás, hacía que aún la valorase más, si cabía. Si algo había aprendido acerca de las personas en sus sesenta y dos años, era que las relaciones entre éstas no debía definirlas la sociedad sino los interesados. Y él y Soonji así lo hicieron.

Encendió la pipa sin aflojar el paso. El resplandor de la llama delataba sus llorosos ojos. Tenía la sensación de poder dar media vuelta aún, coger el teléfono en la embajada y llamarla, preguntarle qué leía o qué había cenado, como hacía cada noche que no estaban juntos. Le parecía inconcebible e irreal no poder hacerlo. Terminaron por saltársele las lágrimas al cruzar la calle.

¿Volvería a interesarse por algo?

En aquellos momentos, no acertaba a ver cómo. Con independencia de hasta qué punto se amasen, se profesaban gran admiración. Él y Soonji sabían que, aunque nadie valorase lo que hacían o trataban de hacer, ellos sí lo valoraban. Juntos reían y lloraban, polemizaban, se peleaban, se besaban y hacían las paces. Juntos se sentían dolidos por la brutalidad con que eran tratados los laboriosos norcoreanos en las ciudades estadounidenses. Se veía con fuerzas de continuar solo, aunque ya no lo desease. Sería su mente y no su corazón lo que lo impulsara a seguir en la brecha. Su corazón había muerto poco después de las cuatro de aquella tarde.

Y, sin embargo, algo en su interior lo enardecía al pensar en lo ocurrido. La explosión. Había vivido muchas tragedias a lo largo de su vida. Había perdido a muchos amigos y compañeros en accidentes de automóvil, de aviación e incluso asesinados, pero en todos los casos fueron meros accidentes o actos que respondían a un móvil; el destino o una acción dirigida contra una persona concreta, por venganza o en nombre de algún credo. Sin embargo, no podía comprender la pasmosa impunidad que impulsaba a alguien a cometer un acto tan indiscriminado que se había llevado a Soonji además de las vidas de muchos otros. ¿Qué causa era tan

apremiante como para que la muerte de inocentes fuese el único medio de llamar la atención? ¿Qué ego o ambición, o singular concepción del mundo, era tan fuerte como para tener que satisfacerse de ese modo?

Donald no lo sabía, pero no pensaba desentenderse. Quería que los autores fuesen capturados y ejecutados. Antiguamente, los coreanos decapitaban a los asesinos, y clavaban sus cabezas en estacas para que las devorasen los cuervos y tuviesen que vagar por la eternidad ciegos, sordos y mudos. Eso quería él para aquella gente. Eso y que, sobre todo, no se tropezasen con Soonji en la otra vida: ella, en su infinita misericordia, era capaz de darles la mano y conducirlos a algún lugar donde ponerlos confortablemente a salvo.

Se detuvo frente a un cine y permaneció allí un minuto, a pensar de nuevo en las huellas y en la botella de agua. Deseaba con toda su alma formar parte del equipo de investigación de Hwan, no sólo para hacer justicia con los terroristas, sino para tener algo que lo absorbiese y que mitigase su dolor.

Quizá pudiese intervenir de algún modo, tomar iniciativas que le permitiesen llegar hasta el fondo antes que los hombres de la CIAC. Necesitaría la ayuda y la confianza del general Norbom para conseguirlo, y también tendría que convencerse de que ella, su Soonji, lo hubiese aprobado.

Volver a pensar en ella hizo que las lágrimas rodasen por sus mejillas. Se acercó al bordillo, paró un taxi y fue a la base.

VEINTIDÓS

Martes, 7:08, entre Virginia y Kentucky

Rodgers se ajustó el auricular de su radio. Aunque tenía el volumen al máximo, a duras penas oía a Paul Hood. Casi una suerte. Al quitarse los auriculares amarillos para contestar la llamada, ya sabía que no iba a recibir una cálida felicitación. Y acertó.

En el fondo, hubiese preferido que le gritase. Por lo menos lo habría oído. Pero Hood no era de los que gritaban. Cuando se enfurecía, hablaba de manera pausada, medía las palabras como si temiera algún desliz que deformase su ira. Rodgers imaginaba a Hood con delantal y palo de amasar, disponiendo con cuidado las palabras en la masa como si preparase *pizzas* para el horno.

—… me he quedado peligrosamente en cuadro —decía Hood—. Tengo a Martha como mi mano derecha.

—Es *competente*, Paul —le gritó Rodgers al micrófono—. He creído que mi lugar estaba con el comando, en su primera intervención en ultramar.

—¡No eras tu quien debía tomar esa decisión! ¡Tenías que haberlo hablado conmigo!

—Sabía que estabas desbordado. No he querido preocuparte.

—Lo que no querías es que te dijese que no, Mike. Por lo menos reconócelo y no me des por el culo.

—De acuerdo… Lo reconozco.

Rodgers miró al teniente coronel Squires, que fingía no escuchar. El general hacía tamborilear los dedos en la radio, y confiaba en que Hood supiese hasta dónde llegar. El general era tan profesional como el director (y más en cuestiones militares), y no estaba dispuesto a digerir más que el lógico rapapolvo, especialmente por parte de alguien que se dedicaba a recaudar fondos, con personajes como Julia Roberts y Tom Cruise, mientras él mandaba una brigada mecanizada en el golfo Pérsico.

—Está bien, Mike —dijo Hood—. Ya estás ahí. ¿Cómo lo hacemos para sacarte el máximo partido?

Bueno. Sí que sabía hasta dónde llegar.

—De momento —repuso Rodgers—, sólo tenme al corriente de cualquier novedad. Y si hemos de entrar en acción, asegúrate de que mis hombres realicen un simulacro con el ordenador.

—Tendré en cuenta lo del simulacro. La única novedad es que el presidente nos ha puesto al mando del Cuerpo Expedicionario. Ha optado por la dureza.

—Bien.

—Ya hablaremos tú y yo, con *pizza* y cerveza de por medio. De momento, te ordeno que sigas con el comando. Comunicaremos por radio si hay cambios o novedades.

—Recibido.

—Y… ¿Mike?

—¿Sí?

—Deja que los muchachos carguen con el peso, ¿de acuerdo, dinosaurio?

Cuando hubieron cortado la comunicación, Rodgers se recostó en el fuselaje, refunfuñando por aquella alusión a la prehistoria, aunque lo que de verdad le había chocado fue lo de la *pizza*. Quizá sólo fuese una coincidencia, pero Hood tenía una misteriosa intuición para captar las vibraciones de los demás.

A menudo, Rodgers se preguntaba si era la política la que había potenciado su intuición, o si era ésta la que lo llevó a la política.

Siempre que a Rodgers le daban ganas de darle a Hood una patada en el culo, tenía presente que Paul estaba en el cargo por algo… por más que hubiera preferido que se lo ofreciesen a él.

Además, le habría gustado que Hood fuese con él de vez en cuando al hipódromo, en lugar de hacer oposiciones a que lo nombrasen «padre de familia del año». Con su intuición, podían forrarse, y hasta pudiera ser que alguna de las chicas que conocía le alegrase un poco… y rodasen las cosas de un modo algo más relajado para todos.

Rodgers se quitó los auriculares y se recostó en el frío y vibrante costillar de aluminio del aparato. Se alisó su entrecano pelo negro, pasado por la peluquería el día anterior, donde le hicieron un corte que no tenía desperdicio.

Sabía que Hood no podía evitar ser como era, y que tampoco él podía cambiar. Probablemente, no era una mala cosa. ¿Qué le dijo Laodamas a Ulises? «Participa en nuestros juegos entonces; descarga a tu corazón de preocupaciones». ¿Dónde pararían ellos sin la competencia y la rivalidad que los espoleaba? Si Ulises no hubiese participado, no habría ganado el lanzamiento de disco, no lo hubiesen invitado al palacio de Alcino y no le hubiesen hecho los regalos que tan importantes resultaron ser durante su regreso a ítaca.

—Señor —dijo Squires—, ¿quiere empezar a echarle una ojeada a nuestros papeles? Necesitaremos un par de horas.

—Por supuesto —concedió Rodgers—. Descargará mi corazón de preocupaciones.

Squires le dirigió una mirada de perplejidad. Se le acercó más en el banco y miró la voluminosa carpeta que rebosaba de hojas sueltas.

VEINTITRÉS

Martes, 7:10, Centro de Operaciones

Liz Gordon estaba sentada en su despachito, que no tenía más decoración que una fotografía firmada del presidente, una *carte de visite* de Freud y, en la puerta del armario, un blanco de dardos con la cara de Carl Jung, regalo de su segundo ex marido.

En la espartana mesa metálica, sus ayudantes Sheryl Shade y James Solomon manipulaban sendos miniordenadores conectados al Peer-2030 de Liz.

Gordon encendió un Marlboro con la colilla del que aún fumaba y miró con fijeza la pantalla de su monitor. Soltó una bocanada de humo.

—Da la impresión de que nuestros datos confirman que el presidente de Corea del Norte tiene una personalidad bastante sólida. ¿Qué opinan ustedes?

—Todo en él ronda la media, o asoma por el lado positivo de la escala —asintió Sheryl—. La relación con su madre es fuerte… novia durante muchos años… no olvida cumpleaños ni aniversarios… no se le conocen aberraciones sexuales… come de todo, con mesura… bebe con moderación. Incluso tenemos un comentario del doctor Hwong en el sentido de que utiliza las palabras para comunicar ideas y no para impresionar a los demás con su léxico, muy rico. Y, además, no hay nada en nuestros archivos que apunte a que tenga en contra a ningún miembro del ejecutivo. Si estamos frente a un

terrorista, hombre o mujer, no pertenece desde luego al círculo del presidente.

—De acuerdo —dijo Liz—. ¿Qué dice usted, Jimmy?

James Solomon meneó la cabeza.

—Por lo que a la República Democrática Popular de China se refiere, el nivel de agresividad es nulo. En conversaciones privadas, captadas aquí y por la CIA desde que elaboramos el último informe (a las siete de ayer), el presidente, el jefe del gobierno, el secretario general del Partido Comunista y otros relevantes líderes chinos han expresado el deseo de no intervenir en ninguna confrontación que pudiera estallar en la península de Corea.

—Lo que aún le quita más hierro a la crisis y muestra que hemos tenido razón desde el primer momento —dijo Liz, que soltó otra bocanada de humo—. El método es correcto; las conclusiones lo son también. De manera que ya podemos incluir las conclusiones en el condenado banco de datos —añadió.

Gordon dio otra calada y le dijo a Solomon que enviase un fax al embajador Rachlin en Pekín con los nombres de los líderes chinos más militantes.

—No creo que tengamos nada que temer de ellos —remachó Liz —, pero Hood quiere cubrirse por todos los flancos.

Solomon se llevó dos dedos a la frente a modo de saludo, desenchufó su miniordenador del Peer-2030, corrió a su despacho y cerró la puerta.

—Me parece que con esto ya tenemos lo que Paul quería —dijo Liz, que dio otra calada y miró escrutadoramente a Sheryl mientras ésta apagaba su miniordenador y desenchufaba el cable—. ¿Cuántos somos aquí, Sheryl, setenta y ocho personas?

—¿En el Centro de Operaciones, se refiere?

—Sí. Somos setenta y ocho, más cuarenta y dos del personal de apoyo que compartimos con el DOD y la CIA, además de los doce miembros del comando Striker y del personal de apoyo que les facilita la Base Aérea de Andrews. En total, ciento cuarenta. De

manera que, entre tantos (que en su mayoría se muestran amistosos y abiertos, además de ser muy muy eficientes), ¿por qué ha de importarme a mí un pimiento lo que Paul Hood piense de nosotros? ¿Por qué no me limitaré a hacer mi trabajo, a proporcionarle lo que pida y salir a tomarme un café doble?

—Porque trabajamos para descubrir la verdad, y él para utilizarla eficazmente.

—Opina eso, ¿eh?

—En parte sí. Lo que también le ocurre es que se siente frustrada por su mentalidad machista. Piense en su perfil sicológico. Ateo, detesta la ópera, nunca probó, en los sesenta, ninguno de los fármacos que ensanchan la mente. Lo que no puede asumir y asimilar, como parte de su rendimiento cotidiano, no le interesa, aunque, en cierto modo, deberíamos dar gracias por ello.

—¿Por qué? —preguntó Liz en tono cansado, justo al reclamar el ordenador su atención.

—Porque Mike Rodgers es igual. Y si no tuviesen eso en común, se pasarían el día despellejándose vivos con miradas atravesadas e indirectas, más de lo que ya hacen ahora.

—Como una de moros y cristianos en pleno Centro de Operaciones.

La rubia Sheryl, que era delgada como un alambre, levantó el índice en señal de aquiescencia.

—Muy bueno lo suyo —dijo.

—Pero… es que creo que hay algo más, doctora Shade.

—¿Ah sí? ¿Qué? —exclamó Shade con visible curiosidad.

—Perdone, Sheryl —repuso Liz sonriente—, pero gracias a la magia del correo electrónico veo que Ann Farris y Lowell Coffey II quieren que vaya enseguida. Lo comentaremos luego, si acaso.

La psicóloga del departamento cerró su ordenador, guardó la llave en el bolsillo y salió, dejando a su ayudante sumida en la mayor perplejidad.

Al dirigirse pasillo adelante con enérgicos andares hacia la Oficina de Prensa, Liz introdujo en su boca otro chicle doblado (más material para machacarlo a gusto). Tuvo que reprimir una sonrisa. Aunque no estaba bien lo que acababa de hacerle a Sheryl, era un buen ejercicio. Ésta era nueva, recién salida de la Universidad de Nueva York, rebosante de sabiduría de libro… a muchos megas de distancia de la que Liz tenía a su edad, diez años antes. Pero tenía muy poca experiencia de la vida, y su patrón de pensamiento era demasiado lineal. Le convenía explorar la mente humana sin carta de marear, descubrir las rutas por su cuenta. Y un acertijo como el que Liz acababa de plantearle *(¿Por qué le importará tanto a mi jefa lo que piense su jefe?)* la ayudaría a hacerlo, la obligaría a analizar preguntas como: «¿Está encaprichada de él?». «¿No es feliz con su esposo?». «Y si busca un ascenso, ¿en qué medida puede afectarme?». Adentrarse por ese terreno la conduciría a muchos puntos interesantes, todos beneficiosos para ella.

La verdad era que a Liz nada de eso le impedía disfrutar de sus cafés bien cargados. Y no pensaba en Hood mientras los saboreaba. El que Hood no pudiera —o no quisiera— comprender la lógica clínica de su labor no la preocupaba. Que crucificasen a Jesucristo y encerrasen a Galileo no modificó un ápice la verdad de lo que enseñaban.

No. Lo que la cabreaba era la mano izquierda con que la engatusaba antes de que la mierda cayese en el ventilador. La escuchaba con mucha amabilidad y atención, e incorporaba parte de sus hallazgos en sus informes sobre la política y la estrategia a seguir (aunque no porque le gustase hacerlo). Era lo que requería el régimen interno del Centro de Operaciones. Pero como no creía en su trabajo, ella era a la primera a quien le echaba la caballería por encima en cuanto algo se torcía. Y eso lo detestaba, y se había

jurado que algún día le iba a filtrar a Pat Robertson el expediente sobre su impía mente de mosquito.

«No. Nunca harías algo así», se dijo al llamar con los nudillos a la puerta de Pam Bluestone. Pero fantasear con ello la calmaba siempre que estaba sulfurada.

El *Washington Time* aseguró en una ocasión que Ann Farris era una de las veinticinco jóvenes divorciadas más apetecidas de la capital de la nación. Tres años después todavía lo era.

Con su metro setenta, su pelo castaño recogido por detrás y sujeto con un pañuelo del diseñador de moda, una blanquísima dentadura y unos ojos color miel subido, era también una de las mujeres más incomprendidas de Washington.

El noble linaje de los Farris de Connecticut, afincado en el Greenwich Village de Manhattan, esperaba que una licenciada en ciencias de la información y en administración pública por Bryn Mawr trabajase en Wall Street con su padre, que luego ocupase una de las vicepresidencias de alguno de los buques insignia de las empresas norteamericanas, que después ascendiese a vicepresidenta primera… Y de ahí hasta el cielo.

En lugar de ello, se puso a trabajar como reportera política para *The Hour*, en la cercana Norwalk, donde permaneció dos años, para después conseguir el puesto de secretaria de prensa del iconoclasta partido minoritario del gobernador del estado y casarse con un comentarista radiofónico ultraliberal de New Haven. Luego, se retiró para criar a su hijo. Dejó el ostracismo cuando los recortes en la financiación de la emisora le costaron el empleo a su marido que, desesperado, se echó en brazos de una vieja millonaria de Westport. Ann se trasladó entonces a Washington, en donde consiguió el empleo de secretaria de prensa del recién elegido senador por Connecticut (un joven casado, inteligente y trabajador). Nada más incorporarse a su puesto, tuvo con él el primero de una serie de

apasionados y placenteros romances con hombres casados, inteligentes y trabajadores, uno de los cuales ocupaba un puesto superior al de vicepresidente.

Esta última parte del currículum no figuraba en los archivos de los perfiles sicológicos, pero Liz lo sabía porque la propia Ann se lo dijo. También le confesó —aunque fuese obvio— que se sentía atraída por Paul Hood, y que albergaba exóticas fantasías acerca de él. Aquella escultural belleza hablaba con el mayor desparpajo de sus relaciones, por lo menos con Liz. Ann le recordaba a una colegiala católica que conoció una vez, Meg Hughes, que era de lo más recatado y modoso, si las monjas andaban cerca, pero que se descolgaba con los más sórdidos secretos en su ausencia.

Liz se preguntaba a menudo si Ann confiaba en ella porque era psicóloga o porque no la consideraba una rival.

Oyó la ronca voz de Ann, que le decía que entrase.

El despacho desprendía un olor rarísimo, mezcla de una especie de «ozonopino», no apto para perfumar mamíferos, y del tenue y almizcleño olor de las portadas de periódicos, enmarcadas como si estuvieran en un archivo, que cubrían las paredes, y que iban desde la Revolución hasta los días actuales. Había más de cuarenta. Ann decía que era un interesante ejercicio leer los artículos y sopesar hasta qué punto ella hubiese tratado cada una de las crisis de otro modo.

Liz le dirigió una esbozada sonrisa a Ann y un amistoso guiño a Lowell Coffey II. El joven abogado se había levantado al verla entrar y, como siempre, manoseaba alguno de los lujosos complementos de su indumentaria: uno de sus gemelos de diamantes, en este caso.

«A eso se le llama masturbar el dinero», pensaba Liz. A diferencia de Ann, Coffey Percy Richkid tragó con el beverlyhillense estilo de vida de sus muy abogados padres y con su alfabeta y cutre grandilocuencia. Siempre andaba manoseando algo que le costaba a su familia más que su salario anual (corbata Armani, estilográfica de oro Flagge, reloj Rolex). Liz no sabía si todo aquello le gustaba, si lo

hacía, simplemente, como ostentación de su atestada cartera o ambas cosas. En cualquier caso, resultaba tan aparatoso como molesto. Y no lo era menos aquel pelo pajizo cortado a navaja, la cuidada manicura de sus uñas y el perfecto terno gris de Yves St. Laurent. En una ocasión, Liz le llegó a rogar a Hood que le pusiese una cámara oculta en el despacho para ver si, de una vez por todas, aclaraban no *si* se pasaba el recoge-pelusa por el traje sino durante cuánto rato.

—Requetebuenos días —dijo Coffey.

—Hola, Lowell «Segundo». Buenos días, Ann.

Ann sonrió y agitó los dedos. Estaba sentada detrás de su vetusta mesa, en lugar de en el borde como era su costumbre (una barrera de su lenguaje corporal levantada contra Coffey, suponía Liz). Aquel universitario de Yale era demasiado listo, o demasiado tímido, para permitirse un descarado acoso sexual, pero las insinuantes miradas que le dirigía a Ann hacían que al personal de la Sección de Sicología —y al resto del departamento— le cayese tan mal como la congelación salarial.

—Gracias por venir, Liz —dijo Ann—. Perdone que la cargue con esto, pero Lowell ha insistido —añadió, haciendo girar el monitor de su ordenador—. Paul quiere un comunicado para la prensa a las ocho, y necesito que revise una valoración sobre los líderes norcoreanos.

Liz se apoyó en la mesa, un poco envarada.

—¿No es esto competencia de Bob Herbert?

—Técnicamente, sí —repuso Coffey con su sedosa voz—, pero Ann ha utilizado un léxico que roza el libelo. Como no estoy seguro de que sea defendible, quiero asegurarme de que no nos demanden.

—¿Teme que el presidente de Corea del Norte pueda querellarse?

—Ariel Sharon lo hizo.

—Contra *Time*, no contra el gobierno de los Estados Unidos.

—Ya. Pero querellarse contra el gobierno sería un perfecto recurso para que una acosada Corea del Norte se atrajese simpatías

—adujo Coffey, que se recostó en el respaldo, dejó de manosear el gemelo y empezó a juguetear con su corbata negra—. ¿Les gustaría tener que comparecer en juicio, señoras mías?, ¿verse obligadas a revelar fuentes, procedimientos de actuación y todo eso? Lo que es a mí, no.

—Tiene razón, Lowell «Segundo», aunque no podría ser una querella judicial. No se puede demandar a un Estado soberano, aunque subsiste un riesgo.

Lowell puso una cara que venía a decirle: «Pues… adelante», a la vez que señalaba a la pantalla. Y aunque Liz detestaba plegarse a su talante, estudió la pantalla del monitor.

—Gracias —le dijo Ann, dándole una palmadita en el dorso de la mano.

Liz leyó lo que aparecía en pantalla sin dejar de mascar el chicle. El párrafo resaltado era breve y conciso:

> No creemos que la República Democrática Popular de Corea quiera la guerra, y condenamos los rumores que aseguran que su presidente ordenó a los terroristas el ataque. Nada hay que indique que haya cedido a la presión de los militares partidarios de la línea dura y opuestos a la reunificación y al compromiso.

—¿Y bien? —le preguntó Liz a Coffey.

—Que he investigado. Y tales rumores no los ha publicado ni emitido nadie.

—Eso es debido a que hace sólo tres horas que se produjo la explosión.

—Sí. Lo que nos convertiría en los primeros en darlos a la prensa… en parte, porque Bob Herbert ha sido el único en airearlos.

—Pero… condenamos esos rumores en la nota —dijo Liz, que se rascó la frente.

—Da igual. Por el solo hecho de airearlos, aun junto a una condena de los mismos, corremos un riesgo jurídico. Tendríamos que poder probar ausencia de dolo.

—Necesito ese párrafo, Liz —dijo Ann entrelazando las manos—, o algo muy parecido. Lo que pretendemos es decirles a los norcoreanos que si el presidente y sus consejeros militares están detrás del atentado, no lo ignoramos. Si no lo están, nuestra nota de prensa sólo puede interpretarse literalmente: estamos indignados por los rumores.

—Y lo que usted quiere es que yo le diga cómo va a reaccionar cuando lo lea, ¿no?

Ann asintió con la cabeza.

Liz seguía mascando chicle lentamente. Detestaba hacerle la menor concesión a Coffey, pero no podía dejar que eso influyese en su actitud profesional. Volvió a leer el párrafo.

—El presidente no es tan ingenuo como para no contar con que pensásemos algo así, pero es también lo bastante orgulloso como para ofenderse por el modo en que se le señala.

Ann pareció decepcionada. Coffey, en cambio, respiró, aliviado.

—¿Sugerencias? —preguntó Ann.

—Se me ocurren dos. En la línea… *y condenamos los rumores de que su presidente ordenó*, cambiaría presidente por gobierno. Así se despersonaliza.

—De acuerdo —convino Ann tras mirarla con fijeza—. Hasta ahí me vale. ¿Cuál es la otra sugerencia?

—Ésta es un poco más peliaguda. Donde dice: *nada hay que indique que haya cedido a la presión de los militares partidarios de la línea dura, opuestos a la reunificación y al compromiso*, yo diría algo así: *estamos convencidos de que el presidente sigue resistiendo la presión de los militares partidarios de la línea dura, opuestos a la reunificación y al compromiso*. Así también le decimos a la República Democrática Popular de Corea que no perdemos de vista a los

partidarios de la línea dura, pero dejamos en buen lugar al presidente.

—¿Y si no está en… «buen lugar»? —preguntó Ann—. ¿En cuál quedaríamos nosotros, si luego resulta que está detrás de todo esto?

—No lo creo —aseguró Liz—. Quedaría aún peor ante el mundo por el hecho de haber expresado nuestra confianza en él.

Ann los miró a ambos.

—Estoy de acuerdo —dijo Coffey—. Enviamos el mismo mensaje, sin los aspectos contraproducentes.

Ann lo reflexionó unos instantes y luego tecleó los cambios. Archivó el documento y le pasó el «ratón» a Liz.

—Se te da bien —le dijo a su compañera—. ¿Quieres que intercambiemos los puestos por una temporada?

—No, gracias —repuso Liz—, prefiero mis neuras a las tuyas —añadió, dirigiendo una subrepticia mirada hacia Coffey.

Ann asintió con la cabeza mientras Liz utilizaba el «ratón» para recuperar la contraseña e insertarla en el margen del documento. La contraseña formaría parte del archivo permanente, junto a los cambios, aunque no aparecería en el listado de la nota de prensa.

Al ir Liz a archivar el documento anotado, la pantalla azul se oscureció y el ventilador del ordenador dejó de oírse.

Ann agachó la cabeza para ver si le había dado con el pie al enchufe del fusible de seguridad, pero el cable estaba en su posición normal y la luz verde del fusible encendida.

Se oyeron amortiguadas voces que procedían del exterior del despacho. Coffey fue hacia la puerta y la abrió.

—Por lo visto, no estamos solos —dijo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ann.

Coffey la miró muy serio.

—Parece que los ordenadores del Centro de Operaciones se han averiado —contestó.

VEINTICUATRO

Martes, 21:15, Seúl

Cuando el taxi lo hubo dejado frente a la entrada principal de la base norteamericana, Gregory Donald le mostró al centinela su acreditación del Centro de Operaciones con su foto. Tras llamar al general Norbom, el centinela le franqueó el paso.

Howard Norbom era comandante cuando estuvo en Corea, y Donald embajador. Se conocieron en una fiesta para celebrar el veinte aniversario del final de la guerra, y enseguida simpatizaron. Políticamente, coincidían en sus tendencias liberales; ambos aspiraban a encontrar alguna maravilla con la que casarse, y eran los dos amantes del piano clásico, sobre todo de Chopin, como descubrió Donald cuando el aporreador de turno aceptó cinco dólares por cederle el puesto y el comandante se sentó e interpretó el *Estudio revolucionario* de manera más que notable.

El comandante Norbom encontró su maravilla dos semanas después, cuando le presentaron a Diane Albright, de la United Press International. Se casaron a los tres meses, y ahora acababan de celebrar su veinticuatro aniversario. El general y Diane tenían dos nietos, Mary Ann, nominada para el Premio Pulitzer por una biografía, y Lon, que trabajaba en Greenpeace.

Después de que un ordenanza lo hiciese pasar al despacho del general, ambos se abrazaron, y de nuevo se le saltaron las lágrimas a Donald.

—Lo siento muchísimo —le dijo Norbom a su amigo—, muchísimo. Diane no está porque la han enviado a Soweto. Se reunirá con nosotros aquí al regreso.

—Gracias —balbució Donald—, pero he decidido enviar a Soonji a los Estados Unidos.

—¿De verdad? ¿Está su padre de acuerdo?

—Aún no he hablado con él —repuso Donald, que emitió una amarga sonrisa—. Ya sabes cómo le sentó el matrimonio. Sé lo que Soonji sentía por Estados Unidos, y quiero que esté donde ella hubiese querido.

Norbom asintió con la cabeza y rodeó la mesa.

—La embajada tendrá que hacerse cargo del papeleo, pero yo me ocuparé de agilizarlo. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Dime antes una cosa: ¿la han traído aquí ya?

—Sí —repuso Norbom, que apretó los labios.

—Quiero verla.

—Ahora… no —dijo Norbom tras mirar el reloj—. He mandado que nos traigan la cena. Podemos hablar un rato.

Donald miró a los grises y acerados ojos de su amigo. Aquellos ojos que asomaban del roqueño rostro del comandante de la base, ya cincuentón, inspiraban una confianza a la que Donald siempre se atuvo sin vacilar. Si Norbom no quería que viese aún el cuerpo de su esposa, esperaría. Pero necesitaba verla pronto, dejar que su espíritu lo guiase, que le dijese que lo que se proponía era lo acertado.

—De acuerdo —dijo Donald en voz baja—. Charlaremos. ¿Hasta qué punto conoces al general Hong-koo?

—Me extraña tu pregunta —repuso Norbom con el entrecejo fruncido—. Lo he visto sólo una vez, en la reunión celebrada en la Zona Desmilitarizada en mil novecientos ochenta y ocho.

—¿Y no te formaste ninguna opinión?

—Claro. Es arrogante, brusco, emotivo y franco, dentro de sus equivocadas actitudes. Si dice que te va a pegar un tiro, te lo pega.

No lo conozco tan bien como el general Schneider. No tengo oportunidad de verlo a él, ni a sus hombres, desde la Zona Desmilitarizada todos los días; ni de escuchar el folclore norcoreano que ponen a todo volumen en la frontera en plena noche; ni de medir cuántos centímetros, o palmos, le añade al asta de su bandera para que siempre parezca más alta que la nuestra.

—¿Y no replicamos nosotros con música rockera y alargamos un poco más nuestra propia asta? —preguntó Donald tras empezar a llenar la pipa.

—Sólo si él lo hace primero —repuso Norbom, que sonrió de forma tenue—. Entonces le ponemos a un simpatizante comunista. ¿Por qué me lo preguntas?

Donald reparó en la fotografía de Diane que el general tenía enmarcada en la mesa y desvió la mirada. Tardó unos instantes en dominarse.

—Quisiera entrevistarme con él, Howard.

—Ni hablar. Incluso al general Schneider le cuesta lo suyo verlo.

—Él es un militar y yo soy un diplomático, y eso puede cambiar las cosas. Sea como fuere, haré lo posible por contactar con él, pero necesito tu ayuda para llegar a la Zona Desmilitarizada.

—¡Hostia, Greg! —exclamó Norbom, que se recostó en el respaldo—. ¿Qué te ha hecho Rodgers, una transfusión de sangre? Porque parece que te haya contagiado. ¿Te propones cruzar tranquilamente el puesto de control Charlie o atar una nota a un ladrillo?

—Lo haré por radio. Digo yo.

—¡Por radio! ¡Schneider no te dejaría ni tocarlas! Es él quien se la juega. Además, aunque pudieses verlo, Hong-koo es el neura más militante que tienen. Lo envió Piongiang como advertencia a Seúl: id a las conversaciones sobre la reunificación con las alforjas bien llenas y un corazón generoso u os encontraréis con su rifle entre los ojos. Si a alguien del aparato pudiera habérsele ocurrido una salvajada semejante, ése es Hong-koo.

—¿Y si no ha sido él, Howard? ¿Y si Corea del Norte no ha tenido nada que ver en ello? —objetó Donald, que seguía sin encender la pipa—. Por loco que esté —añadió, inclinado hacia adelante—, es persona orgullosa y honorable. No querría apuntarse una operación de esta índole, ni pechar con ella, si no ha sido él.

—¿Y crees que te lo va a decir?

—Quizá no con palabras, pero me he pasado la vida observando a las personas para saber leer entre líneas. Si puedo hablar con Hong-koo, lo notaré enseguida.

—Y si *notas* que ha sido él, ¿qué? ¿Qué harás? —preguntó Norbom, que señaló a la pipa—. ¿Matarlo con eso? ¿O te ha dado el Centro de Operaciones nuevas ideas?

—Si ha sido él, Howard —repuso Gregory, que se llevó la pipa a la boca—, le voy a decir que ha matado a mi esposa, que me ha robado mi futuro, y que eso es algo que no debería ocurrirle a nadie más. Iré con las alforjas bien repletas y, con la ayuda de Paul Hood, encontraré el medio de detener esta locura.

—O sea, ¿que lo dices en serio? —dijo Norbom, mientras miraba con fijeza a su amigo—. ¿Crees que te puedes plantar allí sin más y hacerlo entrar en razón?

—Es lo que creo en lo más profundo de mi corazón; o en lo que queda de él.

El ordenanza llamó a la puerta, entró con la cena y colocó la bandeja entre ambos. Norbom siguió con la mirada fija en Donald después de que el ordenanza hubiera destapado las fuentes y se hubiese retirado.

—Libby Hall y la mayoría de los miembros del gobierno de Seúl se opondrán a que vayas.

—La embajadora no tiene por qué enterarse.

—Trascenderá. Al Norte le vendría tu visita que ni pintada para su propaganda política. Igual que hicieron cuando fue Jimmy Carter.

—Para entonces ya habré terminado.

—Mira, oye, ¡que esto no es un juego! —exclamó Norbom alisándose el pelo—. Por Dios, Greg, reflexiona bien sobre… tu plan, porque ni siquiera es un plan: es una simple esperanza. Jugar esa carta tan a la desesperada puede dar al traste con lo que haya podido conseguirse hasta ahora en las negociaciones. Puede acabar contigo *y* con el Centro de Operaciones.

—Lo que me importaba ya lo he perdido. El resto pueden quedárselo.

—Se quedarán con eso y con más, créeme. Mantener contactos no autorizados con el enemigo… Washington y Seúl se nos comerán vivos a ti, a mí, a Paul Hood y a Mike Rodgers. Un descalabro.

—No quiero perjudicarte, Howard, ni me lo tomo a la ligera. No te lo pediría si no creyese que puedo conseguir lo que no podría el uniforme. Piensa en las vidas que pueden salvarse.

El ajado rostro del comandante de la base palideció.

—¡Puñeta…! Haría cualquier cosa por ti, Greg, pero le he consagrado mi vida profesional a esta base. Puestos a mandarlo todo a tomar por el culo, y a escribir mis memorias en una celda de tres por cuatro, consúltalo con la almohada, por lo menos. Estás destrozado y acaso ofuscado.

—Haré algo mejor que consultarlo con la almohada, Howard —dijo Gregory, que encendió la pipa—. Cenaremos e iré a ver a Soonji. Estaré con ella un rato. Si luego lo veo de otro modo, te lo diré.

El general cogió lentamente el cuchillo y el tenedor y, con igual lentitud, empezó a cortar su filete en silencio. Donald dejó la pipa a un lado y se dispuso también a cenar.

A los pocos instantes, mientras comían en silencio, los interrumpió una llamada a la puerta y la entrada de un hombre malcarado con un reluciente parche negro en el ojo.

VEINTICINCO

Martes, 7:35, Centro de Operaciones

—¡No puede ser! ¡No es posible! ¡No puede ser!

El seráfico y normalmente impasible rostro del oficial de apoyo de Operaciones Especiales Matt Stoll estaba tan pálido como un melocotón verde, pero con los pómulos rojos como una pepona. Jadeaba exasperado y trataba con frenesí de enchufar su ordenador al transformador de pilas que tenía en su mesa. No entendió por qué, de repente, había fallado el sistema, hasta que se activó de nuevo. Entonces pudo rastrear en el siniestro, por así decirlo, en lo que, sin el menor sentido del humor, llamaban los programadores de pacotilla «el sistema de caja negra para garantizar la seguridad de *tu* vuelo».

Le rezumaba el sudor por las cejas y le entraba en los ojos, y también le salpicaba en los cristales de las gafas al parpadear. Aunque sólo habían transcurrido segundos desde el fallo, Stoll tenía la sensación de haber envejecido un año, y otro año más al oír la voz de Hood.

—¡Matty…!

—¡Estoy en ello! —le espetó Stoll, que se abstuvo de añadir que *era imposible*.

E imposible debía de haber sido. Era absurdo. En el resto de las instalaciones del tendido de Andrews no faltaba la luz. Sólo habían fallado los ordenadores. Eso era imposible de hacer desde el

exterior. Tenía que ser una orden del programa. El sistema informático que utilizaban en el Centro de Operaciones era de programas autónomos y, por lo tanto, cualquier fallo o parada tenía que deberse a una orden del propio programa. Los programas que se incorporaban eran exhaustivamente analizados para detectar virus. La mayoría de los que se encontraban eran inocuos, como el que hacía que apareciese en pantalla la palabra «DOMINGO» para decirles a los laboradictos que dejasen de aporrear el teclado; o «ESTÁS SIN BLANCA», que hacía que, cada vez que se pulsaba una tecla, sonase a calderilla; o «TALOS», que cada 29 de junio detenía los ordenadores y no los dejaba volver a funcionar hasta que tecleabas la frase «FELIZ CUMPLEAÑOS, TALOS». Algunos, como «MIGUEL ÁNGEL», que borraba los datos el 6 de marzo, fecha de nacimiento del artista, eran más malévolos. Pero aquello era insólito, sofisticado y… peligroso.

Stoll estaba tan perplejo como consternado, sobre todo porque la pantalla volvió a iluminarse justo antes de que lograse enchufar el ordenador a su transformador de pilas.

Volvió a oírse el zumbido característico de la actividad del ordenador, la vibración del *hardware*, y apareció la pantalla del DOS al activarse el programa básico Control Central. Siguieron los créditos en la pantalla mientras la sintetizada voz del «gran ratón» se marcaba una inquisitiva aria a través del altavoz del ingenio.

—¿Hay algún otro programa en curso, Matty?

—No —repuso Stoll de mal talante al asomar Hood en su despacho—. ¿Cuánto has tardado en detectar el problema?

—Diecinueve segundos y ochenta y ocho centésimas.

El ordenador terminó de acceder al programa y apareció la familiar pantalla azul, lista para funcionar. Stoll pulsó «F5/RETROCESO» para comprobar el archivo.

Hood se apoyó en el respaldo de la silla de Stoll y miró la pantalla.

—Vuelve a funcionar…

—Eso parece. ¿Ha perdido algún documento?

—No lo creo. *El Pincha* lo iba archivando todo en diskettes. Es formidable que haya conseguido que vuelva a funcionar…

—Yo no he hecho nada, jefe. Salvo estar aquí sentado, sudando la gota gorda.

—¿Me quiere decir que el ordenador ha vuelto a funcionar solo?

—No. Ha recibido instrucciones de hacerlo así.

—¿Instrucciones que usted no le ha dado?

—En efecto —confirmó Stoll, que meneó la cabeza—. Y no puede ser.

—Y Amelia Mary Earhart tenía un mapa —dijo Lowell Coffey desde la puerta.

Stoll ignoró al abogado y siguió con la comprobación del archivo. No faltaba ningún documento. Recuperó uno y, como en la parte inferior de la pantalla no aparecía «ERROR», respiró con alivio al ver que los documentos no se habían destruido.

—Todo parece estar bien. Por lo menos, los datos están intactos.

Los gruesos y veloces índices de Stoll volaban sobre el teclado. Había instalado un programa WCS para el reconocimiento de situaciones críticas, aunque sin creer que jamás tendría que utilizarlo. Lo acababa de activar para que hiciese un reconocimiento general de todos los documentos. Luego habría que revisarlo más a fondo con un programa secreto que tenía bajo llave, pero con el WCS podía detectar los problemas mayores.

—¿A qué hora ha llegado aquí, Matty? —le preguntó Hood, que a continuación se mordisqueó el labio.

—He fichado a las cinco cuarenta y cinco, y dos minutos después estaba aquí abajo.

—¿Ha informado de algo anormal Ken Ogan?

—Nada. En el turno de noche ha ido todo como una seda.

—Calma chicha. Como cuando se hundió el *Titanic* —terció Coffey.

Hood hizo como si no lo hubiese oído.

—Pero eso no significa que no haya ocurrido algo en el edificio. Alguien, de cualquier sección, ha podido acceder al sistema —dijo Paul.

—Sí, pero no forzosamente hoy. Ha podido ser como una bomba de relojería, algo instalado en cualquier momento para que se activase ahora.

—Una bomba —dijo Hood—. Como la de Seúl.

—¿Y no ha podido tratarse de un accidente? —preguntó Coffey—. ¿No cabe la posibilidad de que alguien haya pulsado una tecla que no debía?

—Es casi imposible —repuso Stoll mientras aparecía en pantalla la lista de comprobación de errores.

Números y caracteres recorrían la lista en busca de anomalías en los documentos; órdenes incompatibles, en principio, con los programas instalados, o que no hubieran sido introducidas de acuerdo a los «ciclos de reloj» del sistema.

—En definitiva —dijo Hood, que tamborileaba con los dedos en el respaldo de la silla—, que lo que me dice es que podemos tener un topo.

—Puede ser.

—¿Cuánto tiempo tardaría alguien en instalar un programa capaz de detener el sistema?

—Horas. O días. Depende de lo bueno que sea el instalador. Pero no hay por qué suponer que el programa se haya instalado aquí. La programación, por supuesto, han podido hacerla fuera y colarla en el *software* antes de llegar aquí.

—Pero… nosotros examinamos todos los programas que llegan.

—Nos limitamos a buscar mojones, que es básicamente lo que hago ahora.

—¿Mojones? ¿Algo que debe aparecer y no aparece?

—Exacto —repuso Stoll—. Introducimos códigos en nuestros datos y los archivamos a intervalos específicos (como si fuera un taxímetro, cada veinte segundos o cada veinte palabras). Si el

código no aparece, lo examinamos más a fondo para asegurarnos de que no hay datos que no sean nuestros.

—Siga con ello, Matty —le dijo Hood, que le dio una palmadita en el hombro.

A Stoll le rezumaba el sudor por la oreja izquierda.

—Descuide. No quiero cargármela con todo el equipo.

—Mientras tanto, Lowell, que el oficial de guardia pase los vídeos que filmaron anoche, lo que captaron las cámaras, tanto en el interior como en el exterior. Quiero saber quiénes han entrado y salido. Que amplíen las acreditaciones y las comparen con las fotos de los archivos. Que se aseguren de que son auténticas. Dígale a Alikas que las examine, ya que él tiene buen ojo. Si no encuentran nada anormal, que pasen a anteayer, y a trasanteayer.

—Va a ser lento —dijo Coffey, que jugueteó con su ostentoso anillo.

—Ya lo sé, pero nos han burlado, y quiero saber quién ha sido.

Ambos salieron justo al entrar Bob Herbert, un agente de la CIA de treinta y ocho años que, en aquellos momentos, estaba tan furioso como siempre. Cuando no lo estaba porque algo se torcía, lo estaba contra el maldito destino que lo sentó en una silla de ruedas.

—¿Qué pasa, tecnómano? Nos han dado por el culo, ¿eh?

Herbert no había perdido del todo su acento de Mississippi, donde pasó su juventud, ni el dejo de ansiedad, resultado de sus diez años en la CIA y de la perenne amargura por el bombardeo de la embajada norteamericana de Beirut, en 1985, que lo dejó tullido.

—Compruebo hasta dónde ha llegado la penetración —repuso Stoll, que se mordió la lengua para no añadir *comandante Pelma*.

El atribulado Herbert se lo toleraba a Hood y a Rodgers, pero a nadie más, y menos aún a quien nunca vistió uniforme, a quien casi todos los noviembres asistía a la fiesta del Partido Libertario y que, encima, pesaba tanto como él en el Centro de Operaciones.

—Bueno, tecnómano, quizá te sirva de algo saber que no somos los únicos con quienes se han marcado un mate debajo de la

bombilla.

—¿Quiénes son los otros?

—En algunos departamentos del Ministerio de Defensa ha ocurrido igual.

—¿Durante veinte segundos?

—En efecto —asintió Herbert—. Y en la CIA también.

—¿En qué secciones?

—En las de tratamiento de crisis. En todas aquellas a las que les suministramos datos.

—¡Mierda…!

—Boñigas, y de las gordas, chaval. Hemos jodido a un montón de gente, y van a pedir la cabeza de alguien.

—¡Mierda! —exclamó de nuevo Matt al ver que la primera oleada de datos se detenía en la pantalla.

«El primer archivo está limpio —canturreó el "gran ratón"—. Procedo con el segundo».

—No te culpo —dijo Herbert—. Yo aún andaría si incluso los más eficientes estuviesen libres de que les metan un gol. Pero necesito datos de inteligencia de la ONR.

—No puedo acceder a los datos de la Oficina Nacional de Reconocimiento cuando está activada la función de detección de errores, ni puedo salir del programa, directamente, desde un documento.

—Ya lo sé —aseguró Herbert—. El joven tecnómano Kent me lo explicó. Por eso he entrado, para hacerte compañía hasta que ese condenado ordenador pueda proporcionarme la información que necesito.

—¿De qué información se trata?

—Necesito saber qué ocurre en Corea del Norte. Ha habido muchos muertos, y tiene toda la pinta de ser *made in* Corea del Norte. Hemos enviado un avión con el comando Striker, y el presidente quiere saber cuál es la situación de nuestras tropas allí, el actual potencial de misiles, si hay alguna novedad en las plantas de

energía nuclear… y todo eso. No podemos saberlo sin los satélites espías, y…

—Lo sé. Y no pueden acceder a ellos sin los ordenadores.

«El segundo archivo está limpio —informó el "gran ratón"—. Procedo con el…».

—Cancelar —dijo Matt, y salió del programa.

Accedió al DOS a través del teclado, entró la contraseña para conectar con la ONR y se cruzó de brazos, a esperar. Rogaba a Dios que el virus no hubiese afectado a la conexión telefónica.

VEINTISÉIS

Martes, 7:45, Oficina Nacional de Reconocimiento

Era uno de los departamentos más secretos y mejor protegido de uno de los edificios más secretos del mundo.

La Oficina Nacional de Reconocimiento, situada en el Pentágono, era una pequeña estancia sin lámparas, apliques ni fluorescentes. La iluminación la proporcionaban las consolas de los ordenadores, diez hileras con otras tantas consolas en cada hilera, dispuestas como en una sala de control de la NASA. Un centenar de lentes situadas en el espacio vigilaban la Tierra en directo. Proporcionaban sesenta y siete imágenes en blanco y negro por minuto, con ampliación a distintas escalas, de toda área hacia la que el satélite enfocase sus ojos. Cada imagen era codificada a la centésima de segundo, de tal manera que pudieran medirse la velocidad de un misil o la potencia de una explosión nuclear, comparando sucesivas tomas o, en relación a otros datos, lecturas sismográficas.

En cada consola había un monitor de televisión con un teléfono debajo y un teclado. Dos técnicos eran responsables de cada hilera de consolas: se encargaban de seleccionar distintas coordenadas para que los satélites vigilasen nuevas zonas o proporcionasen lo que llamaban «listados en papel de las imágenes» (o sea, copias en papel de las fotografías) al Pentágono, al Centro de Operaciones, a la CIA o a cualquiera de los aliados de EE. UU.

Los hombres y mujeres que trabajaban en la ONR eran sometidos a una preparación especial y a unos exámenes sicológicos casi tan exhaustivos como quienes trabajaban en los centros de control de las bases de misiles nucleares de la nación: tenían que ser capaces de no acabar aturdidos por el incesante flujo de imágenes en blanco y negro; de distinguir, en cuestión de segundos, si un avión, un tanque o un uniforme pertenecían a Chipre, a Swazilandia o a Ucrania, y de resistir la tentación de echarle un vistazo a la finquita de sus padres en Colorado o al edificio de su apartamento de Baltimore. Aquellos ojos del espacio podían escudriñar el planeta palmo a palmo, hasta el punto de leer el periódico de cualquiera que lo hojease plácidamente en un parque. No debían caer en la tentación de jugar con tan poderosos instrumentos, una tentación comprensible si se tenía en cuenta que pasaban semana tras semana viendo montañas, llanuras y océanos.

Dos supervisores observaban la silenciosa estancia desde una cabina de control, de cristal, que ocupaba una de las paredes. Notificaban a los técnicos las peticiones de otros departamentos, y hacían una doble comprobación de cualquier cambio en la orientación de los satélites.

El supervisor Stephen Viens fue compañero de universidad de Matt Stoll. Ambos se licenciaron con los números uno y dos de su promoción en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, patentaron conjuntamente neuronas artificiales para cerebros de silicio y tenían, respectivamente, el primer y segundo récord del videojuego de la Jaguar *Trevor McFur* de un conocido salón recreativo. Los ejecutivos de la Atari tuvieron que acceder a pagar horas extras porque el juego de Stoll continuaba cuatro horas después de la hora de cierre del salón. Lo único que no compartían era la afición de Viens por la halterofilia, por lo que sus esposas los llamaban *Hardware* y *Software*.

El correo electrónico de Stoll llegó poco antes de las ocho, justo cuando Viens acababa de apalancarse con su café y su bollo de

chocolate, antes de empezar su turno.

—Me ocupo yo —le dijo al supervisor de noche Sam Calvin.

Viens hizo girar la silla, se situó frente al monitor y dejó de masticar al leer el mensaje:

> Éxito de Facehugger. En plena actuación.
> Envíen 39/126/400/Soft. ¿Comprueban su propio Alien?

—Menudo tomate —exclamó Viens.

—¿Qué pasa? —preguntó Calvin.

Los vicesupervisores de los turnos de día y de noche se acercaron también.

—¿Facehugger? —preguntó el vicesupervisor Fred Landwehr—. ¿Qué es eso?

—De la película *Alien*. La *cosa* que introducía las larvas de alienígena en las personas para incubarlas. Dice Matt Stoll que tienen un virus, lo que significa que nosotros podríamos tenerlo también. Además, quiere que rastreemos Piongiang —le explicó Viens, que se alcanzó el teléfono—. Mónica, eche un vistazo a treinta y nueve de longitud, ciento veintiséis de latitud, ampliación cuatrocientos, y envíelo a Matt Stoll al Centro de Operaciones. No saque listado —añadió, y luego colgó—. Usted, Fred, ponga el programa de detección de errores para nuestro *software*. Asegúrese de que está todo bien.

—¿Busco algo concreto?

—No sé. Revíselo todo, y a ver por dónde truena.

Viens se giró hacia el ordenador y tecleó:

> Buscamos a Chestburster. Impacto en Ripley.
> 39/126/400. Diskette.

Después de enviar el mensaje, miró hacia las hileras de monitores sin acabar de creer lo que había leído. Stoll había programado lo que ambos convenían en que era el mejor programa antivirus imaginable. El que lo hubiesen logrado burlar era toda una hazaña. Le dolía por su compañero, pero sabía que, al igual que él, Stoll quedaría fascinado por el avance que eso suponía en su campo, y querría llegar hasta el fondo.

VEINTISIETE

Martes, 21:55, Seúl

El comandante Lee se cuadró al entrar en el despacho del general. Norbom le devolvió el saludo.

—Greg Donald —dijo el general—, creo que ya conoce al comandante Kim Lee.

—Sí, ya nos presentaron —asintió Donald, que se llevó una servilleta a los labios, se levantó y le tendió la mano al comandante —. Fue hace varios años, en un desfile en Taegu, si no recuerdo mal.

—Es increíble, y halagador, que lo recuerde —dijo Lee—. ¿Está aquí en viaje oficial?

—No. Privado. Por mi esposa. Ha muerto en el atentado de esta tarde.

—Lo siento, señor.

—¿Qué opina de lo ocurrido, comandante? —preguntó Norbom.

—Que lo ha ordenado Piongiang, acaso el propio presidente.

—Parece usted muy seguro —dijo Donald.

—¿Y usted no?

—No del todo, no. Ni tampoco Kim Hwan, de la CIAC. Las pruebas son muy inconsistentes.

—Pero no el motivo —replicó Lee—. Es un luctuoso momento para usted, señor embajador, y no quisiera ser desconsiderado, pero el enemigo es como una serpiente: ha mudado la piel pero no el

corazón. Tratarán de minarnos, de destruirnos, bien por medio de la guerra o clavando sus colmillos en nuestro bienestar económico.

Donald desvió la mirada, visiblemente entristecido. Al igual que en los años 50, el mayor obstáculo para lograr una paz duradera no era la codicia ni las disputas territoriales, ni los desacuerdos sobre cómo unificar dos regímenes distintos, que sí que representaban problemas tremendos pero no insuperables. Los mayores obstáculos eran el recelo y el arraigado odio de muchos ciudadanos de ambas naciones. Lo abatía pensar que la verdadera unificación no podría llegar hasta que la generación afectada por la guerra desapareciese.

—Ése es terreno de Kim Hwan —dijo el general Norbom—. ¿Por qué no dejar pues que sea él quien se ocupe, comandante?

—Sí, señor.

—Y bien, ¿para qué quería verme?

—Señor, esta orden de transferencia de material requiere su sello.

—¿De qué se trata?

—De cuatro bidones de tabun, señor —repuso Lee, que le tendió el impreso—. Debo llevarlos a la Zona Desmilitarizada.

—¿Y para qué demonios quiere el general Schneider este gas? —preguntó el general mientras se ponía las gafas.

—No es para el general, señor. Los servicios de inteligencia militar informan que en la frontera han desenterrado bidones de gas y de que envían más desde Piongiang. Vamos a trasladar éstos a Panmunjom por si fuesen necesarios.

—¡Hostia! —masculló Donald—. ¿Lo ves, Howard? Esto se va a escapar de las manos.

Lee permaneció impasible y muy erguido junto a Donald, observando a Norbom mientras éste leía el cumplimentado impreso.

—Piden ustedes gas —le dijo el general a Lee—. ¿A quién se le entrega?

—Yo me encargo de la entrega, señor. Tengo órdenes del general Sam —repuso Lee, que sacó unos documentos del bolsillo de la

camisa y se los tendió.

Norbom les echó una ojeada y conectó su intercomunicador.

—¿Shooter?

—¿Sí, señor?

—Autorice el *transfer* del comandante Lee y póngame con el general Sam.

—Sí, señor.

—Sólo tengo que recomendarle dos cosas, comandante —dijo Norbom al devolverle los documentos al oficial—: una es que conduzca con mucho cuidado, y la otra es que extreme las precauciones cuando llegue a Panmunjom.

—Por supuesto, señor —dijo Lee, que volvió a cuadrarse.

El oficial le dirigió una leve inclinación de cabeza a Donald al despedirse. Recorrió con la mirada al diplomático de una manera que, inexplicablemente, hizo que Donald sintiese un escalofrío. Luego, dio media vuelta y salió.

El rostro de Lee seguía impasible, pero sonreía por dentro. Los meses y el dinero invertidos en convencer al sargento Kil habían merecido la pena. El asistente del general Sam había firmado tantas veces con el nombre de su superior que era casi imposible detectar que no era su firma. Y él sería el primero en recibir la llamada de Norbom. Sabría componérselas para justificar que el general no podía ponerse, hasta que la avejentada mente del general Norbom cayese en la cuenta, o fuese ya demasiado tarde. En ambos casos, Lee y su grupo habrían conseguido lo que querían: la oportunidad de activar la segunda y más mortífera fase de su operación.

Se reunió con sus tres hombres en una camioneta, cuya caja iba cubierta con una lona. Era una vieja Dodge T214. Los soldados estadounidenses la bautizaron «Beep» (por *Big Jeep*). Pesaba setecientos cincuenta kilos y tenía una sólida carrocería y un bajo

centro de gravedad. Resultaba perfecta, porque tendrían que ir campo a través parte del trayecto.

Los hombres de Lee lo saludaron al verlo acercarse, y él saltó al asiento contiguo al del conductor. Los otros dos iban sentados atrás, bajo la lona.

—Cuando salgamos de la base —le dijo al conductor—, dé media vuelta hacia la ciudad, a Chonggyechonno —añadió, ladeando un poco la cabeza hacia atrás—. Eh, soldados, el subdirector de la CIAC no cree que el enemigo esté detrás del atentado de esta tarde. Ocúpense de que mister Kim Hwan no siga propagando falsedades. Asegúrense de que no se presente al servicio por la mañana.

—Sí, señor. ¿Un accidente?

—No, nada de accidentes. Vayan al hotel, vístanse de paisano, cojan documentos de identidad y roben un coche del *parking*. Vean antes cuál es su aspecto, síganlo y cárgueselo, Jang. Brutalmente, igual que hicieron los norcoreanos con los soldados estadounidenses que podaban árboles.

Igual que mataron sin piedad a diecisiete personas en el bombardeo de Rangún. Igual que asesinaron a mi madre. Demuéstreles, Jang, lo bestias que son los norcoreanos, que no merecen formar parte del mundo civilizado.

Jang asintió con la cabeza. Lee se recostó en el respaldo y llamó por teléfono al capitán Bock de la Zona Desmilitarizada. Al llegar a la verja de la entrada, le mostró el documento sellado al centinela estadounidense, que fue hacia la parte de atrás de la camioneta, comprobó los bidones, le devolvió el documento y autorizó el paso del vehículo.

Al llegar al bulevar, Jang saltó de la parte de atrás y corrió hacia el Savoy, el hotel en el que empezó su larga y ajetreada jornada.

VEINTIOCHO

Martes, 7:57, Centro de Operaciones

Acababa de sonar el teléfono de Paul Hood. No era frecuente. Casi todas las comunicaciones le llegaban a través del correo electrónico, o de las líneas telefónicas especiales de su terminal.

Era aún más raro porque su intercomunicador no le había alertado de que tenía una llamada. Esto significaba que se trataba de alguien con autoridad para saltarse la centralita.

—Diga.

—Soy Michael Lawrence, Paul.

—Sí, señor. ¿Cómo está, presidente?

—Me he enterado de que su chico ha ingresado en el hospital esta mañana, Paul.

—Sí, señor.

—¿Cómo se encuentra?

Paul frunció el entrecejo. A veces había que darle al presidente noticias agradables. En otras ocasiones, como en aquélla, había que decirle simplemente la verdad.

—Nada bien, señor. No saben qué es lo que le ocurre. No responde al tratamiento.

—Lo siento, Paul —dijo el presidente—, pero necesito saber hasta qué punto puede absorberlo su estado.

—¿Por qué, señor?

—Lo necesito, Paul. Lo necesito al cien por cien en esta crisis de Corea. Lo necesito volcado en ello y que lo controle todo. De lo contrario, tendría que encomendárselo a otra persona. Lo dejo a su criterio, Paul. ¿Quiere que ponga esto en manos de otra persona?

Era curioso. Paul pensó en lo mismo no hacía ni cinco minutos, pero ahora, al oírselo al presidente de un modo tan directo, no le cupo ninguna duda.

—No, señor —contestó—. Sigo al frente.

—Así me gusta. Y… ¿Paul?

—¿Sí, señor?

—Téngame al corriente del estado de su chico.

—Lo haré, señor. Gracias.

Paul reflexionó unos instantes después de colgar. Luego pulsó «F6» para hablar con *el Pincha*.

—Oiga, Benet —le dijo—, cuando tenga un momento llame a alguno de nuestros tecnobrujos residentes. Necesito una nueva secuencia de código para *Kombate mortal*, algo que vuelva loco a Alexander cuando salga del hospital y regrese a casa.

—Cuente con ello —le prometió *el Pincha*.

Paul sonrió, se alcanzó el siguiente documento que aguardaba turno en el montón y reanudó el trabajo.

VEINTINUEVE

Martes, 22:00, Seúl

El recién inaugurado edificio quedaba detrás de los que se alineaban en Kwangju. Era muy moderno y de cuatro plantas. Su estructura, de acero y ladrillo blanco, resplandecía al fondo del patio, rectangular y muy largo. De no ser por la alta valla de hierro que rodeaba el patio y porque las persianas de las ventanas estaban cerradas, a cualquier viandante le hubiese parecido la oficina de una empresa o una dependencia universitaria. Era difícil sospechar que aquél fuese el cuartel general de la CIAC y que albergase algunos de los secretos mejor guardados de Oriente.

El edificio de la CIAC estaba protegido por cámaras de vídeo instaladas en el exterior, modernísimos detectores de movimiento en todas las puertas y ventanas y ondas electrónicas para evitar las escuchas. Hasta no entrar en el vestíbulo, muy iluminado, y encontrarse frente a dos centinelas armados, parapetados tras una cabina de cristal a prueba de balas, no se entreveía la delicada naturaleza de la actividad que tenía lugar en el interior.

El despacho del subdirector Kim Hwan estaba en la segunda planta, al fondo de un pasillo en cuyo otro extremo se encontraba el despacho del director Yung-Hoon. En aquellos momentos, el ex jefe de policía cenaba en la cafetería de la cuarta planta con periodistas amigos para sondearlos a ver qué sabían. Los métodos de trabajo de Hwan y de Yung-Hoon eran distintos pero complementarios.

Yung-Hoon partía de la idea de que los demás siempre tenían las respuestas que el investigador pretendía, siempre y cuando las personas adecuadas hiciesen las preguntas adecuadas. Hwan, en cambio, creía que, intencionadamente o no, la gente mentía y que, por lo tanto, se llegaba a una mejor comprensión de los hechos por medios científicos. Ambos reconocían que el planteamiento del otro era válido, aunque Hwan no tenía estómago para prodigar las sonrisas y la cháchara que el método de Yung-Hoon requería. Cuando era fumador, su capacidad de aguante para escuchar patrañas duraba lo que un Camel sin filtro. Y ahora bastante menos.

En su pequeña mesa, atestada de papeles y carpetas, Hwan estudiaba un informe que acababa de llegar del laboratorio. Se saltó los análisis del profesor sobre «orbitales específicos hibridados» y «dirección de electronegatividad» (datos no requeridos por la CIAC sino por la judicatura, por si pudieran unirse a otras pruebas en un proceso) y pasó directamente al resumen:

El análisis de los explosivos revela que se trata del plástico habitualmente utilizado por los norcoreanos. La composición es la característica de la planta de Sonchon.

No hay huellas dactilares en la botella de agua. Y debía haberlas, por lo menos parciales, de algún empleado de la tienda. Deducimos que limpiaron la botella. Los restos de saliva encontrados en las gotas de agua que quedaban son irrelevantes.

Las partículas de tierra tampoco nos dicen nada. Los principales componentes, arena y bauxita, son comunes en toda la península y no sirven para localizar el punto de origen.

Sin embargo, un estudio toxicológico revela restos concentrados de un sublimado de la sal NaCl (Na+ de la base NaOH, Cl- del ácido HCl). Se suele encontrar en derivados del petróleo del macizo montañoso Gran Xingan de Mongolia Interior, entre los que se encuentra el combustible utilizado por las fuerzas mecanizadas de la República Democrática Popular de Corea. La concentración de 1:100 NaCl en las partículas de tierra, excluye la

posibilidad de que sean partículas traídas por los vientos desde el norte. La simulación por ordenador indica que, en tal caso, la concentración sería del orden de 1: 5000.

Hwan recostó la cabeza en el respaldo de su sillón y dejó que el aire agitado por el ventilador refrescase su rostro.

«De manera que estamos ante unos terroristas llegados del norte. ¿Cómo no van a ser norcoreanos?», se dijo.

Empezaba a pensar que sólo había un medio de estar seguro, aunque se resistía a utilizar una carta tan importante.

Sonó el intercomunicador mientras releía el resumen.

—Señor, aquí el sargento Jin desde recepción. Un caballero desea ver al oficial que lleva el caso del atentado contra el palacio presidencial.

—¿Qué quiere?

—Asegura que los vio, señor. Que vio a los hombres que salieron corriendo del camión del equipo de sonido.

—Que espere ahí —le ordenó Hwan, que se levantó y se ajustó el nudo de la corbata—. Ya salgo yo.

TREINTA

Martes, 8:05, Centro de Operaciones

Perplejos y en silencio, Bob Herbert y Matt Stoll observaban las fotos de la ONR que aparecían en la pantalla de la consola de Stoll.

—¡La madre que me parió! —exclamó Herbert—. ¡Esa gente está mal del tarro!

En las fotografías de Piongiang se veían tanques y vehículos blindados que procedían de la ciudad y artillería antiaérea que iban emplazando por las afueras.

—¡Esos cabrones se preparan para la guerra! —Añadió Herbert—. Pasa las tomas de la ONR de la Zona Desmilitarizada. A ver qué ocurre allí.

Bob levantó el teléfono, adosado a uno de los brazos de su silla de ruedas, para hablar con *el Pincha*.

—Póngame con el jefe, Benet —le dijo.

—¿Qué tienen, Bob? —preguntó Hood nada más ponerse.

—Trabajo para usted: reelaborar el «Informe de Opciones». Por lo menos, tienen tres brigadas mecanizadas que parten del sur de la capital norcoreana y, a ver…: una, dos, tres… cuatro baterías antiaéreas en el sector sur del perímetro.

—Páseme copias en papel de las fotografías —dijo Hood tras un largo silencio— y sigan atentos a las pantallas. ¿Aún no ha encontrado nada Matty?

—No.

—Llame a Andrews —añadió Hood después de otra larga pausa—. Pídanles que nos envíen un reconocimiento de la bahía oriental de Corea, al oeste de la bahía Chungsan, cada dos horas.

—¿Quiere que lo sobrevuelen?

—Mike y el comando Striker se dirigen hacia allá. Si los ordenadores vuelven a fallar y perdemos el enlace, no quiero que vayan a ciegas.

—Vale —dijo Herbert—. Dígame, jefe, ¿aún cree que esos cabrones no quieren la guerra?

—¿Cuáles? ¿Los de la Casa Blanca o los de Corea del Norte?

Herbert juró por lo bajo.

—Los del Norte —repuso—. ¿Quiénes van a ser? Nosotros no hemos empezado esto…

—No, es verdad, pero sigo pensando que Corea del Norte no quiere la guerra. Se despliegan porque creen que nosotros sí que la queremos. El problema estriba en que el presidente no pueda permitirse dar sensación de debilidad y no vacile. ¿Vacilarán ellos?

Tras decirle que volvería a comunicar con él en cuanto tuviese más información, Herbert despotricó en su interior por la sospechosa personalidad de Hood. Que él fuese de esos políticos que antepone la política a cualquier cosa, como se vio cuando fue alcalde, siempre pendiente de sus consejeros y de los sondeos de opinión, no significaba que todos fuesen igual. No creía que el presidente arriesgase la vida de jóvenes estadounidenses para reforzar su imagen de tipo duro. Si llegado el momento no vacilaba, sería por la misma razón que Ronald Reagan, que mandó a Trípoli un explosivo despertador después de que los libios volasen un bar de Berlín. Si nos atacáis, lo pagaréis con sangre. Ésa era la política que deseaba que se siguiese de manera sistemática, en lugar de darse inútiles golpes de pecho en las Naciones Unidas. No perdía la esperanza de que alguien les ajustase las cuentas a los terroristas musulmanes que, en 1983, lo dejaron tullido.

Herbert llamó entonces a su asistente y le dijo que le pusiesen con el general McIntosh de la base de Andrews.

El avión era un Dassault Mirage 2000 cuya construcción se contrató con el gobierno francés. Aunque concebido como aparato de intercepción, enseguida demostró ser uno de los aparatos más versátiles, tan formidable para el apoyo a corta distancia como para misiones de ataque a baja altitud o de reconocimiento aéreo. En este último aspecto, aquel biplaza de diecisiete metros de longitud podía alcanzar velocidades de Mach 2,2 a 20 000 m de altitud. Y podía alcanzar ambas cotas en menos de cinco minutos después de despegar. Las Fuerzas Aéreas estadounidenses compraron seis de estos aparatos para utilizarlos en Europa y en Extremo Oriente, en parte para estrechar los lazos militares con Francia y en parte porque el reactor era una maravilla.

El Mirage 2000 se adentró en la noche desde la base aérea estadounidense de Osaka. Los aparatos que se dirigían hacia la República Democrática Popular de Corea desde Corea del Sur tenían que volar más alto y era más fácil detectarlos con el radar. Los que procedían de Japón podían sobrevolar el mar a baja altura y entrar y salir de Corea del Norte antes de que los militares pudieran reaccionar.

El Mirage llegó a la costa oriental de Corea del Norte quince minutos después de despegar. En cuanto su motor turbohélice M53-2 lo hizo ascender casi verticalmente, la oficial de reconocimiento Margolin, sentada detrás del piloto, empezó a sacar fotografías. Utilizaba una Leika con un teleobjetivo de quinientos aumentos.

La oficial tenía instrucciones precisas sobre lo que debía fotografiar: movimientos de tropas y actividad en las plantas de energía nuclear y en los arsenales de productos químicos. Cualquier

cosa similar a lo que el satélite espía de la ONR había visto en los alrededores de la capital.

Lo que vio al sobrevolar el Mirage Piongiang, y luego la bahía, al suroeste, hacia el mar Amarillo, la dejó boquiabierta. Al momento le indicó al piloto que se olvidase de dar la vuelta para hacer una segunda pasada. En lugar de ello, enfilaron hacia el paralelo 38 y, nada más cruzarlo, Margolin rompió el silencio de la radio para hablar con el comandante de la misión.

TREINTA Y UNO

Martes, 22:10, Seúl

Durante varios minutos, Gregory Donald permaneció de pie en la entrada de la pequeña capilla de la base, incapaz de moverse. Miraba el ataúd de sencilla madera de pino, sin atreverse a acercarse a verla hasta que no se sintiera con fuerzas.

Acababa de hablar por teléfono con el padre de Soonji, que le confesó haberse preocupado seriamente al no llamar su hija enseguida. Sabía que asistiría a los actos del aniversario, y siempre que había un problema, estuviese donde estuviese, llamaba para decirle que estaba bien. Y hoy no lo había hecho. Al no contestar al teléfono en casa, ni darle cuenta de ella en ningún hospital, temió lo peor.

Kim Yong Nam lo encajó del mismo modo que encajaba todo lo que le doliese: en silencio. Al oír que Soonji había muerto y que Donald se proponía enterrarla en EE. UU., colgó sin emitir una palabra de aflicción, de condolencia ni de agradecimiento. Donald nunca interpretó que las maneras de Kim fuesen dirigidas contra él. Ya contaba con que no le dijese una palabra, aunque lo hubiese agradecido. Cada cual afrontaba el dolor a su modo. Kim se encerraba en sí mismo; otros, se desahogaban.

Con la respiración entrecortada, se esforzó por imaginarla tal cual la vio por última vez, no como su esposa, no como Soonji, sino como un cuerpo destrozado, inerte entre sus brazos. Trató de mentalizarse

diciéndose que el arte de los amortajadores consistía en la sugestión, en la habilidad de transformar la imagen de la muerte en una visión beatífica de saludables mejillas sonrosadas, pero nunca llegaba a recrear la vida tal como nosotros la recordábamos… más allá de aquel cuerpo roto y ensangrentado que abrazó.

Apenas podía respirar al adentrarse con paso vacilante en la capilla. Grandes cirios ardían a ambos lados del féretro, en la parte de la cabeza. Se acercó hacia los pies, pero sin mirar. Por el rabillo del ojo veía el vestido que le mandaron ir a recoger a un soldado, el sencillo vestido blanco de seda que llevó en su boda. Entreveía el ramillete blanco y rojo que le habían puesto entre las manos, a la altura de la cintura. Lo había pedido él. Aunque Soonji no creyese que las rosas blancas y rojas fuesen a llevarla junto a Dios, su madre, que creía en el chondokio, fue enterrada así. Quizá no encontrase a Dios, en cuya existencia tenía más fe que él, pero acaso encontrase a su madre.

Ya frente al ataúd, alzó la vista con lentitud.

Sonrió. La habían tratado con primor. En vida, apenas se pintaba, y así estaba ahora, con un tenue toque de carmín. Sólo llevaba un poco de rímel en las pestañas, y no la habían embadurnado de polvos ni maquillaje. Su rostro parecía tan lozano como en vida. Alguien debió de traer su perfume de su apartamento, porque lo notó al acercarse más. Tuvo que contener el impulso de tocarla. Para los sentidos de la vista y del olfato, era como si estuviese dormida… y en paz.

Rompió a llorar al pasar al lado izquierdo del féretro, no para verla mejor sino para besar el dedo en el que llevaba la alianza, grabada con sus nombres y la fecha de su boda.

Tras rozar la bocamanga del vestido y de recordar lo suave, joven y vital que estuvo el día que se casaron, Donald salió de la capilla más fuerte de lo que entró: capaz de controlar con la razón la ira que mostró ante el general Norbom.

Pero no desistiría de ir a Corea del Norte. Iría, con ayuda de su amigo o sin ella.

TREINTA Y DOS

Martes, 22:15, Seúl

Al entrar Kim Hwan en el cuerpo de guardia, el sargento de servicio le entregó un documento de identidad con fotografía. Hwan leyó los datos: «Nombre: Lee Ki-Soo. Edad: veinte. Dirección: 116, Hai Way, Seúl».

—¿Lo ha comprobado? —preguntó.

—Sí, señor. El apartamento lo tiene en alquiler un tal Shim Jong U, a quien no hemos podido localizar. Y este hombre dice que está allí realquilado, y que mister U está fuera por sus ocupaciones. Trabaja en la factoría de la General Motors, en las afueras de la ciudad, pero el departamento de personal está cerrado hasta mañana.

Hwan asintió con la cabeza, y mientras el sargento de servicio se disponía a tomar notas, el subdirector estudió al hombre que había pedido verlo. Era bajito pero musculoso. Hwan lo notó enseguida por su cuello y sus antebrazos. Llevaba un mono gris de obrero de fábrica y jugueteaba con su gorro negro; descansaba, inquieto, el peso del cuerpo en uno y otro pie, y le había hecho varias inclinaciones de cabeza al entrar. Sus ojos, no obstante, no dejaban de mirarlo, y eran extrañamente inquietantes. Era una mirada dura pero sin vida, como la de los ojos de un tiburón.

«Extraña combinación… Un tipo raro», pensó. Lo ocurrido aquella tarde había afectado a muchos, y acaso fuese él uno de ellos.

Hwan se acercó a la rejilla metálica circular que se abría en el cristal.

—Soy el subdirector Kim Hwan. ¿Ha pedido verme?

—¿Es usted quien está al cargo de… del horrible…?

—Sí.

—Los he visto, tal como le he dicho a este señor. Eran tres. Han salido del camión hacia la parte antigua… con bolsas.

—¿Les ha visto la cara?

—No estaba tan cerca. Andaba por allí… —repuso el joven, que ladeó el cuerpo y señaló con el dedo hacia la puerta—, donde los bancos. Buscaba… ya sabe, a veces instalan cabinas con lavabos para el público, pero hoy no. Y mientras buscaba, los he visto.

—¿Está seguro de que no podría identificarlos? El color de su pelo…

—Negro. Los tres.

—¿Barba? ¿Tamaño de la nariz? ¿Tenían los labios finos o gruesos? ¿Las orejas prominentes?

—Lo siento, pero no lo he visto. Como le he dicho, en aquellos momentos pensaba en otra cosa.

—¿Recuerda cómo iban vestidos?

—Normal. Ropa de diario. Y botas. Creo que llevaban botas.

—¿No recuerda ningún otro detalle? —insistió Hwan, que lo miró con fijeza.

El informador meneó la cabeza.

—¿Le importaría firmar una declaración sobre lo que ha visto? Tardarán sólo unos minutos en prepararla.

El joven meneó la cabeza y en dos zancadas se plantó frente a la puerta.

—Ah, no señor. Ni hablar, ya que no tenía permiso para ir a ver los actos del aniversario. Me he escapado un momento. No quería perdérmelo, compréndalo. Pero si mis jefes se enteran, me la cargo…

—No tienen por qué enterarse —le aseguró Hwan.

—Perdone, pero no —insistió el joven, ya con la mano en el pomo de la puerta—. Sólo quería ponerlo en conocimiento de ustedes, sin meterme en líos. Por favor… Confío en que les sea útil, pero debo irme.

Y, sin más, el joven abrió la puerta y salió corriendo hacia el oscuro patio. Hwan y el sargento de guardia se miraron.

—Me parece que se ha tomado demasiadas cervezas antes de pasar por aquí, señor.

—O no las suficientes —dijo Hwan—. ¿Quiere mecanografiar eso y pasármelo para que lo firme? Hay algunos datos útiles.

«Por lo menos, corrobora algunas de las evidencias que observé en el callejón». Al principio, pensó en hacer seguir a aquel joven, pero enseguida concluyó que necesitaba a sus hombres en lo que hacían: interrogar a otros testigos del atentado, comprobar vídeos y fotografías y registrar la zona y el hotel abandonado para buscar otras pistas.

Hwan volvió a su despacho por las escaleras (salvo que lo apremiase el tiempo, o estuviese muy cansado, nunca cogía ascensores). Tenía que reflexionar sobre los siguientes pasos a dar.

No le iba a hacer ninguna gracia al director enterarse a su regreso de en qué estado se encontraba la investigación: pruebas inconsistentes que apuntaban a Corea del Norte, pero sin pistas sobre los autores materiales del atentado.

Tras comunicar por radio con sus agentes desplegados en el exterior y enterarse de que volvían de vacío, Hwan se dijo que, si quería conseguir pruebas rápidamente, tendría que actuar de un modo que detestaba, de un modo que podía costarles caro.

Y se alcanzó el teléfono, aunque de mala gana…

TREINTA Y TRES

Martes, 22:20, Kosong, Corea del Norte

La aerodinámica y moderna hidroavioneta Lake LA-4-200 Buccaneer, de cuatro plazas, sobrevolaba el mar hacia la costa norcoreana a 200 km/h. Su motor Lycoming 0-360-AIA vibraba, al porfiar el piloto por mantener el aparato equilibrado. Tan cerca de la superficie del agua, había turbulencias (volaba a menos de trescientos metros y descendía con rapidez). El piloto no quería realizar un amerizaje forzoso con aquellos dos a bordo. Se pasó un pañuelo por su sudorosa frente. No quería ni pensar qué podían hacer si tuviera que amerizar a ochenta kilómetros de la costa.

La Buccaneer, que tenía ocho metros de largo, empezó a dar bandazos al descender por debajo de los ciento setenta metros. Iba más rápido de lo debido, con aquellas turbulencias, aunque no tanto como le hubiese gustado al piloto que, al ver el oscuro perfil de la costa, se dijo que no le daba tiempo a hacer una segunda pasada. Tenían que estar en tierra a las ocho y media, y no quería retrasarse ni un segundo.

Tampoco iba a dejar que su querido amigo Han Song le proporcionase más vuelos irregulares. Trasladar a quienes querían ver a sus padres, o incluso a espías de Corea del Sur, era una cosa. Su agente le había dicho que aquellos dos individuos eran hombres de negocios, no que fuesen asesinos a sueldo.

El aparato posó la abombada panza en la superficie, sin apenas ruido, y con sólo un leve balanceo al frenar. Quería que bajasen y dar media vuelta enseguida, no fuese a ser que algún pescador curioso, o la policía costera, se acercase a indagar.

Levantó la cubierta de la cabina y empujó al agua el bote desinflado que iba en el asiento del copiloto. Sus pasajeros se levantaron. El piloto alargó un brazo para ayudar a saltar al bote a uno de ellos, que se asió a su muñeca y miró el fosforescente cronómetro.

—¡Conseguido! —exclamó el piloto.

—Se ha portado —reconoció el asesino que, mientras su compañero lo rebasaba y saltaba al bote, echó mano al bolsillo del abrigo y le entregó al piloto un fajo de billetes—. Tal como acordamos con su agente.

—Sí, gracias.

El pasajero volvió a meter la mano en el bolsillo y esgrimió el ensangrentado estilete. Al piloto se le aceleró el pulso de tal manera que hubiese jurado que era su corazón, y no el motor, el responsable de la vibración del aparato. El asesino se echó a reír, separó, de pronto, el brazo del cuerpo y lanzó el estilete al mar. El piloto se desplomó en el asiento de puro alivio.

—Buenas noches —le dijo el asesino al dar media vuelta y saltar al bote con su compañero.

El piloto tardó varios minutos en recobrar la calma y emprender el vuelo de regreso. Para entonces, sus pasajeros se habían adentrado ya en la oscuridad.

Desde la orilla, un soldado orientó a los asesinos con el parpadeo de una linterna. La marea estaba baja y llegaron en pocos minutos. Uno de ellos desinfló el bote mientras el otro cogía el maletín y se dirigía hacia los dos *jeeps* aparcados entre las sombras, al pie de un acantilado.

—¿Coronel Oko? —preguntó el recién desembarcado.

—Llega con antelación, coronel Sun —se limitó a contestar el otro oficial.

—Nuestro piloto estaba impaciente por deshacerse de nosotros —dijo Sun, que miró al soldado que vigilaba junto a los *jeeps*—. ¿Tiene los uniformes, la documentación y… el paquete?

—Está todo en el *jeep*. ¿Quiere comprobarlo?

Sun sonrió y dejó el maletín en la arena.

—El comandante Lee confía en usted —dijo Sun, y sonrió con más convencimiento—. No en vano tenemos un mismo objetivo: seguir siendo enemigos.

—Para eso me sobra la guerra.

—Usted no es un político, coronel. No nos recuerde lo que sentimos. ¿Quiere contar el dinero?

Oko meneó la cabeza y le indicó a su asistente que cogiese el maletín.

—Para serle franco, coronel, aunque no nos compensasen los sobornos que hemos tenido que pagar, merecería la pena —dijo Sun.

Oko lo saludó, subió al *jeep* y no se giró a mirar mientras subían por el empinado y polvoriento camino que se abría entre las lomas.

El asistente del coronel Sun, el cabo Kong Sang Chul, se le acercó mientras los veían alejarse.

—¡Y luego dicen que el Norte y el Sur nunca se ponen de acuerdo en nada!

Diez minutos después, vestidos con uniformes del ejército de Corea del Norte, el coronel surcoreano y su ordenanza comprobaron que no faltase nada en el paquete. Luego subieron con el *jeep* por el mismo camino por el que se alejó su contacto, hacia un lugar marcado en rojo en el mapa que encontraron en la carpeta de los documentos.

TREINTA Y CUATRO

Martes, 8:40, Centro de Operaciones

—¡No puede ser! ¡No es posible! ¡No puede ser!

—Pues ya lo ve, tecnómano, ha pasado.

Stoll y Herbert estaban sentados frente a la mesa de conferencias del «Tanque», con Hood y los demás jefes del equipo del Centro de Operaciones, salvo Rodgers, a quien informarían.

A la izquierda de Hood estaba Lowell Coffey II y, a su derecha, Ann Farris, Stoll y Herbert, por este orden. Al otro lado de la mesa estaban Martha Mackall, Liz Gordon y el oficial de planificación estratégica Phil Katzen (especializado en condiciones objetivas). Darrell McCaskey estaba sentado entre Gordon y Katzen. Le acababa de entregar a Hood un resumen de una página acerca de las actividades de la Liga del Cielo Rojo y de otras organizaciones terroristas. No parecía que ninguna de ellas estuviera involucrada en el atentado de Seúl.

Hood tenía delante el informe de McCaskey, la fotografía enviada por la ONR, en la que se apreciaban fuertes contingentes de tropas en los alrededores de Piongiang, y una toma sacada por Judy Margolin desde el Mirage recibida por telefotografía. En esta última no aparecían tanques ni artillería donde sí se veían en la tomada por el satélite, ni actividad militar que indicase que la República Democrática Popular de Corea se preparase para la guerra.

—¿Qué le dice esta discrepancia, Matty, aparte de que *no pueda ser*?

El corpulento oficial de apoyo de operaciones suspiró con amargura.

—Los puntos de referencia clave en ambas fotografías son los mismos, de manera que el satélite no se ha desviado así, por las buenas, y se ha liado a sacar fotos de otros lugares. Ambas fotos corresponden a Piongiang.

—Le hemos pedido a la ONR una fotografía del sector tal como está *en estos momentos* —dijo Herbert—, y lo he confirmado a través de un teléfono de seguridad. La foto del monitor mostraba una progresión natural del despliegue que se ve en la primera fotografía.

—Un despliegue que probablemente no tiene lugar —señaló McCaskey.

—Correcto.

—¿Y bien, Matty? —inquirió Hood—. He de estar en la Casa Blanca dentro de media hora. ¿Qué le digo al presidente?

—Que nos han colado un virus en el programa informático. Un virus desconocido.

—¡Un virus! —clamó Herbert—. ¿En ese informático ingenio de *veinte millones de dólares* que diseñó *usted*?

—*¡Pues sí!* ¡A veces a las lumbreras se les escapa algo, y también a veces camiones cargados de bombas logran penetrar por las bandeadas de cemento…!

Stoll se lamentó enseguida de haber replicado así. Apretó los labios y se dejó caer en el respaldo.

—Bonito, Matt —dijo Coffey para romper el embarazoso silencio.

—Perdona, Bob —se excusó Stoll—. Eso ha estado de más.

—No le falta razón, tecnómano —dijo Herbert, que primero lo fulminó con la mirada y luego miró al asiento de piel de su silla de ruedas.

—Escuchen —dijo Liz—, todos cometemos errores, pero los solucionaremos mejor si colaboramos que si nos dedicamos a acusarnos. Además, si es así como vamos a reaccionar a las primeras de cambio en una crisis, quizá sería mejor que nos dedicásemos a otra cosa.

—Ahí le duele —convino Hood—. Así que prosigamos. Díganos a ver, Matty, con qué cree usted que nos enfrentamos.

Stoll suspiró más profundamente que antes, sin mirar a Herbert.

—Lo primero que he pensado, al fallar los ordenadores, es que alguien quería demostrarnos algo, acaso que tiene un medio para interferir en nuestro sistema informático, y que puede volver a hacerlo. Casi he llegado a pensar que llegaría alguna nota, a través del correo electrónico, cuando los ordenadores volviesen a funcionar.

—Pero no la hemos recibido —dijo Coffey.

—Pues no. Con todo, he supuesto que debíamos de tener un virus en el programa originario, o que se nos hubiese colado con otros posteriores, que pasase de nosotros al DOD y a la CIA, o viceversa. Y entonces ha llegado la foto de Osaka. Lo que pienso ahora es que ha sido *en ese momento* cuando nos han colado el virus.

—Explíquese —dijo Hood.

—La parada de los ordenadores puede no haber sido más que una cortina de humo para distraer la atención del verdadero objetivo que, por lo visto, consistía en trucar las tomas de nuestros satélites de reconocimiento.

—¿Desde el espacio? —preguntó Coffey.

—No, desde tierra. Alguien más debe de controlar, como mínimo, el satélite geoestacionario Doce-A, y acaso algún otro.

—El presidente va a dar saltos de alegría —terció Coffey.

Hood miró el reloj de cuenta atrás y luego la imagen del *Pincha*, que aparecía en la pantalla del monitor.

—¿Lo ha archivado?

—Sí, señor.

—Añádalo al final del «Informe de Opciones»… con esto —le ordenó Hood, que miró a Stoll—: «Nuestro oficial de apoyo de operaciones trabaja ya en el problema. Me asegura que lo detectará y solucionará. Mantenemos la misma pauta horaria. Entretanto, el Centro de Operaciones actuará prescindiendo de los ordenadores, ya que no podemos fiarnos de ningún dato. Nos basaremos en reconocimientos aéreos, en nuestros agentes en los puntos clave y en los informes de simulación de crisis». Firmado… etcétera, etcétera. Imprímalo enseguida, *Pincha*. Estaré ahí dentro de un momento —añadió, al levantarse—. ¿Cómo es esa frase que tanto le gusta a usted, Matty? «¿Que se vea?». Pues eso: que se vea. Se suponía que esta instalación era a prueba de virus. Y eso fue lo que ayudó al presidente a venderle el Centro de Operaciones al Congreso, hace de eso casi un año y… doscientos cincuenta millones de dólares. Quiero que localice el virus, que se lo cargue y que tapone el agujerito por el que ha entrado.

Paul Hood se volvió entonces hacia el oficial de planificación estratégica.

—Phil… —le dijo—, no creo que vayamos a necesitar su sección en esta fase. Es usted doctor en informática… ¿Querría colaborar con Matty?

—Encantado —repuso Phil, que dirigió sus ojos azules hacia Hood y luego al reloj de cuenta atrás.

Stoll se crispó, pero no dijo una palabra.

—Usted, Bob —prosiguió Hood—, llame a Gregory Donald a la base de Seúl. Ha perdido a su esposa en el atentado, pero pregúntele si se siente con ánimo de ir a la Zona Desmilitarizada para realizar un reconocimiento en persona. No podemos fiarnos de los satélites. Quiero que uno de nuestros agentes esté sobre el terreno y… acaso sea beneficioso para él en estos momentos.

—Antes lo he notado descompuesto —señaló Martha—. De manera que tenga tacto.

Herbert asintió con la cabeza.

—Luego, informe a Rodgers —dijo Hood—. Dígale que continúe según su criterio, sin correr riesgos innecesarios. Si Rodgers cree que puede hacerlo, tal como sospecho, que su equipo nos informe sobre los misiles Nodong que hay instalados en la sierra del Diamante.

Bob Herbert volvió a asentir y se alejó de la mesa visiblemente dolido aún por el comentario de Stoll.

Hood pulsó el botón de la puerta y salió seguido por Herbert y los demás miembros del equipo.

Stoll enfiló pasillo adelante como una furia, hacia su despacho. Phil Katzen tuvo que darse una carrerilla para alcanzarlo.

—Siento la actitud de Hood con usted, Matty. Sé muy bien que poco puedo hacer yo para ayudarlo.

Stoll masculló algo que Phil no acabó de entender, aunque casi se alegró.

—Hay quienes no comprenden que gran parte de lo que progresamos se lo debemos a nuestros propios errores —dijo Phil.

—Esto no ha sido un error —le espetó Stoll—. Se trata de algo con lo que nunca nos habíamos enfrentado.

—Cierto. Me recuerda a mi hermano cuando cumplió los cuarenta y cinco. Dejó a su esposa y su empleo en la Nynex y decidió dar la vuelta al mundo. Me aseguró que no era la crisis de la mediana edad, sino un cambio de estilo de vida.

—Mire, Phil —dijo Stoll, que se detuvo en seco—, llego hoy al trabajo y me cae encima un asteroide del cretácico. Soy un aparatosaurio que lucha por su supervivencia, y esto no me ayuda —añadió, reanudando la marcha.

—Bueno, pues a lo mejor esto otro sí —persistió Phil—. Cuando escribí mi conferencia sobre los balleneros soviéticos, participé en una misión de rescate de Greenpeace en el mar de Ojotsk. No teníamos derecho a estar allí, pero hicimos caso omiso. Y

averiguamos que los soviéticos tenían un método para crear falsas imágenes de sonar por medio de transmisores instalados en el mar: podíamos captar un eco y correr a proteger una manada que ni siquiera estaba allí, mientras ellos se dedicaban a matar ballenas en un sector que no aparecía en pantalla.

—Esto no es un truco de sonar, Phil —dijo Stoll al entrar arabos en su despacho.

—No. Ni tampoco es ésta la parte relevante de la historia. Empezamos a grabar en vídeo las imágenes para utilizarlas como referencia en el futuro, pero descubrimos que siempre que activaban los transmisores de sonido se producía una casi imperceptible expansión de energía…

—Debido a la activación del sistema. Es frecuente.

—Cierto. Lo interesante era que la señal tenía algo característico, como una referencia por la que podíamos guiarnos antes de precipitarnos por una falsa pista en pos de las ballenas. Los ordenadores se han detenido durante casi veinte segundos… Lo ha llamado usted una cortina de humo, y a lo mejor acierta, pero mientras miraba el reloj de cuenta atrás en el «Tanque», he caído en la cuenta de que hay un ojo que no ha hecho la vista gorda.

—El del reloj del ordenador —dijo Stoll ya detrás de su mesa.

—Exacto.

—¿Y de qué nos sirve eso? Nos dice cuándo se han parado y cuándo han vuelto a funcionar.

—Piénselo bien. El satélite ha seguido archivando imágenes, aunque no pudiera transmitirlas a la Tierra. Si pudiésemos comparar una imagen del instante previo con la de un instante después, podríamos deducir qué les ha ocurrido a los ordenadores.

—En teoría sí, aunque tendríamos que superponer las imágenes de dos en dos y buscar mínimos cambios…

—Es el mismo método que utilizan los astrónomos para localizar asteroides que se desplazan en el campo de una estrella.

—Exacto —admitió Stoll—, y se tardaría una enormidad en comparar las docenas de imágenes pixel a pixel. Ni siquiera podemos recurrir al ordenador para que realice la comparación, ya que podría estar programado para no admitir ciertas órdenes.

—Así es. No necesitamos el ordenador. Todo lo que tenemos que hacer es examinar las imágenes anterior y posterior a la detención. A eso me refería al hablar del reloj del ordenador, que no se ha detenido aunque haya entrado un virus. Para sustituir una imagen real por una falsa se requiere *tiempo*, por lo menos una fracción de segundo.

—Sí… *sí* —dijo Stoll—. ¡Sí, hostia, sí! Y lo veríamos en el tiempo de transmisión de las fotografías. En lugar de llegar en… ¿cuánto?… poco más de ochenta y nueve centésimas de segundo, habría un retraso infinitesimal en la imagen falsa que nos hayan colado.

—Y ese retraso lo veríamos con los números al pie de la fotografía.

—Es usted brillante, Phil —reconoció Stoll, que se alcanzó la calculadora que tenía en la mesa—. Veamos: las fotografías deben llegar a intervalos de ocho mil novecientas cincuenta y cinco diezmilésimas de segundo. En cuanto veamos que una llega tras un intervalo de una milésima, tendremos la primera imagen falsa.

—Lo ha captado. Lo que tenemos que hacer es pedirle a la ONR que haga una comprobación hacia atrás, hasta que dé con una discordancia en el tiempo.

Stoll se sentó, llamó por teléfono a Viens y le explicó la situación. Mientras aguardaba a que éste realizase la comprobación de tiempos, Stoll abrió el cajón de su mesa, sacó una bandeja llena de diskettes con programas de revisión y empezó a comprobar los entresijos del sistema informático.

TREINTA Y CINCO

Martes, 8:55, Centro de Operaciones

Bob Herbert estaba que trinaba. Impulsaba su silla de ruedas hacia su despacho, con la cara descompuesta, los dientes apretados y el entrecejo fruncido. En parte, le enfurecía que Stoll hubiese tenido tan poco tacto como para decir lo que había dicho, pero también porque, en el fondo, Herbert sabía que tenía razón. No había diferencia entre que se colase un virus en el *software* que Matt programó y el fallo en el sistema de seguridad que él contribuyó a organizar (ambos, víctimas de la perfidia de los imponderables). Como decían allí: normal… se jodió el invento. Era imposible preverlo todo.

También Liz Gordon tenía razón porque, como señaló en una ocasión Rodgers —citando a Benjamin Franklin—, la alternativa era clara: o permanecemos unidos, o nos cuelgan por separado. El Centro de Operaciones debía atenerse a ello, y no era fácil. A diferencia del ejército, de la NASA y de otras organizaciones en donde el personal tenía un cierto denominador común, por formación u orientación, el Centro de Operaciones era un popurrí de diferentes talentos, formaciones, experiencias e… idiosincrasias. Era un error, y además contraproducente, pretender que Stoll no se comportase como Matthew Stoll.

«Como no te calmes, te va a dar un ataque…».

Herbert se situó detrás de su mesa y bloqueó las ruedas. Sin levantar el auricular, tecleó el nombre de la base militar estadounidense de Seúl. El número de la centralita y los de las líneas directas aparecieron en una pantalla rectangular en la base del teclado. Herbert pulsó repetidamente la tecla * hasta que el símbolo se detuvo en el número del despacho del general Norbom. Luego, cogió el auricular y pulsó # para que la memoria marcase el número. Pensaba en lo que iba a decirle a Gregory Donald, porque también él perdió a su esposa Yvonne, agente de la CIA como él, en el atentado de Beirut. Pero expresarse no era su fuerte. Sólo sabía de espionaje y… de amarguras.

Hubiese dado cualquier cosa por poder relajarse, aunque sólo fuera un poco, pero era imposible. Habían pasado casi quince años desde aquel atentado. Y el dolor por lo que perdió no lo abandonaba ni de día ni de noche, por más que ya se había acostumbrado a ir en silla de ruedas y a tener que cuidar él solo de una hija de dieciséis años. Lo que el tiempo no mitigaba, lo que le resultaba ahora tan palpable como en 1983, era el capricho del azar. Si Yvonne no hubiera entrado a contarle un chiste que oyó en una grabación en vídeo del *Tonight show*, estaría viva. De no haberle comprado él el casete de Neil Diamond… Si Diamond no hubiese actuado aquella noche y ella no le hubiera pedido a su hermana que le grabase el programa…

Cada vez que lo pensaba, se le encogía el corazón y le estallaba la cabeza. Liz Gordon le había dicho que era mejor que no pensase en ello, claro está, pero de poca ayuda servía eso. Una y otra vez se retrotraía al momento en que entró en la tienda a preguntar si tenían algo del cantante que popularizó aquello de *the heart-light…*

El ordenanza del general Norbom contestó al teléfono: le dijo a Herbert que Donald había ido a la capilla ardiente de su esposa en la embajada, y a ocuparse de su traslado a los EE. UU.

Luego, Herbert pulsó la tecla para marcar el número de la embajadora Libby Hall.

¡Dios! ¡Cómo le gustaba aquella bobada de canción! Por más que intentó que su esposa se interesara por Hank Williams, Roger Miller y Johnny Horton, ella, dale que te pego con Neil Diamond, Barry Manilow y Engelbert.

La secretaria de Hall se puso al teléfono y le pasó a Donald.

—Hola, Bob —dijo Gregory—. Me alegra oírlo.

La voz de Donald le sonó más sosegada de lo que esperaba.

—¿Qué tal está, Greg?

—Encajando.

—Ya he pasado por eso, amigo. Sé cómo se siente.

—Gracias. ¿Tiene más datos sobre lo ocurrido? La CIAC se ha volcado, pero de momento no hay nada.

—Pues nosotros también tenemos aquí liada una buena, Greg. Parece que nos manipulan los ordenadores. No podemos fiarnos de los datos que proporcionan, ni siquiera de las imágenes de los satélites.

—Por lo visto, alguien se ha aplicado a darnos el día.

—Y que lo diga. No vaya a creer que no nos hacemos cargo de cómo debe de sentirse usted y, aunque el mismo Dios lo jurase sobre la Biblia, no le voy a creer si me lo niega. No obstante, el jefe quiere saber si podría considerar la idea de ir a la Zona Desmilitarizada a hacer una inspección sobre el terreno. El presidente lo ha puesto al frente del Cuerpo Expedicionario, y necesita una persona de la máxima solvencia allí.

—Bueno, Bob —repuso Donald tras un breve silencio—, si me consiguen ustedes los permisos a través del general Schneider, podría salir hacia el Norte dentro de dos horas. ¿Qué tal?

—Supongo que bien —repuso Herbert—. Dispondrá de los permisos y de un helicóptero. Buena suerte, Greg. Y, ah, que Dios le bendiga.

—Y a usted, Bob, y a usted.

TREINTA Y SEIS

Martes, 23:07, Zona Desmilitarizada

La Zona Desmilitarizada entre ambas Coreas se encontraba a 60 km al norte de Seúl y a 170 km al sur de Piongiang. Se estableció en cumplimiento de los términos de la tregua del 27 de julio de 1953, y desde entonces los soldados de ambos bandos se vigilaban con temor y recelo. Un millón de hombres estaban ahora estacionados a ambos lados de la Zona, casi todos alojados en modernas casernas con aire acondicionado que se alineaban en una superficie de cien hectáreas, cuyos límites se encontraban a menos de trescientos metros de cada lado de la frontera.

La Zona la delimitaban, de noreste a sureste, unas vallas metálicas de más de tres metros de alto, rematadas por una prolongación de un metro de alambrada. Entre ambas vallas había una lengua de tierra de apenas siete metros de ancho que iba de costa a costa (la Zona Desmilitarizada propiamente dicha). Soldados armados con rifles y pastores alemanes patrullaban el perímetro exterior de ambos lados. Sólo una estrecha carretera, por la que a duras penas pasaba un vehículo, cruzaba la Zona. Hasta la visita de Jimmy Carter a Piongiang en 1994 nadie había cruzado desde allí a la capital de Corea del Norte. El único contacto directo entre ambos bandos se produjo en una especie de caserna de una planta que sólo tenía una puerta a cada lado, dos centinelas que las guardaban y un asta con la bandera a la izquierda de éstos. En el interior había

una larga mesa de conferencias que, al igual que el propio barracón, quedaba a caballo de la frontera entre el Norte y el Sur. En las raras ocasiones en las que tenían lugar reuniones, los representantes del Norte no se movían de su lado de la estancia, ni los del Sur del suyo.

Al este de la última de las casernas del lado surcoreano de la Zona había una extensión de monte bajo, con pequeños altozanos y alguna que otra fronda. Los militares realizaban maniobras al otro lado de los altozanos y, aunque fuese difícil verlas desde el Norte, el estruendo de los tanques y del fuego artillero, sobre todo de noche, podía resultar alarmante.

Una de las frondas, de más de seis metros de anchura, cubría una hondonada rocosa a casi un kilómetro de la Zona. Era un sector minado que el capitán Ohn Bock inspeccionaba en persona por lo menos dos veces al día. Allí, hacía sólo siete semanas, los surcoreanos construyeron sigilosamente un túnel de 1,20 m de diámetro que, inadvertido por los norcoreanos, permitía al Sur no quitarle ojo a la actividad en la red de túneles que el enemigo excavó bajo la Zona Desmilitarizada. El túnel surcoreano no enlazaba, claro está, con ningún túnel norcoreano, sino que una serie de micrófonos y de detectores de movimiento incrustados en las paredes del túnel permitían seguirles la pista a los espías que se colaban en el Sur a través de una salida oculta bajo piedras y maleza, a cuatrocientos metros al sur. Esto les permitía seguir a los agentes e informar de su identidad al Servicio de Inteligencia Militar y a la CIAC.

De acuerdo a lo planeado, el capitán Bock hizo coincidir aquella tarde su inspección del túnel con la llegada de su amigo de la infancia, el comandante Kim Lee. El capitán y un asistente llegaron en el coche poco después de la llegada del comandante, que ya descargaba los bidones de gas. Bock saludó a su superior.

—Me alegró mucho recibir su llamada —dijo Bock—. Es un gran día para usted.

—Y aún no se ha terminado.

—He sabido que han encontrado cuerpos en el transbordador y que el piloto de la hidroavioneta ha regresado a tiempo. También la operación del coronel Sun parece ir de acuerdo a lo planeado.

En los dos años que, en realidad, lo conocía y a lo largo del año que llevaban con los preparativos de la operación, Bock no le había visto al estoico comandante exteriorizar la menor emoción. Y en aquellos momentos aún lo notó más impasible. Cualquier otro hubiese expresado, cuando menos, alivio por lo ya conseguido, o impaciencia por lo que faltaba por lograr (Bock estaba cada vez más nervioso conforme se acercaba la hora). En cambio, Lee daba muestras de un aplomo casi sobrenatural. Su sonora voz era sosegada y sus movimientos pausados, con un talante apenas más reservado de lo normal. Precisamente él, que era quien iba a meterse en el agujero, y no Bock.

—¿Ha dispuesto lo necesario para la vigilancia del túnel esta noche?

—Sí, señor. Uno de mis hombres, Koh, no se despega de la consola. Es mi genio informático. Se ocupará de que la instalación de vigilancia no detecte nada hasta que usted haya regresado.

—Excelente. Seguimos de acuerdo al horario previsto: saldremos a las ocho.

—Aquí estaré esperándolo.

Tras un marcial saludo, el capitán dio media vuelta, subió al *jeep* y regresó al puesto, a su misión de revisar los informes sobre la Zona y largárselos a Seúl. Si todo iba bien, después de aquella noche, en lugar de revisar documentos, pasaría revista a las tropas que habrían de afrontar el ataque de Corea del Norte.

TREINTA Y SIETE

Martes, 9:10, Washington, Columbia

Con el listado y el diskette del «Informe de Opciones» en su pequeño maletín negro, Paul Hood fue rápidamente hacia su coche, que se encontraba en el aparcamiento subterráneo del Centro de Operaciones. Una vez dentro, unió con una esposa el asa del maletín a su cinturón y puso el seguro de las puertas. Llevaba un 38 en la pistolera que colgaba de su hombro, como siempre que tenía que desplazarse con documentos secretos. Luego accionó la puerta del aparcamiento con el mando a distancia y salió. El centinela identifico visualmente su acreditación y tecleó la hora de su salida en un ordenador autónomo. El procedimiento era casi idéntico al que se seguía con los funcionarios en las plantas superiores. Sólo el código que se utilizaba era distinto. Podrían burlar el control de seguridad en un punto, pero no en los dos.

«Lo que de bien poco nos sirve —se dijo Hood—, si hay alguien que se cuela en nuestros ordenadores sin poner los pies aquí».

Hood desconfiaba de la tecnología tanto como desconocía sus entresijos. Lo ocurrido aquella mañana lo tenía muy intrigado, porque Stoll era el mejor en lo suyo y, si algo se le escapaba, tenía que ser de antología.

Al salir del edificio de cemento y enfilar hacia la verja de la Base de Andrews (el tercer y último punto de control, en el que sólo había que mostrar la documentación), cogió el teléfono, llamó a

información, pidió el número del hospital y llamó. Le pasaron con la habitación de su hijo.

—Diga.

—Hola, Sharon. ¿Cómo está el niño?

—He estado esperando que llamases —repuso ella, vacilante.

—Perdona… Hemos tenido una… reunión —tuvo que limitarse a decir, al no hablar a través de un teléfono de seguridad—. ¿Cómo está Alex?

—Está con respiración asistida.

—¿Y las inyecciones?

—No le han hecho efecto. Tiene los pulmones demasiado encharcados. Ha de estar con respiración asistida hasta… hasta que se normalice.

—¿Están preocupados los médicos?

—Lo estoy yo —repuso Sharon.

—Y yo también. Pero ¿qué te han dicho, cariño?

—Que es un recurso habitual, pero también lo son las inyecciones, y no le han hecho efecto.

«Mierda». Al mirar el reloj, maldijo a Rodgers por no estar allí. Y a aquel jodido trabajo que lo obligaba a elegir entre estar con su hijo enfermo o al lado del presidente y… a elegir lo segundo. Pensó que todo aquello le parecería una minucia si le ocurría algo grave a Alexander. Sin embargo, lo que había hecho hoy afectaría a miles de vidas, acaso a decenas de miles. No tenía más remedio que terminar lo que había empezado.

—Voy a llamar al doctor Trias al Walter Reed para pedirle que pase a verlo. Él se asegurará de que se haga todo lo posible.

—¿Y me cogerá la mano para confortarme, Paul? —le espetó ella antes de colgar bruscamente.

—No —le contestó él a la ya expedita línea—. No, claro que no.

Hood colgó a su vez y crispó las manos en el volante hasta dolerle los antebrazos. No sólo lo enfurecía no poder estar al lado de Alexander sino que Sharon invocase sus derechos de esposa. En el

fondo de su corazón, sabía que, por más que los quisiera y por mucho que desease estar en el hospital, poco iba a poder hacer allí. Se sentaría, le cogería la mano durante unos minutos, pasearía nervioso de acá para allá y, por lo demás, su presencia sería inútil… Igual que cuando nacieron sus hijos. La primera vez intentó ayudarla a respirar, en plenas contracciones, y ella le espetó que se dejase de puñetas y llamase a la enfermera. Fue una lección importante que le hizo comprender que el hecho de que una mujer te quisiese a su lado no significaba que te necesitase.

Lo sublevaba sentirse tan culpable. Juró por lo bajo, pulsó el botón del micrófono, llamó al Centro de Operaciones y le pidió al *Pincha* que lo pusiese con el doctor Orlito Trias del Walter Reed.

Mientras aguardaba, entre las últimas oleadas del tráfico de la hora punta, Hood volvió a maldecir a Rodgers. En el fondo, no se lo reprochaba. Al fin y al cabo, ¿por qué lo nombró el presidente? No sólo porque fuese un cerebro que, aunque jugase retrasado, era capaz de subir y resolver un partido, sino porque era un soldado avezado, la voz de la experiencia y de la prudencia en situaciones como aquélla, un bragado veterano y un historiador con un profundo respeto por los hombres que luchaban, conocedor de la estrategia y de la guerra. Un hombre que se mantenía en perfectas condiciones corriendo una hora todas las tardes en su plataforma de *footing* del despacho y que recitaba el *Cantar de Mio Cid* en castellano antiguo en sus ratos de ocio (y a veces en el trabajo). Por supuesto, era lógico que un hombre así quisiera estar sobre el terreno con un comando que él ayudó a organizar: genio y figura. Además, ¿no era el propio Hood quien siempre alentaba a sus hombres a tener iniciativa? De no ser Rodgers tan *cow-boy*, a estas alturas sería viceministro de Defensa, un puesto al que aspiraba, en lugar de aceptar aquel premio de consolación como número dos del Centro de Operaciones.

—Consultorio del doctor Trias, dígame.

Hood subió el volumen del altavoz.

—Buenos días, Cath, soy Paul Hood.

—¡Mister Hood! El doctor lo echó en falta anoche en la reunión de la Sociedad He Amigos del Espacio.

—Es que Sharon alquiló *Cuatro bodas y un funeral*. Así que… no me dejó opción. ¿Está el doctor?

—Pues lo siento. Da una conferencia en Georgetown esta mañana. ¿Quiere que le deje algún recado?

—Sí. Dígale que mi hijo Alexander ha tenido un ataque de asma y está en pediatría. Me gustaría que le echase él un vistazo, si puede hacer un hueco.

—Estoy segura de que podrá. Dele un abrazo al chico de mi parte cuando lo vea. Es un cielo.

—Gracias —dijo Hood.

«*¡Maravilloso!* —exclamó al colgar—. *Realmente maravilloso*». Ni siquiera podía enviarle al doctor Trias enseguida.

Por un momento, Hood llegó a pensar en pedirle a Martha Mackall que fuese a la Casa Blanca en su lugar, pero al momento desechó la idea. Aunque valoraba en mucho su capacidad, no podía estar seguro de que fuese a representar fielmente su postura, y la del Centro de Operaciones, y no a promocionar la carrera y los intereses de… Martha Mackall. Había escalado desde Harlem a pulso. Aprendió español, coreano, italiano y yiddish pintando a mano letreros de las tiendas de Manhattan. Luego estudió japonés, alemán y ruso en la universidad, a la vez que económicas, con una beca que le cubría los gastos, hasta obtener un *master*. Como le dijo a Hood al entrevistarla para el puesto, a los cuarenta y nueve años ya le tocaba dejar la oficina de la Secretaría General de las Naciones Unidas y seguir tratando directamente con el mundo hispánico, con los coreanos, italianos y judíos… pero contribuyendo a orientar la política y no como simple portavoz. Si la contrataba para que formase, alimentase y analizase una base de datos sobre las variables económicas y las claves políticas de los distintos países del mundo, tendría que dejarla trabajar a su aire. Y la contrató. Le

pareció la persona con ideas propias que quería a su lado cuando hubiera que fajarse. Sin embargo, no podía dejarla dirigir la carga de la brigada ligera, hasta no estar seguro de que Martha Mackall no antepondría sus intereses personales a los del Centro de Operaciones.

Mientras se adentraba en el tráfico de Pennsylvania Avenue, Hood reparó en que se mostraba más indulgente con las flaquezas de Mike que con las de Martha Mackall… o, para el caso, las de Sharon. Martha lo hubiese llamado sexismo, pero él no lo creía así: era una cuestión de… desprendimiento. Si le daba un bocinazo a Mike y le pedía que saltase en paracaídas sobre Little Rock, que luego volviese a Columbia y se presentase en su despacho de Washington, lo haría sin hacer preguntas. Y si le mandaba un mensajero a Orlito Trias, saldría pitando a mitad de conferencia. Con las mujeres, en cambio, siempre había que porfiar.

Se sentía como si tuviese dos pies izquierdos al arrimar el coche a la verja de la Casa Blanca —una de las dos que protegía el estrecho acceso privado, que separaba el despacho Oval y el ala oeste del antiguo edificio de la sede del ejecutivo—. Después de mostrar el pase, aparcó entre los coches y bicicletas y, maletín en mano, enfiló hacia el despacho del presidente.

TREINTA Y OCHO

Martes, 23:17, mar de Japón
(a diecinueve millas de Hungnam, Corea del Norte).

La política de la mayoría de los países comunistas, en relación a las aguas territoriales, consistía en ignorar los límites establecidos en los tratados internacionales, ya que este límite no eran tres millas, sino doce, y a menudo quince, allá donde se sabía que patrullaban fuerzas enemigas.

Corea del Norte sostenía, desde hacía tiempo, que sus aguas territoriales llegaban hasta muy al interior del mar de Japón, pretensión que Tokyo y Washington rechazaban por igual. Las patrulleras de la Armada estadounidense presionaban, sistemáticamente, navegando entre cuatro y cinco millas de la costa norcoreana y, a veces, encontraban oposición. En tales casos optaban por retirarse. Y a lo largo de los últimos cuarenta años había habido pocos incidentes. El más relevante fue el apresamiento del *Pueblo* en enero de 1968. Los norcoreanos acusaron a los tripulantes de ser espías estadounidenses. Costó un diario forcejeo, de once meses de negociaciones, conseguir que liberasen a los ochenta y dos tripulantes. El incidente más sangriento ocurrió en julio de 1977, al despistarse un helicóptero de los EE. UU., que cruzó el paralelo 38 y fue abatido. Murieron tres tripulantes. El presidente Carter presentó sus excusas a Corea del Norte, reconoció que la

tripulación había cometido un error y los norcoreanos devolvieron los tres cadáveres y el superviviente.

Tras una breve escala en Seúl para entregar la película, la oficial de reconocimiento Judy Margolin y el piloto Harry Thomas despegaron para sobrevolar de nuevo Corea del Norte. En esta ocasión, sin embargo, era obvio que los esperaban. Todos los radares de alerta y seguimiento instalados en tierra los detectaron al sobrevolar Wonsan.

Dos MIG-15P de intercepción despegaron al momento y se dirigieron hacia sus sectores de ataque. Uno llegó en vuelo bajo por el norte, y el otro, a gran altitud, por el sur. Harry ya contaba con que los acosasen, para obligarlos a dirigirse al mar, pero era consciente de que dejaría con bastante facilidad atrás a aquellos viejos aparatos si enfilaba hacia la dirección adecuada.

Levantó el morro del aparato y empezó a caracolear, a la vez que ascendía y aceleraba. Perdió temporalmente de vista a los dos reactores de fabricación rusa, que no dieron señales de vida hasta que uno de los MIG le ametralló el lado de estribor del fuselaje con uno de sus cañones gemelos NS de 23 mm. El «ratatatá» lo pilló por sorpresa.

Pese a la estrepitosa protesta del motor, oyó gemir a Judy y, por el rabillo del ojo, la vio vencerse hacia adelante. Harry viró enseguida al sur y aceleró.

—¿Está bien, oficial?

No hubo respuesta. Qué insensatez. Les habían disparado sin la menor advertencia. Además, aquélla no era la manera de actuar de los norcoreanos, que seguían un método de cuatro fases antes de disparar a dar (la primera fase era advertir por radio, y la segunda, disparar por debajo del fuselaje, en sentido opuesto al que siguiese el aparato al ser detectado). De modo que o bien el artillero norcoreano tenía muy mala puntería o cumplía peligrosas órdenes.

Thomas se decidió a romper el silencio de la radio para enviar una llamada de socorro a Seúl y avisar de que iba con un tripulante

herido. Los MIG lo siguieron hacia Corea del Sur sin dispararle mientras él se retiraba a Mach 2.

—Aguante, oficial —dijo a través de su micrófono.

Tampoco hubo respuesta. Tuvo que adentrarse en el estrellado cielo de la noche sin saber si la oficial de reconocimiento estaba viva o muerta.

TREINTA Y NUEVE

Martes, 8:20, en el C-141, sobre el cielo de Texas

Rodgers no tuvo más remedio que dejarlo en manos del teniente coronel Squires. Cuando tenía veinticinco años y recomendó al joven oficial de las Fuerzas Aéreas para mandar el comando Striker, le dijo que crease un modelo operativo, empapándose de todos los manuales sobre tácticas militares que mereciesen la pena. Y lo hizo.

Allí sentado, con la carpeta sobre las rodillas, empezó a hojear un desfile de maniobras y tácticas copiadas de César, Wellington, Rommel, los apaches y otros estrategas militares, además de los actuales métodos estadounidenses. Sabía que Squires no tuvo una formación específica en la materia, pero se le daban muy bien los movimientos de tropas, quizá debido a su afición al fútbol, que jugó en su adolescencia en Jamaica.

Squires dormitaba a su lado, de lo contrario, le hubiese dado un codazo en las costillas para decirle lo que pensaba de su despliegue ofensivo en escalón simple, contra una primera oleada enemiga. Cuando volviesen, se lo pasaría al Pentágono. Sería un modelo operativo para todo batallón o regimiento que sufriese muchas bajas. En lugar de formar un anillo operativo en derredor de un terreno defendible, formaba un segundo y pequeño escalón y enviaba al grupo del primer escalón a una maniobra de flanco para coger al enemigo entre dos fuegos. Lo que era insólito —aparte de que hacían falta muchos cojones— era la forma en que movía el

grupo del segundo escalón hacia adelante, y luego a través del terreno defendible, para empujar al enemigo hacia la línea de mayor potencia de fuego.

Squires tenía también una maravilla de plan para la incursión de un comando y el control de sus instalaciones, basado en un ataque cuádruple desde la zona de lanzamiento: uno frontal, dos por los flancos y otro desde la retaguardia.

El cabo Puckett orilló al teniente coronel para no pisarlo. Saludó, y Rodgers se quitó los auriculares.

—¡Señor! Es para usted, general.

Rodgers correspondió al saludo y Puckett le pasó el auricular. No estaba muy seguro de si había menos ruido o si estaba más sordo, pero ahora soportaba mejor los cuatro atronadores turbohélices.

Volvió a ponerse uno de sus auriculares y se acercó el de la radio al otro oído.

—Rodgers al habla.

—Soy Bob Herbert, Mike. Tengo novedades para usted… Y no creo que le hagan mucha gracia.

«Bueno… Fue bonito mientras duró —pensó Rodgers—. Éstos nos mandan de vuelta a casa».

—Han de internarse —dijo Herbert.

—¿Cómo dice? —espetó Rodgers, un poco mosca.

—Que han de internarse en la erre-de-ce. La ONR tiene un problema con un satélite de reconocimiento. El jefe necesita a alguien que haga una inspección ocular del sector donde están los Nodong.

—¿En la sierra del Diamante? —preguntó Rodgers, que le dio tal codazo a Squires que lo despertó al instante.

—Bingo.

—Necesitamos los mapas de Corea del Norte —le soltó al teniente coronel. Luego volvió a dirigirse a Herbert para decirle—: ¿Qué ha ocurrido con los satélites?

—No lo sabemos. El sistema informático se ha ido a la mierda. El tecnómano cree que se trata de un virus.

—¿Hay alguna novedad en el frente diplomático?

—No. El jefe se encuentra ahora mismo en la Casa Blanca. Podré darle más datos cuando vuelva.

—No nos hagan ir a ciegas —dijo Rodgers—. Habremos llegado a Osaka antes de la cena, hora de Washington.

—No nos olvidamos de ustedes —le aseguró Herbert antes de colgar.

Rodgers le devolvió el auricular a Puckett y miró a Squires, que tenía el mapa en la pantalla de su miniordenador. Sus claros ojos brillaban de impaciencia.

—Esto va en serio —dijo Rodgers—. Tenemos que inspeccionar los misiles Scud norcoreanos.

—¿Sólo inspeccionarlos?

—Eso me ha dicho. A menos que estemos en guerra antes de aterrizar en Osaka, nada de explosivos. En caso necesario, deduzco que nos querrán para coordinar un ataque aéreo.

Squires ladeó la pantalla para que Rodgers pudiese verla y le pidió a Puckett que aflojase la desnuda bombilla que pendía del techo de la cabina para evitar los reflejos en la pantalla.

Al mirar el mapa, se percató de que, de pronto, su talante y sus expectativas habían cambiado. De la satisfacción y la admiración académica por el trabajo de Squires había pasado al deseo de entrar en acción y a la conciencia de que las vidas de los integrantes del comando iban a depender de aquellos planes y del resto de las medidas que Squires tuviese pensadas. No le cabía duda de que los mismos pensamientos —y no pocas dudas— debían de pasar también por la mente del jefe del comando.

En el mapa, levantado hacía sólo seis días, se veían tres Nodong montados en camiones en un cráter que se abría entre cuatro altas lomas de las primeras estribaciones de la sierra. Por todo el perímetro de las lomas había emplazamientos de artillería que

hacían demasiado arriesgado sobrevolarlas. Squires desplazó el mapa hacia el oeste para examinar un sector más amplio de la zona oriental. Se veían instalaciones de radar en Wonsan.

—Lo vamos a tener crudo —dijo Squires.

—Eso mismo pensaba yo —convino Rodgers, que pulsó el cursor para indicar un rumbo—. El helicóptero tendrá que elevarse a considerable altura al salir de Osaka, hacia el sureste, y virar hacia el mar sobrevolando la Zona Desmilitarizada. El lado sur del monte Kumgand parece el mejor lugar. Quedaríamos a poco más de quince kilómetros de nuestro objetivo.

—Quince kilómetros cuesta abajo significa otros quince cuesta arriba para que nos recojan —puntualizó Squires.

—Claro. No es la mejor de las estrategias para retirarse, sobre todo si tienen ahí abajo tropas que vayan a por nosotros.

—¿No llevarán carga nuclear esos misiles, verdad? —dijo Squires señalando a los Nodong.

—Pese a lo mucho que cacarea la prensa, no están tan preparados tecnológicamente —dijo Rodgers sin dejar de estudiar el mapa—. Pero sólo con que cada Nodong lleve una carga de cien kilos de dinamita causarían una masacre en Seúl, aunque… —Añadió, con una sonrisa en los labios— creo que ya lo tengo, Charlie. No regresaremos al punto de partida, sino a un punto situado a ocho kilómetros más al sur. No contarán con eso.

—A ver, a ver… —dijo Squires, que guiñó un ojo con expresión de escepticismo—. ¿Nos lo ponemos *más difícil* nosotros solitos?

—No. Más fácil. La clave de una buena retirada está en golpear y largarse luego tranquilamente. A principios del siglo dos, durante la primera campaña de Trajano, la infantería de las legiones romanas se enfrentó a un contingente dacio, inferior en número, al pie de los Cárpatos: las armaduras y las pesadas lanzas de los romanos contra unos dacios con lanza corta a pecho descubierto. Pero vencieron los dacios. Irrumpieron de noche y sorprendieron a los romanos. Se los atrajeron hacia unos altozanos, donde los legionarios se vieron

obligados a dispersarse. Los dacios se organizaron entonces por parejas y los exterminaron. Luego, pudieron darse un apacible paseo de vuelta a su campamento.

—Entonces se luchaba con lanzas, señor.

—Da igual. Si nos descubren, nos los atraeremos y utilizaremos los machetes. No se atreverán a utilizar armas de fuego de noche en las lomas porque podrían matarse entre sí.

—Los Cárpatos no eran precisamente un terreno que los romanos conociesen bien. En cambio, los dacios lo conocían tan bien como los norcoreanos el suyo.

—Tienes razón —admitió Rodgers—, pero los dacios no tenían una cosa que tenemos nosotros.

—¿Un Congreso ansioso por cortarnos la cabeza?

Rodgers sonrió y señaló a la bolsita negra que llevaba desde que salieron.

—EBC.

—¿Qué?

—Una parida de Matty Stoll y mía. Te lo explicaré cuando hayamos terminado tú y yo de perfilar el plan.

CUARENTA

Martes, 23:25, Seúl

Kim Chong se preguntaba si descifrarían la clave.

Hacía diecisiete meses que tocaba el piano en el bar Bae Gun, enviándoles mensajes a hombres y mujeres que acudían allí de manera esporádica —casi siempre vigilados por agentes de la CIAC, como ella sabía—. Atractivos o corrientes, elegantes o desaliñados, todos hacían un buen trabajo en su papel de empresarios, modelos, obreros o soldados. Kim sabía muy bien quiénes eran. El mismo talento que le permitía recordar las piezas musicales le permitía memorizar distintas facciones, risas diferentes, zapatos distintos. ¿Cómo era posible que unos agentes que tanto trabajo se tomaban para cambiar de atuendo, de peinado o de manera de pintarse no reparasen en que llevaban siempre los mismos zapatos, que cogían el cigarrillo de la misma manera o que lo primero que hacían, nada más entrar, era coger almendras del cuenco? Incluso mister Gun había reparado en que el desastrado individuo con pinta de artista que aparecía por allí de vez en cuando tenía el mismo aliento apestoso que el cabo del ejército que iba una vez por semana.

«Puestos a representar un papel, hay que hacerlo bien».

Aquella noche había vuelto la mujer a la que la pianista apodaba *Evita*. Era una mujer menuda que siempre aguaba lo que pedía con ingentes cantidades de hielo. Era obvio que era una maníaca de la salud; obvio que no estaba acostumbrada a beber; obvio que no iba

a ahogar sus penas a solas, sino que alargaba el *whisky* todo lo que podía sin quitarle ojo a la pianista ni perderse una nota.

Kim decidió darle aquella noche algo en que rumiar. Pasó de *Lo peor que podía ocurrir* a *Nadie lo hace mejor*. Siempre utilizaba canciones de películas para enviar sus mensajes. Pulsaba la primera nota del segundo compás, un la, una octava más baja de lo que figuraba en el pentagrama. Hacía tremolar el si bajo el la bemol en el tercer compás y luego el undécimo compás completo sin el pedal.

Cualquiera que supiese solfeo se percataría de las discordancias. Se «equivocaba» al pulsar el la y el si; y cada compás de pedal correspondía a una letra del alfabeto inglés, en este caso la undécima, o sea la k.

Había «transmitido» *la* SIK por *la* CIAC y se preguntaba si lo captarían. Su clave no utilizaba letras en una determinada frecuencia lógica, nada que un criptógrafo pudiera descifrar mediante la sustitución o la transposición de signos.

Kim vio que su contacto, Nam, se marchaba y que *Evita* reparaba en ello. La agente del servicio de contraespionaje no lo siguió. Quizá lo hiciese otro.

Nam aseguraba no haber visto nunca a nadie que lo siguiese hasta casa, pero estaba ya viejo y medio ciego y, cuando acudía al bar, se bebía casi todo lo que ella le pagaba. Imaginaba cómo debían de romperse la cabeza los de la CIAC para tratar de descubrir cómo Nam, y sus otros correos, recibían sus mensajes.

Casi la avergonzaba cobrar por algo tan fácil (dinero de Corea del Norte, además de lo que cobraba por tocar allí). Con lo que ganaba, hubiera podido vivir como una princesa en su ciudad natal de Anju, al norte de Piongiang.

«Si volviese a casa…».

Quién sabe cuándo volvería. Podía darse por satisfecha de estar viva. Quizá más adelante, cuando tuviese bastante dinero, o se hartase de la hipócrita Corea del Sur, o averiguase el paradero de Han.

Dejó de tocar la canción de James Bond y la emprendió con la típica versión de rompe y rasga de *Java*, típica de las tabernas. La canción de Al Hirt era su favorita, la primera que recordaba haber oído de niña, y la tocaba todas las noches. A menudo se preguntaba si pensaría la CIAC que tenía algo que ver con su clave: ¿sería la que interpretaba a continuación la que incluía el mensaje? ¿O la improvisación que hacía con la mano derecha en la segunda sección? No acertaba a imaginar qué pensarían los cerebros de Chonggyechonno. Y por el momento no le importaba.

«Ba-da da-da da-da…».

Cerró los ojos y tarareó. Dondequiera que estuviese, hiciera lo que hiciera. *Java* la retrotraía a cuando era una niña y crecía al cuidado de un hermano mucho mayor que ella, Han, y de su madre. El marido de su madre, y padre de Han, murió en la guerra. Su madre no tenía ni idea de cuál de los soldados que se la pasó por las armas pudiera ser el padre de Kim, si coreano, ruso o chino. Ni le importaba. Amaba a su hija igualmente y había que darle de comer como fuese. Cuando encontraron aquella caja con discos de 45 rpm, robada a los de Corea del Sur, su madre solía poner *Java* en una vieja gramola de manivela. Bailaban en derredor de su pequeña choza, haciendo vibrar la techumbre de hojalata y asustando a las gallinas y a la cabra. Luego, el sacerdote, que tenía piano, la vio bailar y cantar y pensó que a lo mejor le gustaría tocar…

Se produjo un revuelo en el bar. *Evita* se levantó al ver que dos pulcros y trajeados individuos con cara de pocos amigos irrumpían por la puerta delantera y que otros dos entraban por la trasera que daba a la cocina, separada del resto del local por un vano con cortinilla de cuentas, a su izquierda. Con el dedo gordo del pie derecho, pero aparentemente inmóvil, Kim liberó las ruedas del piano del bloqueador. Al ver que *Evita* la miraba, consciente de a lo que iban los cuatro que acababan de entrar, se levantó de un salto y atravesó el piano frente a la entrada de la cocina, bloqueándola.

Evita y los otros dos tendrían que abrirse paso entre las mesas, lo que le daba a Kim unos segundos de ventaja.

Cogió el bolso y corrió hacia los lavabos, que estaban en dirección contraria. Se metió en el de caballeros con todo su aplomo. Su adiestramiento en Corea del Norte duró sólo seis meses pero fue muy eficaz. Aprendió a planificar y utilizar sus recursos para huir con cabeza, a llevar siempre dinero encima, y diferentes armas.

La ventana del servicio de caballeros estaba siempre abierta. No tenía más que encaramarse al lavabo para salir por la ventana. Una vez fuera, tiró el bolso después de coger la navaja automática.

El patio trasero, rodeado por una alta valla de madera, estaba sembrado de taburetes rotos y accesorios desechados. Kim se encaramó a la hilera de cubos de basura y miró en todas direcciones con la navaja entre los dientes. Al asirse a la parte superior de la valla, dispuesta a saltar al otro lado, un disparo perforó la valla a sólo unos centímetros de su axila izquierda. Se quedó lívida.

—¡Yo me lo pensaría, Kim!

Se le hizo un nudo en el estómago al reconocer la voz. Ladeó la cabeza lentamente y vio a Bae Gun allí de pie. Esgrimía la Smith & Wesson automática del calibre 32 que tenía para proteger el bar y su recaudación. Kim levantó las manos.

—¡La navaja…! —le gritó él.

—¡Cabrón! —le espetó ella.

Al instante aparecieron junto a él dos agentes que esgrimían sendas pistolas. Corrieron hacia ella, y mientras uno la ayudaba a bajar de los cubos de basura, el otro le llevaba las manos a la espalda y la esposaba.

—¡No tenías por qué ayudarlos, Bae! ¿Qué mentiras te han contado de mí?

—No son mentiras, Kim —replicó él con una sonrisa iluminada por la luz de los lavabos—. Lo he sabido desde el principio, igual que supe lo del cantante que hubo antes que tú y lo del *barman* que

estuvo antes que él. Mi jefe, el subdirector de la CIAC, Kim Hwan, me tiene bien informado acerca de los espías de Corea del Norte.

Kim lo fulminó con la mirada, sin saber si insultarlo o felicitarlo, mientras la conducían a empellones hacia la calle y al coche que aguardaba.

CUARENTA Y UNO

Martes, 9:30, en la Casa Blanca

Hood recordaba la primera vez que entró en el despacho Oval. Fue cuando el antecesor del presidente Lawrence pidió reunirse con los alcaldes de Nueva York, Los Ángeles, Chicago y Filadelfia, al objeto de estudiar medidas de prevención de disturbios. El gesto, con el que pretendía mostrar su preocupación por las cuatro grandes ciudades, le salió respondón al presidente, que fue acusado de racista por presuponer que los negros iban a provocar disturbios.

El anterior presidente era un hombre alto, como Lawrence, y aunque pudiera parecer que a ambos les venía grande el cargo, la mesa y el despacho les venían pequeños.

La verdad era que el despacho Oval era minúsculo, se mirase como se mirase. Y aún lo parecía más por la enorme mesa, las sillas y el enjambre de subalternos que no paraban de ir y venir desde las oficinas de los altos cargos, situadas al otro extremo del pasillo.

La mesa estaba hecha con tablazones de roble procedentes de la fragata británica *Resolute*, se hallaba junto al ventanal y ocupaba un veinticinco por ciento del despacho. El sillón giratorio de piel era también más grande de lo normal, diseñado no sólo para comodidad del presidente sino para su seguridad. El respaldo llevaba cuatro planchas de Kevlar, un material a prueba de balas concebido para proteger al jefe del ejecutivo de potenciales francotiradores que disparasen a través del ventanal. Podía detener las balas de una

Magnum calibre 348 disparadas a quemarropa. La mesa en sí estaba bastante despejada. No había más que un secante, un juego de pluma y bolígrafo, la fotografía de la primera dama y su hijo y el teléfono de seguridad TS-3, de color marfil.

Frente a la mesa había dos sillones de gruesa tapicería que databan de los tiempos de la administración de Woodrow Wilson. Hood ocupaba ahora uno de ellos. El jefe de Seguridad Nacional, Steve Burkow, ocupaba el otro, lejos de sus dominios, la espaciosa oficina del Consejo de Seguridad Nacional, situada al otro lado del vestíbulo y a la que se accedía a través de una doble puerta bajo un pórtico.

El director del Centro de Operaciones les había entregado a ambos sendas copias del «Informe de Opciones», que leyeron rápida pero completamente. Al explicarles Hood los fallos en los sistemas de seguridad de la ONR y del propio Centro de Operaciones, el presidente reaccionó con tanto laconismo como brusquedad.

—¿Hay algo que no figure en el informe? —preguntó Burkow—. ¿Algo extraoficial?

Hood detestaba aquellas preguntas. *Por supuesto que lo había*. Siempre había en marcha operaciones clandestinas. Se realizaban desde mucho antes de que Oliver North supervisase el acuerdo de entrega de armas a cambio de rehenes; continuaron después de que sus actividades fuesen puestas al descubierto, y continuarían en el futuro. La diferencia estribaba en que, ahora, los presidentes ya no presumían, en privado, por aquellas operaciones «opacas» que tenían éxito. Y a los hombres como Hood se los fustigaba en público… si fracasaban.

Al retorcido Burkow le encantaba oírlo. Le gustaba que los funcionarios públicos reconociesen que estaban haciendo algo ilegal para que él, o el presidente, pudiesen decirles que actuaban por su cuenta y riesgo, aparte de recordarles quién era el presidente y quién su consejero de máxima confianza, además de primo suyo.

—Hace una hora hemos enviado un avión en misión de reconocimiento para compensar la inutilización del satélite de reconocimiento. Y yo envié al comando Striker pocos minutos después de producirse el atentado. Es un vuelo de doce horas. Los quería sobre el terreno por si acaso eran necesarios.

—Sobre el terreno —dijo Burkow—. ¿O sea?

—Corea del Norte.

—¿Camuflados?

—Sin uniforme ni ninguna clase de identificación en las armas.

—¿Cuál es el objetivo de la misión? —preguntó el jefe de Seguridad Nacional mirando al presidente.

—Le he ordenado al comando que vaya a las proximidades de la sierra del Diamante y que nos informe sobre los misiles Nodong.

—¿Ha enviado a los doce hombres?

Hood asintió con la cabeza. No se molestó en decirles que Mike Rodgers era uno de ellos. Burkow se hubiese subido por las paredes. Si apresaban al comando, un héroe militar como Rodgers era lo suficientemente conocido como para que lo identificasen.

—Esta conversación no ha tenido lugar nunca —dijo Lawrence, como era previsible, antes de cerrar la carpeta del informe—. Bien. Así que el Cuerpo Expedicionario recomienda que prosigamos con un lento y regular despliegue mientras determinamos si Corea del Norte ha sido o no responsable del atentado, y que, aun en el caso de que el gobierno, o alguno de sus representantes, haya sido responsable, nos limitemos a ejercer presión diplomática, aunque sin bajar la guardia en lo militar. Suponiendo, naturalmente, que no se produzcan más atentados terroristas.

—Eso es, señor. Sí.

El presidente tamborileó con los dedos encima de la carpeta.

—¿Cuántos meses llevamos mareando la perdiz con los palestinos acerca de esos terroristas hezbollah que atentaron contra el Hollywood Bowl? ¿Seis meses?

—Siete.

—Siete meses. Mire, Paul, nos han dado demasiadas hostias desde que estoy en el cargo, y no hacemos más que poner la otra mejilla. Y eso se tiene que acabar.

—El embajador Gap ha llamado antes —dijo Burkow— y nos ha expresado su más sentida condolencia. No ha dicho que nos asegure que no han sido responsables.

—Según Martha, es su manera de actuar —replicó Hood—. Aunque no soy contrario a que se actúe con firmeza, hemos de asegurarnos de no equivocarnos de blanco. Reitero lo que dice el informe: no vemos actividad militar anormal en el Norte; nadie ha reivindicado el atentado, y aunque algunas facciones norcoreanas *fuesen* responsables, eso no implicaría al propio gobierno.

—Ni tampoco lo exculparía —dijo el presidente—. Si el general Schneider se liase a bombazos más allá de la Zona Desmilitarizada, ya puede estar usted seguro de que Piongiang no me preguntaría a mí si me parece bien que repliquen… Bueno, Paul, ahora tendrá que perdonarme. He de reunirme con…

Sonó el TS-3 y el presidente lo cogió. Su semblante se ensombreció mientras escuchaba, sin decir palabra. Al cabo de unos segundos le dio las gracias a su comunicante y le dijo que luego lo llamaría él. Después de colgar, apoyó los codos en la mesa y descansó la frente en las manos entrelazadas.

—Era el general MacLean desde el Pentágono. Ahora sí tenemos actividad anormal en el Norte, Paul. Un MIG norcoreano le ha disparado a uno de sus aviones espía y ha matado a la oficial de reconocimiento.

Burkow masculló un juramento.

—¿No ha podido ser un manado disparo de advertencia? —dijo Hood.

El presidente lo fulminó con la mirada.

—¡Por Dios, Hood! ¿De qué lado está usted?

—Violábamos su espacio aéreo, señor presidente.

—¡Y no vamos a excusarnos por ello! Voy a darle instrucciones a la Secretaría de Prensa para que se les diga a los periodistas que, a la luz de lo ocurrido esta tarde, teníamos que garantizar la seguridad en la región. La desproporcionada reacción de Corea del Norte confirma nuestra preocupación. Y voy a ordenarle al general MacLean que, a partir de las diez de esta mañana, todas las fuerzas estadounidenses de la región actúen de acuerdo a la fase Defcon tres. Apriételes las clavijas a sus amigos de Seúl, Paul, y reúnanse con el DOD para tenerme un informe actualizado a mediodía. Envíemelo por fax… ya que es usted demasiado valioso para andar de acá para allá.

Lawrence cogió el «Informe de Opciones» y lo dejó caer desdeñosamente en la mesa.

—Steve —prosiguió el presidente—, dígale a Greg que quiero que la CIA no deje allí piedra sin remover, hasta que averigüe quiénes son los responsables del atentado. Poco importa que Corea del Norte haya estado implicada, Paul. Lo está ahora… ¡y hasta el cuello!

CUARENTA Y DOS

Martes, 23:40, Seúl

El coche fúnebre se dirigía al aeródromo, en dirección sur, a través de unas carreteras sobrecargadas a causa del denso tráfico militar que procedía de Seúl y se alejaba hacia el norte.

Sentado atrás, en el Mercedes de la embajadora que seguía al coche fúnebre, Gregory Donald reparó en el intenso movimiento de tropas que salían de la capital. A tenor de la llamada de Bob Herbert, lo único que deducía era que la situación se enconaba entre los dos gobiernos. No le sorprendía. Tan cerca de la Zona Desmilitarizada, los estados de alerta en Seúl eran tan frecuentes como los vídeos pirata. Con todo, tanta actividad no era normal. Los contingentes de soldados que se desplazaban sugerían que los generales no querían tener demasiados hombres concentrados en un punto, por si acaso Corea del Norte atacaba con misiles.

Sin embargo, en aquellos momentos, Donald se sentía muy distante respecto de todo aquello, mentalmente atrapado en el reducido espacio de los dos coches, en el que se concentraba la intensidad de unos años que se le antojaban muy pocos, sumido en la realidad de que en el coche de delante iba su esposa, a quien jamás volvería a ver, por lo menos en este mundo.

Los faros del Mercedes iluminaban el coche fúnebre y, al mirar las negras cortinillas corridas de la parte de atrás, se preguntaba si a Soonji le hubiese gustado, o si le hubiese dado igual, que la llevasen

en un coche oficial… en aquel coche concreto. Recordaba cómo cerró Soonji los ojos al contárselo él, como si aquello diluyese la amarga verdad…

El negro Cadillac lo compartían las embajadas estadounidense, británica, canadiense y francesa de Seúl, y quedaba aparcado en la embajada francesa cuando no se utilizaba. Compartir coches fúnebres oficiales no era infrecuente, aunque se produjo casi un incidente internacional en 1982 al morir, de repente y la misma tarde, parientes de los embajadores británico y francés y solicitar ambos el coche oficial al mismo tiempo. Como los franceses lo tenían aparcado en su embajada, creían merecer utilizarlo primero. Los británicos adujeron que el embajador francés había perdido a una abuela y, en cambio, el británico a su padre, y que el parentesco más cercano tenía prioridad. Los franceses replicaron que su embajador estaba más próximo a su abuela que el embajador británico a su padre. Para zanjar el conflicto, ambos embajadores renunciaron a utilizar el coche oficial en aquella ocasión y contrataron coches de una empresa de pompas fúnebres.

Gregory Donald sonrió al recordar lo que Soonji comentó con los ojos aún cerrados: «Sólo en el cuerpo diplomático puede dársele la misma importancia a una guerra que a la utilización de un coche». Y era cierto. Nada era demasiado irrelevante, ni demasiado personal, ni demasiado macabro para hacer de ello un problema internacional. De ahí que lo conmoviera —como creía que se hubiese conmovido Soonji— la llamada del embajador británico Clayton a su legación para darle el pésame y comunicarle que ninguna de las cuatro misiones diplomáticas utilizarían el coche fúnebre para ninguno de los compatriotas muertos en el atentado hasta que hubiese trasladado a su esposa.

No podía dejar de mirar el coche fúnebre, aunque su fatigada mente navegase en un estado de «corriente de conciencia», y pensara en la ultima comida que compartió con Soonji, en la última vez que hicieron el amor, en la última vez que la contempló al

vestirse. Aún tenía en los labios el sabor de su carmín, olía su perfume, sentía sus largas uñas en la nuca. Pensaba en la primera vez que se sintió atraído por Soonji, no por su belleza ni su porte, sino por su manera de expresarse, tan incisiva e inteligente. Recordaba la conversación que tuvo ella con una amiga que trabajaba para el embajador saliente Dan Tunick. Al concluir el diplomático su discurso de despedida en la embajada, la amiga exclamó: «¡Qué feliz se le ve!». Soonji miró un momento al embajador y luego dijo: «Igual que mi padre después de un cólico nefrítico. El embajador tiene cara de alivio, Tish, no de felicidad».

Tan irrespetuosamente como se quiera, pero Soonji dio en el clavo. Mientras la nutrida concurrencia bebía champán, él se le acercó, se presentó y le contó la anécdota del coche fúnebre. Soonji lo cautivó al instante.

Y, ahora, allí sentado, agotadas las lágrimas —aunque no los recuerdos—, se consolaba al pensar que la última vez que vio a Soonji con vida, al correr a su lado después de encontrar el pendiente, su mirada reflejaba un profundo alivio y felicidad.

El Mercedes siguió al coche fúnebre al dejar éste la autopista y adentrarse por el acceso que conducía al aeródromo. Donald acompañaría a su esposa hasta el pie del aparato de la TWA que iba a llevarla a los EE. UU. y, en cuanto despegase, embarcaría en el *Bell Iroquois* que aguardaba para el breve vuelo hasta la Zona Desmilitarizada.

Howard Norbom creería que había pasado por encima de él para conseguir lo que quería, y sentía un poco de remordimiento, pero, por lo menos, no le caería al general ninguna responsabilidad cuando intentase contactar con Corea del Norte. Gracias a la llamada telefónica, sólo él pecharía con las consecuencias; él y… el Centro de Operaciones.

CUARENTA Y TRES

Martes, 23:45, Cuartel General de la CIAC

Al llamar Bae Gun para informarlo de que la detención se había llevado a cabo, Hwan se alegró de que se hubiese hecho lo debido, aunque lamentó tener que dejar fuera de juego a alguien tan interesante como *miss* Chong. Sus criptógrafos aún no habían descifrado su código, aunque sí conocían cuál era el contenido de algunos de los mensajes que transmitía. Se los proporcionaban ellos mismos, a través de Bae, que le decía tener un hijo en el ejército y, ocasionalmente, le filtraba datos auténticos, aunque irrelevantes, sobre el número de hombres de determinadas unidades, coordenadas de su posición y cambios en el mando. Ahora que estaba detenida, Hwan dudaba que les fuese de alguna utilidad.

Aunque sin interferir, hacía cuatro años que la CIAC controlaba la más reciente promoción de agentes norcoreanos que operaba en Seúl. Vigilar a uno los llevó a otro y éste a otro más. Los cinco espías parecían formar un círculo cerrado, con Kim Chong y un proveedor de almendras saladas y similares en el centro. Hwan creía tenerlos a todos. Tras la detención de la mujer, se proponía hacer vigilar a los demás las veinticuatro horas del día; ver con quiénes se ponían en contacto o a qué nuevo agente desplazaban para que sustituyese a Chong.

Lo que le preocupaba era que, en lo poco que habían logrado descifrar de sus mensajes, no había el menor indicio que apuntase al

atentado de aquella tarde. En realidad, el tostador de almendras saladas (que pasaba información en el interior de las que servía sin salar) recibió la orden de asistir a los actos del aniversario y sopesar hasta qué punto le entusiasmaba a la gente la idea de la reunificación. Y si bien era cierto que Corea del Norte podía haber llevado a cabo el atentado a modo de sondeo, sin decírselo a sus agentes, Hwan dudaba de que hubiese puesto en peligro a uno de sus agentes de aquella manera. ¿Por qué molestarse en enviarlo, si lo que pretendían era sembrar el terror?

El sargento de guardia llamó por teléfono al llegar los agentes. Hwan se levantó del sillón de su mesa y se dispuso a recibirlos. Nunca había visto a Kim Chong en persona, sólo en fotografías. Realizó un tradicional ejercicio que le enseñó Gregory para cuando tuviera que encontrarse con alguien a quien sólo conociera por fotografías, por la voz o por referencias, y consistía en rellenar las casillas vacías, en aventurarse a ver cuántas acertaba. Su estatura, su talante y, en el caso de potenciales enemigos, si se mostrarían airados, insultantes o inclinados a cooperar. El ejercicio sólo servía como medida de lo que Hwan era capaz de deducir de una persona antes de tenerla enfrente.

Sabía que *miss* Chong medía 1,66, que tenía veintiocho años, una bonita melena negra como el carbón y ojos oscuros, y que, de acuerdo a lo que Bae le dijo de ella a su contacto, era dura de pelar. Hwan suponía que debía de tener la sensibilidad del músico, el arisco temperamento de una mujer que, en el bar de Gun, tenía que soportar las insinuaciones de los hombres y la costumbre de todos los agentes extranjeros de escuchar más que hablar, de aprender más que de enseñar. También la imaginaba desafiante, como casi todos los norcoreanos en sus relaciones con Corea del Sur.

Oyó que abrían la puerta del ascensor y luego que se acercaban por el pasillo. Instantes después entraron dos agentes escoltando a Kim Chong.

El talante que se desprendía de su físico era el mismo que había imaginado: orgullosa, apasionada, despierta. También su indumentaria era, más o menos, como supuso: falda negra de tubo, medias negras y blusa blanca con los dos botones superiores desabrochados (el uniforme de las mujeres que tocaban en bares y clubes). Su piel sí que le sorprendió, ya que no la imaginaba tan bronceada. No obstante, era lógico, porque durante el día no trabajaba. Le sobraba tiempo para andar de acá para allá por la ciudad. También le sorprendieron sus manos al quitarle los agentes las esposas. A diferencia de otros músicos que había conocido, sus dedos no eran gruesos y fuertes, sino finos y delicados.

Hwan les indicó a los agentes que se retirasen, cerrasen la puerta y aguardasen fuera. Luego, señaló un sillón. La joven se sentó, con ambos pies en el suelo, las rodillas juntas y sus bonitas manos entrelazadas en el regazo. Miraba a la mesa.

—Soy Kim Hwan, *miss* Chong, subdirector de la CIAC. ¿Quiere… un cigarrillo?

Hwan le acercó la tabaquera que tenía sobre la mesa y levantó la tapa. Ella cogió un cigarrillo y, al ir a darle unos golpecitos en la esfera del reloj, reparó en que se lo habían quitado (para evitar que se cortase las venas con el cristal).

Kim se llevó el cigarrillo a la boca y Hwan se acercó y se lo encendió. Ella aspiró profundamente y se recostó en el respaldo, con una mano aún en el regazo y la otra apoyada en el brazo del sillón. Seguía sin mirarlo, algo bastante habitual en las mujeres durante un interrogatorio. Evitaba cualquier contacto emocional, hacía el interrogatorio más formal y acababa por desconcertar a muchos interrogadores.

Hwan le tendió un cenicero que ella posó en el brazo del sillón. Luego se sentó en el borde de la mesa y la miró durante casi un minuto antes de hablar. Aunque su aspecto fuese, inequívocamente, de persona refinada, había algo en aquella mujer que no acababa de captar. Algo *que no encajaba*.

—¿Le apetece una copa?

Ella meneó la cabeza sin dejar de mirar a la mesa.

—Hace bastante tiempo que sabemos quién es usted y cuáles sus actividades, *miss* Chong. Su misión aquí se acabó, y se la juzgará por espionaje dentro de este mismo mes, supongo. Tal como están los ánimos después de lo de hoy, sospecho que la justicia será rápida y poco benévola. Sin embargo, puedo prometerle cierto grado de indulgencia si nos ayuda a averiguar quién está detrás del atentado de esta tarde.

—No sé más que lo que he visto en televisión, mister Hwan.

—¿No los advirtieron?

—No. Ni creo que mi país sea responsable.

—¿Por qué no lo cree?

Ella lo miró entonces por primera vez.

—Porque no somos un país de lunáticos. Podrá haber algunos locos, pero la mayoría de nosotros no quiere la guerra.

«Ahí estaba», pensó Hwan. Eso era lo que no encajaba. Seguía las reglas del interrogatorio, y contestaría a la defensiva hasta donde pudiese, pero no estaba metida en aquello de corazón. Acababa de hacer una distinción muy clara entre «algunos locos» y «nosotros». ¿Quiénes eran *nosotros*? La mayoría de los agentes eran militares que nunca dirían nada en contra de sus compatriotas. Hwan se preguntaba si *miss* Chong sería una agente civil, uno de esos norcoreanos que servían contra su voluntad por tener antecedentes penales, recobrar el honor familiar o porque algún hermano o pariente necesitaba dinero. Si tal era el caso, tendrían algo en común: ambos deseaban desesperadamente la paz.

El director, Yung-Hoon, no aprobaría que revelase información privilegiada al enemigo, pero Hwan estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Suponga, *miss* Chong, que le dijese que la creo…

—Le pediría que recurriese a otro truco.

—¿Y si lo dijese en serio?

Hwan bajó de la mesa y se puso en cuclillas frente a ella, de tal manera que no tenía más remedio que mirarlo o desviar la mirada. Y optó por mirarlo.

—No destaqué precisamente en los cursos de sicología —prosiguió él—. Y juego fatal al póquer. Suponga que le digo también que, pese a que hay alguien que ha hecho lo imposible para que parezca obra de sus militares (y las pruebas apuntan ahí), yo no creo que lo sea.

—Si fuese usted a decir *eso*, le rogaría que tratase de convencer a otros —repuso ella con el entrecejo fruncido.

—Puestos a suponer, imagine que no me creyesen. ¿Me ayudaría usted a probar mis sospechas?

—Le escucho, mister Hwan —contestó ella con expresión de hastío, aunque intrigada.

—Hemos encontrado huellas de pisadas en el lugar del atentado, huellas de botas reglamentarias del ejército norcoreano. Para comprometer a los militares de su país necesitaban huellas de pisadas, por supuesto, así como la adecuada clase de explosivos y, a lo mejor, armas del Norte. No sabemos con qué cantidades hayan podido hacerse, aunque no creo que sean muy importantes. Y deduzco que un grupo así ha de ser pequeño y mantenerse en estrecho contacto. Necesito que intente usted averiguar si ha tenido lugar tal robo de material militar.

—No cuela —repuso Kim tras apagar el cigarrillo en el cenicero.

—¿No va a ayudarme?

—Mister Hwan… ¿Me iban a creer sus superiores si volviese yo con tal información? No es la confianza la que preside las relaciones entre nuestros dos países.

—Yo sí la creería. ¿No puede entrar en contacto con sus hombres más que en el bar?

—¿Qué haría usted si pudiese? —dijo Kim.

—Ir con usted y oír lo que tuviesen que decir, averiguar si se han apoderado de cualquier otro material militar. Si los terroristas están

tan desesperados como parece, quizá proyecten otros atentados para arrastrarnos a la guerra.

—Pero usted mismo acaba de decir que sus superiores no comparten sus sospechas…

—Si encontrásemos pruebas —contestó Hwan—, *cualquier cosa* que avalase mis sospechas, puedo saltarme el escalafón y contactar con el jefe del gabinete de crisis del Cuerpo Expedicionario en Washington. Es un hombre razonable y me escuchará.

Kim siguió con la mirada puesta en el subdirector. Suspiró y apoyó las sienes en el pulgar y el índice.

—El tiempo vuela, *miss* Chong. Las consecuencias del atentado de hoy pudieran no limitarse a la guerra, sino acabar con las conversaciones para la reunificación de por vida. ¿Me ayudará?

Ella vaciló, pero sólo un instante.

—¿Está seguro de confiar en mí?

—No le voy a dar las llaves de mi coche, *miss* Chong —repuso él, sonriente—, pero en este asunto… sí, confío en usted.

—De acuerdo —dijo ella, que se levantó con lentitud—, colaboraremos en esto, pero compréndalo, mister Hwan, tengo familia en el Norte… y sólo hasta ahí puedo llegar por usted… o por la paz, si lo prefiere.

—Me hago cargo.

Hwan se precipitó hacia su mesa y pulsó el intercomunicador. Le ordenó al sargento de guardia que preparase su coche y avisase al chófer. Luego miró a su prisionera.

—¿Adónde va a llevarme? —preguntó él.

—Se lo indicaré al chófer de camino, mister Hwan, a menos que quiera darme las llaves, en cuyo caso…

—No, gracias. Dejaré que nos guíe. Sin embargo, debo dejar nota de un itinerario por si hubiese problemas. Es lo primero que preguntará el director cuando regrese. Dígame al menos en qué dirección.

Kim sonrió por primera vez.

—Hacia el norte, mister Hwan. Vamos hacia el norte.

CUARENTA Y CUATRO

Martes, 10:00, Washington, Columbia

Aunque Hood se sentía desairado, no le guardaba rencor al presidente. No podía.

Michael Lawrence no era el más brillante de quienes ocuparon el cargo, pero tenía garra y carisma, y eso funcionaba muy bien en TV y en los mítines. A la opinión pública le gustaba su estilo. Tampoco era el mejor gestor del Estado. No le gustaba ensuciarse las manos con las tareas de gobierno más engorrosas. No era un hombre detallista como Jimmy Carter. A personas de confianza como Burkow y como la secretaria de Prensa de la Presidencia, Adrian Crow, les había permitido crear sus propios feudos, centros de poder que se ganaban a otros departamentos del gobierno, o se indisponían con ellos. Compensaban la cooperación y el éxito con acceso al presidente y mayores responsabilidades, y castigaban el fracaso con cometidos de segundo orden o trabajos penosos. Incluso cuando cometía las más aparatosas pifias en política exterior, aquel presidente no tenía que soportar la mala prensa que acosaba a sus antecesores (a base de ganarse a los periodistas, dar cenas para los prohombres de los grandes rotativos, aumentar los privilegios y tratos de favor y repartir equilibradamente filtraciones y exclusivas). Salvo a los columnistas más «huesos», Crow se los había metido a todos en el bolsillo. Al fin y al cabo, aseguraba ella, el ciudadano medio no leía los editoriales de cierta prensa. Eran los golpes de

efecto y la publicidad lo que decantaba a los votantes, no George Will y Carl Rowan.

Lawrence podía ser implacable, terco y obstinado, pero, si no otra cosa, tenía una visión del país que era audaz e inteligente, y que empezaba a funcionar. Durante el año anterior al anuncio de su candidatura, el entonces gobernador de Florida celebró una serie de reuniones con líderes de la industria para preguntarles si, a cambio de considerables períodos de cadencia en el pago de impuestos y cómodos plazos, apoyarían la privatización de la NASA. El Estado seguiría al cargo de los lanzamientos y del mantenimiento de las instalaciones. Las empresas asumirían la mayoría de los costes de personal así como de investigación y desarrollo. Lo que en realidad hacía Lawrence era disparar el presupuesto de la NASA (multiplicarlo casi por tres), sin tener que someterlo a la aprobación del Congreso. Además, el Estado reduciría el presupuesto espacial en dos mil millones de dólares, un dinero que Lawrence anunció que destinaría al Ministerio de Educación y a combatir la delincuencia. También propuso que un tercio de los obreros y operarios que contratase la nueva NASA procediesen del paro, lo que, a su vez, supondría un ahorro de quinientos millones de dólares en subsidios de desempleo.

La industria estadounidense aceptó el plan, y los anuncios de la campaña de Lawrence les recordaron a los estadounidenses las pasadas glorias de los Mercury, Gemini y Apolo, al contingente de empresarios y obreros que trabajarían codo con codo para el objetivo común de reducir el desempleo y la inflación. Lo presentó de un modo muy sólido. Machacó a los votantes con imágenes de toda la parafernalia de virguerías de la técnica (ordenadores personales, satélites de comunicaciones, teléfonos móviles, videocámaras, videojuegos), aparte de otras imágenes de también futuras virguerías (fármacos para curar el sida y el cáncer, generadores instalados en el espacio para convertir la energía solar en electricidad y reducir los costes y la dependencia del petróleo extranjero, e incluso el control del tiempo… atmosférico).

Durante la campaña, cada vez que su adversario aducía que era mejor gastar el dinero en la Tierra, Lawrence replicaba que ésta era un sumidero que se tragaba empleos y dinero de los contribuyentes, y que su plan acabaría con tal estado de cosas; que atajaría, también, las incursiones extranjeras en el terreno tecnológico que privaban a los estadounidenses de muchos empleos.

Lawrence ganó con facilidad y, en cuanto fue elegido, se reunió con los líderes de la industria a quienes consultó antes de la campaña y con los nuevos directores de la NASA. Les pidió resultados tangibles, con rapidez, mientras ponían a punto la estación espacial que deberían situar en órbita antes del término de su primer mandato. Les arrendaron a los rusos su abandonada estación espacial Nevsky y enviaron al espacio un equipo de ingenieros e investigadores médicos. Al cabo de dieciocho meses, la maquinaria de prensa de Adrian Crow ya explotaba los resultados. Lo más espectacular fueron las imágenes de un joven ATS, paralizado de cintura para abajo debido a la guerra del Golfo, jugando al baloncesto con un astronauta en estado de ingravidez. El presidente había «curado» al inválido, una imagen que los estadounidenses no olvidarían nunca.

Lawrence podía decepcionarte a menudo por sus carencias y sus frecuentes exabruptos, pero no había más remedio que admirar su visión. Y aunque su política exterior fracasase estrepitosamente en una primera fase, tuvo la suficiente lucidez para hacer que el Centro de Operaciones ayudase a encarrilar las cosas. Burkow sostenía que todo funcionaría mejor en el extranjero si se reducía la burocracia, en lugar de aumentarla. El presidente no estuvo de acuerdo con él en esto (y de ahí la actual tensión entre Hood y el consejero de Seguridad Nacional).

Pero no importaba. Paul podía coexistir perfectamente con él. En comparación con los grupos de presión y con los asesores de imagen, con los que tuvo que bregar en Los Ángeles, Burkow era un angelito.

Hood entró en el recinto del hospital, aparcó frente a las urgencias y corrió al ascensor. Como al llamar antes por teléfono le dieron el número de habitación, subió directamente a la planta. La puerta de la habitación independiente que ocupaba su hijo estaba abierta. Sharon dormitaba en un sillón. Se sobresaltó al entrar él, que la besó en la frente.

—¡Papá!

Hood se acercó a la cama. La voz de Alexander le llegó amortiguada por la transparente cámara de oxígeno, pero su mirada y su sonrisa eran radiantes. Se oía el característico «pito» del asmático, al porfiar su fuerte pero pequeño pecho por nutrirse de aire en cada inhalación. Hood se arrodilló junto a la cama.

—¿Qué, «Super Mario», te ha dado caña «Koopa Lord»? —le preguntó Paul.

—Se llama «Koopa King», papá.

—Ah, sí. Ya sabes cómo me lío con los videojuegos. Me extraña que no te hayan traído tu *game-boy*.

—De todas maneras no me dejarían jugar —dijo el niño encogiéndose de hombros—. No me dejan tener ni cómics. Mamá ha tenido que leerme *Supreme* y… enseñarme las viñetas.

—Vamos a tener que hablar de los cómics que lee este niño —dijo Sharon acercándose—. Saltarle los dientes y descuartizar al prójimo…

—¡Es bueno para mi imaginación, mamá!

—No te excites —dijo Hood—. Hablaremos de ello cuando estés mejor.

—Papá… Es que me gustan mucho los cómics…

—Y los tendrás —dijo Hood, que tocó el plástico de la cámara de oxígeno con el dorso de la mano, a la altura de la mejilla de Alexander. En aquellos momentos bendecía la tecnificación de la medicina. Se inclinó un poco más hacia Alex y le guiñó el ojo—. Tú procura recuperarte pronto, y ya nos las arreglaremos para convencer a tu madre.

El chico asintió con la cabeza, no muy convencido, y su padre se levantó.

—Gracias por venir —dijo Sharon—. ¿Solucionado el problema?

—No —repuso él, no muy seguro de que aquello fuese un síntoma de comprensión. Pero le concedió el beneficio de la duda—. Mira, siento lo de antes. Estamos en plena crisis. ¿Qué vas a hacer con Harleigh?

—Irá a casa de mi hermana.

—Luego te llamo —dijo él, que la besó y se encaminó hacia la puerta.

—Paul…

Él volvió la cabeza.

—Oyeme, en serio: no creo que esos cómics le hagan ningún bien. Son muy violentos.

—Igual que los tebeos que leía yo de pequeño, y creo ser una persona bastante equilibrada, a pesar de los decapitados, los resucitados y del coco.

Sharon enarcó las cejas y suspiró. Paul volvió a besarla, levantó ambos pulgares al mirar a Alexander y corrió hacia el ascensor, sin atreverse a mirar el reloj hasta que estuvo dentro.

CUARENTA Y CINCO

Martes, 10:05, Centro de Operaciones

—¿Por qué puñeta tardará tanto Viens? —exclamó Matt Stoll mientras miraba la pantalla de su monitor—. Tecleas el diferencial de tiempos, pulsas «BUSCAR» para que el programa localice la primera de las imágenes falsas del satélite, y listo.

Phil Katzen estaba sentado en una banqueta a su lado, mirando también la pantalla. Mientras en la ONR rastreaban en el archivo de las fotografías tomadas por la mañana, Stoll y Katzen pasaban los programas especiales antivirus para realizar una comprobación exhaustiva. Casi habían terminado ya con el undécimo y último programa.

—Puede que Viens no haya encontrado nada, Matty.

—¡Qué leche! Sabe que eso no es posible.

—*Yo* sí lo sé, pero puede que el ordenador no.

—*Touché* —admitió Stoll, que frunció los labios y meneó la cabeza al ver que el último programa antivirus se permitía dar por concluido el trabajo, después de aparecer un gráfico en el que se aseguraba que todo estaba en «ÓPTIMO ESTADO»—. ¡Y sabemos que *eso* tampoco es verdad! —exclamó.

Tuvo que contenerse para no aporrear el ordenador. Si seguía con tan mala pata, igual le daba al sistema informático por volver a detenerse.

—¿Y no cabe la posibilidad de que los programas antivirus estén contaminados? —preguntó Katzen.

—Ni en broma. Aunque… lo mismo creía yo del resto de los programas. Odio reconocerlo, Phil, pero daría un dedo de la mano izquierda por echarme a la cara al cabrón que me ha hecho esto.

—Lo tomas como algo personal, ¿eh?

—¡Hombre…! Me hace polvo el programa, y me hace polvo a mí. Y lo que más me crispa es que no sólo se me ha pasado por la piedra, sino que no ha dejado la menor pista. Ni una.

—Bueno, esperemos a ver lo que la ONR…

Sonó el teléfono. En la pantallita rectangular de la base del aparato apareció el número del documento de identidad del comunicante.

—Hablando del rey de Roma… —dijo Stoll al pulsar el botón del altavoz—. Stoll al habla.

—Matty, soy Steve. Perdone que haya tardado tanto, pero como, según el ordenador, no había ningún problema, he optado por examinar las fotos.

—Pues le presento mis excusas.

—¿Por qué?

—Por despotricar, aquí con mi compañero Phil, porque tardase usted tanto. ¿Qué ha descubierto?

—Exactamente lo que dijo usted: una foto que llegó esta mañana a las siete y cincuenta y ocho y ocho mil novecientas sesenta y cinco diezmilésimas de segundo… una centésima de segundo más tarde. Y ¿sabe qué? Que está llena de todo un despliegue militar que no estaba allí ocho mil novecientas cincuenta y cinco diezmilésimas de segundo antes.

—¡Es la hostia! —exclamó Stoll—. Proyéctemelas en mi pantalla, por favor. Ah, y muchas gracias, Steve.

—Para eso estamos. Entretanto, ¿podríamos hacer algo para descontaminar el sistema?

—No lo sabré hasta que haya visto las fotografías. Lo llamaré en cuanto pueda.

Nada más colgar Stoll, aparecieron las fotografías en el monitor. En la primera, se veía el terreno tal como estaba en realidad, sin tropas, ni artillería, ni tanques. En la segunda, un despliegue militar fantástico. Todo, desde los granos hasta las sombras, parecía auténtico.

—Si es una falsificación, es de antología —dijo Katzen.

—Puede que no tanto. Fíjese aquí.

Stoll pulsó «Fl/S» para ampliar la imagen. Al aparecer la ampliación, situó el cursor en el parabrisas de un *jeep* que se veía en la parte superior. Pulsó «RETORNO» y el parabrisas ocupó toda la pantalla.

—¿Qué ve ahí?

Katzen miró, entornó los párpados para fijarse mejor y dejó escapar un suspiro de impotencia.

—Nada.

—Pues espere —dijo Stoll, que sonrió por primera vez en muchas horas.

Cogió el ratón y desplazó el cursor a lo largo del parabrisas trazando una fina línea amarilla por el contorno del reflejo de un roble.

—No hay árboles en esa zona, Phil —explicó Stoll—. Esta imagen procede de otra foto, tomada en distinto lugar y luego insertada digitalmente.

Dejó la foto incorporada al documento en uso y pasó al documento número 2. Luego pulsó la función de «BUSCAR» y recuperó el documento ONR para rastrear en los archivos. Dos minutos y doce segundos después apareció la fotografía en pantalla.

—¡Increíble! —exclamó Katzen.

Al margen aparecían los datos técnicos sobre la fotografía: fue tomada hacía 275 días en un bosque cercano al embalsé de Supung, cerca de la frontera entre Manchuria y Corea del Norte.

—Alguien logró acceder a nuestro archivo fotográfico —dijo Stoll —, seleccionó las imágenes que le interesaban y creó un nuevo programa.

—Y lo instaló en una milésima de segundo —dijo Katzen.

—No. A la instalación se debió la parada de los ordenadores. O lo que pareció una parada.

—No lo entiendo.

—Mientras nosotros creíamos que el sistema estaba detenido, alguien, vaya usted a saber cómo, utilizó los veinte segundos para introducir esta foto y las sucesivas en el sistema. Cada una tardó en grabarse una milésima, y ahora, como en una grabación, estas imágenes prefabricadas nos las envían cada ocho mil novecientas cincuenta y cinco diezmilésimas.

—Es… demasiado fantástico.

—Y no menos real. Nosotros, la ONR, el DOD y la CIA utilizamos sistemas informáticos autónomos. Nadie ha podido colarnos virus ni datos a través de las conexiones telefónicas. Para instalar un programa con tantos datos, alguien ha tenido que poder sentarse tranquilamente en alguna de las consolas del Centro de Operaciones a meterle diskettes.

—¿Quién? Las cámaras de vídeo del sistema de seguridad no han captado nada.

Stoll se echó a reír.

—¿Y por qué habrían de merecernos confianza? Para alguien capaz de joder nuestros satélites, una cámara de vídeo es un juguete.

—¡Hostia!, no había caído en eso.

—Pero tiene usted razón. Tampoco yo creo que esto se hiciese en nuestra sede. Sería tanto como pensar que tenemos aquí moneda falsa, y al margen de mi opinión personal sobre Bob Herbert, creo que es un cajero muy cuidadoso.

—Pensar así le honra.

—Gracias —dijo Stoll, que volvió al documento número 1 y miró el parabrisas—. Veamos: nos han colado un falso programa en nuestro sistema informático, un programa en el que se encuentran fotografías que los satélites de la ONR aún no han tomado… fotografías que *parecerá* que tomen cada ocho mil novecientas cincuenta y cinco diezmilésimas de segundo. Eso es lo malo. Pero… *lo bueno* es que, si podemos acceder a ese programa falso, lo podremos desactivar, restablecer la fiabilidad de nuestros satélites y demostrar que hay alguien interesado en crear un problema grave en Corea.

—¿Y cómo lo va a hacer si no sabe dónde está el documento ni cómo se llama?

Stoll guardó la imagen ampliada en el disco duro y pasó al archivo central. Seleccionó «BIBLIOTECA» y aguardó a que apareciese la enorme lista.

—Las fotos que el infiltrado utilizó se tomaron antes de que existiese el Centro de Operaciones, de manera que tuvieron que tardar bastante en instalarlo. Es un programa largo, por lo que lo pondrían al final de cualquier otro documento o, de lo contrario, lo habríamos detectado al someter al proceso de descontaminación el *software* que se nos facilita. Eso significa que el documento «huésped» tiene que estar bastante hinchado.

—O sea que si, pongamos por caso, recuperamos el documento sobre el sistema de señalización de tráfico en Piongiang y tiene treinta megas de más, probablemente ahí tengamos el pérfido programa.

—Ahí está el quid.

—Pero ¿por dónde empezamos a buscar? Quienquiera que instalase el programa tenía acceso a las fotos de reconocimiento de Corea del Norte, es decir, cualquiera del Centro de Operaciones, de la ONR, del Pentágono o de la JUJEM surcoreana.

—Nadie del Centro de Operaciones ni de la ONR detecta movilizaciones en la península —dijo Stoll—. Está todo normal a

ambos lados. Esto deja la cosa circunscrita al DOD y al ejército surcoreano —añadió Stoll, que empezó a buscar en la lista de «BIBLIOTECA», contando el número de diskettes de cada fuente.

Para obtener los diskettes que deseaba, tendría que hacer pasar cada documento por la unidad central y cursar su petición a través del correo electrónico a los archivos del Centro de Operaciones. Les harían copia de los diskettes, se los entregarían en mano, firmarían el acuse de recibo y los borrarían al devolverlos.

—Qué mierda —exclamó Katzen al ver la gran cantidad que había —. Tenemos unos doscientos diskettes del DOD y cuarenta y tantos del ejército surcoreano. Tardaríamos días en examinarlos todos.

Tras reflexionar un momento, Stoll realzó el archivo del ejército surcoreano.

—¿Qué va a hacer, empezar por el más corto?

—No —repuso Stoll—, por el más seguro —añadió, pulsando la tecla «STAR» (para comunicar con el ordenador central) y luego «ENVIAR»—. Como se entere Bob Herbert de que indago primero entre los nuestros, se cabreará conmigo.

Katzen le dio una palmadita en el hombro y se levantó.

—Voy con Paul a acelerar las cosas, pero necesito que me haga un favor, Matty.

—Lo que sea.

—Dígale a Paul que he sido yo quien ha visto el roble.

—De acuerdo, pero… ¿por qué?

—Porque como nuestro director se entere de que su especialista en estrategia, todo un experto en topografía, no ha visto un roble a un palmo de sus narices, se pondrá hecho una furia.

—Trato hecho —dijo Stoll, que se recostó en el respaldo, cruzó los brazos y se dispuso a esperar a que le enviasen los diskettes.

CUARENTA Y SEIS

Miércoles, 12:30, en las afueras de Seúl

Como las autopistas que conducían a la Zona Desmilitarizada desde Seúl iban sobrecargadas a causa del intenso tráfico de vehículos militares, Hwan le dijo a su chófer, Cho, que fuese por carreteras secundarias. Nada más salir de la capital, bajo una fina llovizna, el coche enfiló hacia el norte, siguiendo las indicaciones de Kim Chong.

Cho puso la calefacción, que empezó a exhalar un aire cálido y suave. «Ojalá mi propia maquinaria interna estuviese tan bien afinada», se dijo Hwan. Sentado atrás, junto a Kim, se preguntaba si habría sido una buena idea… como si en aquellos momentos cupiese hacer otra cosa. Colaborar con Kim contravenía todo lo que le enseñaron. Depositaba su confianza en una espía norcoreana en algo que afectaba a la seguridad de la República Democrática Popular de Corea.

Allí junto a la joven, que miraba en silencio por la ventanilla de su lado, empezó a tener serias dudas sobre la oportunidad de lo que hacía. Pero no temía una emboscada. Llevaba, a propósito, la chaqueta desabrochada para que viese la pistola del calibre 38 que pendía de su hombro. Si algo ocurría, no saldría bien librada. Además, Kim había preferido rendirse enseguida a Bae, antes de correr el riesgo de que le pegasen un tiro. Estaba claro que quería vivir.

Lo que le preocupaba era que lo engañase (estaba dentro de lo posible, pese a su aparente sinceridad), en cuyo caso pondría en serio peligro al ejército de su país. Y también le preocupaba que no lo engañase. Si salía bien, si la información de la joven espía era exacta y se evitaba un conflicto, podrían acusarlo igualmente de connivencia con el enemigo. Todo se vería ensuciado por la vergüenza de que lo acusasen de traición.

Contuvo el impulso de hablarle, de sondearla para saber más de ella, pero no se atrevió, no fuera a ser que lo interpretase como debilidad o inseguridad y tratase de sacar partido.

El chófer, que llevaba un sombrero marrón de paja, parecía ir tranquilo, pero, al mirar por el retrovisor, sus ojos reflejaban preocupación. Cada vez que Kim les daba una nueva indicación, se adentraban por una zona más solitaria, hacia el ondulado paisaje del noreste. Y, a cada revuelta, Cho le echaba una mirada a la radio del salpicadero, como si urgiese a Hwan a que le permitiera informar al cuartel general de su posición.

Hwan se limitaba a menear la cabeza levemente o desviar la mirada.

«Pobre Cho», pensaba. Tres meses antes, lo hirieron en la mano derecha de un disparo, lo relevaron del servicio activo y lo pusieron al volante. Ardía en deseos de volver a lo suyo, agarrar a alguno por su cuenta y partirle la cabeza.

Pero no. Iban sin cobertura y sin refuerzos. No podían hacer nada que hiciese dudar a *miss* Chong de su sinceridad. Tendrían que jugársela hasta el final, con una mujer consciente de que, salvo que lograse escapar, le esperaba la cárcel o incluso la pena de muerte. La única esperanza de Hwan era que el sentido del deber de la joven fuese tan fuerte como el suyo.

—¿Puedo decirle una cosa? —le preguntó Kim sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Claro —contestó él, sorprendido por su tono.

Ella ladeó la cabeza. Su mirada se había dulcificado y su expresión era más relajada.

—Pienso que demuestra usted mucho valor al hacer lo que hace.

—Un riesgo calculado. Nada más.

—No. Nadie hubiera podido reprocharle quedarse tranquilamente sentado. Usted no sabe adónde lo llevo.

Hwan notó que Cho había levantado el pie del acelerador, y lo fulminó con la mirada. El coche volvió a acelerar enseguida.

—¿Y adónde nos lleva? —preguntó Hwan.

—A mi casa.

—Creí que vivía usted en la ciudad.

—¿Por qué? ¿Porque sus agentes me seguían hasta un domicilio? ¿Una a la que no le va la bebida y otro que cambia siempre de disfraz pero que no se quita su apestoso aliento?

—Novatillos utilizados como señuelo. Contábamos con que los calase.

—Sí, ahora ya lo he entendido. Así no sospecharía que era mister Gun quien me vigilaba. Pero él nunca me acompañaba a casa. Tuvieron que obtener ustedes la información de sus… novatillos.

Hwan guardó silencio.

—Da igual. Yo tenía una moto en la parte trasera y venía aquí a enviar mis verdaderos mensajes —dijo ella—. Tuerza ahora a la derecha por ese camino sin asfaltar —añadió, dirigiéndose a Cho.

El chófer miró a Hwan por el retrovisor, pero en esta ocasión Hwan lo ignoró.

—Mire —prosiguió Kim—, no era usted el único que jugaba a despistar al prójimo. Hacía años que sabíamos que vigilaban ustedes el bar, y a mí me enviaron para desorientar a sus agentes. Aunque yo utilizaba de verdad un código, las personas a quienes se lo transmitía (las personas que entraban a escucharme y a las que seguían ustedes de vuelta a casa) no tenían ni idea de lo que yo hacía. Eran todos surcoreanos que yo contrataba para que fuesen al bar, estuviesen allí una o dos horas y se marchasen.

—Entiendo —dijo Hwan—. Suponiendo que la creyese, algo que no estoy del todo decidido a hacer, ¿se puede saber por qué me lo cuenta?

—Porque necesito que crea algo que tengo que decirle, mister Hwan. No vine a Seúl por mi voluntad. Mi hermano Han robó morfina de un hospital militar para mi madre. Al llegar la policía, lo ayudé a escapar. Nos detuvieron a mi madre y a mí. Y a mí me dieron a elegir: seguir las dos en la cárcel o ir al Sur como espía.

—¿Cómo llegó aquí?

Kim lo fulminó con la mirada.

—No me interprete mal, mister Hwan. No soy una traidora. Sólo pienso decirle lo que necesita usted saber, no más. ¿Puedo continuar?

Hwan asintió con la cabeza.

—Acepté venir aquí si ingresaban a mi madre en un hospital y perdonaban a mi hermano. Accedieron, pero no pude volver a ver a mi hermano. Luego supe que se había marchado a Japón.

—¿Y su madre?

—Tenía cáncer de estómago, mister Hwan. Murió antes de que viniese yo aquí.

—O sea que, de todas maneras, usted vino.

—A mi madre la trataron muy bien hasta el final. El gobierno cumplió su palabra y yo cumplí con la mía.

Hwan volvió a asentir y a ignorar las miradas de Cho, que iban de uno a otro como si siguiese un partido de ping-pong.

—Me ha dicho que quería que la creyese en una cosa, *miss* Chong. ¿Se refería a lo que acaba de contarme?

—Sí. Pero hay algo más. Sin mi ayuda, no saldrán vivos de mi casa.

Cho frenó de golpe. El coche patinó ligeramente en el embarrado firme y se detuvo. Hwan miró a su pasajera, más furioso consigo mismo que con ella. Las puertas tenían puesto el seguro, y estaba dispuesto a utilizar la pistola si era necesario.

—Y, sin mi ayuda, usted morirá en la cárcel de Masan —replicó él —. ¿Quién hay en su casa?

—Nadie. Lo que sí que hay es una trampa explosiva.

—¿En qué consiste?

—Hay una radio dentro del piano. Si no se toca una determinada melodía, estalla una bomba.

—Pues la tocará para nosotros. Sé que no está dispuesta a morir.

—Se equivoca, mister Hwan. Estoy dispuesta a morir, pero también quiero vivir.

—¿En qué condiciones, *miss* Chong?

La luz de un solo faro se reflejó en el retrovisor. Cho bajó la ventanilla para indicarle al *scooter* que los adelantase. Kim aguardó a que el petardeo de la moto se extinguiese a lo lejos antes de proseguir.

—Sólo tengo a mi hermano…

—Y a su país.

—Soy muy patriota, mister Hwan, no se equivoque, pero no puedo volver. Tengo veintiocho años y soy mujer. Me mandarían a cumplir otra misión, no aquí en el Sur sino en cualquier otro país. Y quizá esta vez me pidiesen algo más que utilizar mi talento de pianista.

—El patriotismo tiene un precio.

—Mi familia ya lo pagó, y con creces. Haré lo que usted me pide, pero luego quiero que me deje en mi casa.

—¿Para poder ir a Japón? —exclamó Hwan meneando la cabeza — Me echarían del cuerpo, y con razón.

—¿Prefiere correr el riesgo de que su país entre en guerra?

—La veo bastante dispuesta a dejar que mueran miles de jóvenes como su hermano.

Kim desvió la mirada y Hwan dirigió la suya hacia el reloj del salpicadero. Le indicó a Cho que siguiese adelante, y el coche patinó y arrancó en el barro.

—No voy a dejar que muera nadie —dijo Kim.

—En eso he confiado.

Hwan la miró. De cuando en cuando, su rostro se iluminaba de manera tenue con la luz de las cabañas y de las casitas frente a las que pasaban. Las sombras de la empapada ventanilla jugueteaban en su cara.

—Cuente con que haré lo que pueda por usted —prosiguió él—. Tengo amigos en Japón… Quizá se podría encontrar una solución.

—¿Qué? ¿Una cárcel japonesa?

—No, una cárcel no. Quizá un centro de prisión atenuada, como una residencia.

—Difícil lo iba a tener para encontrar a mi hermano, por más confortable que fuese la celda.

—Yo podría ayudarla en eso. Él podría visitarla, o quizá pudiésemos encontrar otra solución, fuera.

Ella lo miró. Las motitas de sombra que cubrían sus mejillas parecían lágrimas.

—Gracias… Algo es algo. Si es que es factible hacerlo.

Por primera vez, Kim dio sensación de bajar la guardia, de vulnerabilidad. Le gustaba. Era una mujer fuerte y atractiva. Pensó (y a punto estuvo de decirlo en voz alta) que siempre cabía el recurso de casarse con ella y crear un problema al sistema jurídico surcoreano, pero por más que lo sedujese la idea, habría sido innoble especular con su libertad… o con hacerla suya.

Sin embargo, siguió dándole vueltas a la idea mientras avanzaban por aquel camino, cada vez más resbaladizo, que conducía a la casa que Kim tenía en la sierra. Aunque no hubiera ido tan absorto pensando en Kim, era improbable que hubiese reparado en la moto que los había adelantado. Estaba en la cuneta, con las luces apagadas y el motor en punto muerto…

CUARENTA Y SIETE

Martes, 10:50, Centro de Operaciones

Phil Katzen se topó con Hood, que iba a su despacho, y entró con él. Le explicó al director lo que habían descubierto, y que Stoll ya examinaba el primero de los diskettes del ejército surcoreano.

—Encaja con lo que Gregory Donald le ha dicho a Martha —dijo Hood—. Ni él ni Kim Hwan, de la CIAC, creen que sea cosa de Corea del Norte.

Ya más tranquilo después de ver a su hijo, y confiado en su recuperación, Paul Hood se permitió sonreír.

—¿Qué tal sienta perder de vista los resbaladizos campos petrolíferos, los bosques y la lluvia? —preguntó.

—Produce una extraña sensación —reconoció el oficial de estrategia—, aunque reconfortante. Permite activar ciertos músculos algo atrofiados.

—Pues como pase mucho tiempo aquí, no será eso lo único que se le atrofie.

—Paul… —dijo Ann Farris, que acababa de irrumpir en el despacho.

—Justo la persona a quien quería ver.

—Puede que no. ¿Sabe algo de los archivos del ejército surcoreano?

—Soy el director. Me pagan para saber estas cosas.

—¡Madre mía! —exclamó ella, que frunció el entrecejo—. Menudo cachondeo. Pues sí que ha debido de ser divertida la reunión con el presidente.

—No con él exactamente, sino con mi hijo. ¿Qué pasa con esos archivos? Creí que las peticiones de archivos eran información privilegiada.

—Por supuesto. Y a mediodía la tendrá ya el *Washington Post*. Es patético lo que buenas personas son capaces de hacer por dinero o por unas entradas para ver la final de la Super Bowl. Pero no es ése el problema que tenemos que resolver ahora de inmediato. ¿Tiene idea de la pesadilla que le espera a nuestras relaciones públicas si trasciende que sospechamos de nuestros *aliados*?

—¿Tan claro lo ve?

—Más que un *penalty* a favor, Paul. La desconfianza tiene morbo, y se va a apuntar… hasta el apuntador.

—¿Y qué ha sido de la honestidad, de la justicia y de las virtudes estadounidenses?

—Murieron con Superman, amigo mío —terció Phil—. Y cuando lo reponen, se olvidan del resto.

Ann empezó a dar golpecitos con el bolígrafo en el pequeño bloque que llevaba.

—¿Para qué quería verme usted? —preguntó.

—Espere un momento, Ann —dijo Hood, que acababa de pulsar «F6». La cara de su ayudante llenó la pantalla del monitor—. ¿Algo nuevo de la CIAC, *Pincha*?

—El informe del laboratorio en el archivo «BH/1».

—¿En resumen?

—Explosivo plástico norcoreano, huellas de pisadas de botas, restos de gasolina. ¿Cómo está Alexander?

—Mejor, gracias. Dígale a Bob Herbert que esté aquí a las once, por favor —dijo Hood, que quitó la imagen y se pasó la mano por el rostro—. Mierda. La CIAC dice que son los norcoreanos. Matty cree

que nos han colado un virus surcoreano. Y Gregory Donald opina que han sido surcoreanos disfrazados de norcoreanos. Menudo circo.

—No hay cuidado. Es usted un buen jefe de pista —dijo Ann—. ¿Qué le pasa a Alexander?

—Un ataque de asma.

—Pobre chaval —dijo Phil, que meneó la cabeza al dirigirse hacia la puerta—. La horrible contaminación que hay en esta época del año sienta fatal. Si me necesita, estaré con Matty —añadió antes de salir.

Al quedarse a solas, Hood notó que Ann se lo comía con los ojos. No era la primera vez que reparaba en ello, aunque ahora veía en aquellos ojos castaños algo que le gustaba y lo inquietaba (le gustaba porque lo miraban con ternura y lo inquietaba porque la ternura no era algo que su esposa le prodigase en exceso). Claro que Ann Farris no tenía que convivir con él.

—Ann —le dijo—, el presidente…

—¡Paul! —dijo Lowell Coffey, que irrumpió de pronto y casi chocó con Ann.

Fue a cerrar la puerta, pero Ann lo atajó.

—Pase, pase —le dijo—. ¿Para qué molestarse en cerrarla, si lo único que no filtra aquí es la cafetera?

—Ya —dijo Coffey—. Es sólo un segundo, Paul… acerca de esa comprobación que hace Matty del archivo del ejército surcoreano. Tiene que asegurarse usted de que las únicas palabras que salgan de aquí sean «Sin comentarios». Hay acuerdos de confidencialidad con Seúl. Se podría incurrir en difamación, si señalamos a alguna persona o a algún grupo, y también nos la jugaríamos por la dudosa legalidad con que se hubiera obtenido la información de esos diskettes.

—Que Martha les lea a todos la ley sobre filtración de secretos oficiales. Y que alguien del equipo de Matt programe los ordenadores para transcribir las conversaciones telefónicas.

—No puedo hacer eso, Paul, es ilegal.

—Pues hágalo ilegalmente y, además, que Martha se lo diga *así* a todos.

—*Paul…*

—*¡Haga lo que le ordeno, Lowell!* Ya me las entenderé yo luego con la jodida ACLU. No puedo dejar que mi equipo vacile en evitar filtraciones, ¡ni me voy a andar con legalismos con los autores!

Lowell salió del despacho bastante contrariado.

Hood miró a Ann y trató de reorganizar sus ideas. Se fijó en su fular, despreocupadamente anudado al cuello. Sintió remordimiento por desear desceñírselo, tirar con suavidad de las blanquinegras puntas del pañuelo y acariciar su larga melena castaña. Enseguida recuperó la concentración.

—Bueno… Ann. Tengo otra cosa para usted. ¿Sabe lo del Mirage que han abatido, no?

Ann Farris asintió con la cabeza. De pronto, su mirada se entristeció, y él se preguntó si adivinaría lo que pensaba. En este terreno, las mujeres nunca dejaban de sorprenderle.

—La Casa Blanca hará pública una declaración en el sentido de que, a causa de la desproporcionada reacción de Corea del Norte a nuestra violación de su espacio aéreo, hemos puesto a nuestras fuerzas de la región en estado de alerta, de acuerdo a la fase Defcon tres —le explicó Hood, que miró el reloj de cuenta atrás de la pared del fondo—. La orden se ha dado hace cincuenta y dos minutos. Piongiang hará lo mismo y, posiblemente, en mayor medida que nosotros. Quiero suponer… *confío*, en que el presidente dejará que las cosas no pasen de ahí, hasta que no se sepa más acerca de lo ocurrido en el palacio presidencial. Tal como están las cosas, si el presidente se lanzase a una ofensiva, sólo Dios sabe lo que haría el Norte. En cuanto llegue Bob hemos de hablar con Ernie Colon, y darle al presidente un informe reactualizado sobre opciones militares. Lo que necesito de usted, Ann, es que suavice cualquier cosa que diga la Casa Blanca.

—¿Dejarnos una salida?

—Sí. Lawrence no va a presentar excusas por el avión de reconocimiento y, por lo tanto, tampoco nosotros podemos, pero si todo lo que hacemos es dedicarnos a hablar con dureza, al final tendremos que actuar con dureza. Nuestra nota ha de reflejar cierto pesar, de tal manera que, si debemos dar marcha atrás, tengamos alguna puerta abierta, porque es que… verá usted: tienen el mismo derecho que todo estado soberano a proteger su territorio. O sea, que… lamentamos que las circunstancias nos hayan obligado a adoptar medidas extremas para hacer lo mismo.

—Tendré que hacerlo sin contar con Lowell…

—No importa. Más o menos, ya he venido a desautorizarlo antes.

—Se lo ha ganado. Es una pejiguera.

—Es un hombre de leyes —la corrigió Hood—. Le pagamos para que ejerza de abogado del diablo.

—¿Puedo preguntarle si ha comido algo hoy? —dijo Ann, un poco vacilante, tras cerrar el bloque.

—Un bocadito.

—Ya me ha parecido a mí que tenía el tono por los suelos. ¿Quiere algo?

—Quizá luego —repuso Hood, que oyó la voz de Bob Herbert que se acercaba con su silla—. ¿Sabe qué? —Añadió mientras la miraba —. Si puede hacer un alto a las doce y media, ¿por qué no pide que nos traigan un par de ensaladas de la cafetería? Vitaminas y estrategia.

—Cita aceptada —repuso ella en un tono que a Paul le produjo un agradable cosquilleo.

Al darse Ann la vuelta para salir, Paul la miró con disimulo. Era un juego peligroso, aunque no fuese a parar en nada —porque él no lo iba a permitir—, pero en aquellos momentos le apetecía fantasear.

Desconectó enseguida, en cuanto Herbert irrumpió en el despacho. Llamó al *Pincha* y le pidió que lo pusiese con el ministro de Defensa en teleconferencia.

CUARENTA Y OCHO

Miércoles, 1:10, sierra del Diamante, Corea del Norte

El emplazamiento de misiles Nodong se encontraba a 133 km en línea recta. En la práctica, el trayecto era mucho más largo, debido a las innumerables curvas de las carreteras, y mucho más lento, porque el firme estaba sin asfaltar, lleno de baches y cubierto de maleza, que crecía casi a la misma velocidad como los norcoreanos la desbrozaban. Al cabo de tres horas de dar bandazos, el coronel Sun y su asistente Kong llegaron por fin a su destino.

Al llegar a lo alto de la colina, que dominaba el valle en donde estaban situados los Nodong, Sun le ordenó a Kong detener el vehículo. Se levantó lentamente, permaneció en pie en el interior del *jeep* y miró hacia los tres camiones dispuestos en triángulo. Los largos misiles estaban echados en la caja de los camiones, bajo un trenzado de ramas y hojas que impedía verlos desde arriba. Pero a la pálida luz de la jibosa luna, el coronel vio asomar partes del blanco fuselaje.

—¡Es formidable! —exclamó Sun.

—Casi no puedo creer que lo hayamos conseguido.

—Pues ya ve que sí —dijo Sun, que se recreó unos instantes en la contemplación de los misiles—. Verlos volar ha de ser aún más formidable.

Parecía de verdad increíble: después de un año de furtivos contactos con Corea del Norte, de estrecha colaboración con el

comandante Lee, con el capitán Bock y su experto en informática el cabo Koh, e incluso con el propio enemigo, la segunda guerra de Corea sería una realidad. En privado, Sun y Lee confiaban en que la guerra significase algo más que acabar para siempre con las conversaciones de reunificación. Esperaban que arrastrase a los EE. UU. a una intervención en toda regla a favor de su causa, y que destruyese el poderío militar de Corea del Norte. Si luego había reunificación, no sería en virtud de un compromiso sino de la pura fuerza.

—Siga adelante —dijo Sun tras volver a sentarse.

El *jeep* fue traqueteando ladera abajo hacia el emplazamiento artillero más próximo. Había dos tanques antiaéreos con cuatro cañones ZSU-23-SPAAG en dos altozanos contiguos al emplazamiento de los Nodong. En cada una de las torretas cuadrangulares de acero estaba sentado un soldado. Los cuatro cañones de 23 mm, refrigerados por agua, apuntaban al cielo con su máxima angulación: ochenta y cinco grados. Su alcance era de 450 km.

Sun sabía que había otros seis tanques en derredor del emplazamiento. Las antenas de radar, desplegadas en lo alto de cada torreta, detectaban cualquier avión, de día o de noche.

Un centinela hizo detener el *jeep* y, después de examinar con detenimiento las órdenes con una linterna, le pidió respetuosamente al coronel que apagasen los faros antes de seguir adelante. Luego, el centinela saludó al oficial, y el *jeep* siguió cuesta abajo… a oscuras. Sun sabía que era una medida tomada por su propia seguridad. Podía haber espías enemigos en la sierra, y un coronel era un blanco de lujo para cualquier tirador emboscado.

«Y sería una lástima —pensó el coronel— morir a manos de uno de sus compatriotas. Porque, dentro de apenas unas horas, este coronel hará por Corea del Sur más que ningún soldado a lo largo de su historia».

CUARENTA Y NUEVE

Miércoles, 1:15, Zona Desmilitarizada

Un representante de la TWA y el subjefe de la misión se acercaron a Gregory Donald en la cabina de carga. Ambos examinaron la documentación y supervisaron el embarque del féretro en el 727.

Cuando el reactor hubo despegado, Donald se llevó un dedo a los labios y envió un beso al cielo. Luego, dio media vuelta y embarcó en el *Belle Iriquois*.

El helicóptero tardó apenas quince minutos en cubrir la distancia que separaba el aeródromo de Seúl de la Zona Desmilitarizada. Un *jeep* aguardaba a Donald en la pista para conducirlo al cuartel general de Schneider.

Donald estaba impaciente por entrevistarse con él. Aunque en su azarosa existencia había conocido a muchos locos, Schneider era el único que lucía cuatro estrellas en la bocamanga. Nacido en la «gran depresión», a principios de los años 30, fue abandonado en la entrada del club Adventurer's de Manhattan. Y aún fantaseaba con la idea de que su madre volviese algún día al lugar del delito y que su padre era un famoso explorador o cazador. Desde luego, a tenor de su complexión, parecía un personaje salido de *Las minas del rey Salomón*: metro noventa, rostro enjuto, ancho de hombros y cintura de «Mister Universo». Lo adoptó un matrimonio que trabajaba en el sector de la confección. Se alistó en el ejército a los dieciocho años e inmediatamente después lo enviaron a la guerra de Corea. Fue uno

de los primeros asesores que estuvo en Vietnam y uno de los últimos soldados estadounidenses evacuados. Regresó a Corea en 1976, tras morir su hija Cindy en un accidente de esquí. A sus sesenta y cinco años, aún tenía lo que Donald describió una vez como «la mirada del último tejano en el Álamo». Era un hombre expeditivo, resuelto y dispuesto a morir luchando.

Schneider era casi una réplica del «Gorila», el general norcoreano Hong-koo, y se llevaba sorprendentemente bien con el general Sam del ejército surcoreano, con quien comandaba las Fuerzas Conjuntas Americanosurcoreanas. Pero mientras que Schneider era un hombre de lenguaje tremendista, que utilizaba al menor problema, sin ahorrar alusiones a su armamento nuclear, Sam era un cincuentón frío y reservado, partidario del diálogo y de evitar incidentes. Y como aquello era Corea del Sur, Sam era quien tenía que autorizar cualquier acción militar. Sin embargo, Schneider, que detestaba a los orientales, amedrentaba a los norcoreanos, algo que, en opinión de Donald, encantaba al general.

«Qué ironía», pensó Donald al entrar en el cuartel general, un barracón de madera situado en el lado sur del recinto en el que sólo había tres despachos y un dormitorio. Pese a que él y Schneider no podían ser más distintos, se llevaban de maravilla. Quizá por ser de la misma generación y haber conocido tiempos muy duros y una guerra tras otra. O quizá porque Schneider estuviese acertado en su descripción de lo que llamaba el «síndrome de Laurel y Hardy»: los diplomáticos lo ponían todo perdido y luego tenía que ir el ejército a limpiar.

El general estaba al teléfono al llegar Donald. Le indicó que se sentase, cosa que Gregory hizo después de quitarle el polvo al sofá de piel blanca que había a un lado. Era obvio que el general no era un obseso de la limpieza.

—… Me importa tres puñetas lo que diga el Pentágono —gritó Schneider con una voz sorprendentemente aguda para un hombretón como él—. ¡Han matado a una oficial estadounidense sin

ni siquiera disparos de advertencia! ¿Y qué? Ya sé que volábamos sobre su territorio, pero tengo entendido que le habían echado mal de ojo a los ordenadores de nuestros satélites espías para que no viesen ni torta. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Acaso no es eso sabotaje? ¿O no, de acuerdo a los tratados internacionales? Mire, no me venga con ésas, senador. Permítame que le haga una pregunta: ¿qué vamos a hacer cuando maten al próximo oficial estadounidense?

El general Schneider escuchó en silencio, pero bastante inquieto. Sus enrojecidos ojos no paraban, y tenía la cabeza gacha, como un toro que humillase ante el matador. Cogió un abrecartas y se lió a acuchillar un acerico que parecía estar allí justo para eso.

—Senador —dijo Schneider, más calmado después de un minuto de permanecer en silencio—, no voy a provocar un incidente, y si lo tuviese a usted delante, le daría una patada en el culo sólo por insinuarlo. La seguridad de mis tropas es para mí más importante que mi propia vida, o la de cualquier otro. Pero, senador, el honor de mi país es más importante para mí que todas esas vidas juntas, y no pienso cruzarme de brazos mientras lo pisotean. Si no está usted de acuerdo, sepa que tengo el número de teléfono del periódico de su ciudad. Y sospecho que sus votantes acaso lo vean de otro modo. No… no lo amenazo. Lo que digo es que voy a seguir echándole de comer a la gallinita hasta que ponga un par de huevos. Al tío Sam ya le han puesto un ojo a la funerala. Si nos hinchan el otro, creo que habrá que hacer algo más que no excusarnos. Buenos días, senador.

El general estampó el auricular en el teléfono.

Donald sacó la pipa y empezó a llenar la cazoleta.

—Me ha hecho gracia lo de la gallinita…

—Gracias —dijo el general, que suspiró, dejó el abrecartas clavado en el acerico y se irguió—. Era el presidente de la Comisión de Defensa.

—Lo he supuesto.

—Lleva un par de capullos en los calzoncillos, pero… de margarita. Cree que mea luces —dijo el general, que se levantó y se

acercó al sofá.

—No sé lo que quiere decir con eso —reconoció Donald—, pero también tiene gracia.

—Pues quiere decir que está imbuido de esas puñeteras y grandilocuentes ideas, y confunde ser intelectual con ser justo —aclaró el general, que extendió ambas manos y estrechó las de Donald—. Que se joda. ¿Más rehecho?

—Aún tengo la sensación de poder coger el teléfono y llamarla.

—Lo imagino. A mí me ocurrió lo mismo con mi hija durante meses. Más que eso, joder: a veces aún marco su número sin descolgar el teléfono. Es muy natural, Greg. Tanto como que siguiese *ahí*.

—Me cago en la leche… —dijo Donald, que se tragó las lágrimas.

—Desahogúese, amigo. Lo demás puede esperar. Ya sabe que a Washington no le gusta jugar hasta que no ha leído la lista oficial.

Donald meneó la cabeza y siguió llenando la pipa.

—Lo superaré. Necesito estar ocupado.

—¿De verdad?

—No lo dude.

—¿Tiene apetito?

—No. He comido con Howard.

—Pues no ha debido de ser muy entretenido —dijo Schneider, que le dio una palmadita y un apretón en el hombro—. Bromeaba. Norbom es buena persona, sólo que demasiado cauto. No ha querido enviarme más tropas, ni armamento, hasta asegurarse bien de que estábamos en la fase Defcon tres, pese a que ya nos habían matado a la oficial de reconocimiento.

—Me he enterado en el vuelo hacia aquí.

—Y ¿sabe lo que dice la radio norcoreana? Que somos unos cobardes por escondernos detrás de las mujeres. Menudos los del Norte. Como no han de preocuparse por la prensa ni por la diplomacia. Ya no son las cosas como cuando usted era el único

diplomático en la ciudad. Ahora todos hemos de tener unos modales versallescos.

—Sí, han cambiado las cosas, sí.

—¡Que si han cambiado! Le aseguro, Greg, que a veces me dan ganas de dejarlo todo y volver a coser etiquetas en las camisas, como hacía de niño. Antes, si una cosa era justa o necesaria se hacía. No había que ir a las Naciones Unidas con el sombrero en la mano a pedirle a la puñetera Ucrania permiso para realizar pruebas atómicas en tus propios desiertos. Es la hostia. El general Bellini, de la OTAN, dice que vio por televisión una entrevista con un jodido francés que aún está cabreado porque bombardeamos, por error, sus casas el día del desembarco de Normandía. ¿Quién les pone delante una cámara a semejantes memos? ¿Adónde coño ha ido a parar el sentido común?

Donald se había quedado sin cerillas y encendió la pipa con el encendedor, en forma de granada de mano, que tenía el general sobre la mesa. Hasta después de haber apretado el pulsador no reparó en que podía no ser un encendedor.

—Usted mismo lo ha dicho, general: la tele. Todo el mundo tiene acceso a ella y mete baza. Y no hay un solo político con la suficiente seguridad en sí mismo como para no hacer caso. Tenía que haberle dicho al senador que usted tiene un amigo en *60 minutos*. A lo mejor eso hubiese hecho efecto.

—Amén —convino el general, sentado ya también en el sofá—. Bueno, a lo mejor aún se le puede dar la vuelta a la tortilla. Es como lo del esclavo de *Los diez mandamientos*, que quería ver al Libertador antes de morir… y allí estaba Charlton «Moisés». Heston cuando lo atravesaron con una lanza. Eso quisiera yo: por lo menos una vez en la vida, antes de morir, ver a la persona que haya de librarnos de esta mierda, que haga lo que es justo aunque lo atraviesen con una lanza. Si no fuera por lo mucho que me importan mis hombres, joder, marcharía ahora mismo sobre Piongiang a cortarles las orejas por lo de la oficial Margolin.

La sesión de estrategia fue breve. Donald acompañaría a la siguiente patrulla con su propio chófer, un oficial de reconocimiento, una videocámara digital de visión nocturna y un *jeep* para hacer dos pasadas a lo largo de tres kilómetros de la Zona Desmilitarizada. Transmitirían, vía telefónica, lo que visualizasen al Centro de Operaciones, y harían otra pasada dos horas después (tiempo suficiente para advertir cambios significativos que pudieran producirse en la frontera).

Entre la ida y la vuelta, la misión duró treinta y cinco minutos y no reveló nada anormal. Le entregaron la cinta digital a un oficial de comunicaciones para que la transmitiese a Bob Herbert.

Mientras aguardaba para salir con la siguiente patrulla, Donald ignoró la sugerencia de Schneider de descansar un poco y fue al centro de transmisiones, un barracón con cinco cubículos atestado de radios, teléfonos y un ordenador lleno de códigos para dar a los radiotransmisores la exacta posición, en grados y minutos, de todos los transmisores de Asia y del Pacífico (así como el acimut de máxima radiación en grados desde el norte magnético del emplazamiento), un programa de frecuencias en kilohertzios para ayudar a determinar la posición de señales específicas, así como un programa antiparásitos para contrarrestar cualquier tipo de interferencia.

Donald se sentó en el cubículo que había dejado libre el oficial de comunicaciones a quien le entregó el compacto. Sólo estaba pendiente de un transmisor. Sabía que no tendría problemas para captar un mensaje desde un punto que se encontraba a menos de ocho kilómetros.

Hizo una comprobación de los transmisores de la Zona Desmilitarizada con el ordenador. Había dos: uno de onda media y otro de onda corta. Seleccionó este último, que emitía en 3350 kHz, cogió el pequeño micrófono y envió un mensaje con voz grave:

—Al general Hong-koo, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la República Democrática Popular de Corea, en la base uno de la Zona Desmilitarizada. El embajador Gregory Donald lo saluda y, respetuosamente, le solicita una entrevista en la zona neutral a conveniencia del general. Trato de poner término a las hostilidades y a la escalada de violencia y confío en que acoja de modo favorable la iniciativa lo antes posible…

Donald repitió el mensaje y luego se presentó ante Schneider. Los hombres del general ya le habían informado de lo que Gregory acababa de ver: cerraban filas en la frontera y llegaban tanques y artillería ligera con tropas auxiliares. A Schneider no le sorprendió ni le preocupó, aunque deseaba que el general Sam le permitiese a sus tropas hacer lo mismo. Sin embargo, éste no adoptaría ninguna iniciativa sin el visto bueno de Seúl, y Seúl no lo daría hasta que el presidente Lawrence ordenase entrar en la fase DefCon dos y evacuase consultas con el presidente Ohn MongJoon. Donald sabía que esto no ocurriría de no producirse otro incidente similar al del Mirage, que evitarían hablar, de manera oficial, hasta que ambos y sus consejeros decidiesen qué hacer. De esta manera, podrían llegar a un rápido consenso y darle al mundo la imagen de total sintonía.

Mientras tanto, aguardaría a ver si Corea del Norte aceptaba su invitación… y, si la aceptaba, esperar a que el general Schneider lo interpretara como la iniciativa de un cobarde o de un «Libertador».

CINCUENTA

Miércoles, 1:20, Yanguu

La casa era de piedra, con techumbre de paja y un pequeño porche de madera en la entrada. La puerta no tenía cerradura, sólo un simple pestillo, y estaba flanqueada por dos ventanas de cuatro paneles de cristal. Lo cierto es que daba la impresión de ser nueva. La techumbre y la piedra de las paredes no parecían haber soportado más allá de un par de los lluviosos inviernos de la región. Cho miró hacia atrás a Hwan, que asintió con la cabeza. El chófer apagó las luces, cogió la linterna de la guantera y salió del vehículo, de nuevo bajo la pertinaz llovizna. Cho le abrió la puerta a Kim, y Hwan bajó también.

—He prometido no escapar —le dijo Kim a Hwan con un dejo de indignación—. Aquí no hay adonde correr.

—Muchos lo hacen, *miss* Chong. Además, es la norma. Ya me he saltado una al no esposarla.

Ella bajó entonces, algo escocida por el dialéctico palmetazo. Cho se mantuvo a su lado.

—Tiene usted razón, mister Hwan. Perdone —reconoció ella, que echó a caminar en la oscuridad.

Cho cogió las llaves del contacto y la siguió con la linterna. Hwan iba detrás, a dos pasos.

Kim levantó el pestillo y entró en la casa. Junto a la puerta había una mesita con un cuenco de cristal lleno de largos fósforos de

madera. Cogió uno y encendió varias palmatorias repartidas por la única estancia. Hwan aprovechó un momento en que ella no miraba y le indicó a Cho que vigilase la entrada. El chófer salió sin apenas hacer ruido.

Con el anaranjado resplandor de las velas, Hwan vio el piano, una cama de matrimonio pulcramente hecha, una mesa camilla, una silla y un escritorio cubierto de fotografías enmarcadas. Siguió a Kim con la mirada mientras ella se movía por la estancia con desenvoltura, como si no estuviese afectada por lo que el día le había deparado. Hwan se preguntó si sería porque no se entregaba de corazón a sus actividades o porque tuviese una pragmática idiosincrasia confuciana. O porque lo fuese a hacer caer en el mayor error de su vida. Se acercó a Kim. Allí no había fotografías de ella, aunque no le sorprendió. Si alguna vez debía huir precipitadamente, Piongiang no iba a querer que quedasen fotografías de una espía donde los agentes de la CIAC pudiesen encontrarlas. Hwan cogió una de las fotos.

—¿Su hermano y su madre?

Kim asintió con la cabeza.

—Hermosa foto. ¿Es su casa?

—Era.

—¿Y ésta? ¿Se la construyeron para usted? —preguntó tras dejar la foto donde estaba.

—Por favor, mister Hwan, no más preguntas.

Fue ahora Hwan quien acusó el palmetazo, aunque no lo encajase igual.

—¿Cómo ha dicho?

—Hemos hecho un pacto. Convinimos… una tregua.

—Mire, *miss* Chong, no hay tal pacto —replicó él acercándosele —. Creo que equivoca los términos.

—No hay equívoco. Soy su prisionera. Pero no pienso traicionar a mi país colaborando con la CIAC. Y me duele que trate de ganarse mi

confianza con preguntas acerca de mi hogar y mi familia. Creo que ya me he comprometido bastante al traerlo a usted aquí.

A Hwan le escoció la réplica, aunque no porque se negase a contestarle. Él tenía la obligación de averiguar si aquella casa la había construido gente del pueblo o infiltrados de quienes la CIAC nada supiese; y ella, el deber de que no lo descubriese. Ése era el juego. Y lo que lo crispaba era que ella tenía razón. Pudiera ser que Kim Chong no fuese una espía entusiasta, pero era una patriota. No iba a cometer de nuevo el error de subestimarla. Kim se sentó en la banqueta del piano, tapizada de terciopelo verde. Él se quedó de pie, justo detrás de ella, en el momento en que empezó a tocar varios compases, en clave de sol, de una pieza de *jazz* que Hwan no reconoció. Cuando hubo terminado, levantó la tapa de la caja del piano e introdujo las manos. Él la observó atentamente sin que se inmutase. Con ambas manos, aflojó con cuidado la palometa de una abrazadera metálica, la retiró y sacó una pequeña radio del compartimento. A un lado de la caja había un soporte con lo que parecía un artefacto explosivo conectado a la tapa.

Hwan reconoció la radio. Era una Kol 38, una maravilla israelí. La CIAC negociaba para adquirirlas también, ya que permitían al usuario alcanzar distancias de 1250 km sin recurrir a los satélites. Estaba preparada para recibir y transmitir, por lo que los activistas del espionaje podían dialogar con su cuartel general. Al funcionar con pilas de cadmio muy ligeras, era idónea para lugares tan remotos como aquél, y mejor que los más sofisticados modelos estadounidenses.

Kim se acercó a la ventana, la abrió y dejó la radio en el alféizar. Antes de conectarla, posó la mano, como distraídamente, en el dial para que Hwan no viese la frecuencia.

—Si dice usted algo lo captarán —le advirtió ella—. No deben saber que me han detenido.

Hwan asintió con la cabeza.

Kim pulsó un botón y se encendió una luz roja junto al micrófono, incorporado a la parte superior del aparato.

—Seúl Oh-Miyo a casa. Seúl Oh-Miyo a casa. Cambio.

«Un nombre en clave muy adecuado para los wagnerianos acontecimientos que se avecinan», pensó Hwan.

Al instante, se oyó una voz tan potente y clara que Hwan se sobresaltó.

—Casa a Seúl Oh-Miyo. Listo. Cambio.

—Casa, necesito saber si se ha producido algún robo de botas del ejército, explosivos y otros efectos. La CIAC ha encontrado rastros de ello en el palacio hoy. Cambio.

—¿Cuánto ha de hacer del robo? Cambio.

Kim miró a Hwan, que extendió los diez dedos de las manos y musitó «meses».

—Diez meses —dijo ella—. Cambio.

—Llamaremos con la información. Cambio y corto.

Kim apagó la radio.

Hwan iba a preguntarle si en Corea del Norte tenían informatizado el control de material, como se hacía en Corea del Sur, pero optó por hacerlo de un modo más indirecto.

—¿Cuánto pueden tardar en averiguarlo?

—Una hora… o acaso más.

Él acercó la muñeca a una vela, miró el reloj y luego a Cho, que seguía junto al vehículo.

—Pues nos llevamos la radio y nos marchamos.

—No puedo hacer eso —dijo ella sin moverse.

—No tiene alternativa, *miss* Chong —replicó él acercándosele—. He tratado de ser amable…

—Ambos salimos ganando…

—¡No! Lo que se gana es evitar que se vuelva a las andadas como animales. Pero debo estar encima de la investigación, y no puedo hacerlo desde aquí. Le prometo que nadie va a meter las

narices en su radio. Quedamos en que sólo colaboraría en lo que *necesito*. Pues bien: *necesito* que nos marchemos.

Aunque Kim vaciló, al momento cogió la radio bajo el brazo y cerró la ventana.

—Está bien. Para evitar que se vuelva a las andadas como animales.

Al salir de la casa, el chófer les alumbró el camino con la linterna y le abrió a Kim la puerta del coche.

CINCUENTA Y UNO

Miércoles, 11:30, Centro de Operaciones

La expresión del rostro de Ernie Colon no podía ser más distinta de la de Benet *el Pincha*. Enmarcada en rojo, en la pantalla del monitor de Hood, la cara del sesentón ministro de Defensa estaba desencajada y exhibía unas profundas ojeras. El que fuera director de una de las grandes empresas proveedoras de las Fuerzas Armadas y, posteriormente, viceministro de Marina, era el vivo retrato de Dorian Gray, marcado por las decisiones tomadas en los dos años que llevaba en aquel despacho (las pocas acertadas y las muchas que le salieron respondonas).

El Pincha tenía cuarenta y cuatro años, una cara redondita y angelical y unos luminosos ojos que no reflejaban, en absoluto, la presión de la agenda y de la informatización de documentos de Hood. Ejercía de ayudante ejecutivo del republicano gobernador de California cuando el demócrata Hood era alcalde, y se llevaron extraordinariamente bien («conspirativamente» bien era la expresión que el gobernador utilizó más de una vez).

A Hood siempre le había parecido curioso que la presión de tomar decisiones sentado produjese más desgaste que ir por ahí a ejecutarlas. *No hay nada que agote más que la conciencia*.

Y, sin embargo, Hood respetaba mucho al *Pincha*, que no sólo lograba no perder el hilo de las rumias de su jefe, sino que tenía que pechar con los malos humores, y exigencias, de hombres como

Colon y Bob Herbert, que no le iba muy a la zaga a Lowell Coffey como voz de la conciencia del Centro de Operaciones. La diferencia estribaba en que Coffey procedía por temor a las demandas judiciales y a los reproches, mientras que a Herbert lo impulsaba haber sufrido en propia carne las consecuencias de no contar con los imprevistos.

Benet y Herbert se limitaban, prácticamente, a escuchar, mientras Hood y Colon revisaban los informes de simulación en el ordenador y formulaban las opciones militares que le recomendarían al presidente. La coordinación y los detalles de ejecución quedarían en manos de la JUJEM, tras consultar con sus comandantes de campo. Pero Hood y Colon recomendaban que las fuerzas navales que ya navegaban hacia la región desde el océano índico se reforzasen con dos acorazados y dos portaaviones de la flota del Pacífico, además de con reservistas y de cincuenta mil hombres que saldrían de Arabia Saudí, Alemania y EE. UU. También pedirían el inmediato aerotransporte a Corea del Sur de media docena de baterías Patriot antimisiles, pues, aunque los Patriot fracasaron de manera estrepitosa en la guerra del Golfo, daban muy bien en los informativos de TV cuando funcionaban, y era muy importante alimentar la fibra patriót… ica. Con menos publicidad, también mandarían aerotransportar a Corea del Sur, desde Hawai, misiles nucleares tácticos. Aunque la República Democrática Popular de Corea no fuese aún una potencia nuclear, había muchos países a los que les podía comprar una bomba atómica.

Los reunidos también hicieron un cálculo de bajas para una «guerra corta», de dos o tres semanas, antes de que las Naciones Unidas resolviesen la concertación de un armisticio, y para una «guerra larga», de seis meses o más. Con armamento convencional, las bajas estadounidenses se estimaban en, por lo menos, cuatrocientos muertos y tres mil heridos en una guerra corta. Diez veces más si la guerra era larga.

Durante la conversación, *el Pincha* permaneció en silencio, y Herbert hizo sólo tres sugerencias. La primera fue que, hasta que no tuviesen más información acerca de los terroristas, sólo debían desviar un mínimo contingente de tropas de Oriente Medio. Pensaba que no debían descartar la posibilidad de que aquello fuese una maniobra para implicar a los EE. UU. en un falso frente y plantearle un conflicto armado en cualquier otra parte. La segunda sugerencia fue que, hasta que los satélites volviesen a funcionar, se le diese tiempo a él para analizar toda la información de inteligencia que ellos y el director de la CIA, Kidd, reuniesen, antes de poner en peligro a las tropas. Y la tercera recomendación fue que no se enviasen fuerzas al frente sin el refuerzo de unidades antiterroristas.

Hood incorporó las tres sugerencias al informe de opciones militares. Herbert podía ser muy antipático, pero lo contrató por sus conocimientos y no por su simpatía.

Mientras *el Pincha* pasaba el borrador del documento por la pantalla del ordenador para que lo revisasen, sonó el teléfono de la silla de ruedas de Herbert. Paul miró a Bob al pulsar éste el botón del altavoz.

—¿Qué hay, Rachel?

—Hemos tenido una comunicación de nuestro agente de la estación de comunicaciones militares de Piongiang. Dice que le ha sido difícil ponerse en contacto con nosotros porque las autoridades de allí parecen tan sorprendidas por los acontecimientos de ayer como nosotros.

—Eso no significa que no tengan responsabilidad.

—No. Pero lo que sí dice es que acaban de recibir un mensaje de una agente que tienen en Seúl. Les ha pedido información acerca del posible robo de explosivos y botas militares de algún cuartel del Norte.

—¿Que lo ha preguntado una agente *norcoreana*?

—Sí.

—Eso quiere decir que la agente se ha enterado de las sospechas de la CIAC. Informe al director Yung-Hoon de que se ha producido una filtración. ¿Podemos haber captado la transmisión en cualquier otro lugar?

—No. Lo he comprobado con el cabo Koh en el centro de comunicaciones de la Zona Desmilitarizada. El mensaje no ha llegado a través de enlace por satélite.

—Gracias, Rachel. Envíe el texto de la transmisión a Benet —dijo Bob, que después de colgar miró a Hood, que asentía con la cabeza —. La República Democrática Popular de Corea indaga el posible robo de material militar de alguno de sus cuarteles de los explosivos utilizados en el atentado. Se diría que alguien se está quedando con nosotros, jefe, que alguien quiere arrastrarnos a una guerra.

Hood miraba alternativamente a Herbert y al monitor. Las palabras del presidente martilleaban en su cabeza: «Aunque el Norte no haya estado implicado, Paul, lo está ahora. ¡Y hasta el cuello!».

Mientras el análisis del despliegue de tropas pasaba del documento de «SIMULACIÓN BÉLICA» al informe de opciones militares, Colon utilizó su código para insertar el visto bueno en su sección del documento final.

—Bueno, Benet —dijo Hood cuando Colon hubo terminado—, quiero que la transmisión que acabamos de recibir vaya justo al principio, y que le añada la nota que voy a escribir. Avise a Ann Farris para que conecte con nosotros, por favor.

Hood se quedó pensativo unos instantes. Él no tenía el talento de Ann para la concisión, pero quería dejar constancia en los archivos de una nota que recomendase prudencia. Al momento empezó a teclearla.

Herbert se impulsó con la silla y leyó por encima del hombro de Hood.

Señor presidente:

Comparto su indignación por el ataque a nuestro reactor y por la muerte de nuestra oficial. Sin embargo, le urjo a que se abstenga de toda medida de fuerza. Nos arriesgamos a perder mucho, y a ganar muy poco, luchando contra un enemigo que, a lo mejor, no es tal enemigo.

—¡Bravo, jefe! —exclamó Herbert—. Quizá no hable por boca de todo el equipo, pero sí por la mía.

—Y por la mía —lo secundó Ann—. Yo no hubiese podido expresarlo mejor.

Hood archivó la adenda y llevó la imagen del rostro de Ann a la pantalla. Se le daba tan bien venderles las ideas a los periodistas por teléfono, que nunca sabía lo que de verdad pensaba, a menos que le viese la cara.

Y pensaba igual que lo que había dicho. En los seis meses que la conocía, era la primera vez que no le enmendaba la plana a un escrito suyo.

Herbert salió del despacho y Ann volvió a su conferencia con la secretaria de Prensa de la Casa Blanca. Hood terminó de revisar la reactualización del informe de opciones, antes de pedirle al *Pincha* que lo enviase por fax a través de la línea de seguridad.

Ya solo en el despacho, y sorprendentemente relajado por primera vez en aquel día, llamó al hospital. Las noticias que le dieron no eran las que esperaba.

CINCUENTA Y DOS

Miércoles, 1:45, Zona Desmilitarizada

Los soldados del centro de comunicaciones bromeaban con el cabo Koh al llegar el mensaje del cuartel general de Hong-koo, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la República Democrática Popular de Corea. Al momento se pusieron en tensión y dejaron de tomarle el pelo a Koh, de decirle que era un pelota por hacer dos turnos. Volvieron a pasar las coordenadas grabadas del mensaje captado a través de su antena para asegurarse de que procedía de un punto muy cercano a la Zona. Luego consultaron el archivo del ordenador para confirmar que el comunicante era Kim Hoh, ayudante del general. El ordenador buceó en sus documentos y, a los pocos segundos, realizó una completa identificación de la «huella de voz». Finalmente, menos de treinta segundos después de la recepción del mensaje, emitieron el acuse de recibo y activaron la grabadora de doble casete para grabar el mensaje con copia. Al notificar el cabo que estaban recibiendo una transmisión de Corea del Norte, el general Schneider le dijo a Koh que se la pasasen en cuanto la tuviesen completa.

Koh daba la impresión de escuchar el mensaje con mayor atención que sus cuatro compañeros.

Al ex embajador Gregory Donald de la base de Charlie. El general Hong-koo, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la

República Democrática Popular de Corea, en la base Uno de la Zona Desmilitarizada, corresponde a su saludo y acepta su invitación para celebrar una reunión en la zona neutral a las 8:00.

Mientras uno de los soldados daba acuse de recibo del mensaje, otro corría con una copia de la cinta y un magnetófono al cuartel general de Schneider.

Koh les dijo a los otros dos soldados que *ahora* sí que estaba un poco cansado, y que iba a salir a tomar café y fumar un cigarrillo. Ya en el exterior, fue a la sombra de un camión cercano y se desabrochó la camisa. Llevaba un teléfono celular M2 sujetado con esparadrapo a su brazo. Desplegó la antena y marcó el número de Lee.

—Espero que haya una explicación clara y terminante para esto —dijo Schneider al entrar Gregory—, ya que a mí estos palos de ciego me ponen nervioso.

El general iba en pijama y batín, con el magnetófono y los auriculares en la mano derecha.

A Donald se le aceleró el pulso. No le preocupaba el general Schneider sino la respuesta norcoreana.

Cogió el magnetófono, se llevó uno de los auriculares al oído y escuchó el mensaje.

—La explicación es que yo pedí la reunión, y la acepta —dijo cuando hubo terminado de oírlo.

—O sea, que ha hecho usted esa chorrada… de forma ilegal, desde el centro de comunicaciones del que *yo* soy responsable.

—Sí. Con la esperanza de que seamos todos razonables y evitemos una guerra.

—¿Nosotros? Mire, Gregory, yo no voy a sentarme a una mesa frente a Hong-koo. A lo mejor cree usted que se apunta un gran tanto haciendo que acepte una reunión, pero lo que hará será

utilizarlo. ¿Por qué cree que espera dos horas? Para poder planearlo todo. Lo fotografiarán a usted, procurando que salga con talante apaciguador, y el presidente quedará como si utilizase un doble lenguaje.

—¿Y acaso no lo utiliza?

—En esto no. Los del Ministerio de Defensa dicen que se revolvió como un tigre desde el principio, y bien que hizo. Esos cabrones han volado medio centro de Seúl y han matado a su esposa, Gregory.

—No lo sabemos —replicó Donald entre dientes.

—Bueno, pues lo que sí sabemos es que han abatido uno de nuestros aviones. ¡Tenemos un cadáver para demostrarlo!

—Se ha debido a una reacción desproporcionada, que es precisamente el error que nosotros no debemos cometer.

—La fase Defcon tres no es una reacción desproporcionada. Es una adecuada medida militar, y el presidente no pensaba pasar de ahí. Sólo trataba de asustarlos —dijo Schneider, que se metió las manos en los bolsillos del batín—. Vaya usted a saber lo que hará después de su cartita de amor.

—Creo que saca las cosas de quicio, general.

—En absoluto. Lo que creo es que no lo entiende. Puede usted meter al presidente en un callejón sin salida.

—¿Por qué?

—¿Qué ocurriría si va con la rama de olivo y Corea del Norte la acepta, en principio, pero no retira tropas hasta que no lo haga el presidente? Si Lawrence se niega, quedará como que desprecia una oferta de paz. Y si retira tropas, dará la impresión de debilidad.

—Bobadas.

—Reflexiónelo, Gregory. ¿Qué credibilidad tendría el presidente si da la impresión de que es *usted* quien dirige su política exterior? ¿Qué haríamos la próxima vez que un Saddam Hussein o un Raúl Cedras adopte una medida de fuerza, o si algún chiflado envía misiles a Cuba? ¿Mandar a un Gregory Donald?

—¿Por qué no? ¿Por qué no tratar de razonar con ellos? Cuando Kennedy decidió el bloqueo de Cuba, paralelamente negociaba con Jruschov la retirada de algunos misiles estadounidenses de Turquía. Por eso se superó la crisis, no por la flota. Las personas civilizadas razonan.

—Hong-koo no es una persona civilizada.

—Pero quienes están por encima de él sí. Y no ha habido contactos directos, de alto nivel, con el Norte desde esta mañana. Parece mentira que personas hechas y derechas se dediquen a estos jueguecitos, pero así es. Los diplomáticos están acobardados. Si yo pudiera iniciar un diálogo, aunque fuera con Hong-koo…

—Ya le aseguro yo que no servirá de nada. Ése es más *ultra* que Gengis Khan. Corra con la cuenta de que se burlará de usted.

—Pues, entonces, acompáñeme. Y ayúdeme.

—No puedo. Ya le dije en una ocasión que los norcoreanos son maestros de la propaganda política. Utilizarán película de grano grueso, en blanco y negro, y me sacarán con pinta de «halcón» que esnifa heroína. Las «palomas» de Washington se subirían por las paredes.

Schneider sacó el casete del magnetófono y se dio un golpecito en la palma de la mano.

—Mire, Greg —prosiguió—, he sentido muchísimo lo de Soonji, pero lo que va usted a hacer no evitará más muertes. Aún tenemos a más de mil millones de comunistas a un tiro de piedra, y otros mil millones entre radicales, fundamentalistas, partidarios de la limpieza étnica, sicópatas de sectas religiosas y Dios sabe qué otra gentuza, Gregory. Para lo único que ha servido siempre la diplomacia es para ganar tiempo y, a veces, con resultados negativos, como en el caso de Neville Chamberlain. No se puede razonar con los tarados, Gregory.

—Sí… ya lo veo, ya —dijo Donald mirando a su pipa.

Schneider miró el reloj y luego a Donald, no muy seguro de qué interpretación darle a sus palabras.

—Aún le quedan seis horas —dijo Schneider—. Le sugiero que se acueste, se levante con dolor de estómago y se olvide de la reunión. En cuanto a mí, y por lo que a esta base se refiere, la transmisión de usted no ha existido nunca. Hemos borrado el mensaje del disco y las coordenadas que ha utilizado —añadió, mostrándole el casete—. Ésta es la primera noticia que tenemos usted y yo de la reunión… Han sido ellos quienes se han puesto en contacto con nosotros. Si los norcoreanos dicen que usted les envió primero un mensaje, lo negaremos. Si aportan la cinta como prueba, diremos que es una falsificación. Y si usted nos contradice, le diremos a la prensa que estaba enloquecido por la muerte de su esposa. Lo siento, Greg, pero no hay más remedio que proceder así.

Donald miró a su pipa.

—¿Y si yo convenciese a Hong-koo para que se retirase?

—No lo convencerá.

—Pero ¿y si lo convenciera?

—En tal caso —dijo Schneider—, el presidente se apuntará el tanto de haberlo enviado. Se convertirá usted en todo un héroe y yo, personalmente, le colgaré la medalla.

CINCUENTA Y TRES

Miércoles, 2:00, Yanguu

Kim, que llevaba la pequeña radio entre sus brazos para protegerla de la llovizna, puso el pie en el estribo y subió al coche.

Hwan no le quitaba ojo. En una ocasión, uno de sus prisioneros, con las manos esposadas a la espalda, utilizó el muelle del cierre del cinturón de seguridad para soltar el seguro y huir. Pero a Kim no la miraba porque temiese su huida. En todo caso, lo habría intentado antes, cuando estaban solos. La miraba porque lo fascinaba. El patriotismo y la humanidad rara vez armonizaban. En Kim sí. Era lo que él porfiaba por conseguir, y casi nunca lograba. No era posible hurgar en los más oscuros recovecos de las personas sin ensuciarse.

Un brusco movimiento a su derecha interrumpió sus pensamientos. Vio una luz cegadora y luego sintió un intenso dolor en el costado. Dio una arcada que casi le vació los pulmones. El segundo impacto hizo que se le doblasen las piernas. Trató de asirse a la puerta abierta del coche para amortiguar la caída, pero no acertó y se desplomó de espaldas hacia el interior del coche, sobre el asiento. Al ir a echar mano del 38 de su pistolera miró a Cho.

Pero no era Cho. Las luces del coche producían un tenue resplandor en el sombrero y en un rostro que no reconoció, una cara de expresión crispada y cruel.

«¡La madre que la parió! —pensó dolorido—. O sea… que siempre tiene aquí a alguien».

Sentía hormigueo en la mano derecha y no acertaba a empuñar la culata. Notó su costado derecho empapado y resbaló en el asiento hasta caer fuera del coche.

Hwan vio entonces la hoja de un machete, de más de veinte centímetros, manchada de sangre. La vio retroceder como un émbolo y avanzar hacia la boca de su estómago. No iba a poder impedir que lo apuñalase bajo el esternón y lo rajase de abajo arriba. Un estertor y luego la muerte. Se había preguntado muchas veces cómo y cuándo moriría, pero nunca imaginó que fuese a ser de aquel modo, tendido boca arriba en el barro.

Y, además, por imbécil. La vio inclinarse hacia él. Había confiado en ella. Esperaba que, por lo menos, pusiesen eso en su lápida o *¡Qué gilipollas…!*

El revólver de Hwan había resbalado de la pistolera al caer él al suelo. Trató de cogerlo, sin separar la mano izquierda de sus heridas. Porfiaba por no cerrar los ojos para mirar a la muerte de frente, todo lo desafiante que sus escasas fuerzas le permitiesen. Vio sonreír al asesino, que llevaba la ropa de Cho, y luego un fogonazo, como un relámpago, seguido de otros dos. Los rápidos disparos sonaron tan cerca de él, apenas a dos palmos, que notó el calor de los fogonazos y cerró los ojos. El ruido retumbó unos instantes y luego se extinguió. Después, sólo oyó la lluvia repicar en su rostro y los latidos de su corazón.

Kim gateó hacia Hwan y se arrodilló a su lado. Se alcanzó el machete y, por unos momentos, él no acertó a comprender por qué no había sentido los disparos… ni por qué iba a apuñalarlo en lugar de dispararle.

Debía de retorcerse porque ella le dijo que no se moviese. Trató de relajarse. Apenas podía respirar, de puro dolor.

Kim le sacó la camisa por fuera, la rajó por el costado y cogió la linterna. Tras examinar sus heridas, saltó por encima de él, que levantó la cabeza y vio que Kim le quitaba los zapatos y los

calcetines al asesino, le desabrochaba el cinturón y se lo quitaba. Hwan dejó vencer de nuevo la cabeza, jadeante.

—¿Y… Cho…? —preguntó.

—No sé dónde está su cuerpo.

Su cuerpo…

—Este tipo ha debido de seguirnos. No me pregunte quién es porque no lo sé.

No… Con Kim… Los terroristas…

Kim le taponó ambas heridas con los calcetines.

—Esto le va a doler —le previno, al ceñirle con fuerza el cinturón al plexo solar y abrochárselo.

Hwan sintió un intenso dolor desde la axila hasta la rodilla. Siguió echado boca arriba, gimiendo, mientras Kim se situaba detrás de él, lo agarraba de los brazos y lo aupaba al asiento trasero del coche.

Al poner ella la radio en el suelo, Hwan se apoyó en un codo para tratar de incorporarse.

—Espere… El cuerpo…

Ella lo recostó en el asiento y trató de ponerle el cinturón de seguridad.

—¡No sé dónde está Cho!

—¡No! Las… huellas… digitales.

Kim comprendió. Cerró la puerta, abrió la del lado contiguo a la del conductor e introdujo el cuerpo del asesino. Luego corrió al lado del volante, pero se detuvo en seco al ir a subir.

—¡He de encontrar a Cho! —exclamó.

Cogió la linterna, la enfocó al suelo y siguió las huellas de las pisadas del asesino. Pese al apuro del momento, se movía con aplomo y concentración. Las huellas conducían a un barranco lleno de maleza que estaba a unos cuarenta metros de uno de los lados de la casa. Allí estaba la moto y, un poco más allá, el chófer.

Cho yacía boca arriba a uno de los lados del barranco con la cabeza hacia el fondo. Tenía el pecho ensangrentado.

Kim bajó por el embarrado barranco. Al llegar junto a Cho, rebuscó frenéticamente por los bolsillos hasta que encontró las llaves del coche. Luego volvió junto a Hwan, que seguía allí tendido, inmóvil, con la mano izquierda sobre las heridas. Cerraba los ojos con gesto de dolor y jadeaba. Al oír que el motor se ponía en marcha, abrió los ojos.

—Coche… radio.

Kim puso la primera y arrancó.

—¿Quiere que les comunique lo que ha ocurrido?

—Sí… —dijo Hwan, que apenas podía hablar porque el cinturón se le clavaba en la carne—. Necesito… identificación… urgente.

—¿Del asesino? ¿Por sus huellas dactilares?

Hwan no tenía más fuerzas para hablar. Asintió con la cabeza, no muy seguro de que Kim lo viese. Luego la oyó hablar por la radio. Trató de recordar qué era, exactamente, lo que pensaba acerca de ella cuando lo atacaron. El traqueteo del coche y su propia respiración le impedían coordinar sus ideas. Para tratar de evitar el zarandeo, hundió el codo derecho en el hueco de la parte de atrás del asiento y se asió con la mano izquierda al respaldo del asiento delantero. Tenía la sensación de que un resorte interno lo venciese hacia la derecha. Pensamientos e imágenes se agolpaban en su mente mientras porfiaba por soportar el dolor y no perder el conocimiento.

«No es norcoreano… Ella no lo hubiese matado… Pero, entonces, ¿quiénes de Corea del Sur…? ¿Por qué…?».

Su cerebro dejó de pensar y, piadosamente, el dolor lo dejó inconsciente.

CINCUENTA Y CUATRO

Martes, 12:30, Centro de Operaciones

El doctor Orlito Trias estaba en la habitación de Alexander al telefonear Hood. Más que el de un médico de cabecera, tenía el talante de un doctor Frankenstein. Pero era un buen médico y un científico consagrado a su vocación.

—Paul —le dijo con su fuerte acento filipino—, me alegro de que haya llamado. Su hijo tiene un virus.

Hood sintió un escalofrío, porque antes, antes del sida, la palabra virus no se asociaba más que a un problema fácilmente solucionable con antibióticos.

—¿Qué clase de virus, Orlito? Pero… para que lo entienda un profano.

—El chico tuvo una aguda infección bronquial hace dos semanas. Ésta parecía estar curada, pero un adenovirus permaneció en sus pulmones. Todo lo que ha necesitado para pasar al ataque han sido los alérgenos de la atmósfera. Y por eso los esteroides y los broncodilatadores no le han hecho efecto. No es el típico ataque de asma. Es una afección que produce obstrucción pulmonar.

—¿Qué tratamiento le aplica? —preguntó Hood.

—Terapia antivírica. Hemos cogido la infección relativamente pronto, y lo lógico es que no se extienda.

—¿Lo lógico…?

—El chico se ha debilitado bastante —repuso Orlito—. Y esos virus son unos oportunistas. Nunca se sabe.

«¡Joder, Orlito…!».

—¿Está ahí Sharon?

—Sí.

—¿Lo sabe?

—Sí. Le he dicho lo mismo que a usted.

—Déjeme hablar con ella, y… gracias.

—De nada. Pasaré a ver al chico cada hora. Sharon se puso al teléfono al cabo de unos instantes.

—Paul…

—Ya lo sé. Orlito no haría carrera como diplomático.

—Eso es lo de menos —dijo Sharon—. Prefiero saberlo. Lo peor es la incertidumbre. Ya sabes cómo me afectan estas cosas.

—No te preocupes, Alex se pondrá bien.

—Nunca se sabe. Yo trabajé en un hospital, Paul, y sé cómo pueden complicarse estas cosas.

—Orlito no se movería de la cabecera de su cama si fuese muy grave.

—Es que… ¡no puede hacer nada! Por eso se ha marchado.

Ann Farris entró en aquellos momentos con las ensaladas. Se detuvo junto a la puerta al ver la expresión de Hood.

En la pantalla se veía un mensaje del *Pincha* a través del correo electrónico. El ministro de Defensa, Colon, quería hablar con Paul.

—¡Óyeme! —gritó Sharon—. No te he llamado porque lo que quiero es que dejes lo que estés haciendo y vengas. Necesito alguien en quien apoyarme, ¿está claro?

Hood notó su voz entrecortada, que se esforzaba por no llorar.

—Sí que está claro, Sharon. Llámame si ocurre algo… o te llamaré yo en cuanto pueda.

Ella le colgó y Hood pasó del teléfono normal al teléfono de seguridad del ordenador. Se sentía como una mierda de esposo, una mierda de padre y una mierda de hombre.

—Paul —le dijo Colon con acritud—, acabamos de saber que su agente Gregory Donald ha enviado, sin autorización, un mensaje radiado al Norte solicitando una reunión con el general Hong-koo.

—*¿Qué?*

—Y lo peor es que han aceptado. Si trasciende, diremos que han sido ellos quienes han contactado con él. Pero ya le puede dar un bocinazo para desautorizarlo. El general Schneider ha hecho lo imposible por disuadirlo, pero Donald sigue empeñado en acudir a la reunión.

—Gracias —dijo Hood, que llamó inmediatamente al *Pincha*.

Le dijo que comunicase con la Zona Desmilitarizada a través de la línea de seguridad y que le pasasen a Donald. Luego llamó a Liz Gordon y le pidió que fuese a su despacho.

—¿Quiere que deje esto y me marche? —le preguntó Ann.

—No, quiero que se quede.

Ann lo miró, radiante.

—Podría caernos encima una verdadera pesadilla en relaciones públicas.

La expresión de Ann se ensombreció entonces.

—Para variar —dijo ella, que se sentó frente a Hood y dejó las bandejitas en la mesa—. ¿Cómo sigue Alex? —le preguntó.

—Trias dice que ha contraído una infección pulmonar. Cree que la tiene controlada, pero ya sabe cómo es Orlito. No es muy sicólogo.

—Hummm —musitó Ann, con el semblante aún más serio.

Hood cogió el tenedor y ensartó una rodaja de tomate.

—¿Se sabe algo de Matt y de su particular caza de virus?

—No, que yo sepa. ¿Quiere que lo compruebe?

—No, gracias. Lo haré yo cuando termine con Gregory. El pobre debe de estar pasando un infierno. Con tanto agobio aquí, a veces nos olvidamos de las personas.

El teléfono de seguridad sonó justo al entrar Liz Gordon y Lowell Coffey en el despacho. En la pantallita de la base del teléfono apareció el prefijo y el número de Donald. Hood le indicó a Liz con

un ademán que cerrase la puerta. Ella se sentó y Coffey permaneció de pie detrás de Ann, que se rebulló en el asiento, incómoda. Hood pulsó el botón del altavoz.

—¿Qué tal está, Gregory?

—Bien, Paul. ¿Me habla a través de la línea de seguridad?

—Sí.

—Bien. ¿Tiene puesto el altavoz?

—Sí.

—¿Quiénes están ahí? ¿Liz, Ann y Lowell?

—Bingo.

—Ya. Pues entonces al grano. Sí, he comunicado con Hong-koo y me ha contestado. He de reunirme con él dentro de cinco horas y media. ¿Por qué darle al gatillo si se le puede dar a la lengua? Ése ha sido siempre mi lema.

—Es un buen lema, Greg, pero no con la República Democrática Popular de Corea.

—Eso me ha dicho el general Schneider al leerme la ley sobre filtración de secretos oficiales. Me va a dejar colgado. Y Washington también, según me dicen…

Gregory vaciló un instante.

—¿También… usted, Paul? —se decidió a decir.

—Deme un minuto.

Hood cerró el micrófono y miró a Liz. Por el rabillo del ojo vio que Ann asentía con la cabeza, muy seria. Lowell permanecía impasible. La psicóloga del departamento se mordisqueó el labio superior y meneó la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Hood.

—Por las buenas, puede usted hacer que cambie de idea. Por las malas, se le cerrará en banda.

—¿Y si lo relevo de la misión?

—No serviría de nada. Hoy ha pasado por un trago de los que destroza a cualquiera. Lo subleva que lo coarten y lo compadezcan (algo del todo normal), y no se dejará disuadir.

—Pero, Lowell, ¿y si Schneider lo acusa de algo?, ¿de uso indebido de instalaciones del Estado, por utilizar el radiotransmisor, o de cualquier otra cosa, y lo arresta?

—En menudo lío nos iba a meter con el juicio. Podríamos vernos obligados a revelar cosas, acerca de nuestro modo de operar, nada convenientes.

—¿Y si sólo retuviesen a Greg durante veinticuatro horas, por razones de seguridad o cualquier otro pretexto?

—Pues que Greg los podría demandar, por lo que tendríamos el mismo problema.

—No lo haría —dijo Liz—. Estudié su expediente al nombrarlo usted, Paul. Jamás ha hecho nada de carácter vindicativo. Ése fue uno de los problemas de su carrera diplomática. Se comportaba, de verdad, como un buen cristiano.

—¿Qué prensa hay allí, Ann?

—En principio, ninguna, ya que los periodistas están en Seúl, pero estoy segura de que han debido de remover cielo y tierra para conseguir acreditaciones y, a estas horas, deben de estar en camino. Aprovecharán lo que sea para hacer un reportaje. Y para qué les cuento si se les sirve la retención de un ex diplomático de alto nivel.

—¿Y qué creen que va a hacer la prensa si Donald acude a la reunión y averiguan que está vinculado al Centro de Operaciones? —dijo Lowell—. Nos presentarán como una partida de irresponsables que actúa al margen del Estado.

—Detesto estar de acuerdo con Lowell —dijo Ann—, pero creo que en esto tiene razón.

—Donald no revelaría nada —dijo Liz—, por más furioso que estuviese. Oficialmente sólo trabaja para la Sociedad de Amistad Americanocoreana.

—Pero Schneider sabe la verdad —dijo Lowell—, y… ¡contento lo debe de tener Gregory!

—No, desde luego —admitió Hood.

—Ahí le duele. Y, por lo mismo, puede filtrar la noticia a la prensa para abortar la iniciativa de Donald.

—No me parece que debamos preocuparnos por eso —dijo Hood —. No querrá colocar al presidente en una situación embarazosa, desenmascarar una organización creada por el propio Lawrence — añadió, volviendo a activar el micrófono—. Greg, ¿aplazaría usted esto si yo convenciese a alguien de la embajada para que lo acompañe?

—Vamos, Paul, la embajadora Hall no aceptaría nunca sin aprobación presidencial, y eso no lo va a conseguir usted.

—Posponga la reunión y déjeme intentarlo. Mike Rodgers está a punto de llegar a Japón. Aterrizará en Osaka hacia las seis. Déjeme que hable con él para que lo acompañe.

—Le agradezco la buena intención. Sabe usted bien que, si me retraso un solo minuto, los norcoreanos lo interpretarían como que juego con ellos. Son muy quisquillosos en estas cosas, y no me iban a dejar invitarlos a una segunda ronda. Voy a ir. La única cuestión es saber si está usted conmigo o contra mí.

Hood permaneció inmóvil unos instantes y luego miró a sus colaboradores.

—Estoy con usted, Greg.

Se hizo un largo silencio al otro extremo de la línea.

—No me lo esperaba, Paul. Creí que me iba a defenestrar.

—Y eso he pensado hacer, por un momento.

—Pues… gracias por no acercarse a la ventana.

—Lo contraté por su experiencia. A ver si es verdad que no me equivoqué. Si quiere volver a hablar conmigo, aquí estaré.

Hood colgó, reparó en que aún tenía ensartada la rodaja de tomate en el tenedor y se la comió. Liz alzó tímidamente ambos pulgares. Ann y Lowell se limitaron a mirarlo con fijeza.

—Por favor, *Pincha* —dijo Hood a través del intercomunicador—, tráigame un avance del informe de Matt.

—Enseguida subo.

—Paul… —dijo Lowell—, esto acabará con Donald… y con nosotros.

—¿Qué quería que hiciese? Iba a ir de todas maneras, y no me da la gana de dejar a ninguno de mis hombres en la estacada —replicó Hood con la boca llena—. Además, podría conseguir algo. Y es una buena persona.

—Sí —dijo Ann—. Y todo el mundo lo sabe. Cuando en los informativos de última hora de la noche aparezca el vídeo de Donald con los norcoreanos (el vídeo de un hombre a quien acaban de matarle a su esposa y aún está dispuesto a perdonar), ya podemos empezar a buscar empleo.

—Eso seguro —convino Coffey—. Podríamos trabajar para Corea del Norte, que bien que nos lo deberían.

Hood agitó el índice hacia ambos.

—Ah, gente de poca fe —dijo en tono admonitorio—. Por cierto, ¿tienen ustedes dos un plan alternativo, por si acaso Donald jode el invento?

Sonó el teléfono y Paul se precipitó a cogerlo. Era Matt Stoll.

—Paul —dijo Matty—, iba a llamarlo. Será mejor que venga usted aquí y vea lo que he descubierto.

—A ver, anticípeme la primicia —repuso Hood ya de pie.

—La primicia es que… que se han quedado con nosotros a base de bien.

CINCUENTA Y CINCO

Miércoles, 2:35, sierra del Diamante

Los misiles Nodong eran Scud norcoreanos reconvertidos.

La construcción era idéntica: una fase con capacidad para una carga explosiva de hasta 100 kg y un alcance de 800 km. Con una carga explosiva de 35 kg, los Nodong podían alcanzar una distancia de hasta 1000 km. Su precisión era del orden de los 800 m de radio en derredor del blanco.

Al igual que los Scud, los Nodong se podían lanzar desde emplazamientos fijos o móviles. Los silos permitían lanzar varios en una hora, pero eran muy vulnerables a la réplica enemiga. Las plataformas de lanzamiento móviles permitían transportar un misil, y tenían que pasar por instalaciones ocultas para volver a cargar otro.

Tanto las plataformas móviles como las fijas se activaban por medio de un sistema de llave única una vez que se introducían en el ordenador las coordenadas de lanzamiento. Al darle la vuelta a la llave, empezaba una cuenta atrás de dos minutos, tiempo durante el cual la orden de lanzamiento sólo se podía anular con la llave y un código de cancelación activado simultáneamente. El código sólo lo conocía el oficial que iba al mando. En el caso de que no pudiera darlo, su lugarteniente tenía que pedirlo a Piongiang.

Aunque el Nodong era un misil relativamente anticuado, cumplía su cometido, que no era otro que hacer que Seúl tomase muy en serio la amenaza de destrucción desde el aire. Pese a los Patriot de

las defensas de Corea del Sur, el peligro subsistía porque, aunque estuvieran concebidos para seguir e impactar en el misil enemigo, a menudo dejaban intacta la cabeza explosiva, que podía caer y explotar dentro de la zona del blanco.

El coronel Ki-Soo era el oficial que estaba al mando del emplazamiento de la sierra del Diamante. El centinela que le comunicó por radio la llegada del coronel Sun lo pilló por sorpresa. En aquellos momentos descansaba en su tienda, situada al pie de una empinada loma.

El calvo oficial de cara redondita se levantó de manera apresurada y salió a saludar al *jeep* que llegaba.

Sun le entregó sus órdenes sin que él se lo pidiera, y Ki-Soo volvió a su tienda, sin luces exteriores ni interiores que delatasen su posición.

Después de fijar la lona de la entrada, encendió el farol, abrió la cartera de piel y desdobló la única hoja que contenía:

Sede del Alto Mando, Piongiang
15 de junio, 16:30
Del coronel Dho Oko al coronel Kim Ki-Soo

El coronel Lee Sun ha sido enviado por el general Pil, del Servicio de Inteligencia, para supervisar la seguridad de los misiles que están bajo su mando. No interferirá en su actividad, salvo por razones que afecten directamente a la seguridad del emplazamiento.

El documento llevaba, al pie, el sello del general de las Fuerzas Armadas y el del general Pil.

Ki-Soo dobló con cuidado el documento y lo volvió a meter en la cartera. Era auténtico, pero había algo que no encajaba. Sun se había presentado con dos agentes… para vigilar los dos misiles. Era una prudente medida y, sin embargo, no encajaba.

Miró el teléfono de campaña y pensó en llamar al Cuartel General. Oyó pisadas de botas en la gravilla del exterior. Ki-Soo apagó el farol y descorrió la lona de la entrada. El coronel Sun estaba allí de pie en la oscuridad, de cara a la tienda y muy rígido. Llevaba las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Todo correcto? —preguntó.

—Parece que sí —contestó Ki-Soo—, aunque me extraña una cosa.

—¿Qué? —preguntó Sun.

—Normalmente, esta clase de órdenes menciona el número de hombres del grupo. Y en la de usted no.

—¿Cómo que no? Me menciona a mí.

Ki-Soo miró al otro hombre, que estaba de pie junto al *jeep*.

—¿Y ése? —dijo Ki-Soo señalándolo con el pulgar.

—No es ningún agente —contestó Sun—. Nuestro departamento está desbordado en estos momentos. A este hombre lo enviaron para acompañarme por la sierra. Y se quedará para hacer otro tanto al regreso. Ésa es su única misión.

—Ya —dijo Ki-Soo, que le devolvió la cartera a Sun—. Pase y descanse un poco. Si quiere, puedo mandar que le traigan algo de comer.

—No, gracias —dijo Sun—. Prefiero ir a darme una vuelta por el perímetro; ver si hay algún punto vulnerable. Si necesito algo, ya se lo comunicaré.

Ki-Soo asintió con la cabeza al volver Sun al *jeep*. Le vio coger una linterna de una caja de herramientas de la parte de atrás. Luego se alejó del campamento con sus hombres y fue campo a través hacia el emplazamiento de los misiles.

CINCUENTA Y SEIS

Miércoles, 2:45, Zona Desmilitarizada

El aviso de Koh le llegó a Lee justo cuando acababa de introducir los bidones de tabun en un hueco de la base del tramo vertical del túnel. Se izó con la soga de cáñamo para ir a recibir la llamada y luego volvió a bajar por el mismo procedimiento.

Vaya… ¿Que Gregory Donald va a entrevistarse con el general Hong-koo dentro de unas horas? Ni hablar. Atraería simpatías hacia Corea del Norte, e incluso podría provocar que los líderes de las principales potencias creyesen en su inocencia. Las fases 1 y 2 de la operación debían seguir adelante aprovechando los momentos de máxima tensión.

Habría que matar a Donald. Y enseguida.

Lee le dio instrucciones al cabo Yoo, el suboficial que seguía con él. El otro había regresado a la base con el camión. Si no estaba de vuelta a la hora normal, el general Norbom podía ordenar su búsqueda.

Adentrarían el gas en Corea del Norte de acuerdo a lo planeado. Una vez allí, Yoo lo colocaría, mientras Lee se encargaba de Donald.

Yoo aceptó el cometido encantado y prometió hacerlo todo de acuerdo a lo planeado. Lee no esperaba menos de ninguno de los hombres de su grupo. Cada uno de ellos fue adiestrado para poder culminar solo la misión si algo le ocurría a un compañero. Gateó en

la oscuridad y empezó a realizar lo que habían estudiado innumerables veces sobre el papel.

Los túneles los excavaron los norcoreanos. Formaban una compleja red que se extendía a lo largo de unos 1600 m de norte a sur y de unos 400 de este a oeste. Aunque el Servicio de Inteligencia del ejército conocía su existencia, y hacía ocasionales tentativas para cegarlos, los norcoreanos eran como hormigas y, en cuanto les cegaban una boca, abrían otra. Si les inundaban un túnel o les inyectaban gas, excavaban otro. Más de una vez les minaron toda la red y lograron hundirles grandes tramos, pero los norcoreanos excavaban otros, y a mayor profundidad.

Lee y sus hombres habían excavado hacía poco aquel túnel por su cuenta, obviamente para espiar a los norcoreanos. La entrada vertical tenía nueve metros de profundidad y 1,20 de diámetro. El túnel propiamente dicho era más estrecho, de apenas noventa centímetros, idéntico a los túneles norcoreanos. Enlazaba con el túnel principal del norte a sólo diez metros de la frontera.

Para bajar los cuatro bidones de tabun, uno de los hombres se situó en el fondo de la entrada vertical, otro descolgaba los bidones sujetos con una pequeña eslinga y Lee vigilaba. El hueco de la entrada vertical en el que había introducido los bidones lo practicaron en el lado opuesto a la boca del túnel. De lo contrario, no habrían tenido sitio para pasar ellos. Ahora tendría que ir Yoo por delante, de espaldas, e introducir los bidones a medida que Lee los hiciese rodar de costado hacia él. Los bidones pasaban muy justo y, en los tramos en los que el túnel se estrechaba, tendrían que empujarlos a lo largo y con mucho cuidado.

Lee calculaba que, entre ir y volver, cada viaje a lo largo del túnel requeriría setenta y cinco minutos. Eso no le dejaba mucho tiempo para ir luego a encargarse de Donald, pero tendría que bastarle. No se atrevía a interrumpir el trabajo en aquellos momentos, no fuese que lo descubrieran y diesen al traste con la misión.

El comandante Lee sacó una pequeña linterna del bolsillo de su uniforme, la encendió y se la prendió a la hombrera. Yoo se introdujo de espaldas en el túnel mientras él sacaba con cuidado del hueco el primero de los bidones y lo acercaba a la boca. Luego, a cuatro patas, lo hizo rodar hacia Yoo, que se cercioró de que no hubiese en las paredes del túnel ninguna protuberancia inadvertida en sus anteriores pasadas…

CINCUENTA Y SIETE

Miércoles, 2:55, Seúl

Los neumáticos del coche de la CIAC rechinaron al detenerse el vehículo frente a las urgencias del hospital de la Universidad Nacional de Yulgongno. Ella bajó del coche, cruzó la puerta automática de la entrada y pidió ayuda para un herido. Dos médicos salieron corriendo bajo la llovizna, uno hacia Hwan y otro hacia el cuerpo de la parte delantera.

—¡Éste está muerto! —le gritó Kim al que iba hacia el cadáver—. ¡Atiendan al otro!

El médico abrió, de todas maneras, la puerta de delante y le buscó el pulso al muerto; luego subió al coche para tratar de reanimar su corazón con la respiración boca a boca. En la parte de atrás, su compañero le quitó a Hwan, con cuidado pero rápidamente, el cinturón y los calcetines de las heridas. Hwan estaba pálido y semiinconsciente al llegar, pero se le pusieron los ojos como platos al ver a dos enfermeros correr hacia él con la camilla, en la que lo colocaron sin pérdida de tiempo.

—¡Kim! —La llamó Hwan, extendiendo el brazo y asiéndose al aire.

—Estoy aquí —contestó ella, que corrió hacia él y le cogió la mano mientras lo llevaban hacia el interior.

—Ocúpese de lo… otro…

—Sí, no se preocupe, ya me ocuparé… —contestó ella.

Le soltó la mano antes de que la camilla traspusiese la puerta, y luego volvió al coche. El médico ya había desistido de resucitar al asesino, y examinaba sus heridas de bala. Señaló hacia la puerta del hospital.

—¿Qué ha ocurrido, señorita?

—Ha sido espantoso —contestó ella—. Mister Hwan y yo íbamos en el coche a nuestra casa de Yanguu y nos detuvimos para socorrer a este hombre. Daba la impresión de que hubiese tenido un accidente con la moto. Y entonces apuñaló a mister Hwan, que le ha disparado.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Le importaría venir conmigo, señorita? Tendría que darnos datos sobre el herido. La policía también querrá hablar con usted.

—Por supuesto —dijo Kim justo en el momento en que asomaba por la puerta otra camilla—, en cuanto aparque.

Dos enfermeros sacaron el cuerpo del coche, lo colocaron en la camilla y lo cubrieron con una sábana. Cuando se hubieron ido, Kim se sentó al volante y enfiló hacia el aparcamiento. Se metió en un hueco libre, cogió el teléfono y pulsó el botón rojo del auricular. Contestó el oficial de guardia de la CIAC.

—Llamo desde el teléfono del coche de Kim Hwan —dijo Kim—. Lo ha herido un asesino, y está en el hospital Universitario Nacional. El hombre que ha hecho esto está muerto, y también está en el hospital. Mister Hwan lo cree relacionado con los terroristas que han cometido el atentado del palacio presidencial. Quiere que le tomen ustedes las huellas dactilares para averiguar de quién se trata.

Kim colgó el teléfono y no lo cogió al sonar inmediatamente después. Al mirar en derredor del aparcamiento reconoció un coche, un Toyota Tercel. Recogió su radio del asiento trasero, la colocó en el suelo y la conectó. La situó de tal manera que se viese la luz del dial bajo el salpicadero. Hizo el puente tal como le enseñaron sus instructores, arrancó el coche y enfiló hacia el norte.

CINCUENTA Y OCHO

Martes, 13:10, Centro de Operaciones

Al llegar Hood al despacho de Matt Stoll, el oficial de apoyo de operaciones estaba a punto de terminar la tarea. Su cara de torta sonreía de oreja a oreja, y sus ojos brillaban de satisfacción.

—Paul, esto ha sido cosa de un verdadero genio —dijo—. Utilicé todo un despliegue de programas antivirus para garantizar que ningún programa que nos llegase de fuera estuviese contaminado. Y se han quedado conmigo.

—¿Quiénes y cómo?

—Los surcoreanos o, por lo menos, alguien que tiene acceso a sus programas. Aquí está: en el diskette SK-diecisiete.

Hood se inclinó hacia la pantalla y examinó una serie de números y caracteres parpadeantes.

—¿Y eso qué es?

—Lo que nos han metido en nuestros ordenadores desde este único diskette. No hay más que desactivarlo, decirle al ordenador que lea el programa original y que prescinda de *esto* completamente.

—Pero ¿cómo nos lo han metido?

—Estaba disimulado en una rutinaria comprobación de datos del personal. Es de la clase de archivos que pueden ser muy largos o muy cortos, y no se piensa en buscar ahí. No es un archivo como,

pongamos por caso, el de los agentes destinados a las islas Mascareñas que, si de pronto engordase, se notaría enseguida.

—O sea, que el virus estaba en ese archivo…

—Exacto. Programado para activar un nuevo programa de satélite e introducirlo en nuestros ordenadores, tal como ha ocurrido. Un programa que rebuscó en el de «BIBLIOTECA», e incorporó imágenes para crear unas falsas… las que los saboteadores querían que viésemos.

—¿Y cómo han llegado a la Oficina Nacional de Reconocimiento?

—El virus se transmitió a través de nuestra línea telefónica, que es de máxima seguridad respecto del exterior… pero no respecto de nuestra conexión interna. Tendríamos que hacer algo para corregir esto.

—Pero sigo sin entender qué *activó* el virus.

La sonrisa de Stoll se hizo aún más radiante.

—Ahí está la genialidad de lo que nos han hecho. Mire esto.

Matt se alcanzó un miniordenador, lo sacó con mucho cuidado, y casi reverentemente, de la disketera y lo introdujo en la otra. Al aparecer el encabezado, Stoll señaló a la pantalla. Hood leyó con mucha atención.

—Diskette surcoreano número diecisiete, archivado por él, comprobado por ella, con el visto bueno del general y enviado por correo militar hace cinco semanas. ¿Qué le dice eso?

—Nada. Lea lo que pone al pie.

Hood se acercó un poco más para ver mejor la letra pequeña.

—*Copyright* mil novecientos ochenta y ocho *by* Angiras *Software*. ¿Qué tiene eso de particular?

—Los organismos del Estado crean sus propios programas. No es como un WordPerfect, sujeto a un *copyright*, pero, a veces, nuestros ordenadores *sí* tienen programas que incluyen notas de «créditos» y el *copyright*, y yo programé el sistema para que los ignorase.

Hood empezó a entender.

—¿Y esto ha sido lo que ha activado el virus?

—No. Sólo produjo la parada de los ordenadores que permitió que el virus entrase sin ser detectado. Esa fecha… ¿mil novecientos ochenta y ocho? Sí es una fecha, sí, pero también es *reloj*. O, mejor dicho, un miniprograma encerrado en la fecha interfirió en nuestro reloj y lo detuvo durante diecinueve segundos y ochenta centésimas, exactamente.

—Buen trabajo, Matty —dijo Hood.

—Una chapuza, Paul, una chapuza. Ve uno miles de veces esos «créditos» y el *copyright* y ni te fijas, no los memorizas. Por lo menos yo no, y alguien de Corea del Sur se aprovechó de ello.

—Pero… ¿quién?

—La fecha podría orientarnos. He revisado nuestros archivos. Uno de los acontecimientos más destacados de mil novecientos ochenta y ocho fue el enfrentamiento de estudiantes radicales, partidarios de la reunificación, con la policía. El gobierno reprimió el movimiento con dureza. Alguien, a favor o en contra de la unificación, puede haber adoptado esa fecha como un símbolo. Ya sabe… de la misma manera que Riddler le dejaba a Batman claves relacionadas con sus hazañas.

—Yo no aludiría a Batman en su informe —dijo Hood, sonriente —, pero creo que lo que ha descubierto ayudará a convencer al presidente de que todo es obra de los surcoreanos.

—Sí.

—Ha dado usted en el blanco. Páseme esta paginita del *copyright* a mi ordenador y veremos qué dice ahora el presidente.

—¿Y quién nos asegura que no ha sido un topo del Norte infiltrado en el Sur? —dijo Burkow.

—Nadie, señor presidente —replicó Hood, que escuchaba a través de la línea de seguridad mientras el presidente y Steve Burkow examinaban el documento—, pero ¿por qué iban a querer los líderes de Piongiang enredar en nuestros satélites para que

pareciese que se preparaban para la guerra? Pueden desplegar tropas cuando quieran, ¿por qué tomarse esas molestias?

—Para que se nos considerase los agresores —contestó Burkow.

—No, Steve. Paul tiene razón. Esto no tiene pinta de ser obra del gobierno. En la República Democrática Popular de Corea no son tan sutiles. Esto es obra de una facción, del Norte o del Sur.

—Gracias —dijo Hood con un lógico alivio.

Sonó el indicador de su correo electrónico. Al *Pincha* no se le hubiese ocurrido nunca interrumpirlo cuando estaba al teléfono con el presidente. De manera que le envió el mensaje a través de la pantalla del monitor. Como lo transmitió directamente a la pantalla, sin pasar por el ordenador, el presidente no lo vería.

A Hood se le hizo un nudo en el estómago al leer el breve mensaje:

> Del director de la CIAC, Yung-Hoon: Kim Hwan apuñalado por un asesino. Hospitalizado. Espía de la RDPC huida. Atacante muerto. Procedemos a identificación.

Hood se llevó una mano a la cara. Menudo jefe estaba hecho. Sabía todo lo ocurrido después del atentado, y también sabía que alguna persona o algún grupo deseaba desesperadamente la guerra. Y no tenía ni idea de quiénes eran. De pronto, comprendió a qué se debía la brusquedad de un médico de cabecera como Orlito Trias. No era desconsideración hacia el paciente, era la rabia ante un enemigo al que no podía echarle mano.

Le pasó un mensaje al *Pincha* para que siguiese al pie del cañón y les enviase el mensaje a Herbert y a McCaskey. Y para que le diese las gracias a Yung-Hoon. También le pidió que el jefe de la CIAC lo tuviese al corriente sobre el estado de Hwan y le comunicara cualquier información que consiguiesen sobre el asesino.

—… pero, como antes le señalé, Paul —decía el presidente—, los acontecimientos nos han desbordado. Poco importa quién empezase esta fase de la confrontación. El hecho es que estamos metidos de lleno en ella.

Hood volvió a concentrarse en la conversación.

—Eso es incuestionable —convino Burkow—. Y, francamente, yo pasaría a la primera fase contundente del «Informe de Opciones». ¿Cree usted que funcionaría, Paul?

—¡Coño, claro que funcionaría! ¡El plan del ministro de Defensa haría estragos! Ya, ya. Todo indica que el Norte se está buscando una paliza como la de la guerra del Golfo, tras un previo tirón de orejas. Tiene ganas de que les enviemos medio millón de hombres, bombardeemos sus centros de comunicaciones, les acribillemos con misiles todo aeródromo y base militar del país… Seguro, Steve. Funcionaría. Sólo perderíamos tres mil hombres. ¿Por qué solucionar esto pacíficamente, si nos podemos permitir perder soldados y arrasar un país, que sería una sangría financiera para el Sur durante los cuarenta o sesenta años venideros?

—Ya está bien —lo atajó el presidente—. A la luz de los nuevos datos, daré instrucciones a la embajadora para que sondee una solución diplomática.

—¿Sondear? —exclamó Hood justo al sonar el teléfono de la línea normal. Leyó el número del comunicante. Era del hospital—. Señor presidente, he de atender esta llamada. ¿Puede perdonarme un momento?

—Sí, Paul, pero quiero la cabeza de la persona que se haya dejado colar ese virus.

—Muy bien, señor presidente, en tal caso, tendrá también la mía.

«¡Será cabrón! —pensó Hood al colgar el teléfono de seguridad —. Todo han de ser grandes gestos: ahora te quiero, ahora te apuñeo, ahora hago la guerra, ahora he hecho la paz. ¿Por qué no tendrá Lawrence un *hobby*?», se dijo Paul. Cualquier persona que

pase las veinticuatro horas del día volcado en un trabajo, acaba por perder el sentido de la medida.

—Hola, Sharon, ¿cómo está?

—Mucho mejor —contestó ella—. Ha sido como si, de pronto, se abriesen las compuertas de un embalse: ha empezado a respirar profundamente sin el menor jadeo. Dice el médico que sus pulmones funcionan ahora un veinte por ciento mejor, y que se va a poner bien, Paul.

Por primera vez en el día, la voz de Sharon sonaba relajada y alegre. De nuevo le recordó a la risueña jovencita que había en ella, y se alegró.

Darrell McCaskey y Bob Herbert asomaron por la puerta, y Hood les indicó que entrasen.

—Os quiero, Sharon.

—Lo sé. Como debe ser.

—Claro —dijo Paul—. Has de perdonarme.

—¿Perdonarte? Te has portado muy bien. Seguro que ni te he dado las gracias por haberte acercado.

—Me parece que sí.

—Por si acaso, gracias —dijo Sharon—. Te quiero.

—Besos a Alex.

Tras colgar Sharon, Hood posó con suavidad el auricular en el receptáculo.

—Bueno, mi hijo está bien y mi mujer no está furiosa conmigo —dijo mirando a Darrell y a Bob—, así que, si tienen alguna mala noticia que darme, aprovechen.

—Se trata de la oficial de reconocimiento a quien han matado, Judy Margolin. Parece que una de las últimas fotos que hizo es una toma de un MIG que se acercaba.

—¿Se ha filtrado a la prensa?

—Peor que eso —dijo McCaskey—: los informáticos del Pentágono han podido leer los números de identificación del aparato

y han indagado en todas las fotos de reconocimiento más recientes para averiguar a qué base pertenece.

—¡Ay, Dios…!

—Haylo —dijo Herbert—. El presidente acaba de autorizar que destruyan ese aparato.

CINCUENTA Y NUEVE

Miércoles, 3:30, Sariwon

La población norcoreana de Sariwon estaba situada a 250 km al oeste del mar de Japón, a 80 km al este del mar Amarillo y a otros tantos del sur de Piongiang.

La base aérea de Sariwon era la primera línea defensiva contra un ataque de la aviación o de los misiles surcoreanos. Era una de las bases más antiguas del país, construida en 1952, durante la guerra, sin otra modernización que algunas aportaciones tecnológicas chinas y soviéticas (muchas menos de lo que los norcoreanos hubiesen deseado). Los aliados de Corea del Norte siempre temieron que una futura reunificación con Seúl diese a Occidente acceso a su más avanzada tecnología militar informatizada. De manera que Piongiang siempre iba rezagado en relación a Moscú y a Pekín.

El radar de Sariwon era eficaz hasta ochenta kilómetros, y podía detectar objetos a partir de los siete metros de diámetro. Prácticamente, esto les permitía localizar cualquier aparato que se dirigiese hacia sus posiciones. De acuerdo a sus análisis, basados en maniobras, ante un ataque occidental la base no tenía tiempo de hacer despegar sus cazas, pero aunque el ataque se realizase con cazas supersónicos (a Mach 1), sí les daba tiempo a utilizar sus baterías antiaéreas.

El perfil lateral de radar de un avión era más extenso que el perfil frontal. Los bombarderos como el viejo B-52 tenían un perfil muy

extenso, de hasta 1000 m^2, que facilitaba localizarlos y trazar las coordenadas de tiro. Incluso el Phantom II F-4 y el Eagle F-15 eran fáciles de localizar, con unos perfiles de radar de cien y veinticinco metros respectivamente. En el otro extremo de la escala se encontraba el B-2, un bombardero de tecnología avanzada, con un perfil de radar de una millonésima de metro cuadrado… casi como un colibrí.

El Nighthawk F-1 17A de la Lockheed tenía un perfil de una centésima de metro cuadrado. Esto se había conseguido gracias a su singular fuselaje, «tallado» como un brillante, construido con miles de placas planas, anguladas para no sumar su ángulo de reflexión al de las demás. El perfil de radar quedaba aún más reducido a causa del material utilizado en la construcción del aparato. Sólo un diez por ciento del fuselaje era metálico; el resto era fibra de carbono reforzada, que absorbía y disipaba la energía del radar, así como las lecturas de infrarrojos del F-1 17A, y Fibaloy, una capa exterior de plástico llena de burbujas y de fibras de vidrio que contribuían a reducir las lecturas del radar.

El negro Nighthawk tenía 19 m de largo, 5,3 m de alto y una envergadura de 13,3 m. En servicio desde octubre de 1983, el F-1 17A estaba asignado al 450 Grupo Táctico de la base de Nellis, en Nevada. La escuadrilla del equipo uno *Furtim Vigilans* («Centinelas camuflados») tenía allí su base permanente, en la pista Mellon, situada en el sector noroeste del aeródromo de pruebas de Nellis. Sin embargo, desde la guerra del Golfo los aviones de la escuadrilla se habían movido bastante. Gracias a sus alas plegables, el F-117A cabía en un C-5A de transporte, que era el único modo de que pudiese cubrir largas distancias sin ser detectado, ya que su receptáculo para el reabastecimiento de combustible lo captaban los radares si era utilizado en vuelo.

A su velocidad máxima de Mach 1, el Nighthawk podía recorrer ochenta kilómetros en cuatro minutos. Lo impulsaban dos motores

turbohélice GE F404-HB de 5600 kg cada uno. Su operatividad de combate era de 640 km a la redonda.

El Nighthawk iba ahora a bordo del portaaviones *Halsey*, que había zarpado rumbo norte desde las Filipinas, de acuerdo a la fase Defcon cuatro, y se hallaba en pleno mar de la China oriental. Después de despegar y enfilar hacia el norte con las luces apagadas, el F-117A bordeó la costa occidental de Corea del Sur, en continua ascensión y virando al noroeste hacia el mar Amarillo. A poco más de trescientos metros de altitud, aceleró desde 1100 a 1350 km/h, penetrando en el espacio aéreo norcoreano. Su aerodinámica estructura apenas encontraba resistencia en el aire.

El radar detectó de inmediato una señal. El técnico llamó a un superior, que le confirmó que la señal parecía proceder de un avión, y lo comunicó al Centro de Mando. Esta comunicación tardó sólo setenta y cinco segundos en recibirse. Despertaron al comandante de la base, que autorizó a que se diese la alarma. Habían pasado exactamente dos minutos y cinco segundos desde que se captó la primera señal en el radar.

La base aérea estaba rodeada de baterías artilleras, aunque sólo las de los lados este y oeste podían hacer un eficaz seguimiento del intruso. Salieron veintiocho hombres, siete a cada batería de dos cañones, que tardaron ochenta segundos en llegar a sus puestos, y pasaron otros cinco segundos más antes que los artilleros se colocasen los auriculares.

—Batería suroeste a la torre —dijo uno—. ¿Cuál es la posición del intruso?

—Lo hemos detectado a doscientos setenta y siete grados. Desciende muy rápido y se acerca a una velocidad de…

Se oyó a lo lejos una explosión. El sistema de ataque antirradar Tacit Rainbow ABM-136A del Nighthawk lanzó un misil teledirigido que impactó y destruyó la antena del radar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el artillero.

—¡Que lo hemos perdido! —contestó la torre.

—¿El avión?

—¡El radar!

Los técnicos del panel de control teclearon las últimas coordenadas captadas. Los enormes y negros cañones empezaron a situarse en posición de tiro. Aún no habían fijado del todo el blanco, cuando un sónico estruendo les anunció a los artilleros que un intruso en forma de flecha acababa de llegar a visitarlos.

Guiado por su radar láser de proyección delantera y una pantalla «sorda» de TV, el F-117A localizó fácilmente el aparato que había atacado al Mirage. Estaba en la pista, flanqueado por otros dos MIG.

El piloto llevó la mano junto a su rodilla izquierda y pulsó el botón rojo, insertado en un cuadrado amarillo con franjas diagonales negras. De inmediato, el aire que rodeaba el aparato se rasgó como una pieza de seda con el fuerte zumbido del misil teledirigido ABM 65, un fino cohete que recorrió los 1700 m que separaban el aparato del blanco en menos de dos segundos.

El MIG saltó por los aires hecho añicos, y formó una gigantesca bola de fuego que convirtió la noche en día y el día en un llameante crepúsculo. Los aparatos que lo flanqueaban quedaron panza arriba. Fragmentos del aparato salieron despedidos en todas direcciones. La onda expansiva hizo estallar los cristales de la torre, de los hangares y de más de la mitad de los veintidós aparatos que había en el aeródromo. Trozos de plástico y de otros materiales blandos caían envueltos en llamas por doquier, provocando pequeños incendios en los edificios de la base y en los matorrales contiguos a las pistas.

Uno de los artilleros murió a causa de la explosión, al atravesarle el pecho un trozo de metal de veinticinco centímetros.

El comandante de la base ordenó el despegue de cuatro reactores, pero el F-117A ya había dado media vuelta y enfilaba hacia el portaaviones *Halsey* antes de que les diese tiempo a elevarse.

SESENTA

Miércoles, 3:45, Cuartel General de la CIAC

El director Im Yung-Hoon estaba agotado. Tendría que tomarse otra taza de café para reanimarse si es que de una puñetera vez se la traían a su despacho, y el informe del laboratorio. Le habían tomado las huellas dactilares a aquel cabrón hacía quince minutos y, de inmediato, se introdujeron en el ordenador para que las examinase. *Teóricamente*, aquel maldito artefacto procesaba a la velocidad de la luz, por así decirlo.

Yung-Hoon se restregó sus cadavéricos ojos con sus largos dedos, se echó hacia atrás el largo y canoso flequillo y miró en derredor del despacho. Allí estaba él, jefe de uno de los servicios de inteligencia puestos más al día, con sus cuatro plantas y tres sótanos atestados de los más modernos instrumentos de análisis y equipos de detección, y nada parecía funcionar como era debido.

Tenían una galaxia de huellas dactilares en su banco de datos: de ficheros policiales, expedientes académicos e incluso de bolígrafos, gafas y teléfonos tocados por norcoreanos. Sus agentes habían llegado al extremo de arrancar los pomos de las puertas de las bases militares norcoreanas.

¿Cuánto iban a tardar en identificar las huellas?

Sonó el teléfono y pulsó el botón del altavoz.

—Diga.

—Soy Riu, señor. Tendría que enviar estas huellas al Centro de Operaciones de Washington.

Yung-Hoon resopló por la nariz.

—¿No han encontrado nada?

—De momento, no. Pueden no ser de norcoreanos ni de delincuentes fichados, sino de un ciudadano de otro país.

Sonó el teléfono de la línea de su asistente Riu.

—Está bien. Envíelas —dijo el director, que colgó y cogió el otro teléfono—. Diga.

—Señor, acaban de llamar del cuartel del general Sam. Un caza estadounidense ha atacado la base aérea de Sariwon.

—¿Un caza?

—Sí, señor. Creemos que un Nighthawk ha alcanzado al MIG que atacó a su Mirage.

«Al fin —pensó Yung-Hoon— una noticia agradable».

—Estupendo. ¿Cómo está Kim Hwan?

—Aún no lo sabemos. Sigue en el quirófano.

—Bueno. ¿Llega ese café o qué?

—Se está haciendo, señor.

—¿Qué pasa que va todo tan lento aquí, Riu?

—Es que estamos cortos de personal, señor.

—Paparruchas. Un solo hombre ha atacado Sariwon. Caemos en el conformismo. Todo esto ha ocurrido porque nos dedicamos a engordar, y nos falta iniciativa. Quizá tengamos que introducir algunos cambios…

—Está bien… ahora mismo le traigo el café que ya ha salido, señor.

—Ya veo que me ha captado, Riu.

El director estampó el auricular en el receptáculo. ¡Necesitaba el café, joder! Tenía razón en lo que le había dicho a Riu. La organización había perdido su mordiente. Y el mejor de sus hombres estaba en el quirófano, Dios sabe en qué estado.

Yung-Hoon se enfureció al enterarse de lo que Hwan había hecho: largarse con la espía y pedirle ayuda. No era así como se hacían las cosas, aunque quizá justamente por eso hubiese tenido que hacerlo así.

Muéstrate compasivo y confiado donde normalmente te muestras iracundo y receloso. Desconcierta, confunde.

Él se formó en la vieja escuela, y Hwan pertenecía a la nueva generación. Si su subdirector sobrevivía, quizá hubiese llegado el momento de pasarle los trastos.

Quizá disparatase por puro agotamiento. A ver si veía las cosas más claras después del café. Por lo pronto, se llevó la mano derecha a la sien y amagó un marcial saludo a los estadounidenses por contribuir a la confusión de los norcoreanos.

SESENTA Y UNO

Martes, 14:00, Centro de Operaciones

El laboratorio del Centro de Operaciones era pequeñísimo, de sólo cien metros cuadrados. No obstante, la doctora Cindy Merritt y su ayudante Ralph no necesitaban mucho más espacio. Datos y documentos se archivaban en sus ordenadores, y todos los instrumentos estaban instalados en el interior de armarios, bajo las mesas y adosados a los periféricos.

Las huellas introducidas en el ordenador de la CIAC llegaron al ordenador de Merritt a través de un *modem* de seguridad. En cuanto las recibieron, el entramado de curvas y lazadas de las huellas fue procesado y comparado con huellas similares enviadas por la CIA, el Mossad, el MI5 y otros servicios de inteligencia, además de las de los ficheros de la Interpol, Scotland Yard y otras fuentes policiales, así como de grupos de inteligencia militar.

A diferencia del programa de la CIAC, que superponía toda la huella en las que tuviesen archivadas (procesando veinte por segundo), el programa del Centro de Operaciones, que Matt Stoll creó en colaboración con Cindy, dividía cada huella en veinticuatro fragmentos de idéntico tamaño y, literalmente, las «lanzaba al aire». Si cualquiera de los fragmentos coincidía con alguna de las huellas archivadas, se comparaba entonces toda la huella. Esta técnica les permitía examinar 480 huellas por segundo en cada ordenador.

Bob Herbert y Darrell McCaskey ya habían llegado al recibirse las huellas, y le pidieron a Cindy si podían dedicar varios ordenadores para el trabajo. La impasible química pudo destinarles tres, y les dijo que no se marchasen porque no iba a tardar.

Y no se equivocó. Uno de los ordenadores localizó las huellas en tres minutos y seis segundos. Ralph trajo el expediente.

—«Cabo Jang Tae-un —leyó—. Lleva cuatro años en el ejército. Destinado a la unidad de explosivos del comandante Kim Lee…».

—¡Ahí está! —exclamó Herbert en tono triunfal.

—«… y es un especialista en el combate cuerpo a cuerpo».

—Siempre que el otro no vaya armado —masculló Herbert.

McCaskey le pidió a Ralph que sacase un listado de los datos y luego se dirigió a la doctora Merritt.

—Es usted prodigiosa, Cindy —le dijo.

—Pues a ver si se lo dice a Paul —contestó la atractiva morenita —. Nos haría falta un matemático, a tiempo parcial, para que nos ayude a programar los algoritmos que utilizamos para modelar biomoléculas.

—Descuide, ya se lo diré —dijo McCaskey, que le guiñó el ojo al coger la copia en papel que acababa de hacerle Ralph—, y con sus mismas palabras.

—Eso —dijo ella—, que ya le explicará su hijo lo que quieren decir.

Hood estaba más preocupado por el comandante Lee que por la petición de Cindy. Con Liz Gordon y Bob Herbert a su lado, ambos mirando a la pantalla del monitor, volvió a leer el expediente del comandante del ejército de Corea del Sur que el general Sam le había enviado electrónicamente desde Seúl.

Al director le resultaba difícil concentrarse. Desde que comenzó la crisis, no había sentido tanto apremio como en aquellos momentos por averiguar quién estaba detrás del atentado. Aparte

de que la escalada de la tensión se había cobrado una vida, temía que su iniciativa diplomática inclinase al presidente a postergar el Centro de Operaciones. Steve Burkow había telefoneado para informarle del ataque al aeródromo norcoreano, sólo dos minutos antes de que se produjera. El jefe del Cuerpo Expedicionario de Corea ni siquiera había colaborado con el equipo de estrategia. El presidente quería un enfrentamiento armado, y hacía todo lo posible por provocarlo. Algo que habría estado muy bien, de estar justificado.

Si Hood se equivocaba respecto de la inocencia de los norcoreanos, tendría que lamentar algo más que haber perdido la confianza del presidente. Tendría que empezar a preguntarse si tanto tiempo en la política no le habría convertido en el alma contemporizadora que en otro tiempo creyó ser.

En fin, por lo pronto, tendría que concentrarse en la pantalla del monitor.

Lee era un veterano que llevaba veinte años en el ejército y que sentía una lógica animosidad hacia Corea del Norte. Su padre, el general Kwon Lee, fue muerto en Inchon durante la guerra, y su madre, Mei, hecha prisionera y ahorcada por espiar la llegada y salida de los trenes militares en la estación de Piongiang.

El comandante Lee se crió en un orfanato de Seúl, e ingresó en el ejército a los dieciocho años. Sirvió a las órdenes del ahora coronel Lee Sun que, ya en el instituto, se significó como separatista de los que repartía octavillas. Fue detenido una vez.

Aunque Lee no pertenecía a ninguna de las organizaciones clandestinas como «Hermandad de la División» o «Hijos de la Muerte» (hijos e hijas de soldados muertos durante la guerra), Lee estaba al mando de un grupo de élite del contraespionaje y era soltero. Había realizado numerosas operaciones de reconocimiento en Corea del Norte para ayudar a calibrar los satélites espías estadounidenses y medir objetos de la superficie para proporcionarle a la ONR puntos de referencia.

—¿Qué le parece a usted, Liz? —preguntó Hood.

—En mi campo, las cosas no son nunca blancas o negras, pero sospecho que es todo lo que va a averiguar…

Sonó el intercomunicador de la línea del *Pincha*.

—¿Qué hay?

—Llamada urgente por la línea de seguridad: es el director de la CIAC.

—Gracias —dijo Hood, que pulsó el botón iluminado—. Soy Paul Hood.

—Director —dijo Yung-Hoon—, acabo de recibir un interesantísimo mensaje radiado de la espía norcoreana con quien Kim Hwan estaba esta noche. Dice que él le pidió comunicar con el Norte e indagar acerca del robo de explosivos y botas militares de cualquier cuartel de la República Democrática Popular de Corea.

Herbert chascó los dedos y miró a Hood.

—Ésa es la comunicación de que me hablaba Rachel cuando estaba en su despacho —susurró.

Hood asintió con la cabeza, y se llevó la mano derecha a la oreja para amortiguar el ruido que hacía Liz con el teclado.

—¿Y qué han dicho los norcoreanos, mister Yung-Hoon?

—Que varios pares de botas, explosivos y armas cortas fueron robados de un camión que se dirigía al depósito de Koksan, hace cuatro semanas.

—¿Le han comunicado esta información a ella?

—Sí, pero es muy raro porque, después de llevar a Hwan al hospital Nacional Universitario, robó el coche y huyó. La buscamos.

—¿Algo más, señor?

—No. Hwan sigue en el quirófano.

—Gracias. Seguiremos en contacto… ya que quizá tengamos algo.

«Operaciones de reconocimiento en el Norte», pensó Hood al colgar.

—Bob, llame al general Sam y averigüe si nuestro amigo Lee realizó alguna operación de reconocimiento en el Norte hace cuatro semanas.

—De mil amores —dijo Herbert, que se impulsó con la silla hacia el pasillo con un entusiasmo que Hood no le había visto nunca.

Liz Gordon miraba la pantalla del ordenador.

—Sabe, Paul, creo que, si existe una conspiración, el tal coronel Sun debe de estar implicado también.

—¿Por qué?

—Me acaban de pasar su expediente, y dice que no sabe delegar.

—O sea, ¿qué tiene muy a raya a Lee?

—Todo lo contrario. No parece que Sun tenga mucho que ver con la actividad de Lee.

—Lo que significaría que *no* está implicado…

—O que tiene en Lee una confianza tan absoluta que no necesita supervisarlo.

—Hasta ahí no llego…

—Sí, hombre. Es lo típico cuando dos personas están en la misma onda. Es de libro: la clásica relación simbiótica que oficiales como Sun mantienen con sus subordinados.

—De acuerdo. Haré que Bob averigüe también por dónde anda Sun.

Paul Hood miró el reloj de cuenta atrás y luego la ensalada que había dejado, a medio comer, a un lado. Cogió un trozo de zanahoria caliente y empezó a masticar.

—Fíjese: hemos tardado casi diez horas en dar con nuestra primera pista válida y necesitado la ayuda de una espía norcoreana. ¿Qué le dice esto de nuestra eficiencia?

—Que estamos en rodaje.

—No me venga con paños calientes. No hemos dado una. *Nosotros* teníamos que haber contactado con el Norte acerca del robo. Debíamos tener un canal de comunicación para eso. Y también debíamos tener un archivo acerca de los surcoreanos separatistas.

—Sí. Lúcidos como en un lunes por la mañana. Pero ahora lo tendremos, aunque no crea que lo hacemos tan mal si tenemos en cuenta que vamos a contracorriente respecto del presidente y algunos de sus consejeros más allegados.

—Quizá —admitió Hood, sonriente—. Usted fue la primera en opinar que el presidente norcoreano no estaba detrás de esto. ¿Cómo se siente ahora, después de que el resto de nosotros hemos cambiado de opinión?

—Asustada —dijo Liz Gordon.

—Bueno. Sólo quería asegurarme de que no soy el único que lo está —dijo Hood, que archivó el documento del mando surcoreano —. Ahora voy a explotar a fondo a Mike Rodgers, a ver si le sacamos partido a nuestro comando Striker y le conseguimos al Centro de Operaciones una parte de la tajada militar. ¿Quién sabe? A lo mejor, Mike tiene nuevas ideas para sorprender incluso a la nueva pollada de halcones de la Casa Blanca.

SESENTA Y DOS

Martes, 8:40, al este de la isla de Midway

Hacía una hora que, en pleno cielo de Hawai, el KC-135 de reabastecimiento repostó al atronador C-141A. Tendría ahora una autonomía de vuelo adicional de 6400 km, más que suficiente para llegar a Osaka.

El capitán Harryhausen había informado al teniente coronel Squires de que, con el fuerte viento de cola con que sobrevolaban el Pacífico, llegarían a Japón con una hora de adelanto, hacia las cinco de la madrugada.

Squires consultó al técnico de vuelo: en Corea del Norte no saldría el sol hasta las seis y cinco. Con suerte, para entonces ya estarían en la sierra del Diamante.

Mike Rodgers estaba sentado, con los brazos cruzados y los ojos cerrados, sumido en una ensoñación acerca de un montón de cosas: recuerdos inconexos, de amigos que ya no estaban, solapados con imágenes de cómo pudiera ser la sierra del Diamante. Y también pensaba en el Centro de Operaciones, preguntándose qué estarían haciendo, porque le hubiese gustado estar allí dando órdenes… aunque se alegrase de ir a entrar en acción.

Dejaba, adrede, que sus pensamientos flotasen como nubes. Había aprendido que el mejor medio para recordar planes complejos era leerlos dos o tres veces, dejarlos luego «flotar» en la memoria y volver sobre ellos un par de horas más tarde. Esta técnica, que

aprendió de un actor amigo, hacía que el material permaneciese activo en el cerebro durante unos días y luego se evaporase. A Rodgers le gustaba porque no absorbía mucho tiempo ni monopolizaba células del cerebro para siempre. Hubiese sido espantoso poder recordar inútiles datos memorizados mientras empollaba para los exámenes del instituto: que Frances Folsom Cleveland, viuda del presidente Grover Cleveland, fue la «primera dama» en volver a casarse, o que aquella nave gemela del *Mayflower*, tan poco marinera, se llamaba *Speedwell*.

Lo mejor era que, dejar flotar en la mente los planes que Squires comentó con él, le permitía relajarse en un vuelo tan largo, acumular fuerzas para la misión…

—¡General!

… y ponerse al teléfono si llamaba Paul Hood, naturalmente.

Rodgers se incorporó y se quitó los auriculares.

—Sí, cabo Puckett.

—Mister Hood, señor.

—Gracias, cabo.

Puckett dejó la radio en el banco, junto a Rodgers, y volvió a su asiento. Éste se colocó de nuevo los auriculares mientras el teniente coronel Squires se desperezaba.

—Rodgers al habla.

—Hay novedades, Mike. Los norcoreanos le han disparado a uno de nuestros aparatos de reconocimiento y han matado a una oficial. El presidente ha ordenado replicar, y hemos destruido el aparato enemigo en su base.

—¡Bravo por el presidente!

—Mira, Mike, la verdad es que… no lo secundamos en esto.

—¿Cómo? —exclamó Rodgers, que apretó los dientes.

—Creemos que a los del Norte se la han jugado —le explicó Hood —, que es un oficial surcoreano quien está detrás del atentado de esta mañana.

—¿También es él quien ha matado a nuestra oficial?

—No, Mike, pero habíamos penetrado mucho en el espacio aéreo norcoreano.

—En tales casos se obliga al aparato a aterrizar sin dispararle —replicó Rodgers—. ¿Y no es eso lo que han hecho los muy canallas, verdad?

—No. Y de eso tendremos que hablar en otro momento. Estamos en la fase Defcon tres, y creemos que la cosa se va a calentar. De ser así, podemos destruirles todos los Nodong que tienen instalados en plataformas fijas, pero a ustedes les corresponderá encargarse de los móviles.

—¿A mi discreción?

—¿Quién está al mando, usted o el teniente coronel Squires?

—Él, pero vamos muy de acuerdo. ¿A *nuestra* discreción entonces?

—Dudo que haya tiempo de consultar su operación con el Pentágono, aparte de que el presidente no quiere saber nada del asunto. De manera que sí, Mike. Si tiene pinta de que vayan a lanzar los misiles, los destruyen. Y, francamente, Mike, aquí nos hemos lucido. Nosotros venga a abogar por la paz, mientras el ataque al aeródromo de Sariwon nos pone en evidencia, a contracorriente del presidente. Así que me conviene sacar la caja de los truenos.

—Mensaje recibido, Paul.

Estaba clarísimo. Una vez más un político en apuros necesitaba una acción militar para enardecer a sus votantes (en este caso, el presidente) y volvérselos a ganar. Le apretaba las clavijas a Hood, a quien valoraba, como una cuarta carta para hacer póquer o como compañero para jugar a indios, pero Rodgers era socio fundador de la escuela diplomática «George Patton»: primero atizar y luego negociar con el pie en el cuello del enemigo. Y seguía convencido de que el Centro de Operaciones sería más eficaz, respetado y temido si le confiaba su inteligencia a una Magnum del calibre 45 en lugar de a un ordenador Peer-2030.

—No es necesario que le diga que se cuide —dijo Hood—. Y buena suerte. Si algo ocurriese, nadie podría ayudarlos.

—Lo sabemos. Les comunicaré a los hombres sus palabras.

Al colgar Rodgers, el cabo Puckett se precipitó a por la radio. Squires se quitó un auricular.

—¿Ocurre algo, señor?

—Mucho —contestó Rodgers, que se alcanzó su bolsita de debajo del asiento y se la puso en el regazo—. Vamos a tener que sacar la espada antes de que el jefe haga que se nos oxide.

—¿Pues?

—Henry Ward Beecher. ¿Sabe lo que decía de la ansiedad?

—No, señor. Así, de pronto, no caigo en lo que dijese el predicador.

—Pues decía: «No es el trabajo lo que agota a los hombres, sino la preocupación. El trabajo es saludable. La preocupación es como óxido en la azada». Paul se preocupa demasiado, chaval, pero me ha dicho que en cuanto un Nodong levante la cabecita un tanto así, somos libres de hacer algo más que de informar al Centro de Operaciones.

—Cojonudo —dijo Squires.

Rodgers abrió la cremallera de la bolsita.

—De manera que ya ha llegado el momento de mostrarle lo que vamos a utilizar con esos juguetitos.

Mike Rodgers sacó dos esferas de doce milímetros de diámetro, una verde hoja y la otra gris oscuro.

—Son los EBC. Tengo veinte aquí —le dijo—. La mitad son grises y la mitad verdes. Tienen un alcance de mil seiscientos metros.

—Maravilloso —dijo Squires—. Pero ¿para qué sirven?

—Pues para lo mismo que las miguitas de pan en *Hansel y Gretel*.

Rodgers le pasó las esferas a Squires, volvió a meter la mano en la bolsa y sacó un instrumento de la misma forma y tamaño que una pequeña grapadora. Levantó la parte superior, articulada en un

extremo: había una minúscula pantallita de cristal líquido en la superficie con cuatro botones debajo, de color verde, gris, rojo y amarillo, y un auricular conectado a uno de los lados del aparato. Rodgers lo retiró, pulsó el botón rojo y apareció una flecha que señalaba hacia Squires con un sonoro «pip».

—Aléjese un par de pasos —le dijo Rodgers.

Squires lo hizo, y la flecha lo siguió.

—Si se alejase más, el «pip» sonaría más débil. Matt Stoll las diseñó para mí. Es sencillo pero brillante. En una incursión inicial en un sector, se dejan las bolas en el suelo, verdes en una región boscosa, grises en zonas montañosas, y, simplemente, conectas el busca y el auricular para que el enemigo no oiga los «pips» y sigues de pelotita en pelotita.

—Como si trazases un punteado —dijo Squires.

—Exacto. Con estos aparatitos y nuestras gafas de visión nocturna podemos movernos por las montañas como linces.

—Miguitas de pan electrónicas —dijo Squires, que se echó a reír y se las devolvió—. *Hansel y Gretel…* que esto no es cosa para personas mayores, ¿verdad, señor?

—A los niños les encanta pelear, y rara vez piensan en la muerte. Son los perfectos soldados.

—¿Y eso quién lo dijo?

—Yo, chaval, yo —repuso Rodgers, sonriente.

SESENTA Y TRES

Miércoles, 5:20, Zona Desmilitarizada

Gregory Donald se había enterado del ataque a Sariwon hacía una hora, después de terminar otra de sus patrullas de reconocimiento para el Centro de Operaciones, y aún no acababa de creérselo. Habían despertado al general Schneider para comunicárselo, y éste se lo había dicho a él, gozándola al notar la repulsión de Donald.

Había muerto otra persona. Se había acabado con una vida para que el presidente de los EE. UU. diese imagen de duro. Donald se preguntaba si Lawrence se habría mostrado tan dispuesto a acabar con aquella vida de haber tenido al artillero a cuatro pasos, a merced de su pistola.

Por supuesto que no. Una persona civilizada no podría.

¿Qué era lo que impulsaba a la misma persona civilizada a matar para ganar unos puntos en las elecciones o demostrar que tenía razón? Lawrence hubiese aducido, como tantos otros presidentes anteriores, que este tipo de bajas evitaban que se produjesen más en el futuro. Donald, en cambio, sostenía que el diálogo podía evitar más bajas aún. Todo lo que hacía falta era que cualquiera de los dos bandos no temiese parecer débil o conciliador.

Miró a lo lejos, al barracón en el que, a caballo de ambas fronteras, se celebraban las reuniones, con ambos lados intensamente iluminados y vigilados para evitar que nadie se colase en el interior. Las banderas de las dos Coreas ondeaban en lo alto de

astas de una longitud surrealista: la de Corea del Sur rematada, desde hacía poco, con una aguja en lugar de con una bola, para que pareciese doce centímetros más alta que la de Corea del Norte… de momento, porque no le cabía duda de que ya habrían encargado una aguja de quince centímetros que estaría al llegar, a lo que Corea del Sur replicaría con otra aún más alta, o quizá con una veleta o una antena de radio. Las alternativas eran tan absurdas como infinitas.

Sólo conque ambas partes se lo propusieran, podían resolver sus problemas entre aquellas cuatro paredes. Soonji pronunció una vez un discurso sobre el tema en una reunión entre coreanos y negros que tuvo lugar en Nueva York en 1992, en el momento de máxima tensión entre ambos grupos.

«Es como el viejo juego postal de la cadena —les dijo—. Sólo con que una persona de cada bando pueda convencer a otra de su propio bando, y esas dos a otras dos, y las cuatro a otras tantas, tendríamos el principio de lo que de verdad necesitamos».

El principio… y no un final. No más sangre derramada ni más recursos dilapidados. No más odio inculcado en la mente de una nueva generación.

Donald empezó a alejarse de la frontera del recinto. Miró hacia las estrellas.

De pronto se sintió muy cansado, abrumado por el dolor, la desesperanza y la duda. Quizá Schneider tuviese razón. Quizá los norcoreanos lo utilizasen e hiciese más mal que bien en su pretensión de instaurar «la paz en nuestro tiempo».

Se detuvo, se sentó y se echó boca arriba con la cabeza reposada en un rodal de hierba. Soonji lo hubiese animado a seguir adelante con su iniciativa. Era una idealista, no una realista, pero que logró casi todo lo que se propuso.

«Soy un pragmático —dijo con lágrimas en los ojos—. Siempre lo he sido. Ya lo sabes, Soonji». Buscó en el cielo alguna constelación que le resultase familiar, como si necesitase ver algo ordenado, pero

no había más que un bosque de estrellas. «Si renuncio a lo que hasta ahora he creído, mi vida habrá sido una mentira… o lo será en adelante. No creo haberme equivocado. De manera que he de seguir adelante. Ayúdame, Soonji. Infúndeme un poco de tu confianza».

Cerró los ojos al sentir en el rostro la cálida brisa. Nunca volvería con él, claro está, pero él sí podía ir a su encuentro, si no en la vida real por lo menos en la ensoñación. Y allí, boca arriba, en silencio, entre el sueño y la vigilia, ya no sintió inseguridad, ni temor, ni soledad.

Mientras tanto, a tres kilómetros al oeste y a unos palmos bajo tierra, el último de los letales bidones se deslizaba hacia el norte, portador de un sueño muy distinto…

SESENTA Y CUATRO

Miércoles, 16:00, Centro de Operaciones

—¿Qué tal tiempo hace ahí afuera? —preguntó Hood al entrar en el despacho de Matt Stoll.

Matt pulsó «MAYÚSCULAS/F8», luego «3» y luego «2».

—Soleado, veinticinco grados, viento del suroeste.

Stoll pasó de nuevo a la caja baja del teclado, introdujo unas instrucciones, aguardó unos instantes e introdujo más.

—¿Qué tal va, Matty?

—Tengo el sistema descontaminado, salvo por lo que a los satélites se refiere. Creo que tardaré unos noventa minutos.

—¿Por qué tanto? ¿No ha de programar, sólo que se borre?

—En este caso no. Hay fragmentos del virus en los archivos fotográficos que tenemos sobre la región desde los años setenta. Han sacado imágenes de todas partes. Sólo con las tomas de hoy podríamos escribir una historia sobre la informática norcoreana gorda como un mamotreto de Ken Burns. Es perfecto. Tengo que conocer al tipo que hizo el programa antes de que le peguemos un tiro.

—Prometido —dijo Hood restregándose los ojos—. ¿No se ha tomado ni un pequeño descanso hoy?

—Sí, claro. ¿Y usted?

—Ahora me lo estoy tomando.

—Ya. Ocio activo. Estirar un poco las piernas. Ver que no vaya a joderla yo otra vez.

—Eh, Matty, que nadie le culpa de lo ocurrido…

—Me culpo yo. Hay que joderse. ¡Y yo era el que me carcajeaba de Shakespeare o de quienquiera que fuese el que dijo: «Que por falta de un clavo perdió el caballo la herradura…»! Pues dio… en el clavo. Yo lo perdí. Nada de «mi reino por un caballo». ¡Por un clavo! Por cierto, ¿podría hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿A que la gozó un poco cuando les entró el «paralís» a los ordenadores? ¿O son figuraciones mías?

—No son figuraciones suyas. Sí que la gocé, sí. Reaccioné con…

—Con suficiencia. Perdone la franqueza, Paul, pero se lo noté.

—Quizá. Tengo la sensación de que hemos caído todos en la trampa de la velocidad: a toda pastilla, simplemente, porque los medios técnicos lo permiten. Cuando las comunicaciones eran más lentas y las operaciones de reconocimiento tardaban más, daba tiempo a pensar y tranquilizarse antes de liarse a bombazos.

—Pero se liaban de todas maneras. Los sudistas hubiesen bombardeado Fort Sumter con Dan Rather y Steve Jobs o sin ellos, y la guerra civil hubiese empezado igualmente. Creo que le gusta hacer como esos padres que dicen que los hijos creen no necesitarlos, hasta que se meten en una acequia con el coche familiar.

Antes de que Hood pudiese protestar (algo de lo que luego se alegró porque comprendió que Stoll tenía razón), Bob Herbert lo mandó llamar. Utilizó el teléfono de Matt, y marcó el número de Herbert.

—Hood al habla.

—Malas noticias, jefe. Hemos averiguado en qué ha andado hoy el comandante Lee, por lo menos en parte.

—¿En otro atentado?

—Pinta de eso tiene. Se ha llevado cuatro bidones de gas venenoso, tabun, del depósito de materiales peligrosos de la base del ejército en Seúl. Por lo legal, con toda la documentación en orden. Ha dicho llevarlos a la Zona Desmilitarizada.

—¿A qué hora?

—Unas tres horas después del atentado.

—De manera que ha tenido tiempo de perpetrar el atentado, llegar a la base y enfilar hacia el norte, suponiendo que sea ahí adonde ha ido. Y de camino decidió quitar de en medio a Kim Hwan.

—Parece que encaja.

Hood miró el reloj.

—Si ha ido de verdad al norte, lleva allí por lo menos siete horas.

—Pero ¿haciendo qué? El tabun es un gas bastante pesado. Alguien lo notaría si lo cargase en la cabeza de un misil, y para utilizarlo contra las tropas necesitaría un traje especial.

—Lo que está por ver es contra qué tropas. Podría utilizarlo contra las nuestras para enfurecer a Lawrence, o contra los norcoreanos, con igual objetivo. Mire, Bob, no pienso ir a decírselo al presidente. Llame a la Zona Desmilitarizada y hable con el general Schneider. Despiértelo y cuéntele lo de Lee. Dígale también que localice a Donald y que le diga que me llame.

—¿Y qué le va a decir usted a Greg?

—Que se comunique por radio con el general Hong-koo y que le diga que anda por ahí un loco suelto.

Herbert resopló audiblemente a través del teléfono.

—¿Decirles a los norcoreanos que son los surcoreanos quienes están detrás de todo esto? —exclamó Bob—. Ay, jefe, que el presidente lo va a dejar más frito que a Ike Clanton.

—Si me equivoco, yo mismo le cargaré la pistola.

—¿Y la prensa? Los norcoreanos lo difundirán por todas partes.

—Hablaré con Ann Farris acerca de eso. Algo se le ocurrirá. Además, la opinión pública internacional puede refrenar al

presidente lo suficiente para que nos dé tiempo a demostrar que tenemos razón.

—O a que nos cueste nuestras regias cabezas.

—Hay muchas vidas en juego. Así que… hágalo, Bob, ya que el tiempo apremia.

—Ya, ya —dijo Stoll, tras colgar Hood, sin levantar la cabeza del teclado—. Mis dedos no pueden correr más. Usted averigüeme qué clase de camión conducía Lee, que yo le pondré a funcionar los satélites lo antes posible.

SESENTA Y CINCO

Miércoles, 6:30, Zona Desmilitarizada

En su larga carrera de zapador, Lee aún no había averiguado qué era peor, si los pestilentes y húmedos túneles que le dejaban a uno los pulmones irritados y el rostro congestionado durante semanas o los túneles secos en los que apenas se podía respirar, como aquél, que llenaban los ojos y la nariz de arena y dejaban la boca tan reseca que llegaba a doler.

«Esto es peor —se dijo—. Al hedor se habitúa uno, pero a la sed no».

Menos mal que ya le faltaba poco. Estaban en el tramo final del túnel, con el último bidón. En cosa de minutos llegarían al hueco que excavaron en el otro extremo. Ayudaría a Yoo a izar los bidones, y el resto ya correría de cuenta del cabo: acercarlos al blanco y colocarlos antes de la salida del sol.

El cabo llevaba consigo las herramientas. Días atrás, estudiaron el recorrido que tendría que hacer a oscuras por la sierra, y estaban seguros de que nadie podría verlo.

Mientras Yoo cumplía con su cometido, Lee iría a encargarse de mister Gregory Donald antes de que pudiera entrevistarse con Hong-koo. Muy típico de los estadounidenses: o eran imperialistas o farisaicos entrometidos. Los detestaba por eso y por haberse detenido cuando tuvieron la victoria tan cerca. Puesto que ya no lo

ayudaban a acabar con el Estado de Piongiang, los echaría de su país.

Su país. No el de Harry Truman ni el de Michael Lawrence; ni el del general Schneider ni el del general Norbom. La identidad y la laboriosidad de su pueblo llevaban demasiados años constreñidas y desvirtuadas. Y eso se tenía que acabar.

A pesar de las rodilleras, Lee tenía las rodillas descarnadas de tanto gatear, y el parche del ojo, empapado en sudor. Su ojo bueno le escocía, pero seguía avanzando frenéticamente a lo largo de aquellos últimos metros, de aquellos últimos minutos previos a la segunda y tercera fases de la operación, que culminaría en lo que planearon desde que se lo propuso al coronel Sun, dos años atrás.

Siguió gateando. Con la mano derecha empujaba el bidón y con la izquierda se apoyaba en el suelo para mantener el equilibrio, con los hombros encogidos. Su ojo bueno miraba a uno y otro lado mientras avanzaba, atento a las paredes del túnel. Sólo le faltaban unos pocos pasos, apenas segundos.

Ya estaba: el cuarto bidón, junto a los otros tres. Yoo sacó del hueco excavado en la pared una arrollada escalerilla de cuerda y, de espaldas a la pared del estrecho túnel vertical, ascendió hasta la boca. Después de fijar la escalerilla a una roca, la lanzó al fondo y empezaron a izar los bidones.

El comandante Lee volvió a introducirse en el túnel. Tenía ya tal práctica en gatear que, a veces, no tocaba con las rodillas en el suelo al impulsarse con la punta de los pies, con tal ímpetu que las piernas asomaban entre sus codos. Tentó la linterna que llevaba prendida en la hombrera y la apagó al aproximarse a la entrada vertical del lado sur del túnel. Al llegar, asió la soga y se aupó hasta asomar sólo la cabeza por el borde superior.

No se veía a nadie. Ya en el exterior, el comandante Lee se palpó el bolsillo izquierdo para asegurarse de que no se le hubiese caído la

navaja automática y se adentró en la oscuridad.

SESENTA Y SEIS

Miércoles, 7:00, sierra del Diamante

La Browning 7,65 × 17 mm, oficialmente denominada Type 64, era una pistola de fabricación norcoreana, casi una copia del modelo Browning 1900 de la Fabrique Nationals belga. Pero lo que le interesaba al coronel Sun —y la razón de que le pidiese al coronel Oko que le proporcionase aquel arma— era que llevaba silenciador incorporado.

Inclinado sobre el respaldo del *jeep*, el ordenanza de Sun le entregó al coronel la 64, idéntica a la suya. Sun comprobó el cargador al salir de la playa, ya que del coronel Oko sólo se fiaba hasta cierto punto. Sus padres sirvieron juntos en la unificada Corea, lucharon contra los japoneses y fueron de niños compañeros de juegos. Pero como todo hombre dispuesto a sacrificar la vida de sus hombres por la causa, era tan de admirar como poco de fiar.

«¿Acaso no es distinto lo que hago yo?», se decía Sun. Los soldados que colaboraban con él y con el comandante Lee eran voluntarios, pero ¿y los miles, o quién sabe si decenas de miles, que morirían cuando estallase la guerra? Ésos no eran voluntarios.

Y sin embargo *debían* hacer lo que hacían. Estaba convencido de ello desde que, en 1989, sus ideas cristalizaron y publicó un panfleto anónimo titulado *No hay más Corea que Corea del Sur* que enfureció a los intelectuales y a los activistas partidarios de la unificación, lo que le indicó que iba por buen camino. Sostenía que la reunificación

sería un desastre económico y cultural, y que destrozaría las vidas, las carreras y las aspiraciones políticas de los oficiales de ambos lados de la frontera. Eso, por sí solo, provocaría el caos. Los militares como Oko no se iban a resignar a que los licenciasen con, a lo sumo, un mediocre puesto de consolación. Terminarían por dar un golpe de Estado que llevaría a la península a una guerra civil mucho más cruenta que la relativamente pequeña conflagración que ellos planeaban. Además, la afirmación del carácter irreversible de la división evitaría que se produjesen brutales confrontaciones como las de los disturbios de Seúl en 1994. Siete mil soldados hicieron frente a diez mil partidarios de la unificación, con el resultado de más de doscientos heridos. Tales protestas no harían sino agravarse a causa de la continuada ayuda de los EE. UU. para que Corea del Norte sustituyese sus anticuados reactores nucleares. Unos reactores nucleares más modernos reducirían la cantidad de plutonio, y de bombas atómicas, que el Norte podría fabricar, lo que los haría más receptivos a un tratado de defensa mutua con Corea del Sur.

A la larga, era preferible el camino seguido por él y sus adláteres. Y si el presidente de los EE. UU. se empeñaba en entrometerse, en imponerle la reunificación a Corea del Sur, entonces él y sus aliados se encontrarían, a lo sumo, con una pírrica victoria.

El tiempo apremiaba. Había llegado el momento de actuar.

Sun y Kong llevaron la mano izquierda a la culata de la pistola y la empuñaron. El silenciador les llegaba al codo. Fueron a oscuras hacia la tienda de Ki-Soo. Pasaron frente a un centinela, un hombre con varias medallas prendidas en la guerrera, una gran cicatriz en la frente y un aspecto siniestro. Se les cuadró marcialmente al pasar.

Decorrieron la lona de la entrada de la tienda y el coronel entró.

Sun no vaciló, aunque no dejase de sentirlo. Había leído la hoja de servicios de Ki-Soo y, aunque a regañadientes, lo respetaba. Su padre era un soldado japonés; su madre, una confraternizadora joven complaciente durante la segunda guerra mundial. Ki-Soo tuvo que luchar con denuedo para sobreponerse al estigma de su

nacimiento. Se graduó en comunicaciones y luego se alistó en el ejército, en el que pronto ascendió. Era lamentable que, en el mejor de los casos, fuese a morir y que, en el peor, cayese en el deshonor. Pero tenía esposa y una hija, y el coronel confiaba en que fuese razonable.

El ordenanza de Sun se acercó a la pistolera que pendía de la silla de Ki-Soo y cogió la Tokarev TT33. Se la remetió en el pantalón por detrás, mientras Sun hincaba una rodilla junto al catre de Ki-Soo, acercaba una mano a la oreja derecha del coronel y el cañón de la pistola a la izquierda.

Ki-Soo se despertó sobresaltado.

—No se mueva, coronel —dijo Sun.

Ki-Soo irguió la cabeza y trató de levantarse, pero Sun lo sujetó con fuerza.

—Le he dicho que no se mueva.

—¿Sun…? —musitó el sorprendido oficial, porfiando por ver en la oscuridad.

—Sí. Escuche con atención, coronel.

—No comprendo…

Ki-Soo trató de incorporarse, pero desistió de ello al sentir el frío contacto del cañón de la pistola.

—Coronel, no me haga perder el tiempo. Necesito su ayuda.

—¿Para qué?

—Quiero el código para cambiar las coordenadas de lanzamiento de los Nodong.

—Pero… ¡sus órdenes no dicen nada de eso!

—Éstas son nuevas órdenes, coronel. Sin su ayuda, me lo pondrá difícil. Con su ayuda, todo será más fácil… y conservará la vida. ¿Qué elige?

—Quiero saber quién está con usted.

—Elija, coronel…

—¡No voy a cambiar la orientación de los misiles sin saber hacia dónde van a apuntar!

Sun se puso en pie sin dejar de encañonar a la cabeza de Ki-Soo. «Hace lo que haría cualquier buen oficial —pensó—. Concedámosle eso por lo menos».

—No van a apuntar a este país, coronel. Eso es todo lo que le diré.

—¿Con quién está usted? —preguntó Ki-Soo, que miró al ordenanza.

El brazo de Sun se movió. Se oyó un ruido sordo y luego un amortiguado zumbido al liberarse el gas del silenciador. La mano izquierda de Ki-Soo se dobló hacia el catre mientras gritaba de dolor y se llevaba la mano derecha a la sangrante herida de la izquierda.

Al instante se oyeron rápidas pisadas. Sun vio que una linterna se acercaba desde una de las tiendas.

—¿Está usted bien, coronel?

Kong entró en la tienda y apuntó con la Tokarev y con su propia pistola a la lona de la entrada. El coronel volvió a apuntar a la cabeza de Ki-Soo.

—Dígale a su ordenanza que no pasa nada.

—Que… que he tropezado… con el dedo gordo —contestó Ki-Soo sobreponiéndose al dolor.

—Si necesita buscar algo, llevo una linterna.

—¡No! Gracias. Estoy bien.

—Sí, señor.

El ordenanza dio media vuelta y volvió a su tienda.

Sun fulminó con la mirada al coronel.

—Kong, rasgue un trozo de sábana y véndele la herida de la mano.

—¡No se me acerque! —masculló el coronel, que cogió la almohada y se oprimió la mano.

Sun le dio un momento de respiro.

—La próxima vez dispararé más arriba —le dijo, después—. De manera, coronel, que dígame el código.

Ki-Soo se debatía por conservar la entereza.

—Cinco-uno-cuatro-cero, en la hilera inferior… le permite acceder al ordenador. Cero-cero-cero-cero, en la central, borra las coordenadas y permite cambiarlas. Una vez hecho esto, cualquier código que introduzca en la hilera inferior fijará las nuevas coordenadas.

Menudas coordenadas. En Corea del Sur se mofaban. Las plataformas de fabricación estadounidense llevaban mapas topográficos incorporados a los ordenadores, así como imágenes fotográficas proporcionadas por los satélites y la aviación de reconocimiento. Sus misiles podían hacer blanco en un *jeep* seleccionado, en un campamento atestado, y metérselo entre las piernas a cualquier pasajero. En cambio, los Nodong apuntaban a ojo, sin más dato para seleccionar la elevación que lo que distase el blanco. De manera que acertarle a un bloque de apartamentos concreto era casi imposible.

Pero Sun no tenía preferencia por ningún bloque. Le bastaba con una ciudad, y daba igual donde cayese.

—¿A qué hora hacen el cambio de guardia los centinelas de las lomas? —preguntó Sun.

—Los relevarán… a las ocho.

—¿Vendrá a presentarse a usted el oficial de guardia? Ki-Soo asintió con la cabeza.

—Kong se quedará con usted —dijo Sun—. La lona de la entrada debe permanecer cerrada, y no recibirá usted a nadie. Si se desvía lo más mínimo de mis instrucciones, morirá. No vamos a quedarnos aquí mucho tiempo y, cuando nos hayamos marchado, volverá a mandar su campamento.

Ki-Soo hizo una mueca de dolor al comprimirse la herida con el pulgar de la mano derecha, apoyado en la almohada.

—Será mi deshonra.

—Tiene usted esposa y una hija —dijo Sun—. Ha hecho bien en pensar en ellas —añadió.

—Los misiles apuntarán a Seúl, ¿no? ¿Qué otro blanco puede haber más importante? —dijo Ki-Soo cuando el coronel se disponía ya a salir.

Sun no le contestó. Muy pronto, Ki-Soo y el resto del mundo lo sabrían…

SESENTA Y SIETE

Miércoles, 7:10, Osaka

—¿No iba a llevarnos el piloto a un soleado paraje, general Rodgers?

Pese al estruendo de los motores, el teniente coronel Squires y el resto del comando Striker oían la lluvia azotar la bahía de Ise en su aproximación a Osaka. A Rodgers siempre lo fascinaban e impresionaban los fuertes contrastes, como un solo de arpa en plena sinfonía orquestal. En cierto modo, era similar al concepto que inspiraba la formación del comando Striker. Desde David y Goliat hasta la Revolución estadounidense, el tamaño no siempre significó superioridad. El dramaturgo Peter Barnes escribió una vez acerca de una esmirriada zarza que agrietó una calzada, y esta imagen (y no sólo los Andrew Jackson, Joshua Chamberlain y Teddy Roosevelt de la historia) le había ayudado a Rodgers a levantar el ánimo en los días más aciagos. Incluso le pidió a su hermana que se la bordase en la bolsa, en la que llevaba las mudas, para tenerla siempre presente.

El cabo Puckett sacó a Rodgers de su ensimismamiento con el escueto «¡Señor!» con el que acompañó el saludo.

—¿Qué ocurre, cabo Puckett? —preguntó Rodgers tras quitarse los auriculares.

—Señor, el teniente general Campbell dice que tiene un reactor C-nueve-A aguardándonos.

—Pues que se lo quede el ejército —dijo Squires—, ya que nosotros tenemos un desarmado Nightingale para sobrevolar Corea del Norte.

—Yo también preferiría un confortable y bonito Black Hawk —dijo Rodgers—, pero tenemos un problema de autonomía de vuelo. Gracias, cabo.

—A sus órdenes, señor.

Squires sonrió al regresar Puckett a su asiento.

—Johnny Puckett es un tipo excelente, señor. Y ¿sabe qué dice? Que su padre tenía una emisora de radioaficionados en su dormitorio cuando él era un crío, y que le hizo un móvil con viejos pomos de puerta.

—Pues esas cosas ayudan mucho. Como en los viejos tiempos, cuando el aprendiz llegaba a convertirse en un maestro.

—Cierto, señor. Sólo que si uno no tiene bastantes condiciones, como le ocurrió a mi padre, que estaba empeñado en ser jugador de fútbol, la jodes.

—¿Le ha ocurrido a usted también?

—Me temo que sí.

—O sea, que ha heredado su afición y su ambición, ¿no? Pues, bueno, tampoco el rey Arturo pudo ir en persona en pos del Santo Grial. Ni pudo Moisés cruzar el Jordán, pero animaron a otros a hacerlo.

—Ahora tengo remordimientos por no escribir a casa —dijo Squires irguiendo la cabeza.

—Pues, de regreso, les envía una postal desde Osaka.

Rodgers notó que el aparato viraba hacia el suroeste. *De regreso…* Se le hacía un nudo en la garganta al pensar en esas dos palabras. Nunca podía estar uno seguro de volver. Simplemente, lo aventuraba. Pero eran muchos los viajes sin retorno. Incluso a los militares más bregados les impresionaba pensarlo. Como tantas otras veces, las palabras de Tennyson martillearon en su cabeza:

Al traerle a casa al soldado muerto, ella no gritó ni se desmayó.
Pero, al verla, sus doncellas dijeron: «Debe llorar, o morirá».

Nada más aterrizar el transporte, mientras el capitán Harryhausen mascullaba lamentaciones por el mal tiempo, los soldados del comando Striker corrieron hacia el helicóptero que aguardaba.

Cuatro minutos después de que se abriese la puerta del C-141 ya estaban en el aire.

El aerodinámico aparato militar se elevó con rapidez bajo la fuerte lluvia, rumbo noroeste. Iban sentados como antes, en bancos adosados a ambos lados de la cabina, pero el ambiente que se respiraba era muy distinto. Los mismos hombres que durante el vuelo a Osaka dormían, jugaban a cartas o leían, estaban inquietos. Comprobaban el equipo, se daban ánimos y algunos rezaban. El cabo Bass Moore tenía a su cargo el equipo de paracaídas. Inspeccionaba los tirantes mientras el helicóptero sobrevolaba el mar de Japón a baja altura, azotado por el viento y la lluvia.

Iba a bordo un oficial de Seúl que revisaba la estrategia de retirada con Squires. Un Sikorsky S-70 Black Hawk los esperaría para recogerlos. El helicóptero podría cruzar la Zona Desmilitarizada y llegar a la sierra del Diamante en cuestión de minutos. Lo más importante era que aquel aparato de once plazas llevaba una ametralladora M-60 a cada lado del fuselaje para cubrir la retirada.

Cuando sólo faltaban veinte minutos para saltar, Rodgers le dijo a Puckett que comunicase con Hood.

Era tranquilizador oír a Paul tan excitado, pensó Rodgers.

—Esto tiene pinta de que te vas a ver en un buen fregado, Mike.

—¿Por qué?

—El presidente no se lo cree, pero nosotros estamos convencidos de que el responsable es un grupo surcoreano. Además, hemos sabido que un piloto recogió a dos pasajeros de un transbordador en el mar de Japón. El tipo estaba tan nervioso que estrelló el aparato

al aterrizar, y ha cantado de plano ante la patrulla de la policía costera. Dice haber llevado a sus dos pasajeros a Kosong.

—¿Kosong? Eso está a un paso de los Nodong.

—Exacto. Y han encontrado dos cadáveres en el transbordador. Llevaban dinero procedente del juego de Japón a Corea del Norte: decenas de miles de dólares.

—En el Norte eso es un fortunón que da para sobornar a ciento y la madre. La mayoría de esos cabrones venderían a sus hijos por un billete de mil.

—Eso es lo que dice Bob Herbert. Es dar un palo de ciego aventurar que alguien del Sur proyecta utilizar ese dinero para apoderarse del emplazamiento de los Nodong, pero no podemos descartar esa posibilidad.

—Lo que significa que hemos de plantarnos allí y averiguarlo.

—Sí. Lo siento, Mike.

—Pues no lo sienta, ya que para eso nos alistamos. Parafraseando a George Chapman, vernos amenazados es lo que nos hace revolvernos como leones.

—Cierto. Y como dijo Kirk Douglas en *Champion*: «El nuestro es como cualquier otro oficio, sólo que en éste se ve la sangre». Cuídese, y dígales a Squires y a los demás que se cuiden también.

—*¡Diez minutos!* —anunció Squires.

—Bueno, Paul, ya está —dijo Rodgers—. Lo llamaré en cuanto tengamos algo, pero, por si le sirve de consuelo, le aseguro que en este asunto prefiero tener que esquivar las balas enemigas que a los periodistas. Buena suerte también para ustedes.

SESENTA Y OCHO

Miércoles, 7:20, Zona Desmilitarizada

El general Schneider olvidó lo que acababa de soñar en cuanto entró su ordenanza. Todo lo que recordaba era que estaba esquiando y pasándolo bomba. La realidad y el seco aire de la noche siempre hacían que se despertase sobresaltado.

—Tiene una llamada de Washington, señor.

—¿Del presidente?

—No, señor, no es de *ese* Washington. Es un tal mister Bob Herbert, del Centro de Operaciones.

Schneider masculló un juramento.

—Probablemente querrán que le ponga una camisa de fuerza al pobre Donald —musitó.

Se puso las zapatillas y fue a su mesa. Se dejó caer en su silla giratoria con expresión de alivio y cogió el teléfono.

—General Schneider al habla.

—General, soy Bob Herbert, agente de inteligencia del Centro de Operaciones.

—Ya he oído hablar de usted. ¿Líbano?

—Sí. Menuda memoria tiene usted.

—Nunca se me olvida cuando cometemos alguna estupidez, Bob. A aquella jodida embajada no le faltaba más que poner un letrerito que dijese: «Blanco perfecto para terroristas». Un recinto sin la

menor seguridad, toda una invitación para que un terrorista enfilase con su camión derecho al paraíso de Alá.

El general se recostó en el respaldo y parpadeó varias veces para quitarse las telarañas de los ojos.

—Pero eso se ha acabado —prosiguió—. No más errores como aquél. Bueno, sospecho que me llama para evitar que se cometa otro.

—Eso espero —dijo Herbert.

—No me explico en qué leche estaría pensando, aunque… la verdad es que sí, ya que ayer le mataron a su mujer. Donald es de una pieza, pero en estos momentos no tiene las ideas muy claras.

—Lo bastante como para cruzar al otro lado con instrucciones oficiales, espero.

Schneider dio un salto en la silla.

—¿Cómo dice? ¿Que aprueban esa memez de entrevistita que se le ha ocurrido?

—El director, Paul Hood, le ha encomendado que sea portador de un mensaje: creemos que un grupo de surcoreanos, disfrazados de norcoreanos, ha perpetrado un atentado… que podría ser el primero de toda una serie, con el propósito de arrastrarnos a una guerra.

—¿Que han sido los nuestros? —exclamó Schneider perplejo—. Joder… ¿Está seguro?

—Todo encaja —repuso Herbert—. Creemos que es un tal Kim Lee, un comandante, quien está detrás de esto.

—¿Lee? Lo conozco. Un cabronazo de rostro impasible. Todo un patriota. Me cayó bien.

—Pues parece haber organizado un pequeño grupo —le explicó Herbert— que se encuentra ahora en su sector… *con cuatro bidones de gas venenoso*.

—Llamaré al general Norbom para que mande un grupo de operaciones especiales que los localicen y neutralicen.

—Eso no es todo. Algunos de sus hombres podrían tratar de apoderarse de un emplazamiento de Nodong móviles, al este.

—Muy audaces —dijo Schneider—. ¿Está seguro de que quiere que Donald le *cuente* esto a Hong-koo? Antes de que haya terminado de contárselo, ya estará en los teletipos de todo el mundo.

—Lo sabemos.

—Aparte de que… freirán a tiros a los hombres de Lee sin ni siquiera darles el alto —dijo Schneider—. ¿Han pensado en lo que ocurrirá cuando trascienda que los Estados Unidos han sido responsables de la muerte de surcoreanos? Seúl explotará. Será como en la maldita Saigón.

—También Hood es consciente de ello —dijo Herbert—. Ya preparan el asunto con nuestra oficial de prensa.

—Un doble funeral, recomendaría yo. Podrían provocar ustedes una crisis constitucional, al socavar la prerrogativa presidencial para decidir si se hace o no la guerra.

—Como ya le he dicho —replicó Herbert—, el jefe es consciente de ello.

—Está bien, Bob. Transmitiré el mensaje. Y le daré yo uno a usted para mister Hood: quizá los cerebros de su organismo no sean muy brillantes, pero cojones como éstos no los había visto desde los tiempos de Oliver North.

—Gracias —dijo Herbert—, estoy seguro de que lo interpretará como un cumplido.

Gregory Donald se despertó tras su breve sueño bastante fresco y con la cabeza despejada.

Estaba sentado en un descampado cubierto de maleza y miraba hacia la frontera. Su intensa iluminación contrastaba del modo más revelador con las tinieblas que el odio y el recelo tejían a ambos lados. La desconfianza sumía en la oscuridad.

Sacó la pipa y la llenó con el último Balkan Sobranie que le quedaba. La encendió y con la luz de la llama miró el reloj.

«Es casi la hora».

Hizo humear lentamente la pipa y reflexionó sobre el humo, sobre los Balcanes y sobre que un solo incidente, el asesinato del archiduque Fernando, desencadenó allí la primera guerra mundial. ¿Desencadenaría otro aislado incidente la tercera? Podía ser. Más que tensión, se palpaba en el ambiente una locura galopante. Sacrificarle vidas humanas al propio ego. Forjarse imágenes pintadas con sangre. «¿Qué nos pasa?».

Desde atrás, los faros de un vehículo iluminaron al ex diplomático. Donald se dio la vuelta y se protegió los ojos al acercarse el *jeep*.

—¿Hablando con las estrellas? —dijo el general Schneider, que bajó del vehículo y se le acercó.

Su planta era impresionante.

—No, general, con mi musa.

—Podía heberme dicho adónde iba. De no haber encendido usted la pipa, nos habría amanecido buscándolo.

—No he cambiado de opinión, si es por eso por lo que ha venido.

—No. Tengo un mensaje de su jefe para usted.

A Donald se le hizo un nudo en el estómago. Esperaba que el general no hubiese recurrido a la Casa Blanca.

Al contarle el general lo que Herbert le había dicho, Donald sintió un enorme alivio. Además de la confirmación de la corazonada que desde el principio tuvieron él y Kim Hwan, aquello aumentaba las posibilidades de sofocar el brote incendiario.

Por extraño que pudiera parecer, no le sorprendía lo del comandante Lee. Recordaba que, al verlo, reparó en un recóndito fulgor en su único ojo que no le gustó nada. Era una mirada de persona inteligente, pero también le pareció notar recelo y, quizá, desdén.

—No voy a fingir que me alegro —concluyó Schneider—, pero no me interpondré en su camino.

—¿Había pensado hacerlo?

—La verdad es que me tentaba. No pienso dejar de oponerme a la conciliación, pero en este mundo ha de haber de todo —dijo Schneider—. Vamos, suba, que lo llevaré.

—Prefiero ir a pie. Me despejará.

Schneider subió al *jeep* sin decir palabra. Su ordenanza hizo girar el vehículo, que enfiló hacia el campamento y dejó una estela de polvo y humo.

Donald echó a caminar en la misma dirección que el *jeep*. Hacía humear la pipa, contento, seguro de que Soonji estaría sorprendida y orgullosa al ver el giro que daban las cosas.

De pronto le picó la nuca, y al ir a rascarse tocó frío acero. Se estremeció.

—Embajador Donald —le dijo una voz familiar, a la vez que la hoja de un machete se deslizaba desde su nuca y se detenía bajo el mentón.

Donald notó un hilillo de sangre que rezumó de su cuello tras el nudo de su corbata y, con el resplandor de la pipa, vio el congestionado rostro del comandante Lee.

SESENTA Y NUEVE

Martes, 17:30, Centro de Operaciones

Al entrar Ann Farris en el despacho de Matt Stoll, el oficial de apoyo de operaciones rió por lo bajo.

—Eh, colegas —exclamó—, ni se les ocurra achucharme.

Paul Hood estaba sentado en un pequeño sofá de piel, al fondo del despacho. Había un monitor de TV de veinticinco pulgadas que pendía del techo y una consola de videojuegos en un estante. Stoll recurría también al raído sofá siempre que necesitaba relajarse o pensar.

—Nadie le achucha —dijo Hood—. Sólo que quiero saberlo en el instante mismo que los satélites vuelvan a funcionar.

—Nos estaremos calladitos —dijo Ann al sentarse a su vez. Su mirada reflejó una profunda tristeza al mirar a Hood—. No puedo ocultárselo, Paul. Nos van a defenestrar por esto, aunque tengamos razón y todo salga bien.

—Ya lo sé. Donald va a reunirse con los del Norte dentro de media hora y, a partir de ese momento, los medios de comunicación machacarán al presidente y a Seúl por tomar medidas de fuerza a sabiendas de que Piongiang es inocente. ¿Resultado? Que Lawrence tendrá que dar marcha atrás.

—O pasar por belicista.

—Cierto. Y si luego resulta que el comandante Lee no ha tenido nada que ver, el Norte podrá airear a los cuatro vientos que presenta

sus excusas, que castiga a los culpables y que saben lavar la ropa sucia en casa. O si ha sido Piongiang quien ha autorizado el atentado, puede reagruparse y atacar de nuevo. Se ponga como se ponga, mal para el presidente.

—No ha podido expresarlo mejor —dijo Ann—. Detesto estar de acuerdo con Lowell, que opina que deberían ustedes decirle a Donald que posponga la entrevista. El Norte lo explotará también para su propaganda, pero no ha de quitarnos el sueño. Con decir que ha actuado por su cuenta, listo.

—Yo no le haría eso, Ann —dijo Hood mirando a Stoll—. ¡Matty, necesito esos satélites!

—¿Conque no me iban a achuchar, eh?

—Perdone usted.

—¿Y de qué va a servirle ahora el reconocimiento aéreo? —preguntó Ann.

—Ya han puesto a un grupo de soldados a buscar a Lee, pero nadie se ocupa de los hombres que pueden tratar de apoderarse de los Nodong. Mike y el comando Striker no tardarán en llegar al emplazamiento. Si podemos probar que se ha producido una incursión y que Mike la ha detenido, demostraremos que teníamos razón… *y* el presidente se apuntará un bonito logro militar que reforzará mucho su imagen. El Norte agarrará un cabreo importante por la incursión de nuestros hombres, pero el asunto se olvidará tan pronto como cuando los israelíes irrumpieron en Entebbe.

—¡Es brillante, Paul! —exclamó Ann con expresión admirativa—. Formidable.

—Gracias, pero sólo funcionará si, a su vez, funcionan los…

—*¡Funcionan!* —exclamó Stoll, que echó la silla hacia atrás y dio una palmada.

Al precipitarse Hood hacia la consola, Stoll pulsó la tecla para comunicar con la ONR. Stephen Viens se puso enseguida y Matt conectó el altavoz.

—¡De nuevo en línea, Steve!

—Me lo ha parecido al ver ese viejo acorazado soviético desaparecer del mar de Japón —dijo Viens.

—Óigame, Steve, soy Paul Hood. Déjeme ver el emplazamiento de Nodong de la sierra del Diamante. Lo bastante cerca como para que pueda distinguir los tres misiles.

—Puedo proyectárselos como si los viesen ustedes desde unos setenta metros de altura. A ver: le introduzco las coordenadas… Perfecto. Conectadas las lentes de visión nocturna. Ya ha sacado la toma, y ahora la cámara digitaliza la imagen. Empieza el rastreo en el monitor…

—Transmítamela aunque aún no se haya fijado la imagen.

—De acuerdo, Paul —dijo Viens—. Eh, Matty, ha hecho usted un trabajo cojonudo.

Stoll activó la función de recepción de imagen en el ordenador y Hood se inclinó hacia la pantalla para ver cómo se formaba. Aparecían rápidas líneas quebradas de arriba abajo. Siempre se le antojaban obra de un virtuoso del dibujo rápido, especialista en rayos y centellas. Ann se acercó también y posó con suavidad la mano en su hombro. Ignoró la expresión de Matty, que lo miró con las cejas enarcadas, pero no le fue tan fácil ignorar el tacto de Ann mientras el emplazamiento se materializaba rápidamente en blanco y negro.

—El misil del centro apunta al sur —dijo Hood—. El de la izquierda y el de la derecha…

—¡Hostia! —exclamó Stoll.

—A ver, a ver… —dijo Ann, que se inclinó hacia Hood—. Los de los lados apuntan en diferentes direcciones.

—Uno al sur —dijo Stoll—, el otro…

—Al este —dijo Hood—, lo que significa que alguien ha irrumpido ahí —añadió.

Hood se irguió y, aunque no fuese ésa su intención, le apartó la mano a Ann y corrió hacia la puerta.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

Hood le contestó ya a la carrera, hacia el pasillo.

—Porque ni siquiera los norcoreanos están tan locos como para apuntar a Japón con un Nodong.

SETENTA

Miércoles, 7:35, Zona Desmilitarizada

—¿El comandante Lee? —preguntó Donald sin alterarse—. La verdad es que no me sorprende mucho.

—A mí sí —replicó Lee, que apretó más el filo de la navaja bajo el mentón de Donald—. Creí poder estar ya en lo mío y, ya ve, aquí estoy con usted.

—Lo suyo, claro: matar inocentes y provocar una guerra.

—Jamás ha existido una persona inocente…

—Se equivoca. Mi esposa lo era —replicó Donald, que alzó lentamente la mano.

Lee apretó más la hoja, pero Donald no dejó de alzar la mano.

—Su esposa y usted, señor embajador, les hacían la vida más fácil a quienes abandonaban su país. Está usted tan podrido como el resto, y ya es hora de que vaya a reunirse…

El movimiento de Donald fue tan rápido que Lee no tuvo tiempo de reaccionar. Con la cazoleta de la pipa en su mano izquierda, Greg hizo girar la boquilla y desvió la hoja hacia la izquierda. Al quedar la boca de la cazoleta vuelta hacia Lee, Donald se la encasquetó en el ojo derecho y se lo abrasó. Lee gritó y soltó la navaja, que Donald se apresuró a recoger.

Lee chilló despavorido, dio media vuelta y echó a correr bajo el oscuro azul de la mañana.

Donald fue tras él empuñando la navaja. Lee enfiló hacia el sector donde se sabía que los norcoreanos habían excavado túneles. Donald se dijo que quizá el comandante lo atrajese a propósito, lejos del lado sur de la base. ¿Sería allí donde se proponía utilizar el gas?

«No es probable», pensó. Vestía su uniforme de oficial del ejército surcoreano. Iría a Corea del Norte a utilizar el gas quién sabía cómo. Si lo descubrían, acusarían a Corea del Sur. Por un momento, Donald pensó detenerse a alertar al general Schneider, pero ¿qué podía hacer el general? No lo iba a seguir a la República Democrática Popular de Corea.

No. Donald sabía que él era el único que podía cruzar. Respiraba con dificultad en su carrera en pos del comandante, que cada vez lo distanciaba más. A unos doscientos metros en dirección este, había dejado de perseguirlo. Aunque no pudiese alcanzarlo, la creciente luminosidad de la mañana le permitía ver hacia dónde iba.

Instantes después lo perdió de vista por completo.

Donald estuvo un rato parado para recobrar el resuello. Era como si se lo hubiese tragado la tierra, de manera, pensó, que debía de haberse metido en alguno de los túneles. Memorizó el lugar exacto, un matorral de unos veinte metros de anchura, y siguió a un ritmo vivo en la misma dirección, contando los pasos para no pensar en cómo le dolían las piernas y le abrasaban los pulmones.

A los pocos minutos de haber desaparecido Lee, Donald llegó a la entrada del túnel. No se lo pensó. Si Lee hubiese llevado un arma, la habría sacado en su forcejeo en el descampado. Cerró la navaja, se la metió en el bolsillo y se arrodilló, luego se asió a la soga de la boca del túnel y se descolgó, dándose costaladas pese a su intento de descender apoyando los pies en la pared como los alpinistas. Llegó al fondo casi exhausto, y escuchó. Oyó como si escarbasen, muy hacia el interior. Encendió un fósforo y, al ver el túnel, comprendió a qué había ido Lee.

Por si algo le ocurría, quería que el general Schneider supiese adonde había ido. Dio media vuelta y prendió fuego a la soga. En

cuanto la humareda llenó el acceso vertical, empezó a gatear hacia el interior del túnel. Esperaba que el general viese el humo y las llamas, así como llegar al otro extremo antes de morir asfixiado… y antes, también, de que Lee llevase a cabo su locura de visionario.

SETENTA Y UNO

Miércoles, 7:48. sierra del Diamante

Saltar en paracaídas era algo muy distinto a lo que imaginaban quienes iban a lanzarse por primera vez. El aire era increíblemente denso y consistente, y la caída libre, como montarse en una ola en la playa. De día, apenas se tenía perspectiva, porque los objetos estaban demasiado lejos y se veían planos. De noche, no había perspectiva alguna.

Aunque los demás ya habían saltado, Mike Rodgers se sintió sorprendentemente solo. No veía nada. Sólo notaba la resistencia del aire. Apenas oía su propia voz mientras contaba los veinte segundos antes de tirar de la anilla. Entonces notó que el aire reducía su resistencia y se limitaba a acariciarlo en medio de un silencio absoluto.

Habían saltado desde sólo 1700 m y enseguida verían el suelo, tal como el copiloto les advirtió. Nada más tirar de la anilla, Rodgers se fijó como punto de referencia la copa de un árbol iluminado por la luz del amanecer. La miraba mientras descendía. Era su única medida para calcular a qué altura se encontraba. Al llegar al nivel de la copa se preparó para aterrizar. Dobló algo las rodillas y, al tocar con los pies en el suelo, amortiguó el golpe inclinándose hacia adelante y dejándose caer y rodar por el suelo. En cuanto quedó de costado, se soltó el paracaídas, se lo puso hecho un lío bajo el brazo y se levantó. Se había lastimado un poco los tendones de Aquiles al

aterrizar. El ánimo era mucho, pero el cuerpo ya no respondía como en otros tiempos.

Bass Moore ya corría hacia él, seguido de Johnny Puckett con su radio TAC SAT.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Rodgers en voz baja a Moore.

—Todos abajo y bien.

Puckett desplegaba la antena parabólica, y ya había fijado la conexión antes de que llegase el resto del grupo. Mientras Moore cogía el paracaídas de Rodgers y corría a hundirlo en una laguna cercana, Squires se acercó al general.

—¿Está usted bien, señor?

—Estos viejos huesos responden —contestó Rodgers, que señaló a la radio—. Haga la llamada; ya le dije que es usted quien está al mando de la misión.

—Gracias, señor —dijo Squires.

El teniente coronel se agachó, cogió el auricular que le tendía Puckett y se ajustó el micrófono mientras el cabo tecleaba la frecuencia.

Contestó *el Pincha*, que al momento le pasó a Hood.

—¿Ya están abajo, Mike?

—Soy Squires, señor. Todos abajo.

—Muy bien. Hay novedades. En los últimos diez minutos han reorientado los Nodong. Ahora no apuntan a Seúl sino a Japón.

—Los tres misiles apuntan a Japón —dijo Squires mirando a Rodgers—. Entendido.

—¡Hostia! —exclamó Rodgers.

—Vayan al emplazamiento y, cuando yo se lo ordene, los destruyen.

—Sí, señor.

—Corto —dijo Hood.

Squires se quitó los auriculares y, mientras informaba a Rodgers, los demás miembros del comando Striker cargaron sus Beretta automáticas. El sargento Chik Grey, encargado de los mapas,

comprobaba la copia en papel de los datos que le proporcionó Squires.

Al saber que, casi con toda seguridad, iban a tener que destruir los Nodong, Rodgers lamentó no llevar explosivos, aunque Corea del Norte solía mostrarse dispuesta a negociar la liberación de hombres armados, salvo si llevaban explosivos, en cuyo caso se daba por supuesto que su misión era un sabotaje importante y se los ejecutaba en el acto. Con todo, aquélla era una alternativa que le hubiese gustado que Squires consultase. Los circuitos de control de los misiles estaban en el interior de cajas de máxima seguridad que les sería muy difícil abrir, sobre todo si el tiempo apremiaba. Si no podían hacerse con explosivos en el emplazamiento, no acertaba a ver cómo iban a poder hacerlo.

El sargento Grey se acercó a Squires. Aún no se había disipado del todo la oscuridad, y el suboficial enfocó el mapa con un lápiz-láser.

—El piloto lo ha hecho fenomenal, señor. Estamos a poco más de seis kilómetros del emplazamiento… Aquí —dijo señalando el bosque situado al sur de la vertiente suroeste, donde estaban los misiles—. Aunque es todo cuesta arriba, la pendiente no es muy pronunciada.

Squires se ajustó su pequeña mochila y cargó la pistola.

—Que avancen en fila india, sargento —le susurró—. Usted, Moore, irá de avanzadilla. A la menor señal de que haya alguien, nos manda parar.

—¡A la orden, señor! —dijo Moore, que lo saludó y fue a situarse en cabeza.

Squires siguió a la formación, con Rodgers detrás.

A medida que avanzaban, el oscuro azul del horizonte se apasteló, jaspeado de amarillo. Iban cuesta arriba, adentrándose en la zona boscosa.

Aquéllos eran los momentos que a Rodgers más le gustaban. Con los sentidos aguzados por la impaciencia, los reflejos del instinto de supervivencia no habían aún disparado sus alarmas, y podía

saborear el aspecto excitante de la aventura. Para Rodgers, como para la mayoría de los integrantes del comando, vencer era más importante que la seguridad, que sus vidas y que su familia. Lo único más importante que desafiar al peligro era la patria. La sinergia entre la audacia y el patriotismo era lo que hacía extraordinarios a aquellos hombres. Por más que todos ansiaran estar de nuevo en casa, ninguno de ellos lo hubiese disfrutado, a expensas de una misión incumplida o insatisfactoria.

Rodgers se sentía orgulloso y entusiasmado por estar con ellos, aunque se veía viejísimo al mirar a aquellos hombres. Todos rondaban los veinticinco, menos aquel cuarentón cuerpo suyo del que tenía que tirar. Confiaba en estar a la altura de las circunstancias, ya que no en vano derrotó Beowulf a un dragón que echaba fuego por la boca… cincuenta años después de haber hecho lo propio con el monstruo Grendel. Claro que, a consecuencia de aquella batalla, murió el anciano rey Jute, aunque Rodgers se dijo que, cuando le llegase su hora, no le importaría morir consumido en una enorme pira, con sus nobles paladines danzando en derredor, mientras él elevaba sus plegarias.

«Doce paladines», se dijo Rodgers, procurando no darle vueltas a la ironía que entrañaba.

Moore, que estaba casi en lo alto de la cuesta, echó cuerpo a tierra y alzó por dos veces la mano mostrando los cinco dedos.

Había diez hombres más adelante.

Al acercarse todos a Moore, agachados, Rodgers comprendió que el breve respiro para disfrutar del sabor de la aventura se había terminado…

SETENTA Y DOS

Miércoles, 7:50, Zona Desmilitarizada

Donald era consciente de que había un punto a partir del cual ni la más férrea voluntad ni el mejor ánimo podían tirar del cuerpo, y de que se acercaba rápidamente a ese punto. Sin resuello aún, tras la carrera que se había dado, sudaba a mares y tosía sin parar mientras reptaba en el interior del túnel. Se ayudaba apoyando los codos en las paredes, y los notaba descarnados bajo la chaqueta, que no se quitó precisamente para evitarlo. El calor era sofocante. El sudor y la arenilla se le metían en los ojos, que le escocían. No veía nada. Sólo notaba las revueltas del interminable túnel al golpearse los codos en las duras esquinas.

Lo único que le daba fuerzas para continuar era oír que el comandante Lee iba por delante y, al dejar de oírlo, aún vio más redobladas sus fuerzas porque se dijo que era señal de que ya había salido y que, por lo tanto, faltaba poco.

Al fin, con un cuerpo que le imploraba descanso, con calambres en brazos y piernas, vio la luz y llegó al acceso vertical por donde saldría del maldito túnel.

Se irguió con dificultad, con el cuerpo dolorido, sobre todo los riñones. Se dio un respiro, nunca mejor dicho, para inhalar aire fresco. Entonces reparó en que no podía salir ya que la escalerilla que sin duda había se la habría llevado Lee.

Miró en derredor y, como el acceso vertical era estrecho, apoyó la espalda a un lado y los brazos y las piernas en el otro y empezó a ascender como un cangrejo. Por dos veces tuvo que detenerse para no caer durante los tres metros de su ascensión. Llevaba la navaja de Lee entre los dientes, y la utilizó para excavar una pequeña oquedad en la pared y utilizarla como asidero, descansar un poco y seguir.

Cuando al fin llegó arriba ya salía el sol, y reconoció el lugar. Lo había visto desde el otro lado de la valla. Estaba en Corea del Norte.

Donald se encontró en el centro de un cráter, obviamente abierto en las prácticas de la artillería. La boca del túnel estaba en el lado suroeste, invisible desde el recinto de la base, que se hallaba a unos cuatrocientos metros al oeste, y desde la divisoria, que se encontraba a unos doscientos metros al sur. Aquél debía de ser un nuevo túnel excavado por Lee y sus hombres. De haberlo hecho los de Corea del Norte hubiesen situado la boca más cerca de sus instalaciones para que sus hombres pudiesen entrar y salir sin ser vistos desde Corea del Sur.

Echó cuerpo a tierra en el fondo del cráter y miró hacia el borde. No había ni rastro de Lee. Se veían unos altozanos al norte, frondas y un terreno muy ondulado que facilitaba ocultarse. No se apreciaban huellas en la tierra reseca y polvorienta, por lo que Donald no tenía la menor orientación para deducir si Lee se dirigía hacia los altozanos o hacia la base.

«Da igual», se dijo. Lo más importante era encontrar el gas venenoso. Tanto si iba destinado a la base como a Corea del Norte (¿como represalia a Piongiang por el atentado de Seúl?), igualmente tendría que ir a ver al general Hong-koo y decirle lo que ocurría.

Donald se levantó y echó a caminar con paso vivo, rehecho ahora que estaba fuera del túnel y que sus músculos se habían relajado un poco. Miraba de manera escrutadora a lo lejos en busca de algún rastro de Lee, pero todo era silencio y quietud en aquel lado de la

base. Al sur del recinto, una patrulla de refresco estaría ya a punto de relevar a sus compañeros.

«Claro», pensó Donald, por eso Lee había elegido aquella hora. La vigilancia se relajaba cuando llegaba el final de la guardia.

Volvió a mirar hacia la parte de atrás de los barracones y creyó ver un destello detrás de un altozano con la primera luz del sol. Se detuvo y lo vio de nuevo: era algo metálico. Corrió unos metros hacia el sur para visualizarlo mejor.

Un hombre estaba agazapado detrás de uno de los barracones, semioculto por las sombras, y había algo en la pared, a su lado… quizá un generador. Sin quitarle ojo, Donald corrió hacia él y reparó en que no era un generador sino un acondicionador de aire, y que lo que brillaba era la chapa del aparato. También le pareció ver una caja debajo.

«Una caja o… un bidón». Donald echó a correr al trote. Inyectar el gas a través de los conductos del aire acondicionado sería un sistema muy rápido y efectivo. Los hombres de las patrullas que se reintegrarían a los barracones estarían cansados, se quedarían dormidos enseguida y no se enterarían de nada. Aceleró la marcha. Ya más cerca, Donald vio que habían quitado la tapa de atrás del aparato de aire acondicionado. En efecto: lo que había debajo era un bidón que la agazapada sombra aupaba hacia el borde del aparato.

Donald corría ya como un desesperado.

—¡Deténganlo! —gritó—. ¡Que alguien detenga a ese hombre! ¡Ahí, detrás de los barracones!

El hombre miró hacia él y al momento se ocultó más entre las sombras.

—*Saram sallyo!* —gritó Donald en coreano—. ¡Acudan! ¡No dejen que escape!

Se encendió un foco en una de las torretas situada en territorio de Corea del Sur y otro en la que estaba en Corea del Norte. El foco de los surcoreanos localizó enseguida a Donald. El otro tardó algo más.

Al ver a los soldados que salían de los barracones para el relevo, Donald les hizo señas agitando los brazos por encima de su cabeza.

—*¡Que salgan todos de los barracones!* Hay gas… *¡gas venenoso!*

Los doce hombres de la patrulla se desconcertaron al oírlo. Varios se echaron el rifle de asalto a la cara, y algunos apuntaron en dirección a Donald.

—¡Hostia, no! ¡A mí, no! Yo sólo trato de avisarlos…

Los soldados empezaron a increparse. Donald no acababa de entender qué se decían. Entonces oyó gritar a uno que llegaba el general y que *aquel hombre* llevaba un *naifu*.

La navaja. Aún empuñaba la navaja.

—¡No! —gritó Donald—. ¡No es mía! —Añadió, y la mostró por encima de su cabeza para que la viesen bien, con la muñeca doblada en ademán de dejarla caer.

Dos disparos de rifle atronaron el amanecer. El eco de las detonaciones resonó entre las lomas mucho después de que Donald detuviese su desesperada carrera.

SETENTA Y TRES

Miércoles, 7:53, Seúl

Casi cinco horas después de ingresar en el quirófano, Kim Hwan estaba ya despierto y bastante lúcido. Miró en derredor y recordó lo ocurrido en la casa de la joven espía. El trayecto de regreso… Kim… La llegada al hospital.

Ladeó la cabeza hacia la izquierda. Junto al gotero vio el botón de llamada conectado a un cable blanco. Alzó el brazo izquierdo con cuidado y lo pulsó.

No fue una enfermera quien acudió, sino Choi Hongtack, un agente joven de la sección de Seguridad Interna de la CIAC que llevaba un elegante terno negro. Era inteligente, un escalador nato, pero a quien el director Yung-Hoon se había metido en el bolsillo. Hacerle confidencias comprometedoras podía amenazar la carrera de cualquiera.

Hongtack cogió una silla y se sentó junto a la cama.

—¿Qué tal se encuentra, mister Hwan? —le preguntó.

—Como no me han acabado de coser bien a puñaladas, me han zurcido.

—Le han dado dos: una que interesa el pulmón derecho y otra el intestino delgado y el recto. Los cirujanos lo han remendado bien.

—¿Dónde está… *miss* Chong?

—Ha dejado el coche de usted en el aparcamiento y ha robado uno. Luego lo ha dejado abandonado y ha robado otro. Como nadie

ha denunciado el robo de un coche en este sector de la ciudad, no tenemos ni idea de la marca ni de adónde pueda dirigirse.

—Estupendo —dijo Hwan, sonriente.

—¿Cómo dice? —exclamó Hongtack, sorprendido.

—He dicho… estupendo. Me ha salvado la vida. El que… ¿Quién me ha apuñalado?

—Un soldado surcoreano. Vamos tras los que creemos que son sus cómplices, también soldados surcoreanos.

Hwan asintió desmayadamente.

—Su chófer, Cho. No ha vuelto.

—Creo… que está muerto. Vayan a la casa… Está en el pueblo de Yanguu. Es la casa de Kim.

—Yanguu —dijo Hongtack, que sacó un bloque del bolsillo y lo anotó—. ¿Cree que ha ido allí?

—No. No sé… adónde haya podido ir.

No era cierto, claro, pero no quería decírselo a Hongtack. Kim trataría de llegar a Japón para reunirse con su hermano, y deseaba de todo corazón que lo consiguiera, pero sabía que eso podía no bastar. Ante todo, debía anteponer la seguridad de Kim, como antepuso ella la suya al llevarlo al hospital.

—Si la localiza… no la detenga.

—¿Cómo dice?

—Debe dejar que vaya adonde quiera —dijo Hwan, que alargó el brazo y agarró a Hongtack de la manga—. ¿Entendido? No debe detenerla.

Los ojos de lince de Hongtack lo miraron con mal disimulada rabia, aunque Hwan no estaba seguro si era por la orden o por arrugarle el traje.

—He… entendido, mister Hwan, pero si se la localiza, ¿quiere que la sigamos?

—No.

Sonó el busca de Hongtack, que miró el número.

—Pero, entonces, ¿qué le digo al director?

—Nada —contestó Hwan, que le soltó la manga y lo agarró de la solapa—. ¡No me la juegue en esto, Hongtack!

—De acuerdo, mister Hwan. Tendrá que perdonarme ya. He de llamar a la oficina.

—Recuerde lo que le he dicho.

—Descuide.

ya no sintió inseguridad, ni Ya en el pasillo, Hongtack se alisó la manga del terno para, a continuación, sacar el teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—Sapo baboso —masculló.

Luego fue hacia el rincón de la máquina de refrescos y marcó el número que aparecía en el busca, el del despacho del director Yung-Hoon.

—¿Cómo está Hwan? —preguntó Yung-Hoon—. ¿Lo cuidan bien?

Hongtack se volvió de cara al rincón y se acercó la mano a la boca para amortiguar la voz.

—Ya está consciente, y los médicos dicen que se recuperará completamente. Pero, señor… quiere proteger a la espía.

—¿Cómo dice?

—Que quiere proteger a la espía. Me ha dicho que no hay que detenerla.

—Déjeme hablar con él…

—Está dormido, señor.

—¿Pretende que la dejemos volver al Norte, después de haberlos visto a él y a varios de nuestros agentes?

—Por lo visto, sí, señor —dijo Hongtack con cara de ir a saltar sobre una presa—. Eso es lo que pretende.

—¿Le ha dado alguna razón?

—No. Sólo ha dicho que no había que detenerla, y me ha advertido que no se la «juegue» en esto.

—Ya —dijo Yung-Hoon—. Lamentablemente, eso nos crearía un problema. Hemos localizado el coche abandonado en un distribuidor de la BMW, y anda todo el mundo tras ella. La guardia urbana y la policía de tráfico nos ayudan en la búsqueda. Ya he visto helicópteros que rastrean las carreteras que parten de la ciudad. Sería imposible detener la operación.

—Muy bien. ¿Qué le digo a mister Hwan si pregunta?

—La verdad. Estoy seguro de que lo comprenderá cuando tenga la cabeza más clara.

—Claro —dijo Hongtack.

—Vuelva a llamarme dentro de una hora. Quiero saber cómo evoluciona su estado.

—Sin falta —dijo Hongtack, que volvió a su silla, contigua a la puerta de la habitación de Hwan, con una catoniana sonrisa.

SETENTA Y CUATRO

Miércoles, 7:59, sierra del Diamante

Rodgers y Squires reptaron hasta donde Bass Moore echó cuerpo a tierra. El suboficial le pasó los prismáticos al teniente coronel.

—Es el pelotón que vigila el lado oriental del perímetro del emplazamiento de los Nodong —dijo Squires—. Lo normal es que fuesen sólo cinco hombres.

Rodgers miró en derredor. Por aquel lado, la pendiente de la loma era muy pronunciada, un pedregal de casi un kilómetro hasta la especie de saledizo en el que estaban sentados. Salvo algunas rocas, no había dónde parapetarse. En otro saliente del pie de la loma había dos plataformas móviles con ametralladoras antiaéreas. Del lado izquierdo de cada una pendían grandes cartucheras: dos mil unidades. Más adelante, en el valle, la creciente luz del sol delataba los Nodong camuflados con hojas y ramas.

—Creo que tendríamos que ir de dos en dos —dijo Squires—. Moore, vaya y dígaselo a los hombres. Por parejas. Usted y Puckett delante. Se agazapan detrás de aquella roca con forma de peladilla. Ahí, a la izquierda. Hay unos sesenta metros. ¿La ve?

—Sí, señor.

—Luego, directos al matorral de la derecha. A partir de ahí tanteen el terreno con mucha precaución. Nosotros los seguiremos. Cuando lleguemos al final de la cuesta, el general y yo abriremos fuego desde atrás y le daremos al enemigo la oportunidad de

rendirse. Como no lo harán, los atacaremos por los flancos. Yo daré instrucciones a los hombres a medida que bajen.

Moore saludó y retrocedió a por el sargento. Rodgers siguió estudiando el terreno.

—¿Y si optan por rendirse?

—Los desarmamos y dejamos a cinco de nuestros hombres para que los vigilen. Pero no se rendirán.

—Quizá tenga usted razón —convino Rodgers—. Lucharán. Y cuando los soldados que vigilan los misiles oigan los disparos, mandarán refuerzos desde otros puntos y vendrán a por nosotros.

—Para entonces ya habremos salido de aquí. Mantendré a los hombres por parejas para obligar al enemigo a dispersarse. Nos cargaremos a tantos como podamos. Nos reuniremos en la tienda de mando, allá abajo, y pensaremos a ver cómo abatimos a esos pájaros. Sólo espero que no remonten el vuelo antes de tiempo.

Rodgers le cogió los prismáticos a Squires y miró hacia la tienda de mando.

—No sé… Ahí pasa algo raro.

—¿Como qué?

—No se ve entrar ni salir a nadie de la tienda, ni al comandante.

—Lo tendrán todo más que archisabido. Estará desayunando.

—No sé, no sé. Hood ha dicho que dos hombres que iban en un transbordador se dirigieron en una avioneta hacia el Norte. Si esto es, de verdad, una conspiración contra el Norte, el comandante no los habrá dejado entrar de rositas, apoderarse del emplazamiento y reorientar los misiles.

—Siempre es posible falsificar órdenes.

—Aquí no. Operan con un sistema de doble control: si un comandante recibe nuevas órdenes, pide confirmación a Piongiang por radio.

—Quizá cuenten con la complicidad de algún alto mando.

—En tal caso, ¿por qué enviar aquí a dos hombres? ¿Por qué no limitarse a cambiar las órdenes, desde el cuartel general?

Squires asintió con la cabeza justo al llegar Moore y Puckett.

—Podría ser —admitió Squires.

Rodgers siguió observando la tienda de mando. No se advertía el menor movimiento. La lona de la entrada parecía cerrada.

—Oiga, Charlie, tengo un presentimiento. ¿Me permitiría ir con dos hombres ahí abajo?

—¿Y qué hará?

—Me gustaría aplicar un poco el oído y cerciorarme de que quien está al mando es quien debe estar.

—No, no —contestó Squires—. Nos retrasaría mucho, señor. Tardaría usted por lo menos una hora en llegar abajo.

—Lo sé, y lo dejo a su criterio, pero es que tienen aquí el doble de hombres de lo que esperábamos, y nos vamos a ver en franca inferioridad si hay un tiroteo.

—Siempre he deseado la oportunidad de decirle «no» a un general, y ahora que la tengo… —dijo Squires, que hizo una pausa y se mordisqueó el labio superior— … no se lo voy a decir. De acuerdo. Buena suerte ahí abajo, señor.

—Gracias. Me comunicaré con usted por el teléfono de campaña en cuanto pueda.

Rodgers y Moore cambiaron impresiones un momento para ver qué recorrido hacían los tres para llegar detrás de los emplazamientos de las baterías artilleras. Mientras tanto, Puckett se descolgó la mochila en la que llevaba la radio y la dejó con Squires.

—Ah, Charlie —dijo Rodgers antes de alejarse—, no comunique con el Centro de Operaciones a menos que vayan mal dadas. Ya sabe cómo se pone Hood con algunas de mis ocurrencias.

—Lo sé, lo sé, señor —dijo Squires, sonriente—: como un terrier con una chuleta.

—Exacto —dijo Rodgers.

El sol asomaba ya por el horizonte y proyectaba largas sombras tras las rocas al echar a caminar los tres.

SETENTA Y CINCO

Miércoles, 8:00, lado norcoreano de la Zona Desmilitarizada

El primer disparo alcanzó a Gregory Donald en la pierna izquierda y le hizo perder el equilibrio. El segundo disparo de rifle le entró por el hombro derecho mientras caía y le atravesó diagonalmente el torso. Nada más caer al suelo se apoyó en el brazo izquierdo para tratar de levantarse. Como vio que no podía, intentó arrastrarse, impulsarse hacia adelante. Al apoyarse en la mano derecha se le cayó la navaja. Avanzaba centímetro a centímetro.

Los soldados echaron a correr hacia él.

—El aire… —farfullaba Donald en coreano—. El aire…

Donald dejó de moverse y quedó de costado. La pierna izquierda le ardía de dolor, igual que la cintura. No sentía más. Sabía que lo habían herido, pero no pensaba en ello. Trataba de erguir la cabeza y de levantar la mano para señalar hacia el lugar.

—El aire… acondi…

Se percató entonces de que, probablemente, era malgastar el poco aliento que le quedaba. Nadie le escuchaba. O quizá no gritase lo bastante.

Vio correr hacia él a un médico, que se arrodilló a su lado, se ajustó las gafas y le examinó la yugular y los ojos. Luego le tomó el pulso.

—Los barracones —dijo Donald—. Escúcheme… El aire acondicionado…

—Tranquilo —le dijo el médico, que le desabrochó la chaqueta y la camisa.

Le limpió la sangre con gasa y le echó un vistazo a la herida, el orificio de entrada en el hombro y el de salida, a la izquierda del ombligo.

Donald logró incorporarse sobre el codo izquierdo y trató de levantarse.

—¡Estése quieto! —le espetó el médico.

—¿Es que no lo entiende…? *¡Gas venenoso en los barracones…!*

El médico miró a Donald con fijeza y curiosidad.

—El aire… acondicionado…

—¿Los acondicionadores de aire? ¿Que alguien intenta envenenar a los hombres de los barracones? —dijo el médico, cuyo semblante se entristeció al comprender—. ¿Y trataba usted de impedirlo?

Donald asintió desmayadamente. Luego se venció hacia atrás, porfiando por respirar. El médico les pasó la información a los soldados que estaban en derredor, y a continuación volvió a atender a su paciente.

—¡Pobre! —exclamó el médico—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Donald oyó gritos por detrás; soldados que corrían hacia los barracones.

—¿Qué…? —dijo Donald sin poder acabar la frase.

—¿Que qué pasa? —aventuró el médico—. Los soldados abandonan los barracones, señor. ¿Lo ha oído? —le preguntó a Donald.

Lo había oído, pero no pudo mover la cabeza. Parpadeó lentamente y miró hacia el azul del cielo, cada vez más intenso.

—Aguante —le dijo el médico, que pidió una camilla—. Voy a llevarlo al hospital.

El pecho de Donald apenas se movía.

—¿Qué ocurre ahora? —le preguntó el médico a su asistente, a la vez que se colocaba a horcajadas sobre el pecho de Donald.

—Los soldados comprueban la instalación del aire acondicionado —repuso el asistente—. Inspeccionan también los demás barracones. Y… acaba de apagarse la luz. Parece un corte de fluido.

—Es usted un héroe —le dijo el médico a Donald.

«¿De verdad?», pensó Donald, que vio agrisarse el azul del cielo y luego ennegrecer.

Sonaban disparos, pero el médico hizo caso omiso, concentrado en practicarle a Donald la respiración artificial.

Después de taparle la nariz con los dedos y de insuflarle aire cuatro veces, le buscó el pulso en la carótida. Pero nada. Volvió a insuflarle aire y el pulso siguió sin latir.

El médico levantó una pierna por encima del pecho de Donald y se arrodilló a su lado. Apoyó el dedo corazón de su mano derecha en el hueco entre el esternón y la base de la caja torácica. Luego apoyó el tarso de la mano izquierda en el tramo inferior del esternón, junto al dedo índice, y apretó, a un ritmo de ochenta compresiones por minuto. Mientras tanto, su asistente le tenía cogida la muñeca a Donald, atento a que latiese de nuevo el pulso.

Cinco minutos después, el médico volvió a ponerse en cuclillas. Ayudó a colocar en la camilla el cuerpo de Donald, y los soldados se lo llevaron mientras un oficial se acercaba. Ignoraron a los soldados de Corea del Sur que miraban desde el otro lado.

—¿Lleva documentación?

—No lo he mirado.

—Quienquiera que fuese, merece una condecoración. Habían conectado bidones de gas venenoso a los aparatos de aire acondicionado de los cuatro barracones del lado este. Hemos llegado justo a tiempo de detener al individuo que los iba a activar.

—¿Un solo hombre?

—Sí. Aunque a lo mejor llevaría compañía. Pero nada va a decirnos ya.

—¿Se ha suicidado?

—No exactamente. Al acercarnos, ha intentado rociarnos con el gas, y hemos tenido que dispararle —le explicó el oficial—. Será mejor que informe enseguida al general Hong-koo —añadió tras mirar el reloj—. Va de camino a entrevistarse con un emisario estadounidense. Y esto puede cambiar las cosas.

Oculto tras el grueso tronco de un roble, acechaba al pequeño convoy de tres *jeeps* que se acercaba a la entrada norte del edificio de conferencias. Procedían del lado norte de la base, en el que Hong-koo tenía su cuartel general. Hong-koo aparcaría justo al lado de la entrada, aguardaría a que llegase la delegación de Corea del Sur y, hasta entonces, no bajaría o, por lo menos, ése era el procedimiento más habitual y probable.

Pero si Lee había visto lo que creía haber visto (que abatían a Donald a tiros al correr hacia los barracones), no habría delegación de Corea del Sur y, probablemente, tampoco habría ataque con gas tóxico a los barracones. Aquellos otros disparos… Que no se oyese el lógico alboroto tras lo que tenía que haber ocurrido…

Era obvio que el plan se había venido abajo.

Pero no le sudaba la palma de la mano, no. Y empuñaba la pistola con firmeza. La pistola tenía que haber utilizado con Donald, y no la navaja. Lo hubiesen oído, pero habría podido huir.

Daba igual. El destino le brindaba otra oportunidad no menos preciosa.

Al detenerse los *jeeps*, Lee clavó sus ojos en el general Hong-koo, un hombre menudo, con la boca grande como una serpiente y, al decir de muchos, parecido talante. El general aguardaría no más de veinte minutos antes de entrar. Y si nadie acudía, proclamaría ante el mundo que Corea del Norte quería la paz y los surcoreanos no. Daría media vuelta y regresaría a su cuartel general.

«Seguro que ése es el plan», pensó Lee, aunque no iba a darle opción a que lo siguiera.

Apenas ciento cincuenta metros separaban a Lee del convoy de Hong-koo. El general iba, muy envarado, en el asiento trasero del *jeep* del centro. No ofrecía un buen blanco… de momento. En cuanto bajase del vehículo, Lee echaría a correr hacia él y lo abatiría a tiros, a él y a cuantos pudiese de los seis hombres de su escolta. Luego huiría hacia el túnel.

En cualquier caso, estaba dispuesto a morir. O líder o mártir. Todos sus hombres estuvieron dispuestos a morir por su causa. Pues aunque ni el atentado, ni el asesinato ni el ataque de Sun a Tokyo provocasen la guerra, tales acciones fortalecerían la moral de quienes se oponían a la unificación.

El chófer de Hong-koo miró el reloj y le dijo algo al general, que asintió con la cabeza.

Era casi la hora… Hora también de echar a los estadounidenses de Corea del Sur, de que floreciese el patriotismo, de la ascensión de una renovada milicia que hiciese de Corea del Sur el más poderoso, próspero y temido país de la región.

SETENTA Y SEIS

Miércoles, 8:02, carretera de Yangiang

Kim había enterrado casi cuatro millones de wons en un cementerio, al este de la ciudad. Aquel dinero, equivalente a unos cinco mil dólares, lo fue ocultando mientras fingía rezar arrodillada junto a una tumba, o descansar sentada en un banco o echada bajo los árboles. Había remetido las monedas y los billetes en pequeñas grietas de árboles y rocas. Y todo seguía allí. A nadie se le ocurría ir a un cementerio en busca de ocultos tesoros.

A oscuras, tardó casi tres horas en recuperar el dinero. Luego, con el depósito lleno de gasolina, siguió la carretera paralela al río Pukangang, hacia el noreste, rumbo al lago Soyang. Allí descansó y hojeó su bloque, a ver si encontraba el nombre de alguien a quien pudiera comprarle un pasaporte y un pasaje para Japón.

Kim conducía con la radio conectada, sintonizada en la frecuencia que Hwan utilizó en su coche para comunicar con la CIAC. Quería oír si decían algo acerca de ella y, durante un buen rato, dio la sensación de que no tenían ninguna pista sobre su paradero ni sobre la marca del coche que conducía, pero cuando ya se decidía a reanudar el viaje, la CIAC encontró el Tercel en un distribuidor de la BMW. Y ahora trataban de averiguar con qué otro vehículo robado se dirigía hacia la costa.

La carretera por la que iba era de un solo carril por sentido, y discurría por un hermoso pero desierto paisaje. A Kim le empezó a

preocupar la posibilidad de no encontrar otro coche. Su única esperanza era llegar al Parque Nacional de Sorak-san antes de que las autoridades la encontrasen. Normalmente, había por allí muchos turistas, un amplio aparcamiento junto al lado norte del templo de Paektam-sa, en el sector oeste del parque. Podía llegar por el alto de Taesungniong, y se dirigió hacia allí.

Ahora lamentaba haberse detenido a descansar junto al lago. Había sido una estupidez. Pero se hacía tan largo aquel día… Y lamentaba algo más grave: haber matado a aquel hombre. En caliente, fue muy fácil. Una buena persona estaba en peligro, y ella le disparó a quien la atacaba. Sólo que, una vez hecho, reparó en que nada sabía del atacante. Temía haberse precipitado, e incluso pensó que aquel hombre pudo haber estado de su parte… y ayudarla a escapar.

La cuestión era que había asesinado a un hombre. La espía que no era tal, la norcoreana obligada a ir a Corea del Sur por amor a su hermano, acababa de cometer el más horrendo de los pecados. Siempre vería la cara del hombre a quien disparó, un cuerpo que se desplomaba inerte, no con los-aspavientos y contorsiones de las películas…

Se oyó una clara voz a través de la radio que llevaba en el asiento contiguo.

—Helicóptero «Siete», aquí el sargento Eui-soon. Cambio.

—Helicóptero «Siete» al habla. Cambio.

—Han visto al BMW blanco repostar cerca de la estación Tongdaemum Stadium hace una hora y media. Se dirigió hacia el este, por lo que podría encontrarse más allá de Inje. Corresponde a su sector. Cambio.

—Lo comprobaremos y le informaremos. Cambio y cierro.

Kim juró entre dientes porque, efectivamente, estaba más allá de Inje, que se encontraba en el extremo nororiental del lago. Los tendría encima en cuestión de minutos.

Como a la policía surcoreana le encantaba poner multas, se abstuvo de rebasar el límite de velocidad… Casi nada: sin la documentación del coche y con cuatro millones de wons en el maletín de la radio, bajo el salpicadero. De manera que empezó a buscar desesperadamente un aparcamiento. Pero nada. Y ya había llegado al parque nacional, con sus riscos de afiladas aristas y las atronadoras cascadas que se veían desde muy lejos.

Como los guardas del parque nacional no eran tan rígidos como los policías de tráfico, aceleró para llegar cuanto antes al aparcamiento. De pronto, oyó la lejana vibración del rotor de un helicóptero.

Aceleró al máximo, mirando a ver por dónde podía dejar la carretera. Cuando ya había decidido abandonar el coche y seguir a pie, el helicóptero la sobrevoló, describió un giro y dio otra pasada.

Kim frenó en seco.

El helicóptero se bamboleaba a unos setenta metros de altura, de cara a ella. Dos hombres la señalaban. Oyó un estridente zumbido al conectar ellos el megáfono.

—Varios coches-patrulla van en dirección a usted —le gritaron—. No se mueva de donde está.

—¿Y si no? —gritó ella casi sin aliento—. ¿Qué van a hacer?

Kim miró hacia la carretera. A unos tres kilómetros se estrechaba, se hacía sinuosa y se adentraba en las montañas. Tanto a los coches como al helicóptero les iba a ser muy difícil seguirla.

«¡A tomar por el culo!», pensó. Pisó a fondo el acelerador y el BMW salió como una bala hacia los grisazulados riscos que se alzaban a lo lejos.

SETENTA Y SIETE

Miércoles, 18:05, Centro de Operaciones

Hood estaba en su despacho con Ann Farris y Lowell Coffey. Analizaban qué tratamiento convenía dar a la noticia, en el caso de que el comando Striker fuese capturado o aniquilado. La Casa Blanca negaría la operación, tal como dijo el presidente, y la política habitual era que el Centro de Operaciones hiciese lo mismo. Pero Ann Farris aventuraba que podían apuntarse un buen tanto si dejaban que el mundo supiera que lo habían hecho para velar por la seguridad de Japón. Sin embargo, Hood desechó la idea, pese a reconocer que no era descabellada.

Al decirle *el Pincha* a Hood que tenía una llamada urgente del general Schneider con noticias sobre Panmunjom, se dejó de inmediato la discusión a un lado.

—Hood al habla.

—Señor director —dijo el general Schneider—, lamento informarle de que su agente Gregory Donald ha resultado muerto a tiros, hace unos minutos, dentro de territorio norcoreano.

Hood palideció.

—General… Ellos lo invitaron a acudir…

—No ha sido en la entrevista. No se encontraba en el lugar de la reunión.

—¿Dónde estaba?

—Corría hacia los barracones de los soldados norcoreanos con una navaja.

—¿Que Gregory…? ¿Está usted seguro?

—Es lo que el oficial de guardia ha puesto en su informe. Y que les advertía a gritos en coreano… del gas tóxico.

—¡Dios bendito! —exclamó Hood cerrando los ojos—. Claro. ¡Dios bendito, Gregory…! ¿Por qué no lo dejaría en manos de los militares?

—¿Qué ha pasado, Paul? —interrumpió Ann.

—Que Gregory Donald ha muerto, al impedir que utilizasen el gas tóxico. General… El comandante Lee ha debido de introducir el gas en el Norte… Probablemente Gregory Donald iría tras él.

—Es lo que deducimos, pero era una locura. Tenía que haber dado por supuesto que los soldados le dispararían.

«No ha sido una locura —pensó Hood—. Era el modo de actuar de Donald».

—¿Y cuál es la situación?

—Según nuestros centinelas, ha dado la impresión de que los soldados norcoreanos le disparaban a alguien que intentaba llenar los barracones de tabun. Como acabo de decirle al ministro Colon, están desconcertados. Desde una de nuestras torretas observamos al general Hong-koo. Está sentado en un *jeep*, junto a la puerta del pabellón de conferencias… aguardando Dios sabe qué. Tiene que saber que Donald… no acudirá.

—Puede que ignore que ha sido a Donald a quien han matado.

«Qué horribles suenan estas palabras», pensó Hood. Miró en busca de consuelo a Ann, tan desconsolada como él.

—Va a tardar poco en descubrirlo. El problema que tenemos ahora es que el Pentágono se ha puesto en contacto con Piongiang. Los norcoreanos no creen que Lee y su grupo actuasen por su cuenta. Piensan que es parte de un complot tramado por Seúl. No se puede razonar con esos chiflados.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Pues curarnos en salud. El general Norbom nos envía prácticamente todos los hombres y el material de que dispone. Ordenes directas del presidente. En cuanto asome alguien por aquí y nos tosa, vamos a tener guerra caliente, y de verdad —dijo Schneider, que se excusó por tener que colgar ya.

Hood era la viva imagen de la desolación. Estaba furioso. Era como si, después de ir en cabeza durante toda la temporada, perdiese el liderato y el título en el último minuto del último partido. Lo único que faltaba ya era que Mike Rodgers y el comando Striker hiciesen algo que precipitase un conflicto irremediable. Por un instante, pensó en llamar y anular la misión, pero estaba seguro de que Rodgers no haría ninguna barbaridad. Además, subsistía el hecho de que los misiles apuntaban a Japón, y si éste era atacado, con guerra o sin ella, el clamor para el rearme sería incontenible. Esto, a su vez, provocaría que China y ambas Coreas reforzasen sus respectivos aparatos militares, lo que conduciría a una carrera armamentística comparable a la de la «guerra fría» durante los años 60.

Después de poner al corriente a Farris y a Coffey, Hood les pidió que informasen a los demás jefes de sección del Centro de Operaciones. Cuando hubieron salido, apoyó la frente en las manos.

Y entonces se le encendió la lucecita: *Piongiang no creería a nadie del Sur, pero ¿y a alguien del Norte?*

Llamó a su ayudante a través del intercomunicador.

—Oiga, *Pincha*, Kim Hwan está en el hospital Universitario Nacional de Seúl. Si ya ha salido del quirófano y está consciente, quiero hablar con él.

—Sí, señor. ¿A través de una línea de seguridad?

—No hay tiempo de habilitar una. Y, ah, Benet, ¡ni caso a los médicos de la CIAC si tratan de impedírselo! Recurra al director Yung-Hoon si es preciso.

Mientras aguardaba a que *el Pincha* le pusiese la comunicación, Hood llamó a Herbert.

—Oiga, Bob, quiero que disponga una transmisión dirigida a esa frecuencia de Yanguu.

—¿Dirigida *a…* señor?

—Exacto. Intentaremos organizar un jueguecito telefónico que puede evitar una guerra.

SETENTA Y OCHO

Miércoles, 8:10, Seúl

Kim Hwan estaba adormilado al tocarle Choi Hongtack en el hombro.

—¿Mister Hwan?

Éste abrió los ojos lentamente.

—Sí… ¿Qué pasa? —le dijo.

—Siento molestarlo, pero tiene una llamada de mister Paul Hood de Washington —dijo Hongtack, que le acercó el auricular.

Hwan logró alargar el brazo con penas y trabajos y lo cogió. Lo puso en la almohada y ladeó la cabeza.

—Hola, Paul —dijo desmayadamente.

—¿Cómo se encuentra, Kim?

—¿Tengo alternativa?

—*Touché*, Kim. Escuche bien porque vamos contra reloj. Hemos identificado al individuo que perpetró el atentado. Es un oficial surcoreano y (aunque no sabe cuánto siento tener que darle esta noticia)… Gregory Donald ha resultado muerto al tratar de detener a uno de sus cómplices.

Hwan se sintió como si lo apuñalasen de nuevo. Se quedó sin aliento, como si le ardiesen las entrañas.

—No sabe cómo me duele no habérselo podido decir con más delicadeza —se excusó Hood—, o esperar un poco a comunicárselo, pero es que los norcoreanos no se creen que el grupo actuase por su cuenta, y están dispuestos a ir a la guerra. ¿Me sigue?

—Sí —repuso Hwan con un hilillo de voz.

—Hemos interceptado un mensaje de Seúl Oh-Miyo. ¿Puede aún comunicar con ella?

—No… No lo sé…

—Escuche, Kim, necesitamos alguien en quien los norcoreanos confíen para que les diga que no se ha tratado de una acción ordenada por el gobierno surcoreano. Tenemos la frecuencia de la radio que ella utilizaba y esperamos poder sintonizar. Si no es detenida, ¿hablará usted con ella? ¿Le pedirá que comunique por radio con el Norte y trate de convencerlos?

—Sí —contestó Hwan con lágrimas en los ojos—. Haré lo que pueda —añadió.

Luego le indicó a Hongtack con un ademán que lo ayudara a incorporarse.

—Así me gusta —dijo Hood—. No se retire hasta que me asegure de que esto funciona.

Mientras aguardaba, Hwan ignoró las inquisitivas miradas de Hongtack. Aunque se evitase una guerra, el día se habría saldado con una tragedia espantosa. ¿Y por qué? Por las maquinaciones políticas y militares que Gregory siempre detestó.

«Hay que hablar —decía siempre Donald—. La palabra y el arte son lo único que nos distingue de los animales. Al arte y a la palabra hay que sacarles el máximo partido, y saborearlos…».

Qué injusto era lo ocurrido. Y lo peor: que aquel en quien hubiese podido encontrar consuelo había dejado de existir.

—¿Kim?

Hwan se acercó el auricular al oído y trató de sobreponerse a los efectos de la anestesia, que amenazaba con adormecerlo de nuevo.

—Aquí sigo, Paul.

—Hay problemas, Kim…

Entre el estridente acoplamiento de los receptores, una frenética voz atajó a Hood.

—*¡Me amenazan con dispararme!*

Hwan se sobresaltó de tal modo al oírla que se espabiló en el acto.

—Soy Hwan, Kim. ¿Me oye?

—¡Sí…!

—¿Quién la amenaza?

—Un… helicóptero. Y se acercan dos motoristas. Estoy en el coche, en plena montaña… Los veo desde aquí arriba.

—¿No serán nuestros? —le preguntó Hwan a Hongtack fulminándolo con la mirada.

—No lo sé —contestó Hongtack—. El director Yung-Hoon me dijo que intervienen… demasiados servicios secretos en este asunto.

—¡Como si interviene Dios en persona! ¡Mándelos retirarse!

—Señor…

—Óigame bien, Hongtack, o coge otro teléfono y le dice al director Yung-Hoon que yo asumo toda la responsabilidad sobre *miss* Chong, o mañana lo mando de escucha a la estación norteamericana de McMurdo.

Tras sopesar si su dignidad merecía darse aquel paseíto hasta la Antártida, Hongtack salió de la habitación del hospital.

—Creo que ya está solucionado —dijo Hwan, de nuevo al teléfono—. ¿Dónde está ahora, Kim?

—En las montañas del Parque Nacional de Sorak-san. Me he metido debajo de un saliente por donde el helicóptero no puede aterrizar.

—Bien. En cuanto pueda, vaya a ver a mi tío Zon Pak, en Yangiang. Es pescador. No lo puede ver nadie, pero todo el mundo lo conoce. Lo llamaré, y él se encargará de ponerla a salvo y llevarla adonde usted quiere. Y, bien, ¿le ha explicado mister Hood nuestro problema?

—Sí. Me ha contado lo del comandante Lee.

—¿Podrá ayudarnos? ¿Está dispuesta a ayudarnos?

—Sí, claro que sí. No se retire, que llamaré a Piongiang.

—Puede oírnos a Hood y a mí sin que ellos nos oigan… si conecta la clavija de los auriculares. ¿Lo hará?

Kim le dijo que así lo haría mientras la «multiconferencia». hospital-Centro de Operaciones-parque nacional se engrosaba con otro participante: capitán Ahn Il en «Casa», que, como Hwan sabía, era el Cuartel General del Servicio de Inteligencia norcoreano en la capital, situado en el subsótano del hotel Haebangsang, en la orilla occidental del río Taedong.

—Casa —dijo Kim—, tengo pruebas incontestables de que un grupo de soldados surcoreanos, y no… repito, *y no* el gobierno ni los militares de Seúl, está detrás del atentado y del frustrado ataque con gas tóxico a la base. El comandante Lee, el oficial del parche en el ojo, es quien ha dirigido la operación.

Se hizo un momento de silencio.

—Seúl Oh-Miyo, ¿qué oficial del parche en el ojo?

—El que llevaba el gas venenoso.

—No era así.

—Por favor, *miss* Chong —dijo Paul—, dígale que esperen. Intentaré que localicen al comandante Lee… y, cuando lo haga, van a tener que actuar con mucha rapidez para detenerlo.

SETENTA Y NUEVE

Miércoles, 6:17, Centro de Operaciones

Paul Hood dejó la comunicación de Kim Hwan en línea de espera y llamó a Bob Herbert.

—¿Tenemos alguna foto del comandante Lee, Bob?

—Está en su expediente…

—Transmítala enseguida a la ONR y luego venga aquí con Lowell Coffey, McCaskey y Mackall.

A continuación, Hood llamó a Stephen Viens a la ONR.

—Steve, van a recibir una foto que les envía Bob Herbert. Se trata de un individuo que puede estar aún en el lado norte de la Zona Desmilitarizada, en Panmunjom. Necesito que lo localicen y lo sigan. Primero rastreen las inmediaciones del pabellón de conferencias… Dediquen dos cámaras.

—¿Ha autorizado el ministro Colon el segundo par de ojitos?

—Lo hubiese autorizado si supiese de qué va —le espetó Hood con sequedad.

—Lo suponía —dijo Viens—. Ya llega la foto del menda. ¿Va solo?

—Lo más probable —repuso Hood—, y con uniforme del ejército surcoreano. Quiero que me transmitan las imágenes a medida que hagan las tomas.

—Siga en línea.

Hood oyó ordenar a Viens que una segunda cámara del satélite enfocase el sector, desde el equivalente a una altura de ocho

metros. Luego introdujo la fotografía del comandante Lee en el ordenador, que buscaría por las inmediaciones a cualquiera que tuviese su aspecto y trazaría su silueta en azul.

Apareció en pantalla el tejado del pabellón de conferencias. No estaba allí, de lo contrario, los centinelas de las torretas de ambos lados lo hubiesen visto. Luego, cuatro segundos y cuatro décimas después, la segunda cámara del satélite transmitió una fotografía —solapada con la imagen de la primera— del sector que colindaba con la parte delantera del pabellón. Se veía el pequeño convoy de tres *jeeps* en el que probablemente iba el general Hong-koo.

Bob Herbert llegó, impulsándose con la silla, seguido de Martha, Coffey, McCaskey y Ann Farris (Hood se olió que, más que para seguir la evolución de la crisis, iba a cuidar de él). Su actitud maternal solía incomodarlo casi tanto como complacerlo. Pero ahora no lo incomodaba. Le había gustado el tacto de su mano cuando antes la posó en su hombro.

—Oiga, Darrell —dijo Hood—, ¿qué hace ahí sentado Hong-koo? Ya tendría que haberse enterado de lo ocurrido.

—Da igual —se adelantó a contestar Martha, que se ganó una atravesada mirada de Darrell—. Los norcoreanos son de los que acuden a una cita aunque hayan leído una esquela del citado. Les gusta alardear de flema. Por ahí anda la filosofía del *juche* del presidente Kim Il Sung: un aspecto de la confianza en uno mismo que empieza por no cambiar de planes por iniciativa de los demás.

—Probablemente, utilizará el *fórum* para hacer algún tipo de declaración política —terció Ann.

—Dirá que, pese a haber sido atacados, han dado muestras de enorme serenidad al no responder —secundó Martha.

Darrell alzó las manos con abrumado talante y se sentó.

Hood examinaba las imágenes de la parte superior izquierda e inferior derecha de la pantalla. La llegada de cada imagen la anunciaba un zumbido, de un segundo de duración, que emitía el disco duro al archivarla. Un número de código en la parte inferior

derecha de cada imagen (el número de orden seguido de «PP», por «PRIMERA PASADA») permitía activar la función correspondiente para que la imagen apareciese de inmediato en pantalla. El ordenador podía también realzar las imágenes, darles más contraste, más brillo e incluso mostrarlas de abajo arriba, en lugar de arriba abajo, con sólo extrapolar la información de la imagen.

—¡Fijen la toma diecisiete-Pp! —gritó Hood, que se levantó de un salto de la silla—. Esa silueta aislada que se ve de pie, detrás del árbol, a poco más de cien metros del convoy…

Bob y Darrell se acercaron a mirar.

—Las hojas le ocultan el rostro —dijo Viens—. Moveré un poco el ángulo de la cámara.

Un poco significaba milésimas de centímetro que, debido a la distancia que separaba el satélite de la Tierra, se traduciría en una variación de por lo menos treinta centímetros.

Al aparecer la nueva imagen en pantalla, empezó a perfilarse una silueta con una tenue línea azul.

—¡Bingo! —exclamó Viens—. Lo enfoco con la otra cámara.

—No. Quiero una panorámica del sector… el equivalente a unos quinientos metros.

—Listo —dijo Viens.

Hood se alcanzó el teléfono mientras seguía la nueva imagen. Se veía a Lee mover ligeramente el cuerpo hacia el *jeep* del general. Hood sintió el mismo escalofrío que cada vez que veía el vídeo del asesinato de Kennedy. Tenía que contemplar, impotente, cómo se consumaba.

Apareció luego otra imagen de Lee. Se alejaba del árbol.

—¿Puede oírme, *miss* Chong? —dijo Hood.

—¡Sí!

—Avíseles de que el oficial responsable del complot acaba de salir de detrás de un roble, que se encuentra a unos treinta o cuarenta metros del pabellón de conferencias. Creemos que se propone

atentar contra el general Hong-koo. Dígales que detengan al comandante Lee por cualquier medio.

—Entendido —dijo ella, que de inmediato transmitió el mensaje.

Mientras Kim Chong lo transmitía, Hood le dijo al *Pincha* que le pusiera en contacto con el general Schneider. Y mientras *el Pincha* se apresuraba a preparar la conexión, Paul vio a Lee seguir avanzando hacia el convoy. Empuñaba una pistola. Un grupo de hombres que aparecían en la parte inferior observaban al general Hong-koo, ya de pie en el *jeep*, a punto de bajar. La imagen más grande de las que salían en pantalla mostraba las inmediaciones del pabellón de conferencias, los lados norte y sur de la Zona Desmilitarizada. Lo que esperaba ver ya estaba allí… en el lado sur, a unos trescientos metros al suroeste de Lee.

—¡Tengo al habla al general Schneider! —avisó *el Pincha*, que le pasó a Hood la línea del teléfono de campaña del general que supervisaba el despliegue de las tropas.

—Hood —le espetó el general—, que conste que me pongo porque es usted quien dirige la operación…

—¡El comandante Lee está detrás del pabellón de conferencias, en el lado norte!

—¿Cómo dice?

—Sus centinelas situados al suroeste del pabellón forzosamente han de verlo —lo apremió Hood—. ¿Tienen algún buen tirador ahí?

—¡Claro…!

—Pues ¡utilícelo! *¡Rápido!*

—¿Me pide que le dispare a uno de nuestros propios oficiales… *y* hacia Corea del Norte? —dijo Schneider.

—¿No es eso lo que tanto esperaba? Lee va armado y se propone matar a Hong-koo. ¡O lo evita de inmediato, o dentro de un minuto le cae encima un consejo de guerra!

—¿Y mis centinelas qué? Los del Norte responderán al fuego…

—Esperemos que no. Mis hombres están ahora al habla con ellos.

—Esperemos… —masculló Schneider—. Está bien, amigo, doy la orden, pero la responsabilidad es suya: es *usted* quien se la va a cargar.

Schneider colgó y Hood le pidió a Viens que una cámara siguiese a Lee y la otra a los centinelas, cuya imagen se veía ahora más cerca. Uno cogía el teléfono y su compañero miraba con los prismáticos.

En una imagen se apreciaba a Lee acercarse de manera temeraria a Hong-koo. En la otra, el de los prismáticos los bajaba.

Lee se había acercado tanto al general que se los veía a los dos en la misma imagen. Hong-koo bajaba del *jeep* desde el asiento contiguo al del conductor. Sus hombres formaron un semicírculo en derredor, a modo de escolta. Había periodistas y fotógrafos a ambos lados.

El soldado de la torreta de vigilancia del lado sur se echó el rifle a la cara.

Lee alzó la pistola.

El soldado apoyó la culata de su M-16 en el hombro.

Hood tenía un nudo en la garganta y la boca seca. Un segundo de retraso, una palabra a destiempo podían sumir a la península en una guerra…

Los fotógrafos dispararon sus *flashes* al dejar Lee caer el arma. A Hood le dio un brinco el corazón al ver al soldado de la torreta en pie, con el rifle a un lado. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que llegaron las siguientes imágenes.

Lee tenía la cabeza ladeada, como si evitase los *flashes*. Hong-koo se vencía hacia atrás. Su brazo derecho parecía manchado.

El M-16 humeaba.

Curiosamente, Hood se retrotrajo a una imagen de la infancia, escondido, y sin respirar apenas, en el armario de cedro de sus padres. Así era el silencio que se hizo en el despacho.

En la siguiente fotografía del lado norcoreano se veía al general Hong-koo boca arriba, sujetándose el brazo. A pocos pasos, Lee seguía aún de pie. Su pistola humeaba. No se le veía la cara, cubierta por una mancha roja.

—¡Lo han conseguido! —exclamó Herbert agitando el puño.

McCaskey le dio a Hood una palmada en el hombro.

En la siguiente imagen se veía a Lee caer y a Hong-koo levantarse. Al sur, los soldados de la torreta de vigilancia se agachaban.

—¿Mister Hood? —llamó Kim Chong—. Les he dado su mensaje. Lo transmiten a Panmunjom.

—¿Le han creído?

—Por supuesto —repuso ella—. Me dedico al espionaje, no a la política.

Hood se levantó y Ann se acercó y lo abrazó.

—Lo ha conseguido, Paul.

—Bueno, bueno. Hemos matado a un oficial surcoreano. Y *eso* va a tener repercusiones —dijo Coffey algo mohíno.

—¡Era un loco! —exclamó Herbert—. Le hemos disparado a un perro rabioso.

—Que acaso tenga familia —replicó Coffey—. Los perros rabiosos no tienen derechos; los soldados y… similares sí.

El Pincha interrumpió con una llamada del general Schneider. Hood le dijo que intentase comunicar con Mike Rodgers. Luego se sentó en el borde de la mesa y cogió el teléfono.

—¿Sí, general?

—Parece que se ha llevado usted el gato al agua. No hay tiroteo… Da la impresión de que los norcoreanos esperaban algo.

—¿Ve al general Hong-koo?

—No —contestó Schneider—. Mis hombres siguen ahí arriba, parapetados.

Hood miró el monitor.

—Pues bien: el general está sentado en el *jeep* comprimiéndose una herida en el hombro con un pañuelo o un trapo. Se alejan. Parece que no es grave.

—Eso no impedirá que el ministro Colon se ponga como una fiera.

—Veremos —dijo Hood—. A lo mejor, al presidente le complace cómo se ha solucionado la cuestión… Las iniciativas tan personales «dan» muy bien en los medios. Igual que tenérselas un poco tiesas a un aliado al que protegemos desde hace más de cuarenta años…

—Perdone, señor —interrumpió *el Pincha*—, pero tengo al teniente coronel Squires en el TAC SAT. He creído que querría usted hablar con él.

El júbilo se tornó en una nueva desazón al pasarle la comunicación a Hood y enterarse de lo que Rodgers se proponía hacer…

OCHENTA

Miércoles, 9:00, sierra del Diamante

El camino cuesta abajo fue más lento de lo que Rodgers esperaba. Tuvieron que dar un rodeo para situarse detrás del pelotón de soldados acampados, y descender boca abajo y con los pies por delante, para ofrecer el menor blanco posible. Las aristas de las piedras les herían los codos y las zarzas les arañaban los brazos desnudos. Cuanto más descendían, más pronunciado era el desnivel. Una y otra vez resbalaban y tenían que asirse a alguna roca, y apoyar los pies donde pudieran para no rodar hasta el campamento.

Rodgers comprendió que ésa debía de ser la razón por la que instalaron la tienda de mando allí. Si de día ya resultaba difícil acercarse, de noche, aunque llevasen gafas de visión nocturna, habría sido prácticamente imposible.

Rodgers iba delante. Detrás iban Moore y Puckett. Al llegar a una roca que distaba unos veinte metros de la tienda, les indicó que se detuvieran. Mientras ellos se parapetaban tras la roca, él asomó por uno de los lados, a ver si había movimiento.

Oía voces muy quedas, pero ni asomo de actividad.

«Qué raro», pensó. No era normal. Los Nodong apuntaban ya a sus objetivos, y el comandante tenía la obligación de estar presente. Una orden de lanzamiento no se daba jamás por teléfono sino en persona. A Rodgers se lo llevaban los demonios por no entender lo que decían en la tienda. Aunque, en realidad, poco importaba. Del

único modo que podían evitar que lanzasen los misiles era bajar y convencer, a quienquiera que estuviese al mando, de que los desactivasen. Y aunque no pudiera oírlos, se habría jugado su pensión a que no eran los norcoreanos quienes se proponían lanzarlos.

—Hay dos o tres hombres en el interior de la tienda —les susurró a sus compañeros—. Irrumpiremos por la parte de atrás. Usted, Moore, raja la lona y se aposta en el lado izquierdo. Tendrá que ser visto y no visto. Yo irrumpiré primero, Puckett detrás y luego entra usted. Yo cubriré el flanco izquierdo, Puckett el derecho y Moore el centro. Con las pistolas. Nada de machetes… No podemos darles tiempo ni a pensar siquiera en pedir auxilio.

Ambos asintieron con la cabeza. Moore empuñó el machete y recorrió el último tramo de la pendiente boca arriba y con los pies por delante. Rodgers desenfundó la Beretta y lo siguió, con Puckett detrás.

Moore los esperó al llegar abajo. Se agacharon los tres y se situaron en la parte de atrás de la tienda. Rodgers aplicó el oído mientras Moore se arrastraba hacia la lona.

—… comprobarán que tengo muchos apoyos aquí —decía alguien —. Sus hombres han hecho esto posible. La reunificación, como el matrimonio, es una idea muy bonita, pero a la larga, impracticable.

«Está claro que los surcoreanos se han apoderado del emplazamiento», pensó Rodgers. Vio a Moore erguirse lentamente a un lado de la tienda. Empuñaba en la mano izquierda el largo machete y apuntaba hacia abajo, a punto de rasgar la lona. Rodgers y Puckett avanzaron de puntillas, dispuestos a irrumpir en la tienda.

Era una lástima no saber quién era el infiltrado y quién el oficial del ejército norcoreano porque, en tal caso, habría matado al primero sin vacilar.

Moore les hizo una seña con la cabeza y apoyó la mano derecha en el mango del machete. La hoja rasgó la lona y él se echó hacia la izquierda de la abertura. Rodgers irrumpió en la tienda, se situó en

el lado izquierdo y apuntó al coronel, que estaba sentado en el catre. Era un hombre calvo. Llevaba la mano izquierda vendada con un trapo ensangrentado. Al verlo herido y desarmado, Rodgers comprendió que él era el oficial norcoreano, prisionero de los otros dos. Entonces irrumpió Puckett y apuntó con su pistola al hombre que estaba en el lado derecho de la tienda. Le arrebató la Type 64 antes de que le diese tiempo a disparar y encañonó la frente del coronel con la Beretta.

Luego entró Moore, justo en el momento en que Kong, que estaba junto a la entrada de la tienda, alzaba la mano izquierda y soltaba la Type 64 que empuñaba. Sin dejar de apuntar a la cabeza del grandullón asistente, Moore se agachó a recoger la pistola.

Kong se llevó entonces la mano derecha a la espalda, empuñó la Tokarev TT33 que llevaba remetida al cinto y alcanzó a Moore con un disparo en el ojo izquierdo. Éste cayó hacia atrás, mientras Kong apuntaba a Puckett.

Rodgers había permanecido atento al menor movimiento de Kong y, al ver que se llevaba la mano derecha a la espalda, lo encañonó, no lo bastante rápido para salvar a Moore, pero sí para meterle una bala entre las cejas antes de que pudiera dispararle a Puckett.

Kong se desplomó en el suelo de la tienda y abombó la lona de la entrada al caer.

Puckett apretó los dientes con rabia y fulminó al coronel con la mirada.

—¡Ni un movimiento, cabrón de mierda!

Rodgers oyó los gritos de los soldados del exterior y miró al oficial que estaba sentado en el catre.

—Voy a tener que confiar en usted —le dijo Rodgers, no demasiado seguro de que lo entendiese—. Queremos que se desactiven esos misiles.

Hizo amago de dejar de apuntarlo, dio un paso atrás y le indicó a Ki-Soo que se levantase.

El oficial asintió con la cabeza.

—¡Traidores! —gritó el coronel Sun—. ¡Vean cómo muere un patriota!

Sun alargó el brazo y desvió hacia sí mismo la pistola de Puckett que, tal como le enseñaron a hacer en aquel tipo de situaciones, disparó sin vacilar. Sun gimió de dolor, se dobló por la cintura y cayó a los pies del cabo.

Rodgers se agachó para tomarle el pulso.

—Está muerto —dijo.

Mike se volvió entonces hacia Moore. Estaba seguro de que el cabo estaba muerto, pero le tomó el pulso también. Cogió una manta del catre y se la tendió a Puckett, que cubrió el cuerpo de Moore.

—¿Habla usted inglés, coronel? —preguntó Rodgers.

Ki-Soo meneó la cabeza.

—*Pu-t'ak hamnida* —dijo Rodgers, recurriendo a las pocas palabras que sabía en coreano, y que venían a decir: «Por favor, los Nodong… Tokyo».

Ki-Soo asintió con la cabeza justo en el momento en que varios soldados aparecían en la entrada de la tienda. Alzó la mano para ordenarles que se detuviesen, les gritó una orden y señaló al oficial muerto.

El coronel dijo algo que Rodgers no entendió. Luego notó que reflexionaba antes de volver a dirigirse a sus hombres.

—*Il ha-na, i tul, sam set…*

—Uno, dos, tres —dijo Rodgers. Cuenta. ¿Era la cuenta atrás? No… ya que contaría… hacia atrás.

—*Chil il-gop, sa net, il ha-na…* —prosiguió Ki-Soo.

—Siete, cuatro, uno… ¿Es un código? ¿La contraseña? —dijo Rodgers, que sintió un escalofrío y señaló al oficial muerto—. Me parece que lo entiendo: trata de decirme que él ha cambiado la contraseña. Por eso se ha suicidado, para que no podamos sacársela.

Rodgers organizó rápidamente sus ideas. Los circuitos de los Nodong estaban en una caja de seguridad, con un sistema de ignición que disparaba los misiles si alguien los manipulaba. No había medio de detenerlos si no conseguían el código.

—¿Cuánto falta? —preguntó Rodgers—. *On-che-im-ni-ka?*

Ki-Soo miró a uno de los soldados que estaba de pie en la entrada. Le hizo la misma pregunta y el soldado se la contestó.

La única palabra que Rodgers entendió fue *ship-yol.* Diez.

Faltaban diez minutos para que los misiles salieran propulsados hacia Tokyo.

Rodgers llamó sin pérdida de tiempo a Squires con la radio de Ki-Soo y le dijo que, a través del enlace por satélite, pidiese que las cámaras enfocasen su sector.

OCHENTA Y UNO

Miércoles, 19:20, Centro de Operaciones

Hood y la plana mayor de su equipo seguían en su despacho al llegar la llamada de Rodgers. Hood conectó el altavoz, y los demás se acercaron a escuchar.

—Paul —dijo el subdirector—, estoy en el emplazamiento de los Nodong. Llamo desde su radio, a través del enlace TAC SAT, que tiene Squires en una loma. Los surcoreanos se habían apoderado del campamento. Hemos perdido a Bass Moore en el asalto. El coronel norcoreano Ki-Soo colabora de muy buen grado con nosotros, aunque… *no sabe* cuál es el código para desactivar los misiles. Los surcoreanos lo han cambiado, pero han muerto. Quedan poco más de ocho minutos para que los misiles salgan disparados… hacia Tokyo.

—No hay tiempo de que lleguen aviones, ni del Norte ni del Sur —dijo Paul.

—Exactamente.

—Espere un momento —dijo Paul, que conectó con Matt Stoll a través del ordenador—. Matty, recupere el documento de los Nodong del archivo. ¿Cómo se pueden detener sin contraseña?

El rostro de Stoll desapareció de la pantalla y, en su lugar, apareció el documento de los Nodong. Lo hizo avanzar, saltándose esquemas y listas de características.

—Vamos a ver: circuitos de control en el interior de una caja de acero de cinco centímetros de espesor para protegerlos durante el lanzamiento… Tenemos tres filas de números. La de la parte superior corresponde al reloj de cuenta atrás. La del centro es la de las coordenadas de lanzamiento. Los cuatro números que permiten cambiar el blanco permanecen visibles durante un minuto después de programados, al objeto de dar tiempo a una rectificación antes de quedar archivados. Luego, aparecen cuatro números en la hilera inferior, que actúan como doble sistema de seguridad de lo archivado. No es posible acceder a la hilera central a menos de activar primero la inferior. También estos números permanecen visibles sólo durante un minuto. De manera que… lo que tienen que hacer es teclear cero-cero-cero-cero en la hilera central y no se dispararán.

—Pero para eso hay que acceder al programa.

—Exacto.

—Y no sabemos cuál es la segunda serie de cuatro números.

—En tal caso… no pueden hacer nada. Para probar todas las combinaciones posibles, permutaciones con repetición de diez elementos tomados de cuatro en cuatro… se tardaría…

—Tenemos unos siete minutos…

—… se tardaría más —dijo Stoll—. Un momento —añadió en un tono que, de pronto, sonó casi exultante—. Oiga, Paul, tengo algo…

El documento de los Nodong se borró de la pantalla para, a continuación, aparecer una imagen del emplazamiento.

—Deme un segundo —añadió Stoll.

A través del teléfono, Hood oía teclear a Stoll en el ordenador. Miró el reloj de cuenta atrás. Hubiese preferido no verlo, o hacer trampa y pararlo un momento para darse un respiro. De nuevo la misma canción: rozar el éxito de una misión con la punta de los dedos y al final fracasar. Porque de las vidas sacrificadas nada decía el contrato de trabajo para el puesto.

—Martha —dijo Paul mientras Stoll seguía al teclado—, será mejor que llame a Burkow a la Casa Blanca. Dígale que quizá el presidente tenga que llamar a Tokyo.

—Los dos van a dar saltos de alegría —dijo Martha al enfilar hacia la puerta.

—La llamaré a su despacho en cuanto tenga noticias —dijo Paul.

—No sé por qué, pero sospecho que, al final, todo el mundo acusará a Estados Unidos por lo ocurrido hoy.

—El día aún no ha terminado —dijo Hood, por darse ánimo, más que nada, ya que se negaba a creer que fuese a sonar el definitivo y fatal pistoletazo.

Siguió atento a la pantalla mientras ampliaban (hasta diez veces cada cinco segundos) y realzaban la imagen de los Nodong.

—¡Soy cojonudo! —exclamó Stoll—. ¿Ve lo que tenemos ahí, Paul?

—Los misiles…

—Sí, pero ésa es la imagen que recibí cuando recuperamos la conexión —dijo Stoll.

—¡Brillante idea, cabronazo! —exclamó Hood, que se acercó más a la pantalla y enarcó las cejas—. ¡Hostia!

Se podían leer tres de los cuatro números de la hilera inferior: uno, nueve, ocho. El cuerpo de quienquiera que programase la combinación impedía ver el número de la derecha.

—Me da en la nariz que el último número es un ocho —dijo Stoll —. Encajaría muy bien con lo ocurrido hoy.

—Dios quiera que tenga razón —dijo Hood, que volvió a dirigirse a Rodgers a través del teléfono.

—Mike, programen los misiles del siguiente modo: uno-nueve-ocho-ocho en la hilera inferior; cero-cero-cero-cero en la hilera central. Repito…

—Mil novecientos ochenta y ocho en la inferior; cuatro ceros en la central. Siga en línea.

—No se preocupe, Mike, que no voy a ninguna parte —dijo Paul casi sin aliento.

OCHENTA Y DOS

Miércoles, 9:24, sierra del Diamante

Habían retirado el entramado de hojas y ramas que sirvió de camuflaje a los misiles y lo dejaron junto a las plataformas. El fuselaje de los Nodong resplandecía ahora como marfil pulido bajo el sol de la mañana.

Rodgers se encaramó al panel de control del Nodong más cercano, y le dijo a Puckett que hiciese lo propio e introdujese los dos códigos en el segundo. El coronel Ki-Soo se dirigió al tercero, con un oficial médico junto a él, enfadadísimo porque no podía vendarle bien la mano a la carrera.

Rodgers pulsó uno-nueve-ocho-ocho y aguardó, expectante, a que la hilera central de números se iluminase.

Pero no se iluminaba.

—Esto no funciona, señor —le gritó el cabo.

—Ya lo veo, Puckett —dijo Rodgers.

Optó por no volver a probar con la misma combinación, ya que quedaban sólo cuatro minutos y veinticinco segundos. Corrió hacia la tienda.

—No funciona, Paul —dijo a través del teléfono—. ¿Está seguro de que es ésa la combinación?

—Sólo de los tres primeros dígitos —admitió Hood—. Del último no.

—¡Maravilloso! —le espetó Rodgers.

Mike salió disparado de la tienda. «Quedan menos de cinco minutos —pensó mientras corría hacia los misiles—. Cada maldito dígito tarda cinco segundos en quedar programado. Va a ir por los pelos».

—¡Cabo Puckett, empiece a partir de uno-nueve-ocho y…! —gritó Rodgers.

Un soldado con la guerrera llena de medallas echó a correr hacia el Nodong junto al que Puckett estaba de pie. Tiró al cabo al suelo, hacia donde Rodgers no podía verlo, desenfundó la pistola y disparó hacia abajo. Luego ladeó el cuerpo y acribilló el teclado del panel antes de que a Ki-Soo le diese tiempo a ordenarles a sus hombres que lo redujesen, como hicieron segundos después. Lo inmovilizaron en el suelo mientras el soldado gritaba.

Se oía la voz de Squires a través de la radio de campaña.

—Hemos oído el tiroteo. ¿Qué pasa? —decía.

Rodgers contestó a través del teléfono que llevaba al cinto.

—Que hay a quien no le gusta que andemos por aquí —contestó —. No se preocupe, ya lo han detenido.

—Es que aquí arriba uno se siente inútil, señor —se lamentó Squires.

Rodgers no contestó. Lo comprendía, pero en aquellos instantes tenía otros problemas.

El médico se desentendió de Ki-Soo y corrió junto a Puckett. Rodgers tuvo que hacer de tripas corazón para no acudir también a auxiliarlo, pero subió a la plataforma del Nodong más cercano y pulsó los dígitos.

Uno-nueve-ocho-cero.

Nada.

Uno-nueve-ocho-uno.

Nada. Y nada tampoco hasta llegar al uno-nueve-ocho-nueve. Entonces sí: un zumbido y la hilera central se iluminó. Rápidamente pulsó cero-cero-cero-cero para cambiar la combinación, y cinco

segundos después de haber pulsado el último dígito, el misil empezó a descender.

El reloj de cuenta atrás de la parte superior del panel marcaba dos minutos y dos segundos. Corrió hacia el misil de Puckett. El teclado estaba destrozado, pero por lo menos Puckett estaba vivo. El médico le había quitado la camisa y le limpiaba la sangre de una herida en el hombro.

—¡Coronel! —gritó Rodgers, que saltó de la plataforma y apoyó ambas manos en la carrocería del camión—. Tenemos que *empujar…* empujarlo para que se estrelle contra esas lomas —añadió, a la vez que indicaba hacia ellas—. Esto está desierto… No matará a nadie.

Ki-Soo comprendió y ordenó a sus hombres acercarse. Mientras el médico retiraba a Puckett, quince soldados corrieron hacia uno de los lados de la plataforma del misil y empezaron a empujar. Ki-Soo fue al otro lado y reventó los neumáticos a tiros. A todo esto, Rodgers corrió hacia el último misil. «Aún hay tiempo —se dijo—. Lo vamos a conseguir…».

Oyó a su espalda chirriar un puntal metálico bajo el peso del ladeado misil. Miraba hacia atrás pero sin detenerse: la estructura, el camión y el misil se vencían hacia el suelo. Los soldados empezaron a gritar al ver que, por la parte de detrás del misil, salía humo y luego una llama anaranjada. El Nodong se había activado.

«¡Es imposible!», se dijo Rodgers, que echó cuerpo a tierra y se tapó los oídos. Por ladear la plataforma, no tenía por qué activarse el misil.

Los soldados echaron a correr en todas direcciones al ver que el Nodong salía disparado del volcado camión y surcaba el suelo como un gigantesco buscapiés, y arramblaba con tiendas, árboles y *jeeps*. Recorrió casi un kilómetro antes de estrellarse en la ladera de una loma y levantar una bola de fuego a más de trescientos metros. La onda expansiva hizo temblar el campamento.

Entonces, Rodgers se levantó y corrió hacia el último de los Nodong. Tuvo un negro presentimiento mientras corría; el

presentimiento de que el oficial surcoreano iba a ser el último en reír. Todos dieron por sentado que los tres misiles estaban programados para ser lanzados al mismo tiempo.

¿Y si no era así? ¿Por qué tenían que lanzarlos, forzosamente, al mismo tiempo? ¿Era así o no era? Podían haber programado los lanzamientos a intervalos de varios minutos. El que había desactivado podía ser el que el surcoreano programase en segundo lugar, o en tercero. Lo que significaba que acaso no le quedase apenas un minuto…

A unos veinte metros del Nodong, Rodgers vio que el misil empezaba a humear.

Ya no había duda alguna: estaban programados a intervalos. *¿Por qué no lo iban a hacer así?*

No había tiempo de interceptarlo con reactores ni con misiles aire-aire, porque el Nodong superaba los 3200 km/h. Ni siquiera las baterías de Patriot japonesas tenían muchas posibilidades. ¿Por qué iban a pasar los Nodong cerca de donde las tenían instaladas?

—¡Coronel! —gritó Rodgers, que corrió hacia Ki-Soo.

No había más que una posibilidad, y tuvo el pálpito de que el coronel ya había pensado en ella y se le había adelantado. Mientras el Nodong echaba humo y llamas por la tobera, el coronel se desgañitaba a través de la radio, a la que sus hombres no hacían caso ya que trataban de ponerse a cubierto detrás de rocas y salientes.

«¡Bravo por él!», pensó Rodgers, que se zambulló literalmente entre los humeantes restos de un *jeep* destrozado por el Nodong. Se dio una tremenda costalada. Levantó las manos por encima de la cabeza al ver el chorro de fuego del misil, que rugía y rasgaba el cielo como un dragón furioso.

Entonces, Rodgers pensó en Squires y en los demás miembros del comando. Echó mano al teléfono que llevaba al cinto, pero se había hecho pedazos al caer él de costado. Sólo podía rezar para

que Squires y sus hombres no interpretasen de manera equivocada lo que debían de estar viendo…

OCHENTA Y TRES

Miércoles, 19:35, Centro de Operaciones

—Malas noticias, Paul —dijo Stephen Viens a través del teléfono de la ONR—. Me parece que se les ha escapado uno de los Nodong.

—¿Cuándo?

—Hace segundos. Hemos visto la ignición. Aguardamos a las próximas imágenes.

—¿Lo siguen las cámaras del satélite Hephaestus? —preguntó Hood.

—Sí. Le informaremos de hacia dónde se dirige el misil.

—Me mantendré en la línea —dijo Hood, que activó el altavoz de la línea de seguridad.

Miró a Darrell McCaskey y a Bob Herbert, allí junto a él.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Herbert.

—Que se ha disparado un Nodong hacia Japón —repuso—. Bob, averigüe si hay algún aparato de reconocimiento con radar volante en el sector. Ah, y dígale al Pentágono que ya pueden darse prisa en hacer despegar los cazas de Osaka.

—No podrán interceptarlo —dijo Herbert—. Es como encontrar una aguja en un pajar… del tamaño de Georgia.

—*Lo sé* —dijo Hood—, pero debemos intentarlo. Si van derechos a él, a lo mejor hay suerte. Usted, Darrell: la ONR calculará la velocidad del misil a través del satélite Hephaestus. Y, con la

trayectoria, por lo menos podremos darles una idea a nuestros pilotos de hacia dónde buscar.

Paul permaneció unos instantes en silencio. «Son muchas vidas las que hay en juego —pensó—. Habría que llamar de inmediato al presidente para que pueda prevenir al primer ministro japonés».

—Quizá podamos conseguir que la población disponga de unos minutos para buscar refugio —dijo Paul—. Por lo menos eso.

—Sí —convino McCaskey.

Hood iba ya a llamar a la Casa Blanca por su segunda línea, pero Viens lo detuvo en seco.

—Paul… Ahora tenemos otra cosa en pantalla.

—¿Qué?

—Fogonazos —dijo Viens—. No había visto tantos desde la primera noche en Bagdad durante la guerra del Golfo.

—¿Qué clase de fogonazos? —preguntó Hood.

—No estoy seguro… Aguardamos a las siguientes imágenes. Pero es… ¡tre-men-din-creíble!

OCHENTA Y CUATRO

Miércoles, 9:36, sierra del Diamante

El teniente coronel Squires vio, a través de sus prismáticos, que, al elevarse el Nodong, las baterías antiaéreas del emplazamiento abrían fuego.

Lo primero que pensó fue que se trataba de un ataque aéreo, y sintió el impulso de desplegar a sus hombres y atacar las baterías artilleras. Pero ¿qué hacían?, ¿ametrallarse entre sí? Si se acercasen aviones, habrían orientado las baterías en *una* determinada dirección que indicase el radar, pero sin embargo lo que hacían era abrir fuego cruzado a baja altura. Entonces lo comprendió.

Los proyectiles de 37 mm de las ametralladoras procedían de todo el perímetro o, más exactamente, de las ocho baterías, distribuidas por parejas a cada uno de los cuatro lados. Literalmente, tejían una malla de fuego a unos trescientos metros de altura sobre el emplazamiento. Guiados por el radar, los proyectiles entrechocaban, y las baterías eran recargadas cada medio segundo.

Los norcoreanos espesaban la malla de fuego para tratar de abatir a su propio misil que, tras despegar, se había elevado unos cincuenta metros y aceleraba bajo un gigantesco y ensordecedor castillo de fuegos artificiales.

Aunque sólo hacía dos o tres segundos que el Nodong se había disparado, estaba muy cerca de la malla de fuego, que acaso no lograra detenerlo. Cabía la posibilidad de que sólo lo averiase, o lo

desviase de su trayectoria. Igual podía caer en las inmediaciones, que en cualquier población de las dos Coreas.

La lluvia de fuego que caía sobre el campamento semejaba la bíblica hecatombe. Ardían tiendas y vehículos.

«Dios quiera que estén bien», se decía Squires al pensar en Rodgers y en sus compañeros. Y si el misil explotaba, que la deflagración no acabase con ellos.

Tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir al ver la ojiva del Nodong alzarse bajo el fuego cruzado.

Parecía irreal, una proyección a cámara lenta de llamas y proyectiles que acribillaban el fuselaje. Lo zarandeaban como al malo de una película de *gangsters*. Las explosiones «solistas» se acompañaban de un coro de «ratatatá», y Squires vio que el cielo azuleaba, enrojecía y reventaba.

OCHENTA Y CINCO

Miércoles, 9:37, sierra del Diamante

Rodgers oía silbar proyectiles y casquillos por encima de su cabeza, consciente de que la de Medusa, monstruosa y letal, estaba a su espalda y muy cerca. Pero tenía que verla, cerciorarse con sus propios ojos de lo que ocurría. Dejó de protegerse la cabeza con las manos y miró al cielo.

El apocalíptico espectáculo lo dejó sin aliento.

De todos los historiadores, filósofos y dramaturgos que había estudiado y que podía citar de memoria, sólo uno, un abogado, acudió a su mente mientras presenciaba el espectáculo del misil atrapado en la red de fuego.

«… los cegadores proyectiles enrojecían, las bombas reventaban el aire…».

Al tratar de romper la barrera de fuego, el temerario Nodong reventó con tal furia que parecía que estuviese a dos pasos y no a casi quinientos metros.

Rodgers volvió a protegerse la cabeza. El calor de la explosión le chamuscó el vello del dorso de las manos y las muñecas, y el sudor de la espalda le producía escalofríos. Con los dedos índice y corazón de cada mano se tapó los oídos ante la inminente y definitiva explosión. Temió que su pecho fuese a reventar también.

Luego, los llameantes restos del destruido misil surcaron el cielo en todas direcciones: unos del tamaño de una moneda y otros como

platos. Pasaban por encima de su cabeza mientras él seguía bajo el semidestrozado *jeep*. Gritó de dolor al sentir en la espinilla el impacto de un fragmento de acero del tamaño de un dólar que le agujereó el pantalón.

A los pocos momentos todo quedó en silencio; un silencio denso y cargado de tensión, seguido del jubiloso clamor de los soldados.

Los huesos de Rodgers crujieron al salir de debajo del *jeep*. El general permaneció en cuclillas unos instantes y miró hacia el cielo. Sólo unos jirones de humo tiznaban la celeste carpa.

Entonces, Rodgers se levantó y vio que Ki-Soo estaba bien, y que sus hombres temblaban aún, algunos ensangrentados, pero vivos.

El estadounidense se cuadró marcialmente ante el coronel, aunque ahora parecía cuadrar más Shakespeare:

Que nada se tuerce,
si la sencillez y el deber lo sujetan.

OCHENTA Y SEIS

Miércoles, 9:50, sierra del Diamante

Cuando Rodgers logró hacerle entender a Ki-Soo que tenían un comando en la loma, el coronel envió un camión para que subiera a recogerlos. La mayoría de los miembros del comando estaba que trinaba, pero Squires se alegró de ver a Rodgers tanto como Puckett de recuperar su radio. El teniente coronel se la dejó mientras el médico norcoreano se ocupaba de su herida en el hombro.

—Menos mal que ustedes no han disparado —dijo Rodgers, que bebió un buen trago de agua de la cantimplora que le tendió Squires —. Por un momento temí que se liasen a tiro limpio con los artilleros.

—Y lo hubiésemos hecho si no llegan a abrir fuego cruzado —dijo Squires—. He estado a punto de ordenar que disparasen, pero enseguida he supuesto de qué iba.

Puckett fue quien contestó al llamar Hood desde el Centro de Operaciones. Al producirse la llamada, Rodgers y Squires estaban junto al *jeep*, en cuyo asiento trasero habían colocado el cubierto cuerpo de Moore. Rodgers acudió de inmediato con Squires.

—Sí, señor —dijo Puckett—, el general está aquí mismo —añadió, antes de pasarle los auriculares a Rodgers.

—Buenos días, Paul.

—Buenas noches, Mike. Ha hecho ahí un verdadero milagro. Lo felicito.

—Nos ha costado caro, Paul —replicó Rodgers tras permanecer unos instantes en silencio.

—Lo sé, pero no quiero que se atormente al pensar si pudo haber hecho las cosas de otro modo —le advirtió cariñosamente Hood—. Hoy hemos perdido a muy buena gente, pero ése es el jodido precio que se cobra este oficio.

—Ya lo sé —dijo Rodgers—. Sin embargo, no es eso lo que no le deja dormir a uno. Habrá de pasar mucho tiempo para que deje de representárseme todo lo que he visto aquí.

—Pues cuando le suceda eso, no olvide pensar también en las vidas que ha salvado… Charlie me dijo antes que teníamos un herido…

—Puckett. En el hombro. Nada grave. Escuche: creo que el coronel Ki-Soo aceptará escoltarnos hasta el punto de encuentro para que podamos salir de aquí cuanto antes.

—Suena un poco raro tan repentina distensión —dijo Hood.

—Sólo aparentemente —replicó Rodgers—. En cierta ocasión, Robert Louis Stevenson les aconsejó a sus lectores que pusiesen a prueba el talante de los extranjeros antes de formarse una opinión sobre ellos. Y siempre me ha parecido que tenía algo de razón.

—Una razón que no logrará usted nunca inculcarle al Congreso, ni a la Casa Blanca, ni a ningún gobierno de este planeta —dijo Paul.

—Cierto —admitió Rodgers—. Por eso debió de escribir también *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Me parece que tampoco él creía que la naturaleza humana pudiese cambiar. Bueno, Paul, me pondré en contacto con usted en cuanto despeguemos de Japón. Tengo ganas de oír qué dirá el presidente de todo esto.

—Y yo también —dijo Paul con una risita ahogada.

Después de pedirle a Hood que le preguntase una cosa a Martha Mackall, Rodgers y sus hombres se repartieron en dos de los cuatro camiones del convoy que, al mando del coronel Ki-Soo, los llevarían por la sierra.

Durante el trayecto, Rodgers no quitaba la mano de aquel aparatito con forma de grapadora que le mostró a Squires durante el vuelo. Más o menos cada doscientos metros pulsaba un botón.

—¿Son los localizadores EBC, verdad? —preguntó Squires.

Rodgers asintió con la cabeza.

—¿Y qué hace?

—Hacerlos explotar —repuso el general—. Mire, la confianza está muy bien, pero la prudencia mejor.

—Cierto —convino Squires.

El camión, descubierto, traqueteaba por el desigual firme. El Sikorsky S-70 Black Hawk sobrevoló la sierra del Diamante de acuerdo a lo previsto. El piloto se quedó de una pieza al decirle Squires que descendiese tranquilamente y aterrizase sin más.

—¿Y nos vamos a perder el numerito del caracoleo y la escalerilla? —dijo el piloto.

—Pues sí —repuso Squires—. Puede posarse… con toda tranquilidad. Vamos a partir como unos señores.

El helicóptero de once plazas aterrizó. Nadie hubiese dicho que las ametralladoras M-60 que asomaban a ambos lados del fuselaje fuesen a permanecer silenciosas en aquellos momentos. Mientras los miembros del comando embarcaban, Rodgers y Ki-Soo se despidieron ante la atenta mirada de Squires.

Ki-Soo les dirigió a los oficiales estadounidenses unas breves palabras de extraño sonido pero claro significado: les agradecía lo que habían hecho para proteger la seguridad de su país.

—*Anniong-hi ka-ship-shio* —correspondió Rodgers cuando el coronel hubo terminado.

—*Anniong ha-simni-ka* —dijo Ki-Soo, sorprendido y muy complacido.

Luego se saludaron, Ki-Soo sin separar su herida mano izquierda del costado. Los estadounidenses dieron entonces media vuelta y se

dirigieron hacia la puerta del helicóptero. Al embarcar, Squires fue a echarle un vistazo a Puckett, tendido en una camilla en el suelo. Luego, fue a sentarse junto a Rodgers, y resopló, aliviado.

—¿Se puede saber qué se han dicho ustedes dos? —preguntó Squires.

—Cuando he hablado con Paul, le he pedido que le preguntase a Martha Mackall cómo se dice «adiós, que su hogar se vea colmado de todo bien» en coreano.

—Bonitas palabras.

—Ya —dijo Rodgers—. Aunque como Martha y yo nos llevamos como el perro y el gato… Vaya usted a saber; a lo mejor le he dicho que soy alérgico a la penicilina.

—Lo dudo —dijo Squires—. Lo que él ha contestado sonaba muy parecido a lo que usted ha dicho. A menos… que también él sea alérgico.

—No me sorprendería —dijo Rodgers.

La puerta del helicóptero se cerró y el Black Hawk se adentró en la recrecida mañana.

—¿Sabe, Charlie? —Añadió el general—, cada día que pasa tengo menos capacidad de asombro.

OCHENTA Y SIETE

Miércoles, 10:30, Seúl

Kim Hwan estaba incorporado en la cama, aunque incómodo, porque se le había caído la almohada al suelo. La conmoción física y emocional de las últimas horas parecía privarle de la voluntad y la energía para alcanzársela.

El hombre dispuesto a salvar la península, incapaz de alargar el brazo y recoger la almohada. Tenía gracia la cosa, pero no estaba para humoradas.

El sordo dolor del costado no lo dejaba dormir, y el fuerte vendaje le dificultaba la respiración. No obstante, era lo ocurrido hacía unas horas lo que lo tenía en vela. La muerte de Gregory Donald lo acechaba como una pesadilla a la que no podía sustraerse y, sin embargo, le parecía tan increíble como extrañamente inevitable. Donald había muerto ya al morir su esposa, y apenas había mediado un día entre una muerte y otra. Por lo menos, ahora estaban juntos. Donald no creía en esas cosas, pero Soonji sí, y Hwan también, por lo que ganaban por mayoría. Ateo y todo, el viejo zorro era un ángel, pese a sí mismo.

Allí postrado, de cara a la pared de ladrillo que veía a través de la ventana, atendió la llamada de Bob Herbert, que lo puso al corriente de lo sucedido en la sierra del Diamante y acerca de los otros implicados en el complot (los dos que el comando Striker liquidó en el emplazamiento de los misiles).

Hwan sabía que no era probable que devolviesen enseguida los cuerpos a Corea del Sur, aunque lo que sí harían los norcoreanos sería enviar las huellas dactilares para su identificación.

—No hemos podido averiguar lo más mínimo acerca de otros implicados —dijo Herbert—. De manera que, o no hay más integrantes del grupo, o esconden las uñas para dar otro zarpazo más adelante.

—No me cabe la menor duda de que no será la última vez que oigamos hablar de esa gente —dijo Hwan.

—Puede que tenga razón —admitió Herbert—. Los radicales son como los plátanos, van siempre en racimos.

Hwan le dijo que le hacía gracia la imagen, y Herbert le reiteró el agradecimiento de Hood por la colaboración de la CIAC, y le deseó un pronto restablecimiento.

Tras colgar el teléfono, Hwan se decidió a recuperar la almohada y se sobresaltó al ver que alguien lo hacía por él. Dos fuertes manos le levantaron la cabeza con cuidado y le colocaron la almohada, a la vez que le daban unos toquecitos a ambos lados para que se le acomodase mejor la cabeza.

—¡Director Yung-Hoon! —exclamó Hwan al alzar la vista—. ¿Dónde está…?

—¿Hongtack? De viaje. A incorporarse a su nuevo destino… un pesquero-escucha para interceptar las emisiones chinas en el mar Amarillo. Interpretó nuestros diferentes estilos como una debilidad en lugar de como algo que nos fortalece.

—Pues… quizá debería usted sacarme billete para que vaya con él, porque yo opino lo mismo —dijo Hwan.

—Puede que a veces haya dado la impresión de que no íbamos usted y yo muy de acuerdo —le dijo Yung-Hoon, que le guiñó un ojo —, pero en adelante no volverá a suceder.

Algún miembro del gobierno debía de haber hablado con el director acerca de cómo Hwan había llevado la operación. No le hubiese sorprendido que Bob Herbert, o Paul Hood, hubiesen hecho

unas cuantas llamadas en este sentido. Yung-Hoon siempre sabía estar a la altura de las circunstancias.

El director posó una mano en las de Hwan.

—Cuando usted salga de aquí, nos organizaremos de otro modo. Tendrá responsabilidades que no lo obligarán a venir a darme cuenta a mi despacho…

Estaba clarísimo. Alguien lo había llamado.

—… Así podrá hacer usted las cosas a su modo —prosiguió el director—. También le he recomendado al presidente que se creen unas becas «Gregory Donald» en la universidad, en el departamento de ciencias políticas.

—Gracias —dijo Hwan—. No olviden a la esposa de Cho. Necesitará ayuda.

—Ya está arreglado —repuso Yung-Hoon.

—¿Y dónde está *miss* Chong? —preguntó Hwan, que miró al director con cierto recelo.

—Pues… —repuso Yung-Hoon, que se aflojó el nudo de la corbata como si le molestase—. Se ha ido. Tal como usted pidió… la dejamos marchar.

—Es que me ha salvado la vida. Le debo la vida. Pero… ¿la han seguido?

—Bueno… eso sí —contestó Yung-Hoon—. Nos interesaba saber adónde iba.

—¿Y?

—Pues que ha aparecido en Yangiang, en casa del tío de usted —repuso el director.

Hwan sonrió. Nunca la encontrarían. El tío Pak la llevaría en su barco, que ellos no se atreverían a abordar, y se las arreglaría para que llegase a Japón.

—¿Y no teme que siga en su labor de espionaje a favor de Corea del Norte? —preguntó Yung-Hoon.

—No —contestó Hwan—. Ella no eligió ser espía. Lo hacía contra su voluntad. Me alegro de que al fin pueda pensar en dedicarse a

algo que de verdad le interese.

—Si está usted seguro, Hwan, no se hable más —dijo Yung-Hoon, que le dio una palmadita en las manos y se levantó—. Tengo a uno de sus hombres, Park, junto a la puerta. Cualquier cosa que necesite, no tiene más que llamarlo, o llamarme a mí.

Hwan prometió hacerlo, y Yung-Hoon lo dejó… aunque no solo sino con sus fantasmas, con el agridulce recuerdo de Soonji y de Gregory Donald, de su pobre Cho y de la recelosa pero encantadora *miss* Chong. Dudaba de que su tío le dijese, ni siquiera a él, adonde había llevado a la joven. Pero se juró que la encontraría.

Como aquel día había puesto de manifiesto una vez más, había amistades y lealtades que se saltaban las barreras políticas, y no siempre tenía uno ocasión de cultivarlas.

Había que propiciar que esos vínculos se reforzasen porque, en definitiva, lo que él recordaría siempre de aquellas personas era lo que había en sus corazones, no lo que dijese en sus expedientes.

OCHENTA Y OCHO

Miércoles, 21 00, Centro de Operaciones

El presidente se presentó sin avisar.

Llegó en su larga y blindada *limousine*, con dos agentes del Servicio Secreto, su chófer y… nadie más. Ni secretarios, nt periodistas.

—¿Sin periodistas? —exclamó Ann Farris al anunciárselo a Paul Hood el centinela de la entrada principal de la Base de Andrews—. Pues… entonces debe de tratarse de un *ex* presidente.

—Es usted demasiado cínica —le afeó Hood, recostado en el sillón de la mesa de su despacho.

Acababa de informar a los jefes de sección: Bob Herbert, Martha Mackall, Darrell McCaskey, Matt Stoll, Lowell Coffey, Liz Gordon, Phil Katzen y Ann Farris. Les había agradecido no sólo su labor sino su franqueza y su entrega. Les dijo que nunca había visto a un grupo funcionar con más eficacia, en todos los sentidos, y que estaba orgulloso del trabajo que habían realizado… y orgulloso *de todos y cada uno de ellos*.

Iba a salir del despacho al producirse la llamada. De manera que volvió a sentarse, a esperar.

Ann se quedó con él, sin dejar de sonreírle. No sólo estaba contenta por cómo habían resultado las cosas para el Centro de Operaciones, no sólo porque los canales de TV hubiesen interrumpido su programación, en una hora de máxima audiencia, con un avance

informativo sobre la destrucción de los Nodong, sino porque ella y su homólogo del Pentágono, Andrew Porter, les habían «vendido» a los periodistas que lo que Gregory Donald y el general Michael Schneider habían hecho era una acción humanitaria y no bélica. Lograron que colase la historia desde el primer momento, con suficientes visos de verosimilitud, y suficiente firmeza, como para que cualquier cosa que los norcoreanos dijesen acerca del complot del comandante Lee sonase a maniobra vindicativa y de mal gusto.

Ann se alegraba también por Paul.

Había logrado compatibilizar la responsabilidad del Centro de Operaciones con las de padre y esposo. Tarea nada fácil porque no se pueden desempeñar a tiempo parcial. Aún no se explicaba cómo lo había conseguido. Probablemente, Sharon Hood no llegaría nunca a saber lo que aquel día había exigido de él. Ann sí lo sabía. Le hubiese encantado hacérselo saber… de un modo u otro, pero no se le ocurría nada.

«¡La jefa de Prensa muda!», pensó, riéndose de sí misma.

No, no era del todo cierto. Lo que Ann tenía que decir no era más que lo que una ferviente admiradora podía decirle a una esposa: que Paul Hood era un hombre extraordinario, bondadoso, íntegro y —estaba segura de ello— con una gran capacidad de amar. Lo que Ann hubiese querido decirle a Sharon, aunque sólo lo fantasease, era que velase por él y dejase que él velase por ella…; que recordase que un día abandonaría aquel trabajo, que sus hijos habrían crecido y que el amor que hubiese sabido cultivar florecería y los enriquecería.

En aquellos momentos, Paul les decía que quería que se celebrase un funeral en memoria de Gregory Donald y de Bass Moore, aunque Ann apenas se enteraba de lo que decía. Su mente y su corazón estaban en otra parte… con Paul, en un imaginario mundo en el que él la abrazara al marcharse todos, la llevase a cenar a algún sitio corriente donde sirvieran rápido y que luego

fuesen en coche a casa y le hiciese el amor y se quedase dormido con su pecho arrimado a su espalda…

—¿Mister Hood? —dijo *el Pincha* a través del ordenador.

—¿Sí?

—Llega el presidente.

Hood se echó a reír al pasarle *el Pincha* la imagen que captaba la videocámara del pasillo. El presidente saludaba a los empleados que permanecían en sus cubículos; se detenía apenas un instante a estrechar la mano de personas a quienes no conocía. Las miraba lo justo antes de pasar a la siguiente.

Paul se levantó al entrar el presidente en el despacho, a la vez que los jefes de sección que no estaban ya de pie. El presidente puso una cara que venía a decirles *vamos, vamos…* y les indicó que se sentasen.

Todos lo hicieron, salvo Paul. El presidente cruzó el despacho y fue a estrecharle la mano.

—¡Bien por el jefe del Cuerpo Expedicionario!

—Gracias, señor.

Ann dejó escapar un inaudible silbido. «No ha sido el Cuerpo Expedicionario, sino Paul y el Centro de Operaciones».

El presidente miró en derredor y se frotó las manos.

—Excelente, excelente trabajo. Los que han intervenido en este… proyecto, desde Paul hasta el comando Striker, el personal de Seguridad Nacional de Steve Burkow y todos ustedes, han superado las expectativas más exigentes.

—Todos hemos contado con ayuda —dijo Paul—: Gregory Donald; Kim Hwan, de la CIAC; el oficial norcoreano del emplazamiento de los misiles…

—Naturalmente, Paul, pero usted ha sido quien ha coordinado esas ayudas. El mérito es suyo, al margen de lo que los distintos ministerios han hecho para afrontar la crisis. El general Schneider me ha dicho que va a proponer que se le conceda a Donald una condecoración civil. Dice que quiere otorgársela él mismo, como

comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario. También habrá condecoraciones para los miembros del comando Striker que más hayan sufrido.

«Que más hayan sufrido», pensó Ann. Eso es lo que dicen los presidentes cuando ni se han enterado de cuántos han muerto y cuántos han resultado heridos. Pero se negó a que el presidente Lawrence le estropease aquel momento. Confiaba en que Paul no dejaría de presionar para que no se olvidase a quienes habían ayudado. A cada iniciativa que tomaba, Paul se agigantaba a sus ojos.

Ann empezó mentalmente a redactar una carta:

Querida Sharon:

Confío en que sabrá perdonarme, pero he raptado a su esposo. Se lo devolveré cuando me haya dejado encinta. Necesito desesperadamente un pedacito de su esposo que sea siempre mío...

—Pero —decía el presidente— no he venido aquí sólo para elogiarlos y darles las gracias. Cuando creé el Centro de Operaciones, hace seis meses, lo hice como una probatura. Yo y algunos miembros del ejecutivo, como el ministro Colon y Steve Burkow, pensamos que podía ser un útil instrumento complementario, un grupo que afrontase crisis paralelamente a nuestros otros servicios de inteligencia. Ninguno de nosotros tenía la menor seguridad de que fuese a funcionar —añadió con una radiante sonrisa—, y menos aún de que fuese a funcionar tan bien.

Lowell Coffey se permitió un tímido aplauso.

—En mi opinión y en la de mis consejeros —continuó Lawrence —, el Centro de Operaciones se ha ganado la continuidad. Dejará de ser un grupo provisional, tal como mañana me gustaría celebrar en un formal pero privado almuerzo en la Casa Blanca. Luego, Paul, podremos hablar de lo que considere necesario para aumentar su

eficacia. No crean que el Congreso nos lo va a conceder así como así, pero pondremos toda la carne en el asador.

—Señor presidente —dijo Paul irguiéndose—, todos le agradecemos su voto de confianza. Si los últimos seis meses se nos han hecho, a ratos, un poco largos, hoy… nos lo han parecido mucho más. Y estamos muy contentos de cómo han resultado las cosas. En cuanto a lo de mañana, me temo que no podré asistir al almuerzo.

Por primera vez desde que conocía al presidente, Ann lo vio desconcertado.

—¿Ah, no? —exclamó Lawrence, que se rascó la frente con visible embarazo—. Si es porque tiene entradas para el partido… me encantaría acompañarlo.

—No se trata de eso, señor —dijo Paul—. Es que mañana me tomo el día libre para enseñarle a jugar al ajedrez a mi hijo y leer unos violentísimos cómics con él.

El presidente le dirigió una franca sonrisa y asintió con expresión comprensiva.

Y fue entonces Ann Farris quien se permitió un tímido aplauso.



THOMAS LEO CLANCY JR. (Baltimore, Estados Unidos, 1947 — ibidem, 2013) fue un escritor conocido por sus novelas de suspenso y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego.

Licenciado en Literatura Inglesa, comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra.

Clancy, con sus novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*.

Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six, HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.



STEVE R. PIECZENIK (La Habana, Cuba, 1943) es un psiquiatra, autor, editor y teórico de la conspiración cubano-estadounidense. Recibió una beca para asistir a la Universidad de Cornell a los 16 años, donde se graduó con una licenciatura en pre-medicina y psicología en 1964. Más tarde recibió su M. D. de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell. Obtuvo un doctorado en relaciones internacionales del MIT mientras estudiaba en la Facultad de Medicina de Harvard. Pieczenik habla cinco idiomas con fluidez, incluidos ruso, español y francés.

Es un autor aclamado de *thrillers* psicopolíticos y co-creador de las series de libros superventas del *New York Times «Tom Clancy's Op-Center»* y *«Tom Clancy's Net Force»*. Sus novelas están basadas en sus veinte años de experiencia en la resolución de crisis internacionales para cinco administraciones estadounidenses.

Índice de contenido

Jaque al poder
JAQUE AL PODER
AGRADECIMIENTOS
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO

VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO

SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO
SETENTA Y DOS
SETENTA Y TRES
SETENTA Y CUATRO
SETENTA Y CINCO
SETENTA Y SEIS
SETENTA Y SIETE
SETENTA Y OCHO
SETENTA Y NUEVE
OCHENTA
OCHENTA Y UNO
OCHENTA Y DOS
OCHENTA Y TRES
OCHENTA Y CUATRO
OCHENTA Y CINCO
OCHENTA Y SEIS
OCHENTA Y SIETE
OCHENTA Y OCHO
Sobre el autor